

Daniel

*Condenados
a entendernos*



ABRIL LAÍNEZ

Daniel

Condenados a entendernos

ABRIL LAÍNEZ

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Primera edición, noviembre 2023

Título original: Daniel. Condenados a Entendernos.

Diseño de la portada: Amparo Tárrega.

Corrección: Cristina García.

Prólogo

Mia

—¿Precisamente hoy tenías que llegar tarde?

Esa es la calurosa bienvenida que la voz de Jace me regala a través del portero automático.

Sí, tiene razón, llego tarde, pero solo veinte minutos. Además, a estas alturas, después de seis meses de relación, ya debería saber que yo solo soy puntual... de vez en cuando.

Recorro el portal y me detengo justo delante del primer escalón. He corrido tanto para llegar «solo» veinte minutos tarde que no sé si voy a ser capaz de subir las seis plantas que me separan de su apartamento. El ascensor solo es un proyecto sobre un papel que algún día se hará realidad.

Considero que estoy en forma, de hecho, lo estoy, mi trabajo así me lo exige, pero ciento setenta y seis escalones ponen a prueba a cualquiera.

Cuando consigo alcanzar la cima, me veo obligada a apoyarme en la pared para poder controlar el volumen de mis jadeos.

Puede que dedique más tiempo a estar «más» en forma...

Jace abre la puerta y me regala una sonrisa.

—¡Por fin ha llegado el momento! —me dice ignorando mi lucha por volver a respirar con normalidad—. Estoy nervioso, Mia. No he podido pensar en otra cosa en todo el día.

Sonrío con dificultad y asiento con la cabeza. Se aparta para cederme el paso y, mientras atravieso el pequeño vestíbulo, me pregunto si no podía haberme hecho partícipe de sus emociones un poco más tarde, justo después de ofrecerme un vaso de agua o de tirar de mí para asegurarse que todavía conservo el equilibrio.

Me ocupo de saciar mi sed dirigiéndome a toda prisa a la cocina. Me sigue y espera a que me beba el primer vaso de un trago.

Me abraza por la cintura y me besa suavemente.

—Significa mucho para mí compartir contigo esta colección.

—Lo sé —Es todo lo que consigo decirle. Necesito otro vaso de agua.

Mientras me lo sirvo, Jace vuelve al salón.

Sonrío al pensar en su entusiasmo. Lleva tanto tiempo esperando este momento... Me ha hablado tanto de su colección...

Jace es fotógrafo. Trabaja para una revista de viajes. A lo largo de muchos años, ha ido seleccionando fotografías que ha incluido en una colección especial: «Sus tesoros», como él suele llamarlas. Nunca las ha expuesto ni se las ha mostrado a nadie. Al menos, eso es lo que me ha dicho en varias ocasiones, y nunca me ha desvelado su temática, ni por qué es tan especial.

He visto muchas de sus fotografías y sé qué tiene mucho talento, así que entiendo que estas fotos, si las considera su tesoro, deben ser increíbles. Por fin, seis meses después de que empezáramos nuestra relación, ha decidido compartirla conmigo.

Cuando entro en el salón, lo veo arrodillado frente a un proyector de diapositivas... algo arcaico, como el que utilizaban mis profesores en el colegio, pero me abstengo de comentarlo, no quiero herir su sensibilidad, ¡el chico está entusiasmado!

El proyector está enfocando una de las paredes del salón. No habrá tenido problema a la hora de elegir ya que todas están vacías, desangeladas, de un blanco impoluto, sin ningún elemento que las decore. Solo una de ellas conserva las marcas de haber tenido dos cuadros colgados, los mismos que Jace retira cada vez que nos encontramos en su apartamento ya que contienen fotografías de la colección que está a punto de mostrarme.

Se me ocurre que esa puede ser la razón por la que se haya decidido a mostrármela: para no tener tanto tragín colgando y descolgando, pero me río para mis adentros de lo absurda que es mi idea. Aun así, me hace gracia: ¡Me pasa con frecuencia!

Me siento en el lugar que me ha indicado y me acomodo.

—Por fin voy a conocer tus fotografías —le digo para estar a la altura de su entusiasmo. Debo confesar que solo siento curiosidad. Permanecer sentada viendo cientos de fotografías... no es mi ideal de diversión. Pero... es lo que tiene salir con un artista.

—Vamos allá —exclama devolviéndole la forma a un cable que se ha retorcido.

—Deben ser mejores que las que he visto en la galería... —le comento por seguir estando a la altura.

Se sienta a mi lado, me besa dulcemente en los labios y sonrío de una forma que consigue deshacerme. Me encanta ese aire bohemio y a la vez aniñado que se refleja siempre en su rostro.

—Son fotos muy personales, Mia, no tienen nada que ver con las que expongo o publico en la revista. La mayoría de ellas nunca las he compartido con nadie más —me aclara con un aire melancólico que no consigo entender. ¿A qué viene tanto drama?—. Confío en ti y sé que apreciarás su belleza de la misma manera que yo. Abre tu mente. ¿Preparada?

Me siento halagada, sonrío y asiento con la cabeza mientras me pregunto de qué forma tengo que abrir mi mente. Habrá querido decir «los ojos...»

Jace apaga la luz y la oscuridad consigue inquietarme, aunque no sé el por qué.

La primera imagen hace que abra mucho los ojos y que sienta un pequeño escalofrío. Me ha impactado. No estaba preparada para ver algo así.

Busco la mirada de Jace, pero él la tiene clavada en la pantalla.

Las seis siguientes son parecidas.

Sigo impactada.

Vuelvo a mirar a Jace, que esta vez sí me está mirando, y me encuentro unos ojos brillantes por la emoción.

—Sé que puede impresionar un poco, pero es mi concepto del arte. La belleza hay que saber encontrarla y no todo el mundo está preparado para ello.

Separo los labios para decir algo, pero desisto. Quiero decirle lo que opino de lo que él llama

«belleza», pero decido esperar a ver el resto de la colección. Quizá me estoy precipitando. Puede que el resto sean diferentes, pero lo dudo ya que ha recalcado muchas veces que todas comparten la misma temática.

Una a una, las diapositivas se van sucediendo a intervalos de cinco o seis segundos. Todas ellas muestran la fecha y el lugar en la esquina inferior izquierda. Jace rompe de nuevo su silencio:

—Están ordenadas cronológicamente.

Si eso es cierto, que lo será, la primera fecha es de doce años atrás. Deduzco que él debía tener quince años... ¿Ese es el tiempo que lleva fotografiando... «eso»?

Siento un escalofrío y vuelvo a poner mi atención en la pared.

Más fotografías.

Mismo tema.

Mismo impacto.

Soy incapaz de hablar y de gesticular.

Por un momento, tengo la esperanza de que se trate de una broma, pero la pierdo cuando observo a Jace, que parece haber entrado en trance y haberse olvidado de mi presencia.

Más fotografías.

Empiezo a sentir un sudor frío en la nuca que acaba recorriéndome todo el cuerpo. No consigo salir de mi asombro.

Trago saliva.

Jace interrumpe su trance para comentar algunos detalles que considera importantes y lo mantiene con cada fotografía que se sucede. Treinta y siete fotos después soy incapaz de escucharle. Mi mente desconecta, debe ser algo parecido a un mecanismo de defensa.

No me puedo creer que esa sea su colección especial. ¿Esa es la temática que le define como artista?

Joder, ¿eso le gusta?

Miro la pared que contiene las marcas de los cuadros colgados. ¿Es posible que tenga esas fotografías colgadas en la pared?

Un nuevo escalofrío, pero este hace que me tiemblen las piernas.

Busco en mi mente algún recuerdo con Jace que justifique lo que estoy viendo, pero no lo encuentro. De repente, soy consciente de que estoy ante un desconocido.

La oscuridad del salón, solo interrumpida por el frágil destello que emite la diapositiva, empieza a inquietarme.

Resisto.

Media hora después, por fin la pared vuelve a ser blanca y Jace enciende la luz.

Se toma su tiempo en girarse hacia mí o... a lo que queda de mí.

—¿Qué te parece? —me pregunta con la expresión propia de un arqueólogo al encontrar una pieza de tres mil años de antigüedad.

No lo comprendo, se comporta como si me hubiera ofrecido un repertorio de praderas y montañas, pero nada más lejos de la realidad.

Mi mente está yendo muy deprisa, no consigo pararla y eso no es bueno. En estos casos es cuando suelo actuar con impulsividad, pero me contengo y mimo mis palabras.

—¿Eso es lo que te gusta? —consigo decir con una voz entrecortada.

—Sé que pueden impactar un poco, pero así es el arte, así somos los artistas. Este soy yo, Mía. Ahí encuentro inspiración, ese es mi núcleo, mi eje, mi esencia; lo que me define.

Esa confesión no ayuda.

—Di algo —me suplica mientras me acaricia la mano, que está rígida como una piedra.

—Yo...

¿Qué le digo?

—Dime, ¿te ha gustado? —insiste.

—Jace, no sé bien qué decir, confieso que... me ha sorprendido, que esas fotos me... me... han sorprendido.

Me ruborizo al escucharme, pero no soy capaz de decir nada más coherente. Al menos, le he dejado bien claro que ha habido factor sorpresa.

—Vaya, no te ha gustado —me dice mostrando su decepción, no parece muy satisfecho con mi respuesta.

¿Gustado? ¿Esa es la palabra que se le ocurre? No sé si ese verbo es muy adecuado para nuestra conversación.

¿A quién le puede gustar eso, aparte de él?

Se hace un silencio incómodo, pero necesario para que yo salga de mi letargo. Se me cruzan mil cosas por la mente y decido ir al grano.

—Jace, quería decirte que... Prefiero no hablar de fotos, es mejor que... ¿Nos damos un tiempo? Necesito aclararme las ideas.

Con algo más de tiempo y con una mente menos aturdida, habría podido expresarlo de otro modo, pero no ha podido ser. El caso es que no tengo intención de repararlo.

Sus ojos se abren tanto que me asustan. El brillo desaparece de sus ojos, al menos el brillo del entusiasmo, y su expresión se vuelve siniestra.

—¿Estás hablando en serio? —me pregunta frunciendo tanto el ceño que hasta tiene que dolerle.

Asiento con la cabeza.

—No me lo puedo creer —dice levantándose bruscamente del sofá—. ¿Has esperado a que te mostrara mi colección para dejarme? ¿No me lo podías haber dicho antes? Podías haberme dejado hace dos horas.

Guardo silencio intentando reponerme. Siento una imperiosa necesidad de salir corriendo. Espero.

No sé por qué, pero espero. Supongo que forma parte de la absurda situación.

—¡Eres una decepción! —dice sin mirarme.

—¡Vete! —le escucho decir algo lejano mientras cierro la puerta detrás de mí.

Capítulo 1

Mia

Lanzo el bolso sobre la mesa del salón, me quito los zapatos y me acomodo en el sofá al mismo tiempo que llamo a Valerie, mi mejor y única amiga.

—Le he dejado —le confieso en cuanto escucho su voz sintiendo que me tiembla la mano al sujetar el aparato.

—¿A Jace?

—El mismo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con su característica calma.

—¿Es que tiene que pasar algo en concreto? Ha sido el resultado de una larga reflexión en la que...

—Mia, ¿qué ha pasado? —me interrumpe pausando las palabras.

—Que me ha enseñado su colección de fotos.

—¿Esa tan especial?

—Esa.

—¿Esa que llama... «sus tesoros»?

—La misma.

—¿Por fin te la ha mostrado?

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Dices que lo has dejado? ¿Es por las fotos?

—Sí, ellas tienen la culpa.

—¿Quieres hablar de una vez! ¡Me estás poniendo nerviosa! ¿Qué ocurre con esas fotos?

—En esas fotos hay...

—No, no me lo digas —me interrumpe—. ¡Ya lo sé! ¿Mujeres desnudas?

—No.

—¿Hombres?

—No —Se me escapa algo parecido a una sonrisa.

—No, no me lo digas todavía. ¿Fotos de ni... niños desnudos? ¡Dios mío! Es eso, ¿verdad?

¿Tenemos que acudir a la policía?

—No. No es eso —me apresuro a aclararle cuando detecto angustia en su voz.

—¡Ya lo sé! ¡Fotos tuyas! Lleva años haciéndolas. ¡Es un acosador!

—Nooooooooo.

—¿Sexo duro?

—No.

—¿Sangre?

—No.

—Me rindo, habla de una vez.

Guardo silencio unos segundos, todavía me queda algo de humor para mantener el suspense y desesperar a Valerie.

—¡Mia! —me exige alzando la voz.

—Esas fotos... Cuatrocientas sesenta y seis para ser precisa, muestran... cementerios.

Valerie se mantiene callada unos segundos. Entiendo que necesite su tiempo para procesarlo.

—¿Todas eran de cementerios?

—Sí, todas.

—¿Y por eso lo has dejado?

—Valerie... Tú no has visto el brillo de sus ojos cuando las miraba, parecía que estaba contemplando una aparición divina. Mausoleos, ramos de flores marchitas, cruces de mármol, personas arrodilladas frente a una tumba, inscripciones de lápidas... «Elisabeth Smith. 1945-1978. Siempre estarás en nuestro corazón». «Jhon Spencer. 1980-2020. Se marchó dejando un vacío eterno». ¿Sigo?

—¿Conoce a esas personas?

—No, Valerie, son fotos de cientos de cementerios distintos.

—¿A eso le hace fotos?

—Sí, a eso. Eso es arte, ahí hay belleza, pero no todo el mundo sabe verla. Eso es lo que le define como artista... ¡Es así como él lo ha descrito!

—No sé qué decirte, estoy conmocionada. ¿Estás bien?

—A la altura de las circunstancias.

—Define cómo te sientes.

—Valerie... No, no vayas por ahí—le regaño sabiendo que esa palabra es la que utiliza cuando adopta el modo profesional. Valerie es psicóloga.

—Desahógate.

—Necesito desconectar mi cabeza, no quiero seguir dándole vueltas. Solo quería que lo supieras, pero no quiero hablar más del tema.

—Pero... ¿has hablado con él? —sigue preguntándome, dejando claro que ignora lo que acabo de decirle—. Supongo que le habrás preguntado.

—¿Preguntado? ¿El qué? —expulso aire. Me doy cuenta de que, aunque no quiero, Valerie, como siempre, consigue que siga hablando del tema, pero también soy consciente de que lo necesito—. Me ha dejado claro que eso es lo que le gusta. ¿Qué quieres que le pregunte a alguien que lleva doce años, doce, fotografiando cementerios, con sus respectivos elementos decorativos, por todo el mundo?

—No sé, yo...

—¿Qué podía decirle? —la interrumpo. Ya no hay quien me pare—. Algunas de esas fotos eran macabras, tristes... ¡Joder! Si hasta ha hecho fotos de una exhumación. En Rumania. El año pasado. Se tuvo que esconder para que no lo vieran. Y también he contado decenas de ataúdes. Eso es lo que él llama arte y eso es lo que él considera «bello». Me he bloqueado, me he quedado muerta cuando he visto el repertorio. No era capaz de pensar, pero algo me decía que saliera corriendo de allí, y también de su vida.

—Entiendo.

—¿Crees que tenía que haber seguido a su lado para averiguar de dónde viene ese lado...

oscuro? Teníamos un viaje planeado a París. Entre la visita de la Torre Eiffel y los campos Elíseos, podríamos haber hecho una escapadita y visitar un cementerio. Yo... esperando en la puerta a que haga las fotitos y él saliendo al borde de las lágrimas: «Mia, esta es la foto seiscientos cuarenta de mi colección. Me faltaba una tumba con angelitos de colores y acabo de conseguirlo». ¿Me imaginas a mí en esa vida?

—No, no me lo imagino —dice echándose a reír—. Pero... Podías haberle preguntado de dónde viene ese interés.

—No me importa de dónde viene, creo que es mejor no saberlo. Puedo vivir con la duda. Necesitaba salir de allí, me ahogaba y... estaba asustada. Le he dicho que necesitaba tomarme un tiempo y le ha preocupado más que lo dejara después de haber visto su colección que el hecho de que lo dejara. Es evidente que no ha entendido nada.

Valerie se echa a reír y yo me animo a contarle con detalles y algo de humor toda la velada.

—No me lo puedo creer, puedo imaginar tu cara mientras veías las fotos.

—La escena era surrealista. Él, al borde del éxtasis mientras veía su obra, y yo, al borde del desmayo.

—Cementerios... —dice Valerie como si estuviera en medio de una gran reflexión—. Es curioso.

—¿Qué opina la psicóloga al respecto?

—Es imposible saber qué esconde esa afición.

—No me ha parecido una afición, Valerie, más bien una obsesión. Ahí hay algo turbio. ¿Qué clase de persona se excita viendo cementerios?

—No sabes si le excita...

—No le has visto la cara. Tendría que haber mirado en su entrepierna, pero estaba oscuro. Le conozco, al menos para saber un poco de su expresión en modo excitación.

—¿Sabes si Jace ha tenido alguna pérdida traumática en su vida, alguna que...?

—No, su familia está toda viva —le interrumpo impidiendo que entre en un psicoanálisis que no quiero escuchar—. No quiero ni pensar qué va a hacer cuando pierda a alguna persona y tenga que acudir a un cementerio.

—¿Fotos?

Nos echamos a reír las dos a carcajadas por lo absurdo y morboso del comentario, pero era inevitable no ponerle algo de humor.

—Sé que intentas bromear, Mia, pero... sé que estás muy decepcionada.

—Siento que el Jace que conocía no existía. Esas fotos lo han cambiado todo. Me pregunto cuáles eran las que tenía enmarcadas en la pared.

Valerie suelta otra carcajada.

—Su intención —continúo— era no volver a descolgarlas una vez que me mostrara la colección... Valerie, ¿te lo puedes imaginar? Follando en el sofá con esas fotos sobre la cabeza...

—Bueno, en ese caso es mejor mantener los ojos cerrados.

Me echo a reír. Valerie es así, no está bromeando, es que ha encontrado una solución al problema que le he planteado.

—Bromas aparte, siento un escalofrío cuando pienso en nuestros momentos de intimidad.

—Siento que hayas pasado por eso, Mia —me dice volviendo a retomar la conversación en su lado más serio—. Al final tienes que reconocer que salir con alguien que has conocido en esa aplicación cutre de citas no puede acabar bien.

—Valerie, hace seis meses de eso, dónde lo conocí no es importante ahora. Y... hasta esta noche, me parecía un hombre muy normal.

—Vale, pero no repitas.

—No repetiré —le digo con desgana—. Sabes que empezó como una broma, te recuerdo que aquella tarde estábamos muy aburridas. Te recuerdo... que tú estabas implicada.

—Yo no te obligué a salir con él, eso lo decidiste tú solita. Yo solo participé en el juego de registrarnos para ver qué pasaba. De ahí en adelante, fue cosa tuya.

—De acuerdo, pero ¿tenemos que recordar eso ahora?

—No, pero lo que sí quiero es que este asunto no te afecte en tu nuevo trabajo. Empiezas la semana que viene y es muy importante para ti.

—Tranquila, estaré bien. Necesito ese trabajo.

—Es la mejor clínica de Manhattan y sé que van a estar encantados contigo.

—Eso espero, ahora más que nunca necesito mantenerme ocupada. Llevo dos meses inactiva y me está empezando a pasar factura en todos los sentidos.

—¿Te ha llamado...? ¿Cómo se llama? ¿Miller?

—Sí, Miller. No, no me ha vuelto a llamar.

—¿Sigues con la búsqueda?

—Sí, claro, pero soy consciente de que los resultados tardarán en llegar, eso me dijo Miller. No es fácil encontrar una aguja en un pajar.

—¿Cómo está la relación con tu madre?

—Igual. Alguna vez he hablado con mi padre y me ha dicho que está bien. Con eso me basta.

—Quizás cuando Miller te dé información cambien las cosas.

—No lo creo, yo solo quiero información, nada más. Ni busco ni pretendo nada.

Valerie sabe que es un tema delicado y no añade nada más.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, dame tiempo, aún tengo las tumbas incrustadas en la retina.

Valerie se echa a reír y llega la sorpresa.

—Sé que en dos días te lo quitas de la cabeza, no estabas enamorada de él —suelta con total tranquilidad.

—¿Por qué dices que no estaba enamorada? —le pregunto algo confundida.

—Porque no lo estabas, ¿o me vas a decir lo contrario?

—Jace era importante para mí —Me defiendo—. Lo pasábamos bien, nos entreteníamos... Me hacía reír con sus ocurrencias... Me hacía olvidar los problemas. Es la relación más seria que he tenido. Seis meses es todo un récord para mí. La media es de una o dos semanas, ya lo sabes.

—¿Y qué?

—Pues que me gustaba, lo pasábamos bien, ya te lo dicho.

—¿Y qué?

—Que lo que ha ocurrido hoy no tiene nada que ver. Antes de descubrir su lado oscuro me gustaba estar con él.

—¿Y qué?

—¿Te parece poco? ¿Qué más se necesita para enamorarse?

—Sentirlo, Mia, sentirlo. Para enamorarse se necesita... enamorarse.

Vaya, no creo que esa frase pase a la historia, pero logra conmoverme.

Cuando Valerie adopta la actitud de «Vamos a analizarlo todo», y saca la psicóloga que lleva

dentro, suelo aburrirme y protestar, incluso bromear o burlarme cariñosamente de ella, pero en esta ocasión me quedo callada.

Me despido de ella incapaz de pronunciar ni una sola palabra más.

Me dirijo a la ducha a toda prisa y me desnudo por el camino. Necesito agua caliente, algo que cubra mi cerebro y le permita desconectar.

No lo consigo.

El agua caliente relaja mis músculos, pero mi cabeza solo es capaz de reproducir los dichos cementerios.

Hago un esfuerzo y pienso en el trabajo al que me incorporaré en pocos días.

Lo descarto también. Me pone nerviosa pensar en ello, no quiero que nada salga mal.

Pienso en lo que ha dicho Valerie. ¿No he estado enamorada de Jace?

No soy capaz de contestarme. Quizás eso ya sea una respuesta.

¿Por qué no tengo ganas de llorar?

Quizás eso sea otra respuesta.

No voy a volver a ver a Jace. ¿Me afecta?

Más respuestas.

Pienso en la frase que ha pronunciado Valerie: «Para enamorarse solo hace falta enamorarse».

No sé por qué, pero recrear esa frase en mi cabeza... me relaja.

Capítulo 2

Daniel

Un mes después. Nueva York. Manhattan.

Recorro muy despacio el largo pasillo que me separa del vestuario. Lo hago más despacio de lo normal, quizás porque sé que es el último día que acudo a la sesión de rehabilitación.

Me habría gustado celebrarlo de otra forma, no con esta sensación agri dulce. No acabo de estar satisfecho con el resultado. Todavía siento alguna molestia en la pierna e inseguridad al caminar, pero ya nada pueden hacer por mí aquí. Es cuestión de tiempo y de seguir haciendo ejercicio. Eso afirma mi médico y mi fisioterapeuta.

En cualquier caso, ya estoy cansado. Ese maldito accidente ha hecho que mi vida dé un giro muy brusco y necesito recuperarla a toda costa. Maldito el momento en el que me crucé con ese malnacido, con ese desgraciado que se puso al volante después de haber ingerido litros de alcohol...

Prefiero no pensar en ello, bastante tiempo me ha atormentado. Tengo que hablar con Patrick Prestton, mi jefe y amigo, no pienso seguir más tiempo encerrado en la oficina. Necesito dirigir una obra. Por mucho que lo he intentado, no lo he conseguido, pero ahora que estoy a punto de acabar la rehabilitación, ya no puede negarse. No he faltado ni a una sola de las sesiones.

Me pregunto si voy a echar de menos este lugar, pero sé que la respuesta es negativa. No puedo quejarme, he estado en manos de un gran profesional y de la mejor clínica de Nueva York para este tipo de lesiones. Los resultados son visibles, pero después de dos meses encerrado en mi apartamento tras la intervención quirúrgica, cuatro meses de rehabilitación y horas y más horas encerrado en el estudio... necesito hacer un cambio; por mi salud mental.

Cuando llego al vestuario, como cada día, me encuentro con Ash. Es un joven de trece años que también recibe terapia en la clínica.

Apenas hemos hablado, excepto algún que otro comentario, pero me produce ternura. Verlo en esa silla de ruedas me conmueve, aunque sé que está en la última fase de su recuperación. En poco tiempo dejará la silla para desplazarse y volverá a caminar con normalidad.

Un accidente con su monopatín le llevó a pasar por el quirófano en dos ocasiones y a tener que aprender prácticamente a caminar desde cero.

—Hola, Ash.

—Daniel, ¿tú tienes novia?

—Pues... no, no tengo. ¿Y tú?

—Puede que la tenga pronto. Quiero pedirle a una chica que salga conmigo.

—Vaya, eso es estupendo.

—Es muy guapa.

—¡Ajá! —le digo sentándome en el banco de madera frente a él—. ¿Y quién es la

afortunada? ¿Es una compañera de instituto?

—No, ¡qué va! Mis compañeras son unas crías. A mí me gusta Mia Sheldon, mi fisioterapeuta.

Intento evitar que se me escape la risa. No sé si voy a ser capaz de manejar una situación con un adolescente enamorado de su fisioterapeuta, que le dobla la edad.

—Puede que las de tu instituto sean unas crías, pero... esa chica... ¿Cómo dices que se llama? ¿Mia? Te lleva bastantes años, ¿no crees?

—Mis padres se llevan muchos años y están bien. Es que es guapísima, y no tiene novio, ya se lo he preguntado.

Sé a quién se refiere. No he intercambiado con ella más que algún saludo si nos hemos cruzado por las instalaciones de la clínica, pero ha sido suficiente para estar de acuerdo con Ash: es muy guapa.

—¿En qué estás pensando exactamente?

—Se lo voy a decir, le voy a pedir que sea mi novia.

—¿Cuándo?

—Ahora, cuando empecemos la sesión.

—¿Estás seguro? —le pregunto en un intento inconsciente de que recapacite. Es solo un crío y me da pena que se lleve una desilusión.

—Sí, claro que lo estoy. Yo también le gusto, lo sé —me confiesa terminando de atarse los cordones de su zapatilla.

—¿Ah sí? ¿Por qué lo crees?

—He visto cómo me mira, esas cosas se notan.

—Entiendo. ¿Y qué vas a decirle?

—Que si quiere ser mi novia—Me mira fijamente—. Tú tienes pinta de entender bastante del tema, ¿qué le digo?

—¿Yo? Yo no entiendo mucho del tema, nunca le he pedido a nadie que sea mi novia.

—¿Nunca has tenido novia?

—No, no tengo mucha suerte en el amor.

—No te creo.

—Volvamos al tema, no estamos hablando de mí. Si quieres que sea sincero, yo lo meditaría un poco más. Mia te lleva muchos años y... no sé si has pensado que eres menor. No creo que quiera salir con un menor... ¿me entiendes?

—No creo que eso sea un problema. Dentro de dos semanas cumplo catorce.

—Ella es tu fisioterapeuta y... no es profesional tener una relación personal con un paciente. Eso no está permitido —añadí en un último intento de que desistiera.

—No se enterará nadie. Además, ella siempre dice que es mi amiga. Eso es personal.

—Bien, Ash—le digo poniéndome en pie—. Tengo que irme, tengo una sesión. Solo puedo desearte suerte. Después me cuentas cómo te ha ido.

Ash sonríe por primera vez en toda la conversación. Es solo un crío y no puedo dejar de pensar en su inocencia. Yo lo he intentado, pero mi papel termina aquí. Ash parece seguro de lo que quiere hacer y... no es posible hacerle razonar como a un adulto. Espero que esa mujer elija bien las palabras para no herir en exceso su sensibilidad.

Me marcho a la sala de terapia con una sonrisa. Al llegar a la puerta, la tal Mia, la chica que está a punto de recibir una declaración de amor, pasa justo por mi lado.

—¡Hola! —me dice con una cordial sonrisa.

—¡Hola! —le contesto antes de entrar en la sala pensando con cierta compasión en la sorpresa que le espera.

Sí que es guapa, sí. Entiendo que Ash se haya colado por ella.

Todo esto me hace pensar en lo que me ha preguntado Ash referente a si tenía novia.

Muchas aventuras, pero nada que se prolongue en el tiempo más allá de unos pocos encuentros. Me digo siguiendo el hilo de mi inusual planteamiento.

Mi madre suele bromear mucho con ese tema. Me atemoriza con frecuencia asegurándome que alguna vez habrá alguien que me haga perder el juicio.

Sé que eso es lo que a ella le gustaría. Adoro a mi madre y haría cualquier cosa por ella, pero en esto me temo que no la voy a poder complacer. Me conozco y me resulta inconcebible creer que pueda perder el juicio por nadie. No me entra en la cabeza que eso pueda pasar, al menos no en muchísimos años.

Capítulo 3

Daniel

Mi última sesión ha llegado a su fin. Mientras me encamino hacia la salida de la clínica, Ash invade mi mente, y me apresuro en recorrer los pasillos con la esperanza de localizarlo. Sé que su declaración no habrá tenido el final que él esperaba, pero quiero asegurarme de que se encuentra bien. Aunque no hemos tenido una relación estrecha, me sigue inspirando ternura.

Con determinación, me encamino hacia la sala donde creo que tengo más probabilidades de encontrarlo. Al llegar, me asomo discretamente al visor en forma de ojo de buey que hay en la puerta.

Localizo a Ash al instante. Está sentado en su silla, con la mirada clavada en el suelo, mientras su fisioterapeuta parece comunicarle algo con mucha agitación. Es evidente que está enfadada. Alza los brazos y luego señala a Ash con un dedo que mueve en señal de negación. Algo en esa escena parece estar fuera de lugar. ¿Qué está pasando?

No suelo llevarme por mis impulsos, suelo pensar antes de actuar, pero, en este caso, abro la puerta sin pensarlo más. Ambos se giran hacia mí, sorprendidos por mi intromisión. Ash parece preocupado, pero algo me dice que mi presencia le agrada.

—¿Desea algo? —me pregunta ella sorprendida de la interrupción. Tiene el rostro congelado y se está esforzando por suavizarlo.

—Solo quería asegurarme de que Ash se encuentra bien —Miro a Ash ignorándola a ella.

Ash levanta ligeramente los hombros y vuelve a clavar la mirada en el suelo.

Me da pena verlo en ese estado.

—Disculpe, usted es... —comenta ella.

Me acerco despacio. Ella me está mirando fijamente y yo a Ash, que niega ligeramente con la cabeza. Está claro que algo ha salido mal. Interpreto lo que está pasando y, una vez más sin pensarlo, decido intervenir.

—Soy amigo de Ash. Parecía muy alterada...

—Perdón, no le entiendo —me dice adoptando una pose altiva que me molesta.

—La he visto desde fuera y no me ha gustado la forma en la que se estaba dirigiendo a Ash. ¡No es necesario! Es muy joven, supongo que ya se ha dado cuenta.

Al decir estas palabras, por un momento, pienso que estoy traspasando una línea, pero la pequeña sonrisa de Ash me hace sentir que no me he equivocado.

—No sé qué es lo que ha visto, pero usted no sabe de qué...

—Sí, sí que lo sé —interrogo a Ash con la mirada y él asiente con la cabeza.

—¿Lo sabe? —me pregunta cruzándose de brazos.

—Sí, Ash y yo hemos hablado antes. Me ha contado sus intenciones. ¿No es así, Ash?

Ash sonríe de nuevo. Me conmueve, debe sentirse respaldado. Ella mira a Ash y lo atraviesa con la mirada.

—¿Estamos hablando de lo mismo, Ash? —le pregunta con dureza.

¡Qué mujer más antipática!

Ash asiente con algo más de seguridad. Ha perdido la expresión de tristeza.

—¿Y a usted le parece bien? —me pregunta ella— ¿Le ha animado a hacerlo?

Su tono es tan irónico que me retumba en la cabeza.

—A mí me parece que es joven, solo eso. No tiene importancia, basta con aclararle que no puede ser, pero con un poco de amabilidad si es posible. No tiene por qué echarle una bronca como estaba haciendo. Son cosas de la edad.

Ella se queda con la boca ligeramente abierta.

—Ash, ya hemos terminado. Ya hablaremos.

—¿Se marcha? —le pregunto molesto al ver que tiene pensado dejarme prácticamente con la palabra en la boca—. Está claro que no le interesa lo que le estoy diciendo.

—Oiga, es mejor que me marche. Si tiene algún problema, puede presentar una queja —me dice desafiante dirigiéndose a la salida.

—Lo haré, que no le quepa la menor duda.

Se detiene y se gira para mirarme, pero pronto reanuda el paso. Cierra la puerta a salir.

—¿Estás bien?

—Sí, esa tía es una pringada.

—Parece que tu declaración no le ha gustado.

—No le he dicho nada de eso. He estado pensando que no quería que fuera mi novia, me apetecía más tocarle el culo y las tetas, y lo he hecho. Varias veces —Se echa a reír—. Se ha enfadado...

En ese instante, puedo sentir la dureza del suelo, me he quedado clavado.

—Qué has hecho, ¿qué? —le pregunto indignado. La expresión de Ash ha cambiado, ya no hay ni un solo indicio de esa tristeza e inocencia. ¿Son imaginaciones mías o hay un destello de superioridad en su mirada?

—¿Por qué has hecho eso? —Subo el tono de voz sin darme cuenta—. Yo... Yo pensaba que estabais hablando de... pero ¿en qué estabas pensando? —le digo más indignado todavía.

Me siento ridículo. He intervenido en esa escena sin que tuviera sentido alguno. Ahora entiendo la sorpresa de ella. «¿Y usted estaba de acuerdo?». ¿Por qué tengo ganas de estrangular a esa criatura?

—Yo estaba hablando de otra cosa... ¡Qué estúpido he sido! ¿Te has divertido?

—Sí, ha sido gracioso.

—¿Gracioso? Pero ¿dónde tienes tú la cabeza? ¿Te parece normal hacer lo...?

—Tengo que irme —me interrumpe acomodándose en la silla.

—No, de eso nada, no vas a ninguna parte. Ahora mismo vamos a ir a buscar a... Mia, y le vas a pedir perdón.

—Paso de los dos.

—No, no pasas. Tienes un gran problema, chaval. No sé qué te ha hecho creer que puedes hacer algo así, pero ya eres grandecito para entender lo que es el respeto. No puedes ir tocándole a...

—Ya te he dicho que paso de ti, me voy al vestuario. Si quieres disculparte, hazlo tú.

Me quedo aquí plantado mientras lo veo alejarse. Me gustaría ir detrás de él y decirle cuatro cosas, pero algo me dice que no lo haga. Mi papel termina aquí. Es evidente que no soy yo quién debe ocuparse de su educación.

Salgo de la sala con la única intención de disculparme con esa mujer. Ha sido un malentendido, ni ella ni yo hablábamos de lo mismo. Al final solo ha sido un juego de palabras que Ash observaba mientras se divertía.

¡Qué vergüenza! Ha debido creer que yo he animado a Ash para que le toque el culo...

No sé dónde puedo encontrarla. En los cuatro meses que he estado acudiendo diariamente a la clínica, apenas la he visto más de cuatro o cinco veces.

Decido preguntarle a Alice, la recepcionista de la clínica.

—Disculpa, Alice...

—¿Ya has terminado? El tiempo pasa volando. Hoy ha sido tu última sesión, ¿cierto?

—Sí, así es. Esto... Alice, serías tan amable de indicarme dónde puedo hablar con... Mía. Necesito comentarle algo.

—¿Mia Sheldon? —me pregunta muy sorprendida.

—Sí, supongo que es ella. Me refiero a la terapeuta de Ash.

—Sí, es ella. Se ha marchado hace unos minutos. ¿Puedo ayudarte yo?

—No, no te preocupes. Tengo que consultarle algo. ¿Mañana estará?

—Sí, todo el día.

Parece sorprendida y dispuesta a obtener más información, pero me niego a saciar su curiosidad.

Cuando me separo de la amplia mesa de recepción dispuesto a marcharme, me comenta:

—Mañana tendré listo el dossier y los vídeos que te ha preparado Michael. ¿Prefieres que te los haga llegar a tu domicilio o recogerlos aquí?

—Vendré a buscarlos mañana por la tarde —le digo pensando en la conversación que tengo pendiente con Mia Sheldon.

Capítulo 4

Mia

El tráfico en Manhattan es una tortura de bocinas y frenazos que amenaza con hacerme perder el poco sentido común que hoy me queda. Mientras piso con firmeza el pedal del acelerador miro de reojo el reloj. No puedo llegar tarde hoy. Mi supervisora me ha enviado un mensaje para que me reúna con ella media hora antes de la primera sesión.

Tras sortear todo tipo de obstáculos, llego a la clínica respirando algo más aliviada. El aparcamiento está repleto, como de costumbre, y tengo que dar varias vueltas antes de encontrar un lugar donde dejar mi recién estrenado coche.

Es pequeño, es funcional, es una ganga y... es de un color azul que me tiene enamorada.

Cuando finalmente entro en la clínica, me cruzo con algunos pacientes y colegas en el pasillo. Intercambiamos un cordial saludo. Apenas los conozco, solo llevo veinticinco días trabajando en la clínica.

Mientras avanzo por uno de los pasillos más largos, pienso en que fue una suerte no poder hablar ayer con mi supervisora, tras el incidente con Ash. Estaba tan enfadada, que no habría sabido exponer con acierto lo ocurrido. He tenido tiempo de reflexionar y saber lo que quiero exponerle.

Siempre he tenido una sensación extraña con ese niño, como si me desafiara constantemente, pero de forma silenciosa. Pero nunca me habría imaginado que se iba a comportar de esa manera.

Prefiero no pensar en ello. Solo espero que no me lo asignen como paciente y que mi supervisora se haga cargo de este asunto. Hace dos días me dijo que estaba muy contenta con mi trabajo y me felicitó varias veces. Eso me da confianza.

Ese niño solo tiene trece años, pero... ayer cruzó una línea y no pienso tolerarlo. Va por muy mal camino si sigue comportándose de esa manera. Me niego a seguir tratándolo. Es evidente que hay algún problema, pero yo soy su fisioterapeuta no su psicóloga.

Y el caso es que... sus padres son encantadores.

¿Y su amigo? El paciente de Michael, el estirado ese...

Ese tema me indigna todavía más. ¿Pero cómo no se va a comportar así el niño si ese hombre le apoya y le anima a hacerlo?

«No tiene importancia. Son cosas de la edad», recuerdo sus palabras.

Por suerte ya he llegado al despacho. Pensar en ese instante me enerva.

Respiro profundamente y golpeo suavemente la puerta. Escucho su voz invitándome a entrar

y lo hago decidida y dispuesta a exponerle mi problema.

Me encuentro con un rostro serio y una mirada que no me acaba de gustar.

Me saltan todas las alarmas y me acerco a la silla donde me ha invitado a sentarme con algo de recelo.

—¿Cómo estás? —me pregunta nada más sentarme.

—Bien, gracias, pero hay un asunto que...

—Mia, siento comunicarte que no puedes seguir trabajando en la clínica. No has superado la prueba inicial previa a tu contrato definitivo.

Me recorre un escalofrío y me pregunto si he entendido sus palabras. ¿Me está despidiendo?

—¿Qué? —logro decir con el ceño tan fruncido que me impide ver con claridad.

—No es una decisión mía, sino del señor Evenhart.

—Pero... hace dos días, usted me dijo que estaba contenta con mi trabajo. No lo entiendo.

—Mia, como te he dicho, no es una decisión mía.

—¿Y cuál es el motivo? Si no es decisión suya, aún lo comprendo menos porque al señor Evenhart solo lo he tratado una vez, el día de mi entrevista.

Fija la mirada en la pantalla que tiene a su derecha y me vuelve a mirar fijamente.

—Lo siento, Mia. Aquí está la carta en la que...

—¿Tiene que ver con lo que pasó ayer? Porque si es así...

—¿Qué pasó ayer? —me pregunta con mucha calma. Sé que tiene relación y que ella conoce el asunto, pero no consigo entenderlo.

—El incidente con ese niño, Ash Pendleton. Ayer intenté hablar con usted para explicarle lo ocurrido, pero no se encontraba en la clínica. Ese niño...

—Mia... Han presentado quejas a Evenhart directamente.

—¿Quejas? ¿Qué quejas? La que se tiene que quejar soy yo.

La imagen del amigo de Ash inunda mi mente. Ya sé de dónde proceden las quejas, pero sigo sin entender el peso que pueden tener y, mucho menos el sentido.

—Mia, no puedo hacer nada para ayudarte.

Por un momento, me había parecido dispuesta a profundizar en el tema, pero me he equivocado. Su actitud es fría.

No pienso irme sin más. Aquello es tan injusto que no me conformo con esa escueta explicación.

—No sé quién se ha quejado ni los motivos. Ayer, como le he intentado explicar...

—No quiero seguir en esa línea, Mia... Debes revisar la carta de despido y firmarla.

—Lo mínimo que puede hacer es escucharme, porque yo también tengo algo que decir. No necesito que me vuelva a decir que no he superado el periodo de prueba, ya lo he entendido. Y lo acepto. Si no lo he superado, no lo he superado. Pero, al menos, podía darme los motivos. Yo lo único que sé es que ayer ese niño se abalanzó sobre mí y me tocó el pecho y el... trasero, varias veces. Y le aseguro que no era un acto inocente, no parecía arrepentido, sabía muy bien lo que hacía. Eso es lo que pasó, así que no entiendo quién se ha quejado. ¿Su amigo? ¿Ese hombre que me recriminó que le regañara y que, al parecer, le animó a que lo hiciera? No entiendo nada. He venido con la intención de contárselo para que actuara, pero lo que menos me esperaba era que me despidieran.

Me levanto al ver que guarda silencio.

—Tienes que revisar la carta de despido y firmar en concepto de entrega. Te enviaremos

toda la documentación y...

Su voz se me hace lejana, ya no puedo escuchar lo que dice. Solo necesito leer rápidamente este maldito documento para firmarlo y poder salir de aquí.

Tardo poco en hacerlo. Firmo y me dirijo a la salida.

—Mia, la persona que se ha quejado es una persona muy cercana al señor Evenhart. Si te sirve de algo, yo estaba contenta con tu trabajo.

Ni me molesto en contestarle. Podría decirle que no me sirve de nada, pero no merece la pena.

¿Así que el imbécil ese es íntimo amigo del dueño de la clínica?

O sea que, ese hombre se queja a Evenhart de que yo estaba echándole la bronca a Ash y este me despide.

Recuerdo que ayer me dijo que iba a presentar quejas cuando yo se lo sugerí...

¿Hay algo más absurdo e injusto?

¿Le habrá explicado ese hombre a Evenhart por qué le estaba regañando? Claro que, si ese hombre le había animado a tocarme el culo, poco puedo esperar.

Ha sido todo muy rápido. Ayer por la tarde, me marché indignada por lo ocurrido y... hoy, ni siquiera veinticuatro horas después, ya está formalizado mi despido.

En esta historia yo soy la víctima y me siento humillada. ¿Es posible que el mundo funcione así?

¿Pierdo mi trabajo porque a un imbécil le parece mal que riña a un paciente, por joven que sea, por tocarme el culo y el pecho? ¿Tanta influencia ejerce sobre Evenhart? ¡A saber qué le ha contado!

Y ni siquiera me han dado la oportunidad de explicar lo sucedido. Acusación y sentencia.

Me dirijo al vestuario con el guarda de seguridad pisándome los talones.

—Voy a recoger algunas cosas que tengo en mi armario.

Asiente con la cabeza y me espera fuera, sin perderme de vista.

En ese momento entra Madison, una compañera. Es la única compañera con la que he mantenido más conversaciones. Entendiendo por «conversaciones» escuchar sus comentarios sobre todo lo que ocurre en la clínica y no es visible al ojo humano. Está al corriente de todo y de todos, pero no parece estarlo acerca de mi despido.

Se dirige a su armario mientras me sonrío y me cuenta los problemas que ha tenido esta mañana para poder prepararse un café con la cafetera que le regaló su madre y... bla, bla, bla...

Una idea me pasa por la cabeza. Es fugaz, pero no dispongo de tiempo para pensarla demasiado. Necesito información y ella es la más indicada.

—Madison, ¿puedo preguntarte algo? —le susurro para evitar que el guarda, que sigue en la puerta, me escuche.

—Sí, claro. ¿Qué te pasa? Pareces muy acalorada.

—Estoy bien. Tú... ¿Sabes quién es ese hombre que... es amigo de Ash, el niño que es mi paciente?

—¿Amigo de Ash? No sé a quién te refieres.

—Creo que es paciente de Michael. Es alto, moreno, con el pelo algo ondulado, ojos azules...

Yo misma me sorprendo de la precisión con la que lo he descrito.

Madison se echa a reír.

—Te refieres a Daniel Sterling. Es guapo, ¿eh?

—¿Qué sabes de él? —le pregunto sin pudor. Ya no tengo nada que perder.

—Es... —Se echa a reír de nuevo—. Es ingeniero, trabaja en un estudio importante, según tengo entendido, creo que se llama Prestton&Cover, en el Metropolitan Tower... ¿O era en el Empire?

Estoy impresionada por toda la información que tiene. Intuía que estaba al corriente de todo, pero no con tanta precisión.

—¿Es familiar de nuestro jefe?

—Su padre, o su jefe, no lo sé bien, es amigo íntimo de Evenhart. Eso he oído. ¿Por qué me preguntas por él? ¿Te gusta? Ten cuidado, Mia, aquí son muy estrictos con...

—No —me apresuro a interrumpirla. Solo pensar lo que ella está insinuando me revuelve el estómago—, claro que no, solo tengo curiosidad. Tengo que irme, Madison.

Dudo si debo o no decirle que me han despedido, pero no me siento con fuerzas para enfrentarme a su sorpresa, si es que lo desconoce, a sus preguntas o a lo que sea que necesite para saciar su curiosidad.

Me dirijo decidida a la salida tras entregarle al guarda la tarjeta de mi armario. Estoy deseando abandonar la clínica.

Saludo a Alice con la mano, pero ella llama mi atención para informarme de que se pondrá en contacto conmigo para acabar de formalizar el trámite del «fin del periodo de prueba».

¿Periodo de prueba?

Es un maldito despido.

Despedida.

Mientras recreo esa palabra en mi mente, soy consciente en toda su plenitud y siento ganas de llorar, pero me contengo, sé que lo haré después, con calma, en mi apartamento.

Será cuando me sienta libre de dar rienda suelta a mi frustración y a mi rabia, no en plena calle.

Será cuando empiece a preguntarme qué voy a hacer mañana.

Será cuando lidie con la frustración y la decepción.

Será cuando empiece a sentir lástima de mí misma.

Será cuando me canse de maldecir a ese impresentable que se ha cruzado en mi camino.

Capítulo 5

Mia

Miro de reojo mi teléfono móvil cuando escucho el sonido de un mensaje. Cuando llego al siguiente semáforo, que dura setenta y cinco segundos, me apodero de él con la esperanza de que se trate de alguna buena noticia, o de cualquier tipo de noticia que consiga animarme un poco.

Leo el nombre de Jace en la pantalla. Siento una mezcla de curiosidad y rechazo. ¿Qué narices quiere? Puede que me invite a visitar un cementerio.

No lo he visto desde el día en que rompimos, hace un mes.

En mi apartamento hay un cepillo de dientes tuyo.

O vienes a buscarlo en los próximos días o lo tiro a la basura.

El semáforo me permite leerlo dos veces más y soltar una carcajada. Si he tenido alguna duda con respecto a la ruptura, en este momento desaparece por completo.

Estoy tentada a contestarle, pero desisto. Tendré que vivir con el hecho de que lo tire a la basura.

Sonrío de mi propia ocurrencia. Algo de humor me queda todavía.

Por fin, el semáforo me regala la luz verde. Avanzo por las calles de Manhattan en medio del dichoso caos del tráfico.

Hace unos minutos que he acabado una entrevista de trabajo en la que he calculado, en un recuento rápido, que había unas veinte personas más optando al mismo puesto. Mi esperanza, que la tenía, se ha difuminado. Seguro que entre todos aquellos candidatos había alguien con más experiencia, más idiomas, más encanto, más manos, más piernas... ¡Una decepción!

Voy a tener que darle la razón a Valerie. Si no acepto que su padre me recomiende en alguna clínica, no voy a encontrar trabajo. Estoy en esa fase en la que aún lucho por conseguir trabajo por mí misma, como en la última clínica, aunque de poco me ha servido. Puede que más adelante me plantee pedirle ayuda, pero todavía no lo voy a hacer: solo hace cuatro días que me despidieron.

Siguiente semáforo. Toca seguir pensando.

Esta vez es el turno de mi madre.

Seguimos distantes como siempre. No importa las vueltas que le dé al tema, he llegado a la conclusión de que siempre habrá una barrera entre nosotras. Es mejor que no vuelva a intentar hablar con ella, las palabras se convierten en espinas muy dolorosas en nuestras conversaciones.

Un tema menos.

Aún queda semáforo.

Ahora le toca a Miller. Me ha llamado esta mañana para decirme que sigue sin noticias. No esperaba que resolviera el enigma en unos días, pero en los últimos dos meses no ha avanzado nada.

¿Descubriré algún día su identidad?

El semáforo vuelve a ser de color verde. Se acabaron los temas, pero no me resulta tan fácil desconectar: sigo distraída.

No debería pensar en tantas cosas cuando conduzco. Es lo que me digo para volver a centrarme en la carretera.

Avanzo pocos metros cuando me veo obligada a frenar bruscamente. Otro atasco.

Cuando observo la larga hilera de vehículos me desespero. Mi humor empeora y maldigo contra todo lo que me viene a la cabeza. Hoy no ha sido un buen día, ni la última semana tampoco.

Tomo la decisión de abandonar esa larga hilera en el siguiente cruce. Voy a cambiar la ruta. Es más larga, pero me permitirá avanzar.

Veinte minutos después, giro a la derecha y cruzo el carril paralelo para adentrarme en una calle más estrecha, pero... algo ha salido mal.

Escucho un estruendo que me sacude cuando mi coche choca con la parte lateral delantera de otro vehículo. El sonido metálico retumba en mis oídos y el impacto me hace impulsarme hacia delante notando el impacto del cinturón que detiene mi avance. Mi corazón late con tanta fuerza que temo que se me salga por la boca. Estoy sudando, confundida y sin saber bien qué hacer. Pero estoy bien, bastante intacta.

¿Qué ha pasado? ¿De dónde ha salido ese otro coche?

Consigo localizar al conductor. A simple vista parece ileso. Observo cómo se abre la puerta lentamente y se baja del coche. Yo debería hacer lo mismo, pero sigo demasiado confundida.

Gracias a la forma en que me he atravesado y desplazado, el resto de vehículos encuentra una forma de esquivarnos. Eso me hace respirar tranquila.

Abro la puerta para bajarme cuando lo que observo hace que me detenga.

¡No me lo puedo creer!

¡No es posible!

Es el impresentable de la clínica, el amigo de Ash, el que dio las quejas.

Mis manos tiemblan mientras intento salir y mis piernas parecen de mantequilla, pero finalmente lo consigo.

¿Qué le pasa a mi suerte?

No puede ser casual que haya chocado con él.

¿Qué está pasando?

Cuando consigo reaccionar algo más, avanzo hacia él, que está tan sorprendido como yo, a juzgar por su expresión.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me dice completamente fuera de sí. Tiene el rostro desencajado y está tan rojo que parece que va a estallar en cualquier momento—. ¿Te parece que el semáforo está de adorno?

—¿Semáforo? —Alzo la voz yo también impresionada de haber sido capaz de pronunciar una sola palabra—. ¿Qué semáforo?

Busco el objeto en cuestión. Quiero que me trague la tierra cuando descubro la existencia de uno, pequeñito, que, obviamente no he visto.

—No me lo puedo creer —Se lamenta mientras da pasos en círculo.

Parece que cuando se siente más calmado decide evaluar los daños de su vehículo. Yo sigo algo conmocionada, sobre todo cuando evalúo los daños del mío.

El suyo apenas tiene un pequeño roce en el lateral y una grieta en el faro por lo que puedo ver desde la corta distancia que me separa de él, en cambio, el mío ha sufrido mucho más. El parachoques está descolgado, el faro derecho hundido, el retrovisor de la puerta colgando de un cable, y un buen boyo en la esquina delantera.

Se acerca a curiosear para ver mis daños, los del vehículo, los personales ni siquiera se ha molestado en preguntarlos. Estoy bien, pero, antes de gritar, podía haber preguntado.

—¿Qué forma de conducir es esa? ¿Es que eres nueva? Si no llego a reaccionar a tiempo habría sido mucho más grave.

—Pero has reaccionado, así que no hay que quejarse por lo que no ha pasado. Y... no he sido yo quien se ha saltado el semáforo.

No sé por qué he dicho eso, probablemente es una consecuencia de la conmoción, pero también un deseo de no darle la razón a ese imbécil.

—Pero ¿qué estás diciendo? No sabías ni que había un semáforo y ahora me dices que me lo he saltado yo.

—Yo no lo sabía, pero lo he pasado en verde.

¿De verdad he dicho eso?

Me enfrento a varios curiosos que se acercan y deciden que podemos ser un tema de interés para sus redes sociales, a juzgar por la manera en que alzan sus móviles. ¿Es que la gente tiene que sacar provecho de cualquier cosa?

De repente, me pregunto si no me ha reconocido, ya que no ha hecho ninguna alusión a ello. Me parece improbable, seguramente ha decidido no comentarlo, igual que yo.

Noto algo en mi labio. Me paso la lengua y noto el sabor de la sangre. He debido mordirme con la impresión.

—¿Estás bien?

Lo miro sorprendida.

—¿Bien? ¿Cómo coño quieres que esté bien? —Esa pregunta ha hecho que pierda los nervios—. Acabo de chocarme contigo, con el gilipollas que hizo que me despidieran hace dos días. ¿Es casualidad? ¿O es que no tenías bastante con que me despidieran y has provocado esto?

—¿Despedido? ¿Qué yo he hecho que te despidan? ¿De qué estás hablando? ¿Qué yo he provocado esto? ¡Esto es increíble!

Miro a mi alrededor. Los curiosos, los coches dañados, ese imbécil...

Mi cabeza es un hervidero de ideas, no sé qué hacer, no sé qué decir. Estoy tan saturada...

—Me marchó, no soporto estar aquí.

—¿Cómo? Tenemos que tramitar los documentos.

Recojo el parachoques del suelo y tiro del retrovisor. Los introduzco en el asiento trasero y doy la vuelta para subirme al coche.

Antes de entrar, él se coloca delante de la puerta con unos papeles en la mano.

—Acabemos con esto para que tu aseguradora pueda ocuparse de los daños de mi coche.

—Y la tuya de los míos.

—Esto no funciona así, la culpa la tienes tú. Supongo que tienes el coche asegurado...

Hasta ese momento, creo que todavía podría haber llegado a razonar, pero su sonrisa de satisfacción hace que cierre la puerta con rapidez y ponga el coche en marcha ante su expresión de perplejidad.

El coche responde, para mi alivio, y me alejo de él.

Sigue en el mismo sitio cuando vuelvo a mirar, a través del espejo, unos segundos después.

Estoy tan nerviosa, tan frustrada y consternada que no consigo pensar con claridad. Detengo el coche en cuanto puedo.

Me dedico unos minutos a recuperar la calma.

Respiro profundamente y emprendo la marcha unos minutos después.

Cuando llego a mi apartamento llamo a Valerie para contarle lo ocurrido.

No me lleva mucho tiempo ponerla al corriente.

—Estoy alucinando con lo que me estás diciendo —me susurra Valerie.

—Sí, es mucha casualidad, yo también estoy alucinando.

—No me refiero a eso, Mia, sino a que te hayas marchado sin firmar ningún acuerdo amistoso. ¿Tú eres consciente de lo que has hecho? Mia, te acabas de meter en un buen lío.

Capítulo 6

Daniel

Dos semanas después. Manhattan. Nueva York.

Consulto mi reloj por tercera en vez en un minuto. La sala de espera está vacía, lo que me permite gesticular con libertad y resoplar todas las veces que me viene en gana, que son muchas.

Si hubiera acudido a esta cita con menos antelación, la espera no se me haría tan larga, pero, por alguna razón que desconozco, he creído que sería una buena idea intentar hablar con Mia Sheldon cuando salga del despacho en el que se encuentra.

Me encuentro en la sala de espera de las oficinas de la compañía de seguros en la que ella tiene contratada su póliza de automóvil. ¡Por fin hemos llegado a un acuerdo! Dos semanas perdidas para que hagamos el mismo trámite que podríamos haber hecho el día del accidente. Si no hubiera sido tan irresponsable, este asunto se habría solucionado de una forma rápida y sin mayor complicación.

Nos han convocado a ambos, por separado, para formalizar el trámite, después de que su aseguradora y la mía llegaran a un acuerdo.

Por fin, escucho el sonido de la puerta al abrirse. Espero que podamos intercambiar unas palabras cordiales. Este asunto, junto con el de la clínica me han descolocado mucho y han hecho que no pueda apartarlo de mi cabeza.

Mia pasa por delante de mí y me mira fijamente sin perder el paso. El odio que hay en su mirada hace que me estremezca. Camina de forma altiva y su rostro está congelado.

Esa mirada no es lo único que me impide decirle algo, sino el hecho de que vaya acompañada de un hombre.

—Señor Sterling, enseguida estoy con usted —me dice mirando su reloj de pulsera.

Así que ese es el hombre que me ha citado...

Mia mantiene su mirada cargada de «buenos deseos» hasta que gira al final del pasillo y desaparece de mi vista.

Me deja un sabor amargo, el mismo que tengo siempre que me encuentro con ella: en la clínica, en el lugar del accidente...

¿A que viene esa mirada? ¿Acaso me responsabiliza de algo? No es culpa mía que se saltara un semáforo, ni que huyera del lugar del accidente sin aportar ningún dato que la identificara. No es culpa mía que se negara a firmar un parte de accidente amistoso. Tampoco es culpa mía que, tras su huida, apareciera la policía.

No fui yo quién recurrió a ellos, sino una de las personas que se acercaron para curiosear. Esa misma persona aportó unas fotografías donde aparece claramente la posición de los vehículos y el claro responsable del accidente. También la matrícula de su coche, por lo que

identificarla no resultó un problema.

Me paseo por la sala de espera para intentar calmarme. Y lo hago diciéndome a mí mismo que por fin se va a terminar este asunto. Por fin voy a firmar la conformidad para que su compañía se haga cargo de los daños de mi vehículo, que son mínimos. Es así de sencillo, por eso no dejo de preguntarme si no habría sido más fácil haberlo formalizado el día del accidente.

¿Por qué se me marchó de esa manera? ¿No sabía que eso solo puede acarrear problemas?

Claro que, no la conozco de nada, puede que esté intentando atribuirle una sensatez de la que carece.

Y esa mirada...

¿También me culpa de su despido? Eso es lo de lo que me acusó en el accidente. ¿Yo? ¿Su despido?

Al día siguiente del incidente con Ash, tras no poder hablar con ella para disculparme, volví a la clínica con el único propósito de volver a intentar disculparme con ella por el malentendido, pero me dijeron que ya no trabajaba en la clínica.

Por supuesto, no pedí más información consciente de que no me la iban a proporcionar, pero me sorprendió. ¿Se marchó ella a causa del incidente con el crío? Eso es lo que me pregunté en el momento, pero el día del accidente me dejó claro que se había tratado de un despido.

¿Por qué me acusó de tener yo la culpa?

Este asunto acumula un despropósito detrás de otro. Y... sigo preguntándome de qué soy culpable y por qué me ha mirado de esa forma, con ese odio, igual que en el accidente.

Hoy he sabido que le han retirado el permiso de conducir por un periodo de seis meses, pero no es algo en lo que yo haya intervenido ya que yo no interpuse ninguna denuncia. Esa retirada se debe a una causa paralela que cursó la policía por abandono del lugar del accidente sin identificarse.

Es cierto que, de no haber aparecido la policía yo no habría llevado este asunto por vía alguna. Me habría limitado a reparar mis daños, pero con su intervención todo ha cambiado.

¿Yo soy culpable?

A medida que voy analizando el tema, me voy dando cuenta del poco sentido que tiene, pero no el asunto en sí, sino que yo esté dándole vueltas, como si a mí me importara.

Molesto conmigo mismo me enfrento, agradecido de la interrupción, con el hombre que me sonríe y me invita con la mano a seguirle.

Entramos en su despacho y... solo quince minutos después salgo aliviado de haber acabado con ese maldito tema.

Veinte minutos después, tras bajarme del taxi, me encuentro en la cafetería de la planta baja del estudio en el que trabajo, con mi amigo Julien, también mi compañero de trabajo.

En realidad, es más que un amigo. Podría considerarlo mi hermano ya que ha formado parte de mi pequeña familia, la que conformamos mi madre y yo, desde que éramos adolescentes.

—¿Has venido en taxi? —me pregunta nada más sentarme frente a él.

—Sí, ¿por qué?

—Supongo que no tienes ningún... trauma a la hora de conducir.

—¿Trauma?

—El día que te accidentaste con esa mujer era el primer día que conducías tu coche, después del otro accidente.

—¿Y qué?

—Que espero que eso no te haya afectado.

—Julien, no vayas en esa dirección. Lo que estás insinuando es una estupidez. No tengo ningún problema.

—¿Y por qué has venido en taxi?

—Porque mi coche está en el taller mecánico.

Cuando se da cuenta, se echa a reír. No me sorprende, Julien es algo despistado.

—De acuerdo, no lo había pensado, pero... ¿tanto tiempo en el taller?

—Es una reparación pequeña, pero han tenido algún problema con el color de la pintura... Mañana estará listo.

—Tienes otro coche, uno pequeño.

—Julien, deja de interrogarme y cuestionar por qué utilizo un taxi para venir aquí. Te aseguro que no tengo «traumas». Me costó volver a subirme al coche, pero no por tener un problema, sino porque el dolor en la pierna me impedía hacerlo. Y... mi coche pequeño tiene una nueva dueña: mi madre. ¿Aclarado?

Julien sonríe satisfecho. Es mi amigo, sé que se preocupa por mí, pero, desde el accidente ha adoptado una actitud paternal que me saca de quicio.

—¿Todo solucionado? —me pregunta refiriéndose a la visita a la aseguradora.

—Sí, ya está todo arreglado.

—¿Por qué se marchó esa mujer? No ha ganado nada con ello.

—No, excepto hacernos perder el tiempo, pero... debió ponerse nerviosa, no lo sé.

Julien no sabe que la mujer del accidente es la misma con la que tuve el incidente en la clínica por culpa de Ash. Conoce ambos sucesos, con detalles, pero no que sean la misma persona. Por alguna razón que no me apetece analizar he evitado comentárselo, seguramente porque no me apetece dar explicaciones para lo que yo tampoco tengo respuesta. Son casualidades que... cuesta explicar.

Además, si hay algún tema que puede provocar que me haga más preguntas de la cuenta, lo evito.

—Quiero que me ayudes a convencer a Patrick de que me dé una obra de una vez por todas —le suelto cambiando de tema desesperadamente.

—¿Yo? ¿Quieres que yo convenza al mismísimo Patrick Preston de algo? Como si no lo conocieras...

Estamos hablando de nuestro jefe y amigo, aunque últimamente también se ha sumado a ser una especie de padre.

Ambos se han volcado conmigo desde el accidente que me retiró de mi vida por un tiempo y... estoy agradecido, pero me resulta pesado que, en ocasiones, me traten como si fuera un adolescente.

A Julien se lo puedo aceptar, solo me «molesta» de vez en cuando, pero Patrick tiene la potestad de decidir sobre mi trabajo, y eso me afecta mucho más.

—No puedo seguir en el despacho —le confieso buscando su comprensión—. No quiero más proyectos sobre papel, necesito una obra *in situ*. No puedo más, Julien. Llevo seis meses con mi vida ralentizada por culpa de ese maldito accidente y necesito volver a ser yo. Mi pierna está bien, solo unas molestias, pero no me impiden hacer nada.

—¿Por qué no lo hablas con él?

—Joder, porque siempre me dice que espere a que mi pierna se recupere al cien por cien.

—¿Por qué no le haces caso?

—Porque para que esté al cien por cien puede tardar hasta un año, si es que lo consigo. Ya he terminado la rehabilitación en la clínica y... como puedes ver, ha sido todo un éxito. No hay nada más que hacer. Ejercicio y paciencia.

—Haré lo que pueda... Hablaré con él.

—Ponle un poco de drama, ya sabes...

Nos echamos a reír y nos dirigimos al estudio.

Julien me habla de un proyecto por el camino, pero, lamentándolo mucho, no puedo concentrarme en escucharle. No puedo dejar de pensar en la mirada de esa mujer, de Mia Sheldon. Esos ojos de color verde azulado cargados de odio...

Una vez más, siento un escalofrío que me recorre la columna cuando lo recuerdo. Tengo esa mirada clavada en... alguna parte y presiento que no va a ser fácil olvidarme de ella.

Capítulo 7

Mia

Mientras me dirijo a la casa de Valerie, planeo llamar a su padre y darle las gracias por haberme recomendado en mi próximo trabajo; más que una recomendación ha sido una entrada directa. Se ha ocupado de todo, sin escatimar en ningún detalle.

He tenido que recurrir a él, no he tenido más opciones. Solo ha transcurrido un mes desde que me despidieron de la clínica, lo que significa que todavía no tengo motivos para desesperarme en mi búsqueda de empleo, pero el hecho de que me hayan retirado el permiso de conducir lo ha cambiado todo.

Las pocas oportunidades que me han surgido, he tenido que descartarlas.

Finalmente, la idea de encontrar trabajo por mí misma he tenido que hacerla desaparecer de mi cabeza. Visité a Thomas hace un par de semanas y le hice partícipe de mi «drama». Y solo dos semanas después tengo un trabajo en uno de los mejores centros del país en que un fisioterapeuta puede aspirar a trabajar.

El padre de Valerie es médico especializado en traumatología. Desde que el mundo es mundo ejerce como tal en el Presbyterian Hospital, en Nueva York. Él me ayudó a acceder a la universidad de Washington, una de las más reconocidas en mi carrera, y también a realizar mi especialización en fisioterapia ortopédica y deportiva en la Universidad de Toronto durante dos cursos consecutivos. Y... ahí no se acabó su ayuda. Aunque podría haber ejercido en Toronto, tomé la decisión de volver a Nueva York y él me consiguió un empleo en el hospital donde trabaja. «Provisional», lo llamaba él. Y así fue. En el hospital siempre trataba las mismas lesiones y sentí que no iba a avanzar, así que me marché, en cuanto me admitieron en una clínica privada en Nueva Jersey, esta vez por mis medios, con muy buena reputación. Allí trabajé al mando de una persona que me demostró que el agua era mi medio para ejercer mi profesión. Pero... la muerte del dueño de la clínica aceleró el cierre definitivo.

Llevo un año dando tumbos: sustituciones de pocos meses y centros y condiciones laborales que dejan mucho que desear.

Mi sueño es ejercer en centros especializados que dedican medios a la formación y que están al día en cuanto a nuevas tecnologías.

Y... parecía que ese sueño se había cumplido cuando entré a trabajar en la clínica de Manhattan, también por mis medios, tras un largo proceso de selección, pero duró poco. Me despidieron antes de que se cumpliera un mes. ¡No quiero ni pensar en ese episodio!

Ahora tengo una nueva oportunidad en un gran centro. Se trata de un paraíso en cuanto a mi

profesión se refiere, pero tiene un inconveniente: está lejos, muy lejos.

Y muy aislado.

Suspiro con tanta fuerza que hasta me tiembla el pecho.

Voy a pasar los próximos meses, si no me despiden antes por culpa de algún gilipollas, en Grafton, en el condado de Windham, Vermont, a unas doscientas veinte millas de Manhattan, mi querido hogar.

Está perdido en mitad de la nada, rodeado de naturaleza, aislado de... de todo y de... más «todo», y... ¡Me produce escalofríos pensarlo!

Vuelvo a suspirar. Esta vez de forma más calmada y me centro en la llamada.

Thomas responde al segundo tono.

—Hola, cielo. No me digas que has cambiado de opinión...

—No, claro que no, solo quería volver a darte las gracias.

—No vuelvas a hacerlo, por favor —dice con una mezcla de desgana y humor.

—Y también quería decirte que me incorporo dentro de dos días. Hoy he mantenido una videollamada con el doctor Stand y hemos ultimado todos los detalles. Valerie me llevará, no puedo conducir.

—Cielo, sé que allí vas a estar muy bien. Ahora es la mejor opción dado que no puedes desplazarte con comodidad, pero también es una gran oportunidad para seguir aprendiendo y para demostrar lo que vales. Siempre te he dicho que eres especial, que elegiste la profesión correcta.

—Sí, adoro mi profesión. Pero...

—Pero ¿qué?

—Es un paso importante. Si aquello me gusta, y yo les gusto y... quiero o puedo continuar...

—¿Qué ocurre?

—Que no entraba en mis planes vivir en un lugar así en un futuro.

—Mia, estás corriendo mucho. Ese lugar te va a proporcionar la experiencia y el aprendizaje que necesitas. Después... ya lo verás. Es un punto de partida. Ahora no pienses en ello. Tampoco está tan lejos. Valerie irá a visitarte, según me ha dicho, y en alguno de esos viajes intentaré acompañarla. También tienes cerca las pistas de esquí de Stratton Mountain, a solo veinticinco millas. Valerie se ha estado informando, ya te contará.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar que lo más atractivo del lugar está a veinticinco millas y tiene que ver con esquiar, que ni siquiera sé hacerlo.

—Sí, ahora voy a reunirme con ella —le informo intentando que no detecte mi decepción—. Me quiere mostrar todo lo que ha averiguado del lugar, seguro que hay muchas cosas con las que pasar el tiempo libre.

—Claro que sí, Mia, debes tener una actitud positiva. Espero que no te metas en más líos.

—No lo haré —admito avergonzada sabiendo que se refiere al accidente con ese capullo—. Pero yo no me metí en...

—Solo bromeaba, Mia, sé que no va contigo meterte en líos. Lo de la clínica fue un mal episodio, no dejes que te afecte. Lamentablemente, lidiar con pacientes con mucho «estatus» no es fácil.

Por un momento, me quedo callada. Thomas está al corriente de lo ocurrido en la clínica,

pero su forma de hablar me hace pensar que conoce el asunto en profundidad, más allá de la versión que yo le ofrecí.

Puede que esté equivocada, si Thomas hubiera tenido más información la habría compartido conmigo.

—No es justo, Thomas. Ni siquiera me escucharon ni me dieron la oportunidad de defenderme. Ese niño se pasó. Y solo por tener un amigo que considera que lo que ha hecho es una chiquillada y yo no debo reñirle, me despiden porque tiene mucha influencia y es amigo del dueño. ¿Te parece justo, Thomas?

—Me parece la vida misma, Mia. Pero no siempre ocurre de ese modo. Debes confiar en ti y apartar el miedo que te ha podido generar esa mala experiencia. No siempre te vas a encontrar con personas así. Busca lo positivo de tu nuevo trabajo.

—Estoy contenta, Thomas, no quiero que pienses lo contrario.

No sé si «contenta» es la palabra que define lo que siento, pero sí es la única que debo ofrecerle a Thomas en señal de mi gratitud por todo lo que ha hecho siempre por mí.

—Puede que te enamores en Vermont, quién sabe...

—No cuentes con ello.

Se echa a reír.

—Valerie me contó lo de Jace...

—¿Con detalles?

—Sí, con los detalles macabros. Prométeme que, si te llama, no le atenderás.

—Prometido. No te preocupes, no me va a molestar, debe estar buscando el siguiente cementerio que fotografiar o consultando la sección de necrológicas para ver qué morbo puede inmortalizar con su cámara.

Se echa a reír de nuevo.

—¿Qué tal con Miller?

—Aún no me ha llamado. Me dijo que ese tipo de búsquedas, con tan pocos datos, lleva tiempo.

Otro favor que me ha hecho Thomas. Si es que no voy a vivir suficiente para agradecerse...

—Es un buen detective —me informa adoptando el tono que requiere la conversación. Sabe que es un tema delicado para mí—. Ya verás como te da resultados. Pero quiero que me prometas algo más, Mia.

—Lo intentaré.

—Si en algún momento dejas de tener curiosidad, lo llamas y zanjás este tema.

—No dejaré de tenerla, Thomas. Mi madre podía haberse encargado de saciar esa curiosidad, pero solo ha conseguido que nos distanciemos y que esté dispuesta a saber la verdad por otros medios. Ya sabes todo lo que ha ocurrido.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es distinto, pero siempre apoya a mi madre en todo. Con él tengo una relación mejor, así que puedo conformarme. Con ella... El tiempo lo dirá, pero estoy muy decepcionada, muy dolida. Tú sabes que son muchas cosas...

—Lo sé, cielo. Si deseas esa verdad, adelante. Pero no quiero que te obsesiones ni que detengas tu camino. Dale solo la importancia que merece, ninguna más.

—Eso lo tengo muy claro, Thomas.

Son tantas las veces que he llorado en su hombro y le he hecho partícipe de la «estupenda»

familia que tengo...

—Me alegro que lo tengas claro, cielo.

—Estoy a punto de llegar a casa de tu hija.

—Un beso, cielo.

—Un beso, Thomas, y... ¡Gracias!

Me cuelga sin decir nada y me echo a reír.

Ese hombre es maravilloso. Lo admiro y lo quiero a partes iguales.

Si yo hubiera tenido una familia como la de Valerie...

Ellos solo se tienen el uno al otro, pero es suficiente. Yo, sin embargo, tengo unos padres, dos hermanos gemelos cinco años menores que yo, y... no siento que seamos una familia. No conmigo. Entre ellos... sí que lo son.

Capítulo 8

Daniel

—¿A qué debo este honor? —le digo a Patrick al verlo en la puerta de mi casa.

—Tenemos que hablar de algo importante —me dice golpeándome en el hombro mientras se dirige al interior.

Le ofrezco una cerveza y nos acomodamos en el sofá.

Patrick Prestton es mayor que yo, unos doce años, pero en muchas ocasiones se comporta como si fuera mi padre. Llevo toda mi vida profesional trabajando para él, en el estudio Prestton&Cover, con sede en el Metropolitan Tower. El estudio perteneció a su padre y a su tío, pero una vez fallecidos ambos, él se hizo cargo junto a su primo. Creció allí y allí sigue desarrollando la profesión de ingeniero que tanto adora. Se ha ganado un puesto entre los mejores estudios del país. Ha dirigido obras de gran envergadura, dentro y fuera del estado, dentro y fuera del país: algunas en Europa, algunas en Oriente Medio.

—Julien me dijo hace días que necesitabas un cambio.

—Yo también te lo he dicho... unas quinientas veces. No voy a aguantar mucho tiempo en esta situación.

—¿Cómo estás? —me pregunta desviando el tema, a pesar de haberlo introducido él. Patrick es así.

—Bien, estoy bien.

—¿Ya has solucionado lo del juicio?

—No era un juicio, llegamos a un acuerdo.

Patrick también conoce los detalles del accidente, y los del incidente en la clínica, pero desconoce que se trata de la misma mujer. Tampoco a él le he querido dar explicaciones.

—¿Te ha afectado ese nuevo accidente?

—Joder, ¿tú también? No, no me ha afectado. Desde que me entregaron el coche del taller, hace pocos días, he dejado de ir en taxi al trabajo.

—Podías haberme pedido un coche, en vez de ir en taxi.

—Podía... Y si lo hubiera considerado necesario habría alquilado uno, o te lo habría pedido, o habría aceptado la oferta de Julien, pero... elegí ir en taxi y hasta aquí llega este tema. No tengo ningún puto trauma, excepto el de estar encerrado en ese maldito despacho y ver las obras a través de la pantalla o en el papel. Tengo el ruido de la impresora nueva clavado en el cerebro. Necesito que me envíes a una obra, Patrick lo necesito de verdad. Estoy bien, ¿no lo ves? —Me levanto en busca de una segunda cerveza para Patrick, que ya se la ha bebido.

—Sigue desahogándote, para eso estamos.

—Joder, Patrick, no te burles. Lo necesito.

—Para eso he venido.

Me quedo perplejo y... aunque me esfuerzo en disimularlo, me animo al pensar que algo va a cambiar.

—Julien se va a Dubái unas pocas semanas, ¿te lo ha dicho?

—Sí, lo sé. ¿Me envías a Dubái con él?

—No.

Se queda callado y mis ilusiones se desvanecen. Conozco ese semblante y sé que hay algo que no me va a gustar.

—Se trata de una estación de energía renovable.

—Bien, ¿qué tiene de especial? No es algo nuevo para nosotros.

—Naturaleza en estado puro.

—¿Naturaleza en estado puro? Venga, ve al grano.

—En Vermont. Junto a Stratton Mountain. Hay que trabajar sobre el terreno. Son muchos los desafíos técnicos y ambientales, y quiero que te ocupes tú.

Patrick dedica unos minutos más a hablarme del proyecto. El tiempo, los profesionales con los que trabajaré, los inconvenientes, los asuntos administrativos locales y estatales.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres meses, quizá algo más.

—¿No tienes otra opción? La naturaleza y yo... Ya sabes que no es mi especialidad.

—¿Te interesa?

—Sabes que no tengo muchas opciones. Si solo puedes ofrecerme eso... —Lo miro fijamente y temo que cambie de opinión. Sé que nuestra amistad nunca interfiere en sus decisiones—. Sí, me interesa. Cualquier cosa con tal de salir de la oficina.

—Bien, pues... antes de ultimar los detalles, tienes que saber que está sujeto a una condición. O lo tomas al completo o lo dejas, pero no es negociable.

—¿Qué condición? —le pregunto empezando a enfadarme. Conozco a Patrick y sé que sus condiciones siempre son complicadas.

—Te alojarás en el... balneario que hay a pocas millas del terreno.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Un balneario?

—Más bien un centro terapéutico. El mejor del país, o uno de los mejores. El Elysian Peaks Retreat & Therapy Center, ¿lo conoces?

Había oído hablar de él alguna vez. Michael lo había mencionado en alguna ocasión, y también algún cliente. Me levanto bruscamente y empiezo a caminar en círculos ante su atenta mirada.

—¿Qué pretendes, Patrick?

—Te someterás a una pequeña terapia, en manos de los mejores profesionales, para que tu pierna quede... digamos perfecta. No me conformo con que la dejes así.

—No la voy a dejar así. Tengo que hacer ejercicio diario y dejar que el tiempo haga su parte. No siento dolor, camino sin ninguna dificultad, lo que significa que estoy «casi perfecto».

—Pues quiero que estés perfecto, sin el «casi».

—No voy a alojarme en ese sitio ni a recibir más mierdas de terapias. ¿Por qué no me dejas llevar este tema a mi manera?

Me vuelvo a sentar de nuevo hundiendo la cabeza entre mis manos.

—Patrick —continúo intentando calmarme—, te agradezco todo lo que has hecho para ayudarme, a nivel profesional y personal, pero la única terapia que necesito es volver al trabajo a pie de obra.

—O aceptas o no hay proyecto.

—Pues no te digo dónde puedes meterte el proyecto —le digo levantándome de nuevo. Él sigue sentado, acomodado y con una expresión sonriente que de buena gana le borraría.

—Daniel, yo soy el primer interesado en que vuelvas al trabajo a pie de obra.

—No quieres que vuelva al trabajo. Me das esa mierda para conformarme como si fuera un crío. No necesitas que la dirija yo, solo me la das para contentarme y que así siga con la maldita terapia.

—Ahí te equivocas. He buscado la manera de que pudieras compaginar ambas cosas y hasta ahora ha sido complicado. Si te doy ese proyecto es porque considero que debes llevarlo tú. No es cualquier cosa, creo que no le has dado la importancia que se merece. Has trabajado en «la naturaleza» muchas veces, no me vengas ahora con remilgos. He encontrado la combinación perfecta, de lo contrario ibas a estar mucho más tiempo en el despacho. No tomo decisiones a la ligera. Me he informado bien de lo que necesitas para estar perfecto y este centro te lo va a proporcionar. Deja de ser un maldito ingrato y acéptalo de una vez. Es un centro caro, de lujo, donde están los mejores profesionales y además vas a trabajar a poca distancia de allí. Es una oportunidad que parece diseñada para ti exclusivamente. ¿No crees en las casualidades? Estaba buscando a otra persona para que se ocupara de ese proyecto y estaba buscando un centro para que acabaras de recuperarte y, de repente, aparece esta opción que parece perfecta.

Me tomo mi tiempo para responder.

—¡Qué suerte la mía!

—Pues vuelve al despacho. Me he tomado muchas molestias en buscar la mejor opción para ti. Esa obra es importante para nosotros y no quiero que la dirija cualquiera.

—Está bien, acepto —le digo sabiendo que no tengo más opciones si quiero salir del despacho, a menos que cambie de trabajo.

—Sabía que verías las ventajas.

—Tres meses en ese lugar... ¡Qué pesadilla!

—Toma, ahí tienes un dossier con todos los detalles —me dice extrayéndolo de su maletín—. Contiene toda la información sobre el centro y sobre el programa que seguirás: alojamiento, horarios, terapias. Todo adaptado para que puedas estar en el terreno todas las mañanas. Respecto al proyecto, podemos comentar algunos aspectos ahora, he traído toda la documentación.

—¿Cuándo debo marcharme?

—Dentro de tres días.

—Bien, así me gusta. Con mucha antelación.

—Venga, deja de quejarte, te he visto hacer las maletas con mucha menos antelación.

—Está bien —expreso con un tono de resignación que me sorprende a mí mismo.

La siguiente hora y media la dedicamos al proyecto y a degustar una cena que nos traen a casa, previo encargo de Patrick, de un restaurante cercano que solemos frecuentar.

Estoy algo más relajado. Me he ilusionado con el proyecto. Patrick ha conseguido que me despierte una sensación que hacía tiempo que estaba dormida.

Cuando está a punto de salir de mi casa, me sorprende con un comentario.

—Y esta vez compórtate, Daniel —Se echa a reír—. Si puedes contenerte, no te lées con ninguna fisioterapeuta.

—¿Esta vez? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la clínica de Evenhart... Es muy guapa, según me han dicho. ¡No te hagas el loco!

—¿De qué coño estás hablando?

Me golpea en el hombro como es habitual en él y abre la puerta.

—Patrick, ¿me quieres aclarar de que...?

La puerta se cierra. Sé que no merece la pena salir en su busca.

Me siento tan descolocado que no soy ni siquiera capaz de pensar.

Me ha alterado más su último comentario, que el hecho de haber aceptado marcharme a Vermont.

La imagen de Mia Sheldon se me presenta de forma nítida, consiguiendo que sienta otra vez un escalofrío.

¿En la clínica? ¿Liarme con alguien? ¿A qué y a quién se refiere Patrick? ¿Muy guapa?

Solo recuerdo que Mia Sheldon se ajusta a esa descripción, pero... ¿qué sentido tiene?

Me siento de nuevo en el sofá muy confundido y alterado. No soy capaz de encontrarle sentido a las palabras de Patrick.

Muy guapa...

«No te lées con nadie»

El despido...

Su mirada cargada de odio...

Me va a estallar la cabeza. Y eso es, precisamente, lo que más me está alterando.

¿Por qué le doy tanta importancia a todo lo que tiene que ver con esa mujer?

Capítulo 9

Mia

Valerie se encuentra frente al volante y yo me muevo inquieta en el asiento de al lado observando la carretera estrecha que se extiende ante nosotras.

Hace rato que hemos dejado atrás la autopista, y ahora nos adentramos en un terreno mucho más remoto. El paisaje es precioso, espectacular, así lo ha descrito Valerie varias veces, pero yo solo soy capaz de ver un conjunto de tonos ocre y dorados que me deprimen. El otoño...

Siento una presión en el pecho muy molesta al pensar en el lugar al que nos dirigimos. Un refugio de lujo en medio de la naturaleza para trabajar en medio de un ambiente de aislamiento y paz.

El paisaje cada vez parece más envuelto en un silencio profundo que llega a ser ensordecedor. La carretera, cada vez más estrecha, apenas muestra signos de vida es como si estuviéramos viajando a un lugar remoto en busca de alguna civilización perdida

Valerie me da un pequeño codazo, seguramente para que abandone mi trance, mientras atravesamos un pequeño pueblo compuesto por varias casas de campo y alguna tienda pintoresca, pero solo es un escenario fugaz. En cuanto dejamos el pueblo atrás, la sensación de aislamiento regresará.

El paisaje cambia de nuevo, esta vez las montañas se hacen más presentes, aunque todavía algo lejanas. El bosque se espesa y podemos ver algún que otro arroyo que rompe con el silencio sepulcral que hemos sentido durante millas y millas.

Esta parte del mundo parece estar en paz, pero no mi interior que a cada milla se revuelve más y más.

—Llevas media hora sin abrir la boca, estoy empezando a preocuparme —se anima Valerie a decir por fin.

—Es que tengo la sensación de que me llevas a una prisión a cumplir una condena.

—¿Cómo puedes verlo así? —me pregunta enfadada—. Venga, Mia, esa descripción es muy injusta. No vas a avanzar mucho si sientes que...

—Valerie... Esto está perdido en los confines de la tierra, ¿es cierto o no?

—Sí, un poco aislado está.

—¿Un poco?

—Sé positiva, está cerca de Nueva York.

—Doscientos veintitrés millas.

—Vale, pero... en cuanto lleguemos te alegrarás. Es un centro terapéutico muy grande y en

pocos días te adaptarás. Hay un pueblo cerca.

—Quince millas.

—Eso es poco, se recorren en diez o quince minutos.

—No tengo permiso de conducir.

—Hay un autobús diario, ya lo consultamos, ¿te acuerdas?

—Pasa dos veces al día, y solo los días laborales.

—Ya encontrarás a alguien que se dirija hacia allí y podrás desconectar del trabajo en el pueblecito, ¿cómo se llama? Grafton.

—Valerie, tiene seiscientos sesenta habitantes.

—Pero es muy mono... Las fotos nos gustaron.

—A ti te gustaron, a mí me dejaron sin moral.

—¿Y qué me dices del balneario? Tiene muchos servicios: cafeterías, restaurantes...

—La mayoría de esos servicios son para los pacientes, Valerie.

—La mayoría, pero no todos.

—Tiene un nombre precioso: Hasta el nombre es atractivo: Elysian Peaks Retreat & Therapy Center.

—Eso sí que es una ventaja...

—No seas borde... ¿Qué me dices de la estación de esquí Stratton Mountain?

—Claro, eso es genial. Solo está a veinticinco millas, estoy segura de que encontraré a alguien que vaya en esa dirección, se espere a que yo esquíe un rato, y después volveremos al centro.

—También hay un autobús —dice Valerie con desgana al tiempo que resopla.

—¿Quieres dejar de ser tan positiva, Valerie? Me estás poniendo nerviosa.

Valerie me mira estupefacta y se aparta poco después en un pequeño claro deteniendo el coche.

—¿Qué te pasa, Mia?

—Nada, no me hagas caso. Estoy contenta de tener un trabajo, especialmente en este lugar. Ni en sueños lo habría imaginado, pero llego aquí algo débil. Llevo unos meses en los que parece que nada sale bien, que voy de mal en peor y... no puedo evitar verlo todo oscuro. Se me pasará. En otras circunstancias, en unas en las que pudiera desplazarme a mi antojo, no me sentiría como si fuera a entrar en una prisión, pero quedan seis meses por delante, cinco para que me devuelvan el permiso y... me siento un poco atrapada. Es todo.

—Te voy a hablar claro. El permiso, por vueltas que le des, no lo tienes, así que deja de perder el tiempo pensando en eso y lamentándolo. Si no te hubieras largado del accidente, ahora estarías conduciendo tú.

—No hacía falta que ese gilipollas llamara a la policía y la involucrara. Ese tío podía haberme localizado, conocía mi nombre. Seguro que en la clínica le hubieran proporcionado más información.

—¿Y por qué se tenía que tomar tantas molestias? Eres tú la que te largaste. No sé qué hubieras hecho si hubiera sido al contrario.

—Eres la mejor dando ánimos.

—No te puedo dar ánimos porque no estás receptiva y ya me he cansado. Sabes que te entiendo, sé por lo que has pasado. Lo de Jace, tus padres, el despido, el detective... Sé que necesitas estabilidad, pero con esa actitud no vas a conseguir nada. Tú no eres así, Mia. No me gusta en lo que te estás convirtiendo.

Aquellas palabras hicieron que me quedara clavada al asiento.

—¿En que me estoy convirtiendo? —le susurro abatida, temerosa de lo que me pueda decir. Hoy es un día que necesito que me digan lo estupenda que soy y la mala suerte que tengo.

—En una amargada. En la tía más pesimista del mundo. En una mujer insoportable que no hace más que quejarse de todo.

—¿En serio?

—Bueno, solo llevas así unas cuantas semanas, pero parece que le vas cogiendo el gusto...

—¿Así me ves? ¿En serio?

Valerie asiente con la cabeza sin ningún tipo de remordimiento, mientras lucha por deshacerse de un chicle que lleva un buen rato masticando.

No sé bien cómo tomarme esto.

—¿Seguro que no estabas describiendo a mi madre?

Valerie suelta una carcajada y, por fin, localiza el chicle extraviado.

Yo me uno a ella y acabamos abrazándonos.

—Lo siento —le digo mientras le acaricio el brazo—. Vas a hacer un largo viaje por mí, no es justo que te torture de esta manera.

—Es a ti a quién no debes torturarte. El tiempo pasará rápido, aprenderás mucho y disfrutarás de tu trabajo, lo tengo muy claro. Y pronto volverás a conducir.

—Tienes razón, no me hagas caso. Yo no soy esa que has descrito, ni quiero serlo.

—Mia tú eres divertida, positiva, luchadora. No te conviertas en otra cosa. No te conviertas en tu madre...

Nos echamos de nuevo a reír y emprendemos la marcha.

—¿La has llamado? —me pregunta unos minutos después.

—No exactamente. Llamé a mi padre para comentarle mi viaje y me pidió que se lo dijera a ella también.

—¿Qué te dijo?

—Buen viaje. Espero que te vaya bien. ¿Vendrás en Navidad?

—¿Ya está?

—Le dije que no lo sabía todavía y me dijo que iba a empezar con los preparativos muy pronto y que se lo dijera cuanto antes.

—Estamos a mediados de octubre... —recalca sorprendida Valerie.

—Así es ella.

—Lo siento, Mia, lo siento de verdad.

—No hablemos de esto, por favor.

Valerie ha cambiado de tema, pero yo apenas le estoy prestando atención. No le había mencionado que mi madre también me preguntó si había desistido de mi absurda búsqueda, así lo llamó. Y que, ante mi respuesta afirmativa, me colgó.

No quería entrar en ese tema con Valerie, ya la he atormentado bastante con ello.

No sé cuánto tiempo tardará el detective en darme alguna respuesta. Sé que es como buscar una aguja en un pajar, pero necesito que me dé la información que mi madre se ha empeñado en negarme durante los dos últimos años. ¡No! quizás sería mejor afirmar que me la ha negado durante toda mi vida.

Necesito que el detective le ponga nombre y cara a mi padre biológico. No porque quiera ni espere nada, sino porque deseo vivir con la verdad, sea la que sea. Una verdad que mi madre se

empeña en ocultarme y ante la que mi padre se mantiene al margen.

Capítulo 10

Daniel

Me detengo a pocos metros del Elysian Peaks Retreat & Therapy Center.

He estado investigando y buscando información sobre el centro, incluso he visto varias fotografías del exterior, pero no le hacían justicia. Es mucho más impresionante de lo que había imaginado.

No puedo dejar de pensar en su construcción y en todos los obstáculos con los que se debieron encontrar en un entorno como este, en plena naturaleza, alejado por cientos y cientos de millas de la vida urbana.

«Majestuoso», ese sería el término que utilizaría si tuviera que describir el edificio principal. Es imposible ver a simple vista dónde está el límite que determina el principio o el fin de las instalaciones, pero está claro que ocupa muchas hectáreas.

No dejo de admirar la manera en la que se ha conseguido mimetizar el edificio con el entorno. Es un claro ejemplo de arquitectura contextual.

A pesar de que mi trabajo se envuelve más de acero y hormigón, siempre he admirado las construcciones capaces de preservar entornos naturales con estructuras modernas.

La fachada es de madera clara. Junto a las ventanas y la pequeña cúpula confieren un aire elegante y acogedor al mismo tiempo.

El edificio está protegido por una amplia valla de madera cubierta casi en su totalidad por plantas enredaderas.

Me dirijo a la puerta principal. Escucho mis pasos sobre la gravilla del terreno y por alguna extraña razón siento que estoy a punto de adentrarme en un refugio secreto.

Me identifico a través de un interfono que tardan solo un segundo en atender y escucho el sonido de una vibración que provoca la apertura de una puerta lateral camuflada con el resto de la valla.

Me subo al coche y sigo un camino bien señalizado que me guía hasta el edificio de recepción, donde me detengo en una zona reservada para ello.

Poco después me encuentro en un vestíbulo amplio y lujoso donde predomina la madera y el color dorado.

Tardamos poco tiempo en formalizar mi alojamiento.

Un hombre trajeado de mediana edad me da la bienvenida mientras me anuncia que él se encargará de mostrarme las instalaciones.

Me espera más de una hora de tour, pero confieso que tengo mucha curiosidad por saber dónde va a transcurrir mi vida los próximos meses, cuando no esté trabajando en la obra.

No se puede decir que esté contento, sigo enfadado por tener que someterme al chantaje de Patrick con tal de poder dirigir una obra, pero siento que estoy más relajado que los días anteriores.

Aun así, tengo una sensación extraña, como si algo fuera a cambiar en mi vida, no solo por estar unos meses aquí.

Inconscientemente, miro hacia atrás, como si estuviera a punto de marcar un antes y un después en mi vida.

—Señor Sterling —me dice la voz del hombre trajeado—, si me sigue, le mostraré la casa donde se alojará los próximos meses. Después, si lo desea, nos reuniremos con el equipo de...

En cuanto escucho «próximos meses», soy incapaz de seguir escuchándolo.

Próximos meses...

¿Tres? ¿Cuatro?

De repente, siento un sudor frío en la nuca. Tengo la sensación de estar prisionero. O...
¡Atrapado!

Capítulo 11

Mia

Veo alejarse el coche de Valerie mientras agito la mano para despedirme de ella. ¡Qué rápido ha pasado el día! Cuánto me ha gustado poder estar en este lugar con ella, aunque solo hayan sido unas cuantas horas. Pero tenía que marcharse...

Me siento como si me hubiera abandonado en mitad de un desierto. O quizás sea más acertado compararlo con mi primer día de colegio, aquel en el que mi padre se despidió de mí lanzándome besos al aire y yo, al verlo salir de la clase, a mi corta edad, sentí que el mundo era cruel. Lloré durante cuatro horas seguidas y después me dediqué a hacerle pagar al niño de la camiseta de cuadros azules, el que se empeñaba en darme abrazos, mi triste existencia.

Quizás me ocurra algo parecido aquí. Quizás llore desconsoladamente durante cuatro horas. Evitaré hacerle pagar mi triste realidad a nadie, en eso he evolucionado.

O quizás no llore.

Quizás siga los consejos de Valerie y me esfuerce en ver la parte positiva de estar en este lugar.

«Es un entorno natural con mucha belleza...», empiezo a decir en voz alta iniciando mi terapia.

Sí, me gusta como suena. Puede estar bien dejar un tiempo atrás la estresante vida de la ciudad.

«Se escucha el canto de los pájaros y el sonido del agua de los arroyos que nos rodean...», continúo.

Sí, también me gusta esta parte. Es una ventaja alejarme del tráfico de Manhattan, de sus estridentes bocinas, y de la vida contrarreloj.

Me detengo y suspiro con fuerza, como si tuviera una pena muy grande que me ahoga.

No funciona. Unas semanas lejos de la gran ciudad pueden ser muy ventajosas, incluso muy necesarias, pero seis meses es excesivo. Por mucho que intente convencerme, sé que dentro de unos días pensaré en la vida estresante de Manhattan con nostalgia.

Continúo. Tengo que seguir buscando ventajas.

«Es una oportunidad inmejorable para mi carrera...», vuelvo a hablar en voz alta.

Sí, esta es indiscutible, aunque voy a necesitar algo de tiempo para borrar las huellas que me dejó el despido de la clínica.

Continúo.

«Es una buena opción teniendo en cuenta que no puedo conducir...».

Sí, lo es, aunque no poder conducir me obliga a no poder salir del recinto cuando tenga

tiempo libre. Y... en el caso de que encuentre la forma de hacerlo... ¿A dónde voy? ¿Al pueblo? ¿Al que tiene seiscientos habitantes, dos pastelerías, dos cafeterías, un supermercado y un hostel? No. No funciona la terapia.

Por mucho que me esfuerce, no voy a conseguir animarme, incluso me siento culpable por no saber valorar esta oportunidad, al menos desde un punto de vista profesional.

Mañana intentaré ser más positiva, hoy soy incapaz.

Me doy la vuelta cuando soy consciente de que llevo plantada en el mismo sitio un buen rato y Valerie ya ha debido entrar en la autopista que está al menos a ochenta millas. Hasta me sorprende al comprobar que sigo moviendo ligeramente la mano.

Consulto mi reloj y me apresuro a entrar en el recinto. Está a punto de oscurecer y todavía no estoy familiarizada con este lugar.

Pongo rumbo a mi nueva casa. No es muy grande, pero sí es muy confortable y tiene todo lo necesario para una estancia cómoda. A Valerie le ha encantado, y ella es muy exigente con los espacios y muy crítica. ¡No me puedo quejar! Además, he tenido la suerte de no tener que compartir la casa con nadie, así que podré disfrutar de toda la intimidad que necesite; al menos hasta que llegue algún compañero nuevo y decidan alojarlo conmigo.

De camino, me encuentro con Zoe, una compañera a la que he conocido esta misma mañana, mientras el jefe de personal del centro me mostraba todas las instalaciones y me iba presentando a los miembros de los diferentes equipos de fisioterapia. Zoe está especializada en lesiones de columna y he podido intercambiar con ella diferentes impresiones sobre mi experiencia en ese campo.

—Hola, Mia. ¿Cómo estás? —me dice con mucha dulzura—¿Más tranquila? Esta mañana parecías nerviosa, aunque es normal.

—Sí, creo que es normal. He recibido mucha información en poco tiempo.

—No te preocupes, irás adaptándote. Si tienes alguna duda solo tienes que preguntar.

—Gracias, seguro que me voy poniendo al día. De momento, voy a echarle un vistazo a los cien folios de normativas que me han entregado.

Zoe se echa a reír.

—¿Vas hacia las cabañas?

—¿Cabañas?

—Así llamamos a las casas de los empleados.

—Sí, en cierto modo se parecen a una cabaña de bosque, tienes razón. Y... sí, voy hacia allí.

—Te resumiré las normas más importantes por el camino, yo también voy hacia allí. Puedes ahorrarte leer ese montón de papeles. Hay unas cuantas normas que nunca debes quebrantar.

Esta mujer me cae bien, a mí los resúmenes siempre me han encantado.

Emprendemos la marcha mientras ella, antes de hablarme de las normas, me va señalando los edificios por los que vamos pasando al tiempo que me va proporcionando información. Aunque ese tour ya lo he realizado esta mañana con el jefe de personal, apenas recuerdo muchos detalles. Las explicaciones de Zoe son infinitamente mejores.

—Allí atrás, como sabes está la recepción. Allí el balneario, allí la zona termal, allí las salas donde trabajamos nosotras: los gimnasios, las piscinas, los exteriores de terapias... —Respira hondo y continúa—. Allí las oficinas. En la zona que queda más alejada se encuentran los restaurantes, el supermercado y las cafeterías. Esa zona es para el uso de empleados, los

pacientes tienen sus zonas de ocio y restauración en los jardines traseros de la recepción.

Zoe continua con su descripción. Si con la visita de la mañana he quedado impresionada, con todos los detalles que ella va aportando, mucho más.

—Y ahora te voy a decir lo más importante. En cuanto a los alojamientos... La norma principal es que no puedes recibir visitas. Tus encuentros debes hacerlos en el exterior del recinto. Tampoco puedes acceder a la zona de las villas de los pacientes. Eso está completamente prohibido. Las villas y las cabañas están separadas y no puedes acceder a esa zona. No puedes tener un lío con un paciente o una paciente y... tampoco está muy bien visto que lo hagas con un compañero, aunque esa norma no está redactada como tal ni tampoco se cumple a rajatabla.

Hasta ahora no he visto inconveniente alguno en las normas. El jefe de equipo ya me las ha comentado, pero muy brevemente. Ha sido en el momento que he tenido que firmar varios contratos de confidencialidad.

—No puedes bañarte —continúa diciendo Zoe— en las piscinas que hay en la parte trasera de las villas. Son para uso exclusivo de los pacientes. Nosotros tenemos una piscina interior y exterior, pero... claro, siempre están más concurridas.

—Me doy por informada.

—Pero... ya que hablamos de este tema, te diré que sé que hay algunos compañeros que alguna vez se han colado en una de ellas, la que está rodeada de un jardín vertical. Es preciosa. Si... caes en la tentación, está al final de este sendero, ¿la ves? De donde sale esa luz.

Asiento con la cabeza mirando en la dirección que ella me indica. Reconozco que ha despertado mi curiosidad.

—Hay un tramo de la valla —me susurra, como si alguien pudiera escucharnos— que está estropeado y por ahí algunos compañeros se cuelan de madrugada, a esas horas no hay control y los pacientes nunca la utilizan.

—No creo que la utilice, pero te agradezco la información.

Al hablar de piscinas, me evado por unos segundos en mis pensamientos. Lástima que mis funciones en este lugar se vayan a desarrollar exclusivamente en gimnasios y salas de motricidad... Mi especialidad es la fisioterapia en el agua. En Toronto adquirí mucha experiencia y formación, pero no es para lo que me han contratado aquí, así que intento apartarlo de mi cabeza.

«Quizás algún día pueda ejercer mi profesión en el agua de forma continua...», me animo. Esta vez sí que estoy intentado ser positiva.

—Biblioteca, actividades de senderismo, actividades gastronómicas, salones de belleza... —continúa diciendo Zoe. He perdido el hilo, así que asiento con la cabeza sin más.

Zoe sigue enumerando los servicios del centro y, esta vez, me esfuerzo en escucharla.

¡Es increíble todo lo que alberga este lugar!

—Aquí se aloja gente con mucho dinero, Mia, como ya sabrás.

—Sí, lo sé. He tenido que firmar muchos acuerdos de confidencialidad.

—Políticos, actores, cantantes, empresarios... —me informa—. Otro día te contaré las caras conocidas que he visto.

—Claro, seguro que me encantará.

—Te aconsejo que aproveches para almorzar y cenar en nuestro restaurante. La comida es muy buena y, como habrás visto, el precio es insignificante. Es una de las ventajas de este lugar. También debes saber que en alguna ocasión nos reunimos en alguna cabaña para charlar o para tomar unas copas. En la próxima que se celebre, estás invitada.

Nos despedimos en la puerta de mi cabaña. Agradezco que haya llegado ese momento. Si bien, le agradezco su tiempo y toda la información que me ha proporcionado, mi cabeza es como una olla a punto de explotar. Necesito estar sola y darme una ducha.

—¿Cuándo tienes tu primer paciente?

—Pasado mañana —le respondo con seguridad.

—De acuerdo. Seguro que mañana nos vemos. Ha sido un placer conocerte, Mia, espero que seamos buenas amigas.

Me arranca una sonrisa tras sus palabras. Debo reconocer que es agradable tener una bienvenida de esa clase. Zoe parece muy buena chica. Es dulce y tiene un punto inocente que la hace entrañable.

Se despidе con la mano y yo la imito. Antes de entrar en la cabaña, me fijo en la valla que ha mencionado Zoe, la que delimita los alojamientos; la que separa las villas de las cabañas. Reconozco que esas normas me producen malestar, pero al mismo tiempo entiendo que tendrán que ver con la privacidad de los pacientes. Yo, si pagara una fortuna por alojarme aquí, también me gustaría disfrutar de una total intimidad.

Este centro es una clínica de reposo y curación, según me han descrito varias personas a las que he conocido hoy. Es un lugar donde los pacientes buscan desconectar durante un tiempo mientras reciben diferentes tratamientos: estéticos, terapéuticos, médicos...

Observo el agujero de la valla que Zoe también ha mencionado y sigo el sendero con la mirada. Siento deseo de salir corriendo hacia la piscina que ha descrito, pero lo aparto rápidamente de mi cabeza. Sería algo traumático que me despidieran el primer día.

Aparto la vista del tentador agujero y observo las primeras villas que quedan al otro lado de la valla. Me quedo prendada del lujo que parecen ofrecer. Todas ellas están rodeadas de jardín, separadas entre ellas, con preciosos accesos cuidadosamente iluminados. Aunque no se puede apreciar, sé que cuentan con una pequeña piscina propia en el interior, o eso me ha parecido escuchar por boca de Zoe.

Cuando estoy a punto de darme la vuelta para volver a la cabaña, me llama la atención la figura de dos hombres que conversan entre ellos en uno de los senderos de acceso a la zona de villas. Uno de ellos es el director del centro, al que he conocido esta mañana. Por un momento, me siento mal porque pienso que no debería estar fisgoneando en esa zona. Ese hombre podría verme, pero... parece que está muy entregado a la conversación que mantiene con otro hombre; no ha podido reparar en mi presencia. Además, yo soy nueva, es normal que hoy esté algo despistada.

Aun así, decido salir de aquí. Tras unos cuantos pasos sigilosos, aparece una imagen fugaz en mi cabeza y me detengo bruscamente.

Algo me ha llamado la atención en esos hombres.

Me doy la vuelta despacio, procurando que no me vean y me acerco un poco más. Está oscureciendo, pero a esta distancia, gracias a la iluminación artificial de los jardines, puedo observarlos mucho mejor.

¡No puedo creer lo que estoy viendo!

¡Tiene que tratarse de un error!

Mis ojos se abren como esferas y mi boca se abre tanto que hasta me daño las comisuras.

¡No puede ser!

El hombre que hay junto al director, me ha resultado familiar, por eso me he detenido.

¡Es él!

¡Es el imbécil que hizo que me despidieran!

Es el que me denunció tras el accidente.

Es ese... ¿cómo se llama? Daniel Sterling. ¡Como para olvidarme de su nombre!

Me quedo observando un par de minutos más hasta que siento la imperiosa necesidad de salir de aquí.

Descorro el corto camino hasta la cabaña y entro como un huracán.

Me dejo caer en el sofá e intento poner en orden mi mente.

No me gusta nada lo que he visto.

¿Qué hace ese hombre aquí?

Si no recuerdo mal, no era fisioterapeuta ni médico... ¡Ingeniero! Eso es. ¡Es ingeniero!

¿Y si es un paciente?

No, en ese caso me parece muy desconcertante que haya elegido este lugar. ¡Qué casualidad!

Continúo varios minutos dándole vueltas a algo que justifique la presencia de ese hombre en el centro, pero a cuál más disparatada.

Algo está pasando y no debe ser bueno. Cada vez que me cruzo con ese hombre algo ocurre, algo malo.

Tengo que averiguarlo porque si algo tengo claro es que las casualidades no existen, al menos de este tipo.

Me siento más atrapada aún de lo que ya me sentía antes de ver a ese hombre.

Capítulo 12

Daniel

El día ha amanecido nublado, acorde con mi estado de ánimo. Mañana empezaré mi rehabilitación y mañana, también, me reuniré en la obra con otros miembros del proyecto. Hasta ese momento, no tengo nada que hacer, excepto volver a pasear por las instalaciones.

Intento no pensar demasiado en este lugar ni en todo el tiempo que voy a permanecer aquí. Intento animarme con la idea de que es posible que mi pierna se recupere prácticamente del todo.

Salgo al pequeño jardín que rodea mi casa y contemplo todo lo que envuelve este lugar.

No puedo quejarme. La casa es impresionante. Todo es un derroche de lujo y de comodidad. Las habitaciones son espaciosas y acogedoras, con muebles de alta calidad y decoradas con muy buen gusto. Una de ellas, la principal contiene un amplio *jacuzzi* colocado estratégicamente ante un amplio ventanal con unas vistas espectaculares a la montaña.

No quiero ni pensar el coste del alojamiento durante tanto tiempo, pero sé que para el alto nivel de vida de Patrick no supone ningún problema.

Hoy apenas tengo algo que hacer. Mi rehabilitación no empieza hasta mañana, así que solo me queda volver a pasear por los alrededores y familiarizarme con el lugar. Todavía me duele la cabeza de toda la información que tuve que absorber ayer. Por un lado, agradezco al director del centro el tiempo que me dedicó, pero le habría agradecido que hubiera repartido la información entre ayer y hoy.

Me sorprende al entender que no tengo nada que hacer. Ni siquiera puedo empezar a trabajar en el proyecto hasta que no me reúna con el resto del equipo.

Decido dirigirme a la cafetería y pasar allí alguna que otra hora. ¡No me puedo creer que esté tan aburrido!

Nada más acomodarme para disfrutar de un café, recibo la llamada de Julien.

Después de bromear sobre mi «retiro espiritual», como él lo ha bautizado, me pone al corriente de algunos asuntos relacionados con el estudio y sobre su viaje a Dubái.

—¿Qué opinas, Daniel? —me pregunta Julien, aguardando mi opinión sobre un cambio de última hora en un proyecto.

No puedo escuchar nada más. Todos mis sentidos están puestos en la mujer que he visto pasar a pocos metros de donde me encuentro.

—Julien, tengo que dejarte. Te llamaré después.

Cuelgo bruscamente sin esperar su respuesta y me acerco al lugar donde he visto a... Mia

Sheldon, antes de que desapareciera de mi vista.

Aunque podría estar equivocado, pondría mi mano en el fuego a que se trata de ella: su imagen me ha venido muchas veces a la cabeza.

Siento que el corazón me late con fuerza e intento relajarme expulsando aire, pero no lo consigo.

Cuando llego al lugar, la vuelvo a ver más cerca de lo que esperaba, así que me escondo tras un árbol y asomo la cabeza despacio.

Prefiero no pararme a pensar lo que estoy haciendo o me sentiré tremendamente ridículo...

Mia se ha detenido a hablar con otra mujer. Ambas se están riendo de algo y parecen conocerse bien.

Soy consciente que es la primera vez que veo sonreír a esa mujer y me sorprende.

Mia emprende la marcha de nuevo ascendiendo por un camino empedrado que atraviesa uno de los jardines traseros.

Con cautela, sigo manteniendo la distancia y saltando de árbol en árbol como si fuera un cazador.

Me pregunto si es real que yo me esté comportando de esta manera, pero sé la respuesta y no quiero perder tiempo en análisis absurdos de conducta. Tengo muchísima curiosidad, nada más.

No me explico qué está haciendo en este lugar.

No es tan difícil ver a un fisioterapeuta aquí, más bien es lo habitual, y ella lo es, pero las posibilidades de encontrármela a tantas millas de Nueva York son bastante remotas.

Tiene que haber una razón para que esté aquí, y, por raro que parezca, tengo la sensación de que podría estar relacionado conmigo.

Y si es así... ¿de qué forma?

No, no tiene sentido.

Entonces ¿qué hace aquí?

¿Casualidad?

Lo poco que sé de ella incluye que la despidieron de la clínica, que le han retirado el permiso de conducir, y que su compañía de seguros se ha hecho cargo de la factura de reparación de mi coche...

Y también sé que me odia, eso me ha quedado claro cada vez que la he visto.

¿Tendrá algo que ver su estancia en este lugar con ese odio?

¿Y si no está bien de la cabeza?

Meneo la cabeza, harto de especular con tantas ideas absurdas, y me centro en no perderla de vista.

No va vestida con el uniforme de los empleados del centro, así que podría tratarse de otra cosa. Pero ¿qué posibilidades hay de que haya venido aquí a trabajar? No, esa no puede ser la razón. ¿Será paciente como yo?

No voy a poder dormir con esta incertidumbre.

No sé si es o no una buena idea, pero necesito hablar con ella. Observo con detenimiento la trayectoria del sendero y decido probar suerte por el lado contrario para «encontrarme» de forma «casual» con ella.

Poco tiempo después descubro que he acertado. Finjo estar pendiente de mi móvil mientras

camino en su dirección.

Al llegar a su altura soy consciente de que se ha detenido, pero finjo seguir ensimismado con la pantalla de mi teléfono.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me pregunta con el mismo odio que vi reflejado en su mirada la última vez.

Capítulo 13

Mia

—Yo podría preguntarte lo mismo —me suelta el capullo del ingeniero.

La verdad es que ha sido una suerte encontrármelo porque no he dejado de darle vueltas en toda la noche.

—Yo he preguntado primero —intento mantener la calma—. No tengo ni idea de qué haces aquí, pero me parece muy raro.

—¿Muy raro? ¿Qué quieres decir?

—No sé qué problema tienes conmigo, pero que te encuentre aquí es el colmo.

—¿Problema contigo? No te estoy entendiendo. Me parece una casualidad, por supuesto, pero...

—¿Una casualidad? Venga, deja de decir tonterías. ¿Una casualidad que nos encontremos aquí? ¿En este lugar en medio de la nada? ¿Tan lejos de Manhattan?

—¿Y qué es sino? ¿Acaso crees que a mí no me sorprende que...?

—No sé qué te pasa conmigo, pero cada vez que te encuentro tengo problemas. ¿Es que no tuviste bastante con que me despidieran?

—¿Despedir? No, espera, respecto a eso...

—Claro, ahora me vas a decir que no fuiste tú. Y como no tenías bastante, llega el accidente...

—¿Qué llega el accidente? ¿Fuiste tú la que se saltó un semáforo?

—Claro, por supuesto, tiene lógica. En la calle más transitada de Manhattan, resulta que acabo chocando mi coche contigo, y es pura casualidad. ¿Qué probabilidad hay? ¿Una entre mil billones?

—Pero... ¿qué es lo que estás insinuando? Me he perdido —me dice con el ceño muy fruncido.

En realidad, no soy muy consciente de lo que le estoy diciendo, puede que haya soltado alguna estupidez, pero si algo está claro es que esa «casualidad» tiene que tener alguna explicación.

—Y... no he terminado. Me han retirado el permiso de conducir porque no tenías bastante con chocar conmigo, sino que también necesitabas que la policía interviniera.

—¿Tiene algún sentido lo que dices? Fuiste tú, insisto, la que se saltó un semáforo y salió huyendo del lugar del accidente, yo no llamé a nadie.

—Pero ¿qué te he hecho yo? ¿Tanto te molestó que riñera a ese niño maleducado? Deberías avergonzarte de incitarle a que me toque el culo, eso...

—¡Eh! ¡Alto! Es que no me dejas hablar. Eso no ocurrió así.

—¿Y ahora qué más quieres? ¿Ahora qué vas a hacer?

—¿A hacer? ¿De qué narices estás hablando? No dices más que...

—Pues explícame qué haces aquí... Aún no me has contestado.

—Es que no me has dejado hablar.

—Habla.

—Soy paciente de este lugar, estoy alojado aquí para seguir con la rehabilitación, la que pausé en la clínica.

—¿Y no había más sitios para la rehabilitación? ¿Tenías que escoger este lugar? ¿Precisamente dónde yo me encuentro?

—Me rindo. ¿qué pretendes decir?

—¿Por qué no me dejas en paz? Cada vez que me encuentro contigo es un problema. Acepté la responsabilidad en el accidente, mi compañía se encargó de los daños de tu coche, ¿qué más quieres?

—Pero... si fuiste tú la que ocasionó el accidente...

—Por cierto, sé que la reparación de tu coche asciende a doscientos euros... ¡Menuda la que liaste por doscientos putos euros!

Se queda perplejo, pero todavía no sé bien por qué. Sus ojos se abren mucho y enreda los dedos de una mano en su cabello.

Empiezo a calmarme. Si tuviera que repetir algo de lo que he dicho sería incapaz.

Emprendo la marcha porque necesito alejarme de él, soy incapaz de seguir hablando con ese energúmeno.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No es casualidad que te encuentres en el mismo sitio donde yo he decidido alojarme? —me pregunta con una ironía y una calma que me enerva lo suficiente como para darme la vuelta y acercarme de nuevo a él.

—Yo... a raíz de aquel accidente, también sufrí unas lesiones que espero puedan tratarme aquí.

Palidece y frunce el ceño. Me estoy divirtiendo, pero no se lo voy a demostrar.

—¿Lesiones? No leí nada de lesiones. Te marchaste estando bien, y...

—Algunas lesiones se perciben después. No tengo por qué darte explicaciones. Pregúntale a tu abogado por qué no te informó de que en ese accidente sufrí lesiones. ¿Por qué te crees que estoy aquí?

—No sabía nada, siento que salieras lastimada, pero te recuerdo que fuiste tú la que te saltaste el semáforo y yo no llamé a nadie. Y en cuanto a lo de Ash, déjame decirte que hay un malentendido porque....

—No pienso seguir escuchándote.

Esta vez sí que me doy la vuelta con intenciones de no volver, y esta vez él no interviene más.

Me alejo con el corazón en la garganta, sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

No tengo ni idea de por qué le he dicho que soy paciente del centro. Estaba convencida de que mis actitudes impulsivas formaban parte del pasado, pero no es así.

Puede que sea una simple casualidad. Yo acudo a trabajar y él a rehabilitarse. Tiene sentido, pero... sigo sin creerme que pueda existir una situación tan casual como para que ese hombre y yo tengamos que volver a vernos.

No le soporto, me pone nerviosa.

Y... conforme me alejo me pregunto si estará en la lista de mis pacientes.

Y me pregunto también si volverá a complicarme la vida.

Capítulo 14

Daniel

He intentado localizar a Mia durante todo el día sin ningún éxito. A pesar de la actitud disparatada que mostró ayer, me gustaría aclararle de una vez por todas que yo no insté a Ash a hacer nada de lo que hizo y que, cuando supe lo ocurrido, intenté localizarla para disculparme. También me gustaría aclararle que no fui yo quien llamó a la policía y que si de mí hubiera dependido no habría recurrido a la aseguradora.

O... quizás solo necesito una excusa para volver a verla. Puede que necesite entender por qué esa mujer me cripa y me atrae al mismo tiempo. Todas las incoherencias que soltó no dejan de sorprenderme. ¿Qué pretendía asegurar? ¿Qué estoy aquí por ella?

He sido discreto en mi búsqueda ya que en ningún momento he preguntado directamente por ella. No es algo que quiera que llegue a sus oídos ni tampoco tengo muy claro que deba hacerlo. El recinto es muy grande, pero antes o después acabaré encontrándomela; antes o después me permitirá explicarme.

¿Cuántas veces me interrumpió sin dejarme acabar las frases? Muchas, las suficientes para que hoy tenga una imperiosa necesidad por aclararle, al menos, el asunto de ese niño de Ash. Solo pensar que cree que le animé a que le tocara el culo y el pecho, me entran escalofríos y me muero de vergüenza.

A decir verdad, me confunde que siga teniendo esa absurda versión de que yo hice que la despidieran. No tengo ni idea en qué se basa, pero no me parece muy coherente que me acuse a mí. Si la despidieron debió ser por algún motivo y seguramente se lo debieron exponer. ¿Tendría algo que ver Ash? Sigo preguntándome qué pude tener yo que ver con ese asunto como para que me acuse. Fue un malentendido, yo no sabía lo que ese crío había hecho...

Lo que menos necesito ahora mismo es tener que darle vueltas y vueltas a ese tema, pero reconozco que estoy entretenido.

Hoy ha sido un buen día. Volver a dirigir una obra me ha devuelto sensaciones que llevaban mucho tiempo fuera de mi vida. La reunión con mis compañeros de proyecto ha sido un éxito, especialmente porque hemos podido formar equipo y entendernos bien a la hora de planificar las primeras fases de actuación.

Me esperan muchas reuniones y mucho trabajo antes de poder dar el visto bueno al proyecto definitivo, pero eso es lo que me gusta, y... hasta podría afirmar que es lo que soy. La ingeniería es mi pasión desde que era un niño y los meses que he estado apartado de ella, han sido un calvario. El despacho no es lo mío, no sin poder compaginarlo con el trabajo en la obra.

Me dirijo a la sala de terapias donde me han convocado para recibir una sesión. La segunda. La primera ha tenido lugar esta mañana, antes de partir hacia la obra; así lo he acordado con el centro.

No dejo de mirar en todas direcciones. Si alguien me observa no va a tardar en adivinar que estoy buscando a alguien.

Puede que... si sigo sin localizarla, me atreva a preguntar por ella a algún terapeuta. Seguro que se me ocurre algo creíble que no llame la atención.

Una hora y media después damos por terminada la sesión. Siento dolor en la pierna a causa de la presión recibida por parte de las manos de Alexander, mi fisioterapeuta de las tardes, pero no es suficiente como para desistir de buscar a Mia.

Me pregunto si podría estar en alguna de aquellas salas recibiendo algún tratamiento, pero no puedo acceder a ellas, ni tengo la certeza de que pueda encontrarse en este momento.

La opción más sencilla es preguntar en la recepción, así que salgo del edificio decidido a hacerlo.

Pero no me hace falta.

Mia está a pocos metros de mí, mirándome fijamente de forma desafiante mientras camina en dirección opuesta a donde yo me encuentro acompañada de un hombre de más o menos su misma edad. Ambos portan el uniforme del centro.

Así que la chica traba aquí...

Es evidente que me ha tomado el pelo, pero todavía albergo una duda. No quiero precipitarme.

Cuando la pierdo de vista, vuelvo a la sala de donde he salido y le pregunto directamente a Alexander.

—Disculpa. No estoy familiarizado con los nombres, pero quiero hacerle una consulta a uno de tus compañeros que también está en mi programa y solo sé que se llama Mia. ¿Te suena? ¿Dónde puedo encontrarla?

—No hay nadie con ese nombre en su programa, señor Sterling.

—Vaya, pues me habré confundido. ¿No hay ninguna terapeuta con ese nombre?

—Sí, la hay, pero no está en su programa. Debe referirse a una nueva.

—Puede que me la presentaran y me confundí.

—¿Puedo ayudarle yo?

—Sí, claro, quiero saber si puedo cambiar mi sesión de mañana... —Hago una breve pausa—. ¡No importa! No es necesario. Solucionado. Acabo de acordarme de que no hace falta.

Salgo de la sala satisfecho. Esa mujer es increíble. ¿Por qué me dijo que era una paciente y que había tenido lesiones a raíz del accidente? Es fisioterapeuta, y tal y como yo sospeché cuando la descubrí aquí por primera vez, su presencia en este lugar se debe al trabajo.

En circunstancias normales, me habría enfadado mucho. No soporto a las personas mentirosas y... ruidosas, pero no estoy enfadado.

El caso es que todo este asunto me hace gracia.

Mia Sheldon es un personaje extraño. Cada vez que me he topado con ella ha sido señal de problemas o de tensión, pero hay algo en esa mirada de odio que... me llama la atención.

Sí, es guapa, muy guapa, pero esos ojos tan grandes me...

Es mejor no seguir en esa dirección. Mia simplemente me hace gracia por todo lo que nos ha

ocurrido.

Quizás sea eso, o quizás... sea gratitud.

Gratitud porque desde que la vi ayer, ya no me siento atrapado en este lugar.

Capítulo 15

Mia

—¿Estás satisfecha con tu trabajo, Mia?

Es la pregunta que me hace mi supervisora, nada más entrar en su despacho, tras pedirme que tomara asiento frente a ella.

Aunque me he inquietado al recibir su llamada convocándome con urgencia, ahora estoy más relajada. Por un momento, he pensado que podría haber algún problema, incluso durante los dos escasos minutos que he tardado en llegar, he pensado en que el ingeniero podría haber hecho alguna de las tuyas.

—Sí, estoy muy contenta. Solo llevo dos días trabajando, pero me siento bien.

Me habría explayado algo más, pero enseguida vuelve a intervenir.

—Los dos pacientes que has atendido también me han trasladado su satisfacción.

—Me alegro mucho —le digo entusiasmada.

—Sin embargo, yo estoy algo inquieta con un asunto que tiene que ver contigo.

Abro mucho los ojos y no tarda en aclararme de qué se trata.

—Mia, me he disgustado al comprobar que en tu *curriculum* has omitido información.

—No entiendo a qué se refiere.

Algo va mal. Tengo la misma sensación que tuve en la clínica cuando me despidieron.

—Has omitido que trabajaste en la clínica Better, en Nueva York.

—Eso se debe a que solo fue por un periodo muy corto y no lo consideré relevante.

—Mia, voy a abordar este asunto directamente, sin rodeos. Hemos pedido referencias en ese lugar en cuanto nos ha constado que habías trabajado en él. Nos han comunicado que la causa de tu despido fue por una cuestión... poco ética.

Estoy tan impresionada que no soy capaz de articular ni una sola palabra.

—No pretendo juzgar tu paso por esa clínica, ni debo hacerlo, pero me preocupa especialmente porque es un asunto que en el Elysian Peaks abordamos de una forma muy estricta.

—Disculpe, pero no sé a qué se refiere.

—El mantener relaciones más allá de lo profesional con un paciente, es algo que no permitimos.

—¿Relaciones con un paciente? ¿Es eso lo que le han dicho?

Se queda callada mirándome con curiosidad. Entiendo que está esperando mi intervención, pero yo necesito procesar sus palabras y tardo en hacerlo.

—Si a usted le han facilitado el motivo del despido, me alegro, a mí no me lo comunicaron.

Dos días antes, me felicitaron por mi trabajo, y dos días después me despidieron alegando que no había superado el periodo de prueba. Ante mi insistencia, conseguí que me dijeran que habían recibido las quejas de un paciente.

—¿Y cuál era el motivo de las quejas?

Empiezo a sentir que mis piernas se aflojan. No me puedo creer que esté pasando de nuevo, o más bien que vuelva a tener relación con la clínica y con ese... No estoy dispuesta a sentirme de nuevo humillada. Me armo de valor y adopto una actitud altiva. El orgullo no siempre es manejable al antojo de una.

—Deduzco que lo que quiere decirme es que estoy despedida, y si es así yo...

—Mia, ¿no quieres contarme lo que ocurrió?

—Yo no me lie con ningún paciente, eso es falso. Mi único paciente era un niño de catorce años que un día decidió tocarme el trasero y el pecho porque le apeteció hacerlo. Le reñí. Eso fue todo. A alguien no le gustó, le pareció que era mejor tolerárselo como si se tratara de una travesura infantil, en vez de darle una reprimenda por su actitud.

—¿Ese fue el motivo?

—Como le he dicho, no fueron explícitos, solo me hablaron de quejas de un paciente. Ese fue el único incidente que tuve en mi corto periodo en la clínica. Nadie me dio la oportunidad de defenderme ni nadie me dio detalles.

Siento al narrarlo que mis ojos están a punto de llenarse de lágrimas, pero me esfuerzo para que no ocurra. No quiero darle la impresión de que estoy adoptando el papel de víctima.

Estoy a punto de decirle que el imbécil que dio las quejas está alojado en este centro, pero eso sería un error y lo sé. Todavía soy capaz de controlar ese impulso. Ella ya debe saberlo, estoy segura, pero no le voy a dar el gusto de nombrarlo.

—Has llegado a este lugar a través de la recomendación de un profesional al que valoramos enormemente y admiramos. No voy a juzgarte por un hecho que nada tiene que ver con nuestro centro ni voy a poner en duda la recomendación del doctor Thomas Harriman, pero sí quiero aprovechar para pedirte lealtad. La lealtad aquí se demuestra cumpliendo las normas. Normas que se han redactado con el único fin de preservar el bienestar de los pacientes y también el de los empleados.

El discurso dura al menos cinco minutos más. Normas, reputación, lealtad, compromiso, profesionalidad... Son de las palabras que más se repiten.

Detrás de ese discurso tan bien narrado solo hay un «¡Eh! Nos han dicho que te liaste con un paciente, así que piénsatelo bien antes de hacerlo aquí». Capto el mensaje, aunque esté envuelto de todas esas palabras correctas y bien pronunciadas.

Lo que más me enerva es que eso ni siquiera es verdad. No me puedo creer que ese hombre dijera algo así. ¿Ese es el motivo que se le ocurrió para que me despidieran? ¿Inventarse que estaba liado conmigo? ¿Esas eran las quejas recibidas de un paciente influyente?

Si es así, no entiendo que lo consideren una queja, al menos que el ingeniero añadiera que yo era una pésima amante y estaba disgustado.

¡Dios! Es todo tan absurdo...

—Mia, si en alguna ocasión te encuentras en una situación como la que has descrito, debes abandonar el lugar donde se produzca el incidente y comunicárnoslo rápidamente para que podamos actuar. Eso, en este lugar, sea quien sea el que esté detrás o la que esté detrás, es inadmisibile y no lo toleramos.

El discurso continuó un poco más, esta vez haciendo referencia a los valores del centro y a la protección de los empleados.

Me pregunto si la realidad se ajustaría a lo que me ha contado en el caso de ser un personaje influyente de la política o de cualquier otro medio...

Salgo del despacho con un sabor agri dulce, aunque debo admitir que la supervisora ha tenido buenas palabras para mí al final de la conversación y me ha animado a seguir trabajando con ilusión; pero no me va a resultar fácil.

En otras circunstancias, le habría dicho que la información que le ha proporcionado la clínica es confidencial y podría demandarlos por ello. No solo porque se trata de injurias, si no porque han desvelado información privada, pero... ¿de qué me hubiera servido?

En cuestión de segundos he pasado de estar a punto de ser despedida a tener una nueva oportunidad.

Me pregunto por qué el centro habrá comprobado mi *curriculum*. Sé que es algo habitual, pero no una vez que se ha formalizado el contrato, sino antes. Puede que esos datos aparecieran en mi registro laboral, en la administración... ¡Sí! Esa debe ser la respuesta.

Salgo de las oficinas y me dirijo de nuevo al gimnasio para preparar mi próxima sesión.

Expulso aire.

De repente, me invaden las ganas de llorar.

Necesito este trabajo y no quiero decepcionar al padre de Valerie que tanto me ha ayudado siempre. Me digo en modo de lamento.

Necesito aprender todo lo que aquí me pueden enseñar...

Necesito que pase el tiempo mientras no dispongo de mi permiso de conducir...

Necesito permanecer en este lugar...

Y...

Necesito estrangular a ese maldito ingeniero.

Puede que eso suponga mi despido, pero al menos tendrán un motivo.

Acabo de abandonar el «modo» lamento.

¡Se va a enterar cuando le vea!

Claro que... no me interesa convertirme en su enemiga...

¡Maldita sea!

Sabía que ese hombre solo podía traerme problemas.

Capítulo 16

Daniel

Hace pocos minutos que ha oscurecido y ya puedo sumar un día más en este lugar. La rehabilitación no me ha producido dolor, lo que ha hecho que me anime, pero, por otro lado, tengo la sensación de que poco se puede hacer por mi pierna, por optimistas que sean los fisioterapeutas y el médico de este lugar, que se empeñan en afirmar lo contrario.

Están empleando técnicas distintas, y disponen de una tecnología muy avanzada, pero tengo mis dudas. Quizás sea demasiado pronto para evaluarlo.

Y mi segunda visita a la obra me ha proporcionado muchas satisfacciones. Tal y como le he explicado a Patrick cuando me ha llamado, me siento cómodo con el equipo y el proyecto, de momento, no parece que vaya a presentar muchas dificultades; excepto las habituales en estos casos.

En cuanto a Mia, no he vuelto a verla desde el único encuentro que hemos tenido en este lugar. La verdad es que esperaba hacerlo, especialmente ayer, tras enterarme de que trabaja en este lugar y no está aquí como paciente, como quiso hacerme creer.

He visto su nombre en un panel colocado en la puerta de uno de los gimnasios, pero es todo lo que he sabido de ella.

Debo reconocer que me había hecho ilusiones al creer que nos encontraríamos con más frecuencia. Aunque no entiendo bien a esa mujer y, en cierto modo, me altera su falta de razonamiento, también me divierte.

En cierto modo, encontrarme con ella, es una salida al aburrimiento que siento cuando no estoy en la obra o recibiendo terapia. Al menos, eso es lo que intento decirme cada vez que pienso en ello. No veo otra explicación a que me apetezca volver a verla.

Salgo del restaurante, después de haber degustado una cena exquisita, y me dirijo a mi villa buscando con la mirada a la fisioterapeuta rara y mentirosa, pero no hay señales de ella en todo el trayecto. Este lugar es inmenso, así que las probabilidades de encontrarnos, a menos que sea en el edificio de terapias, son pocas. Tengo entendido que los empleados se alojan en una zona distinta, la colindante con las villas, y que la restauración y zonas de ocio están también apartadas de las mías.

Antes de entrar en la casa, observo la zona de las casas de los empleados. Es fácil distinguirlas porque hay una valla de separación y porque la arquitectura es completamente

distinta.

Nunca antes me he acercado tanto a esta zona. Me detengo frente a una valla y me pregunto el motivo de esa separación. Si no recuerdo mal en uno de los dosieres que me entregaron, el que hacía referencia a los espacios reservados para los empleados, mencionaba algo respecto al acceso, pero apenas presté atención. Imagino que es una cuestión de privacidad, al fin y al cabo, es la zona residencial.

Sigo observando durante un buen rato. Veo algunas personas deambular, pero están lejos y es imposible poder reconocerlas desde donde me encuentro. Entre la valla y las primeras casas debe haber al menos doscientos metros.

Cuando estoy a punto de marcharme, me llama la atención una figura que sale de una de las casas y da la vuelta completa para volver a entrar. Por un momento, me ha parecido reconocer a Mia, pero no puedo asegurarlo.

Sigo esperando un poco más hasta que me doy cuenta de que han transcurrido veinte minutos. Es entonces cuando empiezo a preguntarme qué narices estoy haciendo aquí y, enfadado conmigo mismo, decido marcharme, pero... Mia aparece de nuevo en escena, esta vez no tengo dudas de que es ella, y se aleja hacia el final de la zona. Por lo poco que he podido ver, parece vestida con ropa deportiva.

Sigo el perímetro de la valla sin perder de vista uno de los senderos laterales, en el que me ha parecido que ella ha empezado la marcha. Abro mucho los ojos. Esta zona está envuelta por una iluminación cálida. Aunque es acogedora y confiere al lugar una sensación confortable, no es muy intensa y no permite diferenciar con claridad los detalles.

Tardo unos minutos en volver a verla, para mi alivio va a salir del recinto, por uno de los accesos laterales.

Me dirijo a toda prisa, y atravieso la misma puerta metálica que ella acaba de atravesar.

Me muevo sigilosamente, pero el ruido de la puerta me delata. Finjo estar paseando cuando ella se gira, a pocos metros de mí, y se detiene bruscamente.

—Vaya, si es la chica mentirosa, la que me dijo que era una paciente y resulta...

—Vaya, si es el chico que disfruta jodiéndome, el que dijo que se había liado conmigo para que me despidieran...

Su expresión desafiante y lo que acaba de decir, consiguen descolocarme.

Durante unos segundos nos miramos fijamente. Está cerca, a unos pocos pasos de mí; se ha ido acercando mientras hablaba.

—¿Otra versión de tu despido? —Resoplo—. Respecto a eso, te diré que...

—No, no me digas nada, no me vas a decir absolutamente nada. Me he propuesto a mí misma no volver a tener una conversación contigo, y también se lo he prometido a mi amiga, así que no te molestes en abrir la boca.

Se da la vuelta bruscamente y emprende el paso. Va vestida, tal y como me ha parecido apreciar antes, con ropa deportiva. Deduzco, por el tipo de indumentaria que se propone correr. ¡Cuánto lo echo de menos!

—¿Conversación conmigo? ¿Cuándo hemos tenido tú y yo una conversación? Dudo que seas capaz de mantener una.

Reacciona. Se detiene bruscamente y vuelve sobre sus pasos hasta quedar de nuevo frente a mí. Yo siento ganas de echarme a reír, pero ni siquiera hago un esfuerzo por dibujar una sonrisa.

—¿Qué te pasa, listillo? —me dice con el ceño fruncido y esa mirada de odio que ya conozco—. Esta mañana me han llamado para hablarme de mi despido en la clínica porque un

imbécil alegó que estaba liado conmigo. ¿Qué te pasa por la cabeza? ¿Eso haces siempre que te cae alguien mal? Porque... deduzco que es eso lo que pasó. Yo no te conocía de nada. Ese maldito niño decide tocarme el culo y tú decides que me quede sin trabajo... ¿Así vas por la vida? Pues es una lástima que no te des cuenta de que ese niño es un «guarro», sí un guarro, un cerdo. Y tú, que eres el adulto y te dedicas a reírle la puta gracia y animarlo... eres igual —Coge aire mientras no dejo de observarla y escucharla atónito, sin intenciones de intervenir. No me atrevo—. Un psicópata de veinti... tantos, no tengo ni idea de cuántos años tienes y...

—Veintisiete —le confieso calculando que ella debe tener mi misma edad.

—Y un «psicopatilla» de catorce. ¡Menudo equipo! Y ¿sabes qué?

—¿Qué? —Esta vez sí esbozo una sonrisa, pero estoy muy atento al culebrón que me está contando—. Que me parece una auténtica mierda que hoy me haya citado mi jefa para reprocharme que haya omitido mi paso por la clínica en mi *currículum* laboral. ¿Cómo no lo voy a omitir? —Se da media vuelta, pero rectifica enseguida y vuelve a mirarme fijamente—. Y, claro, me han recordado que no puedo tener relaciones sentimentales con los pacientes... ¡Qué vergüenza! Claro que, ¿cómo no me lo van a recordar si tengo antecedentes? Y todo gracias a la forma tan... ruin en la que decidiste actuar.

—¿Eso te han recordado? Vaya. No tenía ni idea de que no se pudiera tener relaciones entre paciente y terapeuta —la estoy provocando lo sé.

—Pues ya lo sabes, listillo —Parece más calmada.

—Entonces... tendremos que vernos a escondidas —La sigo provocando, lo sé.

Me mira de nuevo enfurecida, la calma solo ha durado unos segundos.

—¿De qué vas? Es que no sé qué hago hablando contigo, me lo he prometido a mí misma. No sé qué te pasa conmigo, pero... ¡Esta vez sí que me voy!

Se da la vuelta y vuelve a intentar alejarse, pero, como antes, se detiene al escucharme.

—Debería ser yo el que te preguntara qué te pasa a ti conmigo. Desde que te conozco solo has hecho que acusarme de cosas sin sentido y ni siquiera me has permitido darte una explicación para sacarte de tu, más que evidente, error.

—¿Que qué me pasa a mí contigo? ¿Todavía te lo preguntas? Me despiden por tu culpa, te cruzas con tu coche en mi camino, llamas a la policía para denunciarme, me quitan el permiso de conducir y te encuentro en este lugar... ¡Patético! Pero te lo voy a dejar claro. Tú eres un paciente, yo una trabajadora. Yo no tengo que tratarte en el gimnasio... así que no vuelvas a dirigirme la palabra. Eres un capullo integral y yo quiero seguir trabajando aquí...

Esta vez sí que se aleja. Me encantaría detenerla ya que me encantaría seguir hablando, por llamarlo de alguna forma con ella, pero, dejando a un lado la situación cómica, a mi parecer, me ha dejado algo descolocado con esas palabras del despido.

Aun así, antes de darme la vuelta para alejarme, decido aclararle algo una vez más. No está muy lejos todavía y puede oírme.

—Yo no me crucé en tu camino. Te saltaste un semáforo... ¿No será que la que se cruzó en mi camino fuiste tú?

Se detiene y se da la vuelta, pero, esta vez, sin moverse del sitio.

Puedo percibir su odio desde esa distancia. Entre la noche y el brillo oscuro de sus ojos siento un escalofrío. Me doy cuenta de que esa mujer, incluso enfurecida y diciendo un despropósito detrás de otro, me parece increíblemente atractiva.

Capítulo 17

Mia

Zoe está al borde de las lágrimas y yo no dejo de darle palmaditas en la espalda.

Nos hemos hecho amigas, o todo lo amigas que se pueden hacer dos personas que se conocen desde hace seis días.

Se está portando muy bien conmigo. Me ha ayudado con todas las dudas que me han ido surgiendo y también ha evitado que metiera la pata con las dichas normas que aquí se aplican: casi todos relacionados con la manera de guardar el material y el estado de los gimnasios tras una sesión.

Esto, en el armario de la izquierda; esto, siempre cerrado bajo llave; esto, siempre aquí; esto, allá... Y, sobre todo, me ha ayudado con los informes, esos odiosos textos que aquí se empeñan en que redactemos con todo lo que ocurre en una sesión...

Gracias a su ayuda me he podido adaptar con más rapidez y adelantarme a errores que, si bien me hubieran permitido teniendo en cuenta mi corto plazo en este lugar, es preferible no cometerlos.

Por esa razón he aceptado reunirme en el porche de su casa para tomar «una» copa de vino. Está delicioso, gentileza de uno de sus pacientes, a pesar de no poder aceptar regalos; también está descrito en las normas.

Pero una copa ha seguido a otra y la botella está lista para acabar en el contenedor del vidrio.

—Zoe —le digo intentando cambiar de tema. Lleva un buen rato sollozando, intentando explicarme algo que no se anima a verbalizar—. ¿Crees que, si pasa una mosca por la sala, también hay que anotarlo en el informe blanco?

Nos echamos a reír como dos tontas. Reírse de ese chiste solo puede ser consecuencia directa de la ingesta de alcohol.

Me siento algo aturdida, pero no lo suficiente como para no concentrarme en lo que, por fin, se decide a contarme.

—Mia, es que... lo pasé muy mal. Él salía con una mujer que tenía mucho dinero, mucho. Su padre era no sé qué empresario de no sé qué.

—Vale, me ha quedado claro a lo que se dedicaba el hombre.

Volvemos a reír como dos crías.

—Él me hizo creer que me quería y que ese mundo no era para él. Me dijo que la iba a dejar muchas veces, pero... al final lo dejó ella a él.

—¿Por qué?

—Porque se enteró que estaba liado conmigo. Le pilló algunas conversaciones en un chat.

—Vaya. ¿Y qué pasó?

—Que se dedicó en cuerpo y alma a volver a conquistarla. El padre de ella se lo puso difícil, pero él siguió luchando hasta que volvieron.

—¿Y qué te dijo?

—Después de decirme que ella lo había dejado, me colgó y me bloqueó.

—Joder, qué majo.

—Casi un año saliendo y... creyendo que me quería. Pero solo fui un juguete porque se aburría en el mundo de ella, que era un poco *snob*.

Nos quedamos calladas un rato, en duelo por la confesión que acaba de hacer.

Zoe se levanta y entra en la cabaña. Vuelve con otra botella de vino, de menor calidad, y sonríe triunfante.

¡Más vino! Es genial.

—¿Y tú?

—Yo... —Empiezo a notar seriamente el efecto del alcohol, de lo contrario no estaría dispuesta a hablarle de mi vida con tanta facilidad. ¡Estoy sorprendida!—. He estado saliendo con un tío seis meses. Fotógrafo. Pero un día descubrí que tenía pasión por los cementerios y lo dejé.

Zoe escupe el contenido de su boca y se ríe a carcajadas y a mí me contagia.

Entramos en la cabaña para que nadie nos escuche, estamos a punto de organizar un buen escándalo. ¡Las malditas normas!

—¿Por qué hay tantas normas? Esto son cabañas para vivir, deberían dejar algo de margen.

—Muchos, viven en el pueblo... así hacen lo que les da la gana.

—¿Tú piensas vivir muchos años aquí?

—Llevo dos años, pero es la media que aguanta la gente. El sitio es perfecto para trabajar, pero el aislamiento no.

A pesar de mis copas de más, me imagino permaneciendo dos años aquí y me entran escalofríos de veinte o treinta grados bajo cero.

—¿Y qué tiene el pueblo?

—Una fábrica de queso...

Nos miramos y volvemos a reír a carcajadas.

—Me tengo que ir.

—Espera, antes tienes que contarme con detalles lo de ese tío del cementerio... ¿vivía en un cementerio?

—No, hacía fotos a los cementerios.

Vuelven las carcajadas.

Zoe insiste en que le dé más detalles y yo lo hago encantada. A pesar de las veces que me he reído de ese tema con Valerie, esta vez no tiene comparación.

Cuando termino, me aseguro de incorporarla del suelo, en el que se sigue riendo, y la acompaño a la cama.

Salgo poco después de su casa.

Nada más salir, siento ganas de vomitar. Mi cabaña está algo alejada de la de Zoe, así que salgo por la puerta de salida del recinto, que es la que está más cerca, y corro hasta conseguir vaciar mi estómago.

Me he pasado con el vino. Suerte que mañana no trabajo.

Cuando estoy a punto de entrar de nuevo, me topo con el ingeniero, el ruin del ingeniero.

—¿Estás bien? —me pregunta muy interesado.

—Borracha.

—¡Ah! Entonces no debo preocuparme.

—No, dentro de un rato me curo.

Oigo su risa, pero no consigo centrarme. ¡Dios mío! Estoy muy mal. Si solo han sido unas... dos, quizás tres, o... ocho copas de vino.

¿De qué me sorprende? Mi intolerancia al alcohol tiene el límite en una copa de vino, un cóctel y una cerveza y media.

¿Estoy conversando con el ingeniero?

—Será mejor que te acompañe a tu casa.

—No, de eso nada.

Me dirijo a mi casa mientras siento que me está siguiendo, pero no soy capaz de procesarlo, no en mi estado.

Lucho con las llaves y consigo introducirlas en la cerradura, aunque confieso que él me ha ayudado un poco.

—Buenas noches, capullo.

—¿Estarás bien?

—En cuanto te pierda de... eso... de vista...

No sé por qué sonrío, no le he dicho nada bueno.

—Buenas noches, Mia.

—¿Tú le harías fotos a un cementerio?

—Creo que deberías dormir un poco.

—No me has contes... tado.

—Sí, claro, le haría fotos a cualquier cosa, incluso a ti, no te imaginas lo graciosa que estás ahora.

—Capullo.

Cierro de un portazo.

Me dirijo a la cama mientras me desvisto por el camino. A continuación, vacío de nuevo mi estómago, me tomo dos analgésicos y me meto en la cama sintiendo que las paredes me van a aplastar.

¡Qué guapo es el capullo!

Miro el otro lado de mi cama y me lo imagino tumbado a mi lado.

¿Tanto he bebido?

Capítulo 18

Mia

El día ha sido algo peor que infernal, debido a mi resaca. Por mucho que lo he intentado, no he podido desprenderme del dolor de cabeza. Por suerte, hoy no he tenido que tratar a ningún paciente: la agenda de los fines de semana es muy diferente y solo se tratan a algunos de ellos con necesidades especiales, o también se dirigen actividades de motricidad, pero a mí no me afecta.

He intentado mantenerme ocupada para evitar pensar en lo que pasó ayer con el ingeniero. Sé que me lo encontré en plena borrachera, pero tengo imágenes borrosas de él y no consigo recordar qué es lo que me dijo o le dije exactamente. Está claro que me pasé con el vino.

Estuvo vaciando mi estómago... Eso sí lo recuerdo. Y él apareció poco después...

¡Qué vergüenza! No debería importarme, pero de todo lo que he olvidado de ayer por la noche, precisamente eso es lo que recuerdo con más nitidez...

Aparto ese episodio de mi cabeza, como tantas veces he hecho a lo largo del día y me centro en mi cometido.

Zoe me ha convencido para que me dé un baño en una de las piscinas «prohibidas», las que son de uso exclusivo para los pacientes. Cierto es, que no ha tenido que insistirme mucho. A mi favor, puedo decir que, durante veinte o treinta segundos, no más, ha saltado una alarma en mi interior: la de la prudencia, la de recordar las normas, la de no tentar la suerte, la de «no me conviene que me despidan», pero he terminado aceptando. Ha sido una alarma efímera.

Seguramente, a la hora de animarme a hacerlo, ha debido influir el hecho de sentir que tengo un pedazo de corcho por cabeza y no puedo pensar con demasiada claridad; también el aburrimiento, aunque lo más determinante ha sido la seguridad que me ha transmitido Zoe con esta «travesura».

—Lo hemos hecho todos, Mia —me ha dicho con esa dulzura que tanto me hace sonreír—. No hay ningún problema. Puedes estar un buen rato. Hoy no tiene pensado acudir nadie más. Nuestra piscina está cerrada por la noche y esta no, así que... disfrútala y nada todo lo que te apetezca.

He compartido con ella lo mucho que me gusta nadar y lo mucho que necesito hacerlo. La terapia acuática es mi pasión, pero en este centro no puedo ejercerla. Tratar lesiones y patologías en ese medio es lo que más me gusta, pero aquí dudo mucho que pueda ponerlo en práctica. Hay una persona que se encarga de ello, de hecho, es un compañero muy agradable con el que suelo charlar. Siempre que me habla de su trabajo, siento un pellizco en el estómago.

El agua no es solo algo que me gusta a nivel profesional, sino que es mi forma de relajarme,

de evadirme. En Nueva York acudía cada día al gimnasio y nadaba durante más de una hora. Cuando salía del agua... el color de todo era diferente, había más luz. ¡Cuánto lo echo de menos!

Sigo las instrucciones de Zoe. Tras colarme por el agujero de la valla y acceder a la zona de las villas, sigo un sendero estrecho intentando pasar desapercibida y desemboco en un pequeño jardín. Allí encuentro una pequeña estructura que cubre unas escaleras: las que conducen directamente a la piscina.

En la puerta se encuentra un cartel con el horario en el que se puede acceder a ella. Queda claro que a estas horas no está permitido, mucho menos para mí.

Bajo las escaleras y temo encontrarme la primera puerta de acceso cerrada, pero, tal y como me ha dicho Zoe, no hay obstáculo para acceder al interior. Desemboco en un pequeño vestíbulo y observo que también se puede acceder con un ascensor, pero no consigo ubicar en qué parte del exterior se encuentra. ¡Quizás lo utilice en otra ocasión!

Abro la última puerta, una imponente entrada de madera adornada con motivos acuáticos, y la traspaso hacia un paraíso en miniatura. La iluminación es tan tenue que apenas se distingue el fondo de la piscina, pero esta penumbra resulta reconfortante. Las paredes están tapizadas de jardines verticales, y una colección de esferas de diversos tamaños, suspendidas en el aire, emiten una luz blanca y acogedora: parecen estrellas en miniatura.

El mejor de todos los detalles es el techo, es traslúcido y permite ver el cielo con claridad, aunque seguramente sea mucho mejor en noches menos cerradas. En cierto modo, su oscuridad, me produce escalofríos.

En menos de un minuto, amontoño mi ropa en un rincón y me sumerjo en el agua templada vestida con el espantoso bañador que forma parte de todas las prendas de uniforme que me proporcionaron al llegar.

En realidad, no sé para que me lo entregaron, dudo mucho que algún día lo utilice en sesiones acuáticas; cada vez veo más difícil que eso suceda en este lugar.

Me olvido de ese tema y disfruto de mi baño. Estoy a punto de emitir un gemido de placer mientras me muevo bajo el agua, pero me contengo.

Veinte minutos después sigo disfrutando del baño. Alterno algo de natación con ejercicios que me relajan consistentes en flotar sobre la superficie completamente inmóvil. ¡Cuánto lo necesitaba! Mi cabeza hace ya un buen rato que se ha despejado.

Abandono los ejercicios y decido nadar un poco más antes de marcharme, pero lo que veo me deja paralizada. Tengo que hacer un esfuerzo por no hundirme y nado hasta un extremo de la piscina para sujetarme en el borde y poder procesar lo que veo.

Está ahí, de pie, en el borde de la piscina.

Ese tío... el ingeniero, el capullo, está ahí, vestido con un bañador completamente pegado a su cuerpo. Sostiene una toalla y muestra una sonrisa que estaría encantada de hacerla desaparecer debajo del agua.

¿Cuánto tiempo lleva ahí plantado? El suficiente para desvestirse, a juzgar por la montonera de ropa que ha dejado en una hamaca.

Las imágenes de la noche anterior, esas que tanto me ha costado apartar de mi cabeza, aparecen de nuevo.

Yo... borracha, él, hablándome de algo que no recuerdo bien, y... yo palpando al lado de la

cama imaginando que estaba a mi lado.

¡Dios! No vuelvo a beber en la vida.

Veó que se acerca lentamente hasta llegar a mi altura y se pone de cuclillas en el borde la piscina.

¡Está claro que voy a tener problemas!

Capítulo 19

Daniel

—¿Qué tal está el agua? —le pregunto casi en un susurro.

No me contesta. Sigue perpleja. Debe estar preguntándose qué hago aquí, y no la culpo, yo también me lo pregunto.

Desde ayer por la noche, cuando la vi con unas cuantas, bastantes, copas de más, me ha costado quitarme su imagen de la cabeza. Estaba tan graciosa tambaleándose al andar y con dificultad para pronunciar las pocas palabras que me dedicó. Incluso me habló algo de unos cementerios... ¡A saber qué pasaba por su cabeza!

Tanto ayer como hoy me la he encontrado de forma «casual», aunque cuesta creerlo teniendo en cuenta las dimensiones del recinto. No, no ha sido un encuentro casual, la he estado siguiendo. Hoy, no entiendo qué me ha llevado a hacerlo y a volver a mi casa en busca de un bañador cuando la he visto desaparecer escaleras abajo para acceder a esta piscina, pero... aquí estoy.

Esa mujer suele alterarme mucho con sus comentarios sin sentido, suele frustrarme cada vez que me interrumpe y no me deja explicarle lo ocurrido en la clínica, o se empeña en omitir que se saltó un semáforo, pero... aquí estoy. No soy capaz de profundizar más.

—¿Y la resaca? —le pregunto sonriente.

—¿Qué haces aquí? —contraataca ignorando mi pregunta.

—¿Tú que crees?

—Yo no creo nada.

—He venido a ver la obra de teatro. Me han dicho que es muy buena. ¡Vaya! Pero... si esto es una piscina... En ese caso, la respuesta es ¿darme un baño?

—¿Tienes sentido del humor? Ufff, no te pega nada, pero al menos lo has intentado.

—¿No te ha hecho gracia?

—Igual que todo lo que tiene que ver contigo, la misma gracia.

—Es que preguntarme que hago en una piscina... también tiene su gracia.

—Es que, aparte de darte un baño, también podrías estar planeando la forma de joderme, de ahí mi pregunta.

—Si algún día me permites que te aclare lo que tú llamas «joderte», te...

Se sumerge en la piscina. Es otra forma de interrumpirme. Empiezo a encontrarle el gusto a este absurdo intento de darle una explicación. No tengo prisa, ya llegará el momento.

Vuelve a emerger y se sujeta al borde, cerca de la escalera.

—¿Hay hueco para mí en la piscina? —sigo provocándola.

—Es toda para ti, yo ya me marchó.

Escuchamos un sonido y los dos nos giramos en la misma dirección: hacia la puerta. Nos miramos frunciendo el ceño.

—Joder, yo no puedo estar aquí —me dice con expresión de pánico.

Todo ocurre demasiado deprisa. Me introduzco en el agua rápidamente y me sujeto a la abrazadera de las escaleras. La sujeto por un brazo y la oculto entre mi cuerpo y la pared de la piscina. Le guío los brazos hacia mi cintura para que se mantenga a flote.

El sonido de algo cerca de la puerta es cada vez más fuerte. Tengo su rostro pegado a mi abdomen y siento su respiración. Me apoyo en el borde de la piscina con los brazos y siento que ella ha encogido la cabeza para que no sobresalga.

—Espero que no estés detrás de esto... —me dice con tanta rabia que no puedo resistirme a meterle la cabeza debajo del agua.

Noto un pellizco en la pierna y siento ganas de reír, pero me contengo cuando veo la figura de un hombre en la puerta.

—Disculpe, no quería molestarle —dice una voz conocida. No recuerdo su nombre, pero sé que es uno de los vigilantes que se encuentra en el acceso principal del recinto, en la caseta donde se encuentra la barrera para los vehículos que entran y salen. Es tremendamente charlatán y por eso lo recuerdo—. Puede que desconozca que no se puede utilizar la piscina durante la noche. Me ha parecido escuchar un ruido y he venido a comprobarlo.

Sé que soy el culpable de ese ruido al haber cerrado con demasiado impulso la puerta de arriba: es metálica.

—¿De verdad? Vaya, no tenía ni idea. Me siento avergonzado... enseguida me marchó. Llevo pocos días aquí y... aún no estoy familiarizado con algunas cosas. ¿Le importa que termine mis ejercicios de meditación? Solo me llevarán un par de minutos. Ya que me he metido en el agua... Solo unos minutos. Me iré enseguida.

Me mira confundido, tiene por delante una decisión difícil, pero asiente con la cabeza.

—Bien, pero no lo prolongue por más tiempo, por favor. ¡Buenas noches!

El sonido de la puerta al cerrarse hace que Mia, que sigue escondida bajo mi cuerpo suspire de forma sonora.

Me aparto para liberarla de mi cuerpo y me sujeto de nuevo a las abrazaderas de la escalera.

La observo. Está muy pensativa. La he visto nadar durante un rato, ni siquiera se ha dado cuenta de mi presencia. Habría dado cualquier cosa por nadar como lo hacía ella, pero me tengo que contentar con un remojón superficial y siempre sujeto a alguna parte.

Su imagen deslizándose bajo al agua, me ha hecho entender que nadar no es algo nuevo para ella, ni tampoco algo que haya hecho en contadas ocasiones. Reconozco esos movimientos y su precisión me ha dejado claro que se debían a muchas horas de práctica... ¡Años quizás!

Mia se sujeta al borde cuando ya no puede mantenerse más a flote. Por unos segundos mantenemos la mirada, pero es ella quien la desvía. Se acerca a mí y se impulsa en la escalera para ascender sus tres escalones.

Observo su bañador, que luce el logotipo del centro, pero no es eso lo que me llama la atención sino su figura, sus perfectas curvas.

—Estás a salvo —le digo en un tono muy irónico mientras soy incapaz de apartar la mirada de sus largas piernas. Es increíblemente atractiva, incluso con ese traje de baño.

—Contigo cerca nunca puedo estar a salvo —me dice sin mirarme.

—¿A salvo de qué?

—A salvo de problemas, capullo.

Cuando intento replicar sobre su precioso adjetivo, al tiempo que salgo de la piscina, siento una contracción en el músculo del muslo izquierdo. Sé de qué se trata. Es fuerte y dolorosa, como en otras ocasiones y maldigo que haya aparecido en este momento.

Aguanto el dolor y disimulo cuanto puedo caminando con dificultad hasta llegar a la hamaca.

Mia se está vistiendo, pero no se ha desprendido de su bañador mojado. Yo, me valgo de mi toalla, para fingir que me estoy secando mientras restriego el tejido rugoso sobre mi músculo contraído. Puede tardar minutos o solo segundos y rezo para que sea la versión breve.

El dolor empieza a desaparecer y me enfrento a su mirada, que está clavada en mi pierna.

Hago un esfuerzo por levantarme y aguanto el poco dolor que aún queda mientras me visto.

Da media vuelta y se dirige a la salida. Es evidente que no tiene intenciones de hablar conmigo. Abre la puerta sigilosamente, asoma la cabeza despacio y después sale del recinto.

La sigo caminando todo lo rápido que me permite la pierna dolorida.

Está parada delante del ascensor. No tengo ni idea a dónde conduce, pero ella sí parece saberlo.

Escuchamos un ruido de nuevo. Nos miramos entre nosotros y luego miramos hacia las escaleras, el lugar de donde procede. Se acercan unos pasos.

Mia cierra los ojos esperando el momento de ser sorprendida. Me abalanzo sobre ella, la abrazo y oculto su rostro con mi cuerpo. Ella no ofrece resistencia, aunque noto cierto temblor en sus manos.

—¿Todavía no se ha marchado? —me dice una voz a mi espalda. Otra vez ese hombre.

—Ya me marchó, no insista más. ¿Es que no ve que está interrumpiendo un momento de intimidad?

—Yo solo quería recordarle que no...

—Pues no me lo recuerde más, ya lo he entendido. Si sigue acosándome voy a presentar quejas en la dirección del centro. Márchese, me voy enseguida.

Parece efectivo. Se da la vuelta y desaparece escaleras arriba.

Unos segundos después, cuando escuchamos el sonido de la puerta, Mia levanta la cabeza.

—¿Tú siempre lo arreglas todo quejándote en dirección? ¿Es que no has podido pensar que el chico está haciendo su trabajo?

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Qué querías que le dijera? He intentado que no te descubriera, sé perfectamente que no puedes estar aquí. Esto es el colmo.

Me separo de ella bruscamente. Esta mujer no tiene remedio. ¿Cómo puede ser tan borde?

Pulso el botón del ascensor, hace rato que ha cerrado sus puertas. Cuando se abren de nuevo entro detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta como si el ascensor le perteneciera—. Las escaleras están ahí.

—¿Ni siquiera un «gracias»?

—No te voy a dar las gracias por nada. Si hoy me has ayudado, en el pasado me jodiste bastante. No tengo nada que agradecerte.

—¿Otra vez con esa cantinela? ¿En qué te he jodido yo? He intentado explicarte varias veces que lo que ocurrió no...

—Y yo te he intentado explicar que no quiero hablar contigo.

Se detiene el ascensor y me apresuro en salir yo primero.

—No hay nadie —le digo mirando el largo pasillo al que nos ha conducido—. Ahora ya sabes por qué me he subido en ese ascensor. No ha sido mi deseo de estar contigo, sino asegurarme que no había nadie que pudiera vernos.

—Me estoy emocionando... —me dice suspirando de forma muy sonora. Me entran ganas de reír, pero no quiero que me vea en ese estado y menos ahora.

Caminamos lentamente hasta la puerta que aparece al final y que parece conducir al exterior, por fin. Espero que no esté cerrada...

La abro sin problemas y suspiro aliviado mientras asomo de nuevo la cabeza. El vigilante está alejado de nosotros, pero mirando en nuestra dirección.

—¡Buenas noches! —le dijo alzando la mano. No parece muy convencido, pero emprende su marcha.

—Se ha alejado, puedes salir. Ya no puede verte.

Nada más poner un pie fuera, me doy cuenta de que hace un frío que pela y que ella está tiritando.

—¿Tienes frío? —le pregunto en un tono conciliador. ¿Será posible que alguna vez hablemos de una forma tranquila y civilizada?

—Sí, supongo que se debe al bañador mojado —me contesta para mi sorpresa con el mismo tono que he empleado yo.

—Esa es mi casa —Señalo la que hay a unos cien metros—, si quieres puedes secarte allí.

Ignora mis palabras y busca algo con la mirada.

—Yo no tuve nada que ver con tu despido —le digo intentando de nuevo que me permita explicárselo y aprovechando el momento de paz.

—No me interesa, ingeniero. ¿No has entendido que me da igual? Siempre que me encuentro contigo tengo problemas.

Se acabó la paz.

¿Ha dicho ingeniero? ¿Cómo sabe ella que...?

—¿También te he traído problemas hoy? —le digo sin ocultar mi malestar—. Más bien ha sido, al contrario.

—Sí, ha sido una suerte que estuvieras en la piscina. ¡Qué casualidad! ¿Qué hacías en la piscina al mismo tiempo que yo?

—Esto es increíble, no necesito que me des las gracias, pero que le des la vuelta a la situación es el colmo. No sé ni cómo se me ha ocurrido ayudarte. Tendría que haber dejado que te descubrieran. Ese hombre seguramente se quejará mañana diciendo que he utilizado la piscina acompañado de alguien... No tengo ninguna necesidad de quedar en evidencia en este lugar.

—Pues no haberlo hecho. Tenías la oportunidad de joderme, eso que se te da tan bien. A saber, por qué estabas en la piscina, sigo pensando que es mucha casualidad.

—¿Qué insinúas? Eres tú la que estaba en un sitio que no debía, yo solo estaba fuera de horario.

—¿Y decidimos estar en un lugar que no debemos a la misma hora? —me pregunta muy acalorada.

Hago una pausa de unos segundos antes de contestarle.

—Eso lo llamo yo complicidad, ¿no es fascinante, Mia?

—Eres un capullo.

—Cuídate. Y... ten cuidado con el alcohol —le digo cuando empieza a alejarse—, y con las normas.

—Cuídate tú también —Se gira—, especialmente esos calambres a la altura del cuádriceps.

Me quedo clavado al suelo al escuchar su comentario. ¿Cómo sabe lo del calambre? ¿Tiene acceso a mi historial?

Ella sonríe con aires de triunfo y llega a la altura de la valla.

Tal y como ha hecho para entrar, se cuela por un agujero y desaparece de mi vista pocos metros después.

Me dirijo a mi casa a toda prisa, yo también estoy congelado. Cuando entro corro hacia la ducha y me sumerjo bajo el agua caliente. Por un momento me imagino que el rostro de Mia sigue pegado en mi cuerpo...

Recuerdo los esfuerzos que he tenido que hacer para que mi cuerpo no reaccionara.

Es una borde, no dice más que insensateces, pero... joder, ¡cuánto me... atrae!

Capítulo 20

Mia

Me tiemblan las piernas, las manos, los ojos y hasta el alma. Llevo más de cinco minutos autocastigándome por mi estúpida ocurrencia de colarme en la piscina.

Mi supervisora me ha vuelto a convocar en su despacho y sé que se trata del baño de ayer. Voy a pagar un precio muy caro por algo que no ha merecido la pena. ¿Habrá sido capaz ese capullo de delatarme?

Esta mañana, tras conversar con una compañera, me he enterado, por si todavía me quedaba alguna duda, de que aquí son muy exigentes con las normas y muy poco permisivos. Incluso ha comentado algún despido «injusto», como ella lo ha llamado, por ese mismo tema.

Esa conversación me ha dejado un mal sabor durante gran parte de la mañana; ahora sé que se trataba de una de esas intuiciones que a veces se tienen sin saber de qué forma, pero que son acertadas.

Desde que estuve en la piscina hasta esta mañana no me había preocupado de ese tema, pero ahora sé que voy a pagar un precio alto por el dichoso baño. ¿Y qué he ganado con ello?

¿Es que no puedo pensar las cosas antes de lanzarme a hacerlas?

Entro despacio en el despacho de mi supervisora, con mi sonrisa más tonta.

Me sonríe y me invita a tomar asiento.

—¿Qué tal estás, Mia?

—Bien, gracias —algo me dice que el temblor de las piernas va a empeorar. Tengo que sujetármelas para que no acaben asomando por encima del escritorio que nos separa.

—Tengo entendido que te interesa mucho el agua.

¡Lo sabía! El energúmeno ese se ha chivado. ¡Qué personaje! ¿Cómo voy a poder afrontar que ese hombre tiene por hobby joderme la vida? ¿Se trata de un psicópata? Aquí algo huele muy mal.

—Yo... sí, me gusta, ¿a qué se refiere exactamente? —Hacerme la loca siempre me proporciona algo de tiempo para reaccionar.

—Es muy sencillo, presta atención. El señor Chambers me ha hablado de ti.

Conozco ese apellido, pero soy incapaz de ponerle rostro. Sé que alguien se llama de esa manera. ¿Será el vigilante?

—Chris, seguro que lo conoces como Chris.

—¿Mi compañero? Sí, claro, ¿hay algún problema?

—Él se va ausentar durante un tiempo indeterminado para tratar unos asuntos personales.

Aunque todavía no ha acabado de hablar, sé que lo que me va a decir no tiene nada que ver con el chapuzón en la piscina. Empiezo a respirar algo mejor, aunque aún tengo mis dudas.

—Él lleva mucho tiempo con nosotros —continúa diciendo— y su cartera de pacientes es muy amplia. Hemos considerado que algunos de ellos, siguiendo la recomendación del señor Chambers, podíamos asignártelos a ti. Ya los conoces, has asistido a algunas sesiones con el señor Chambers en tu tiempo libre, eso nos ha contado él.

—Esas sesiones a las que se refiere han sido en la piscina...

Entonces se me enciende una luz. Por eso me ha hablado del agua nada más entrar. Mis piernas se relajan inmediatamente.

—Trabajo en el agua, así es, Mia. ¿Te gustaría hacerte cargo? Por tu experiencia y por lo que el señor Chambers nos ha contado estás perfectamente capacitada.

—¡Oh! Eso sería estupendo.

Durante varios minutos, mi jefa me comenta los horarios y otros detalles relacionados con estos nuevos pacientes y mi trabajo con ellos. Estoy tan entusiasmada, que dudo que pueda recordar todo lo que me está diciendo, pero no me importa.

Salgo poco después, tan ilusionada que solo pienso en encontrar algo de intimidad y compartirlo con Valerie.

Llego media hora después a mi cabaña. Antes, he querido agradecerle a Chris su recomendación. Mañana estará conmigo todo el día para aclarar todas mis dudas y para pautarme la continuidad de los pacientes.

Antes de llamar a Valerie, me pongo al día y contesto a un mensaje en el que mi padre se interesa por mí. Tardo poco en contarle que estoy bien y que me ha asignado terapia en el agua. Cuando me pregunta si eso se supone que es bueno o malo, decido que la conversación debe terminar con algún monosílabo más y una despedida. Nadie que me conozca un poco, me haría esa pregunta.

Pero no quiero enturbiar el momento con esa sensación amarga, me ha acompañado la mayor parte de mi vida, y ya hace tiempo que decidí que se tenía que acabar.

—Es curioso, Valerie, he entrado creyendo que me iban a despedir por haberme saltado las normas, y he salido con una oportunidad. Me encanta poder trabajar en el agua —le explico media hora después, tras asegurarme de que ambas podemos concedernos toda la atención.

—Tendrás muchos pacientes.

—No, algunos de los míos pasan a otras manos. La marcha de Chris ha hecho que se organice todo de nuevo.

—Supongo que no tendrás al ingeniero de paciente...

—No, en absoluto.

—Y... supongo que no hablas con él. Ya te dije que es mejor que lo ignores, si una vez te trajo problemas en la clínica, también te los puede traer aquí.

—No lo veo nunca, excepto alguna vez en el edificio de terapias... lo normal si está recibiendo tratamiento aquí.

No me veo capaz de contarle a Valerie los encuentros, por tontos que hayan sido, con ese hombre, mucho menos que me acompañó y me ayudó en la piscina.

—¿De qué se está tratando ese hombre?

—No lo sé. No es mi paciente, no tengo acceso al historial.

—Pero... ¿está lesionado? ¿Se aprecia algo?

—No se aprecia, a menos que consideremos que en el cerebro debe tener alguna lesión.

Valerie se echa a reír.

—Es tan raro que hayáis coincidido ahí...

—Sí, es raro, pero no te preocupes que no representa ningún problema.

No sé por qué le he dicho algo así. Es algo que ha salido de mi boca sin pensarlo. Valerie y yo nos lo contamos todo, pero, no quiero hablar de ese hombre. Tendría que hacerle un resumen de todos los encuentros y prefiero no enturbiar este momento.

Continuamos hablando de otros temas hasta prolongar la conversación por más de una hora.

Planeo darme una ducha y cenar algo ligero en la cabaña, no me apetece salir a cenar al restaurante.

Horas después, cuando me he cansado de dar vueltas en la cama, me incorporo, enciendo la luz y hago algunos ejercicios de respiración.

Sé que estoy algo agitada por la idea de volver a trabajar en el agua, pero hay algo más.

He evitado pensarlo, pero, por mucho que me esfuerce, acababa imponiéndose en mi cabeza.

Sé por qué no le he contado a Valerie nada de lo que ha ocurrido últimamente con el ingeniero.

No quería escuchar que debo alejarme de ese hombre, evitarlo, y andar con cautela.

No quería escuchar más veces que era extraño que hubiéramos coincidido en este lugar... O que me estampara contra su coche... No quería escuchar las cantinelas de Valerie con respecto a ser cuidadosa y tener las antenas bien desplegadas.

No quería porque... en el fondo de mi ser, muy en el fondo, me gusta encontrarme con él.

¿Por qué?

No lo sé, ese es el problema.

Me cae mal, me ha jodido en muchas ocasiones, es engreído, altivo y su sonrisa irónica hace que se me licue la sangre, pero... me hace gracia encontrármelo.

Ahora que sé el motivo de mi insomnio, puede que ya pueda ponerle remedio.

Cierro los ojos tras sentirme un poco más calmada.

Bien, siento que mis músculos están más relajados.

Me cubro bien con la manta y siento algo más de calor que me conforta.

Bien, más relajada todavía.

Entro en ese estado de duermevela tan placentero.

Bien, he conseguido vencer al insomnio.

Pero unos azules aparecen en primer plano en mi cabeza y... soy incapaz de dormir.

Capítulo 21

Daniel

He salido con algo de tiempo en dirección a la obra. Hoy estaré trabajando con un arquitecto que pertenece a la administración y que viene cargado de ideas que quiere acabar de exponer.

Han pasado dos días desde que me sumergiera en la piscina con Mia, y, por mucho que lo he intentado, no he vuelto a verla.

Las mañanas son entretenidas, me permiten disfrutar de mi trabajo. He avanzado bastante y estoy satisfecho de los resultados de mi equipo. Las tardes tampoco me dejan tiempo, la mayor parte estoy recibiendo algún tratamiento. Y las noches, suelo intentar hablar con Julien, o con Kara, su mujer, o con Liam, el primo de Kara, todos ellos amigos, o con Patrick, aunque en su caso nos limitamos a hablar de trabajo.

Mi pierna ha avanzado un poco, pero solo un poco, nada que hasta la fecha me haga pensar que ha sido vital venir a recuperarme a este lugar, aunque es pronto para sentenciar. Lamento que Chris, mi fisioterapeuta, se marche, me había familiarizado con él, pero Martin, su sustituto, parece igual de profesional, aunque solo he tenido una sesión con él.

Me he preguntado varias veces las posibilidades que habría de tenerla a ella como terapeuta, pero por lo que he ido indagando he llegado a la conclusión que ninguna. La experiencia y la especialidad son las que lo determinan.

El señor Palmer, mi vecino de villa, un señor octogenario con mucho sentido del humor, me ha hablado de Mia de forma casual. Él es la única persona con la que intercambio algo más que un saludo. Suele salir al porche de su villa y caminar por todo el recinto constantemente, lo que hace probable encontrarse con él en cualquier momento.

El aburrimiento y la ternura que me ha transmitido, han hecho que escuche sus batallas médicas, así como otros aspectos de su vida personal, en varias ocasiones.

Ayer me contó que había una joven nueva que le estaba tratando en el agua, en sustitución a Chris.

—Se llama Mia Sheldon, y es una jovencita muy dulce. Además de guapa, tiene unas manos que podrían hacer caminar a un inválido.

«Dulce», repito en mi cabeza. De no haber pronunciado su nombre habría creído que me estaba hablando de otra persona.

Por un momento, me planteo solicitar ese tipo de terapia, pero sé que no está incluida en mi programa, principalmente por mis conflictos con el agua. Este maldito músculo se ha empeñado en contraerse cada vez que intento hacer el esfuerzo de mantenerme a flote. Esos calambres son dolorosos y no sirven para que avance en la rehabilitación.

Me niego a pasar por ello, ya lo he intentado miles de veces, pero sé que mi interés repentino por la terapia acuática se debe a la persona que la practica. La descripción del señor Palmer, con esos detalles tan interesantes, ha despertado mi interés.

¿Cómo trabajará Mia?

En cuanto me alejo del Balneario, antes de adentrarme en la carretera que conduce a Grafton, me llevo una sorpresa, muy acorde a lo que he estado pensando hasta ahora.

Mia está sentada en un banco, en lo que parece ser una parada de autobús. Se está frotando las manos mientras observa el techo de la pequeña estructura que la resguarda.

Me detengo justo a su altura y bajo la ventanilla, pero tengo que bajar demasiado la cabeza y me resulta incómodo.

—Vaya, nos vemos de nuevo. Te he echado de menos... —le digo con esa ironía que, solo con ella, me sale tan espontánea.

Mia no me contesta. Me mira fijamente, proyectando ese brillo cargado de odio, habitual en ella hacia mí, aunque diría que de menor intensidad.

—¿Qué haces ahí? —le pregunto con un tono que evidencia mi sorpresa.

—Me aburría y he tenido la imperiosa necesidad de saber si el banco de la parada de autobús es cómodo.

—¿Y lo es?

—Mucho, tanto que voy a permanecer aquí un par de horas más.

—Supongo que... vas hacia Grafton, o... ¿es verdad lo del asiento?

—Vamos a ver, ¿tú crees que yo voy a estar en una parada de autobús porque estoy esperando un autobús? No tendría sentido, ¿verdad?

—Pues no, tienes razón, eso solo lo haría alguien normal.

—Escúchame capullo, eres tú quién se ha detenido a preguntar algo que no te importa en absoluto, así que sigue tu camino y déjame en paz.

—¿Vas o no al pueblo?

Asiente de mala gana.

—¿Por qué no vas en coche? —le digo para provocarla.

—No, eso sí que no te lo aguanto.

Se levanta de un salto y se acerca a paso ligero hacia mi ventanilla, que me apresuro en bajar.

—Escúchame atentamente, capullo —me dice mientras permanece de pie en mitad de la carretera, inclinada ligeramente para que puede oírlo—. Estoy en este lugar, perdido de la mano de Dios, en mitad de ninguna parte, porque un capullo se dedicó a joderme la vida dejándome sin trabajo y sin permiso de conducir. Estoy en esta parada de autobús, esperando un trasto que me lleve a un pueblo de cero coma tres habitantes en mi día libre porque no se me ocurre nada mejor que hacer... No creo que haga falta que te diga dónde puedes meterte tus comentarios graciosos.

Me tapo la boca disimuladamente para contener la risa. Su forma de expresarlo hace que quiera echarme a reír, pero no quiero, no debo.

—Eres un... —No termina la frase. A saber, qué barbaridad quería decirme.

Mia vuelve a su asiento.

—Voy hacia el pueblo. Sube. Te llevo.

—Contigo no voy a ninguna parte, antes me voy caminando.

—Venga, voy en esa dirección, no me desvío hasta llegar a Grafton. Es una buena

oportunidad. El autobús no va a pasar y caminando hay demasiadas millas. Además, llevo haciendo este trayecto diariamente durante la última semana y te aseguro que no es muy seguro hacerlo a pie. ¿Te he convencido?

—Adiós. El autobús está a punto de pasar.

—No va a pasar.

—¿Es que no te ha quedado claro que no me subo a tu coche?

—Te informo, otra vez, que el autobús ya ha pasado.

—¿Desde cuándo te informas sobre los horarios de autobuses?

—Sube, Mia, te aseguro, y deberías creerme, que el autobús ya ha pasado y que tendrás que esperar muchas horas —Finjo consultar mi móvil—. El próximo pasará dentro de cuatro horas y diez minutos. Sube, te dejaré en la entrada del pueblo.

Mia reacciona. Se levanta con mucha altivez y se sube al coche. Lo hace lentamente. Seguro que está manteniendo una batalla sangrienta contra su orgullo.

Emprendo la marcha y nos mantenemos en silencio unos minutos.

—¿Cuándo me vas a permitir que te cuente lo que ocurrió en la clínica?

—Oye, listillo, si me hablas de eso, me bajo en marcha.

—Pues si no quieres escucharme, mejor me detengo y te bajas.

—Pues venga, detente.

Detengo el coche, pero antes me aseguro de que las puertas estén bloqueadas.

Ella intenta abrirla, pero se encuentra con el impedimento y me mira furiosa. El brillo del odio ha vuelto a aparecer.

—¿Me echas de tu coche y bloqueas la salida? Tu inteligencia es abrumante.

En ese mismo instante, un autobús pasa junto a nosotros. Al llegar a nuestra altura utiliza la bocina y hace gestos con la mano para protestar por el lugar donde me he detenido.

Ella me mira más furiosa todavía. Me ha pillado. No tenía ni idea de si ese autobús iba o no a pasar.

—Esto es el colmo... ¿Es que no te cansas de joderme? ¡Abre la puerta!

—No te voy a permitir que te bajas aquí. Además, ya has comprobado que el autobús no es una opción.

—¡Abre! Has detenido el coche para que me baje, así que deja de hacer gilipolleces y abre la puerta.

—Estaba bromeando, Mia. ¿De verdad crees que te iba a dejar aquí, en medio de esta carretera?

—Sí, eso creo.

—¿Por qué crees esa barbaridad?

—Porque siempre que apareces me traes problemas, porque hiciste que me despidieran, porque alegaste que estábamos liados, porque estoy en este coche porque no tengo permiso para conducir por tu culpa, porque te encuentro en todas partes de manera... «casual». ¿Sigo?

—Te repites mucho, eso ya me lo has dicho. Bastaría con que escucharas mi versión para salir de dudas. Aunque solo fuera para que cambiaras el argumento, que estoy seguro de que hasta tú tienes que aburrirte de pronunciarlo.

—Abre la puerta, capullo. Me has pedido que te escuche treinta veces y treinta veces te he dicho que no me interesa lo que tengas que contarme. Ya es tarde. ¿En qué parte de mi negativa te has perdido?

—Si no me quieres escuchar, adelante, pero es muy triste que tengas una versión equivocada

de lo que ocurrió, y mucho más que sigas empeñada en repetirlo una y otra vez. Es bastante absurdo que alguien que se salta un semáforo, repita una y otra vez que me crucé en su camino. Y también es absurdo que me acuses de tu despido alegando que yo alegué que estábamos liados. Y, que me acuses de que no tengas permiso de conducir después de haber abandonado el lugar de un accidente... —Sigo observándola, pero ella tiene la vista puesta en el frente—. Si no quieres saber lo que ocurrió, adelante, puede que te resulte más cómodo meterte en ese papel de víctima que probablemente ajuste cuentas contigo misma de... a saber qué.

—Abre la puta puerta y déjame salir.

—No. Abriré la puta puerta cuando lleguemos al pueblo. Si quieres, después, te acercas a la oficina de policía y me denuncias por secuestro, o retención involuntaria o lo que se te antoje, pero te dejo en ese maldito pueblo como que me llamo Daniel. Por cierto, es Daniel, no capullo.

No espero su respuesta. Me aferro al volante y emprendo la marcha. Estoy furioso. Estoy cansado de que esa mujer no haya tenido ni siquiera curiosidad por saber qué puedo tener que ver con su despido.

Para mi sorpresa, se ha mantenido callada.

Puedo ver de reojo que se ha acomodado en el asiento y ha girado la cabeza hacia su ventanilla.

—¿Has estado en el pueblo antes? —me pregunta para mi sorpresa, con un tono... ¿conciliador?

—Sí, en una ocasión. Es pequeño, lo recorres en pocas horas.

—¿Has visitado la... fábrica de queso?

Giro poco a poco la cabeza para ver la expresión de su rostro.

—¿Perdón?

—No me mires así. Es allí donde voy. Se llama Grafton Cheese. Se fundó en 1892. Produce Cheddar ahumado, envejecido, de arce... Tiene varios galardones al mejor queso artesanal del condado durante varios años consecutivos...

La estoy escuchando, pero de vez en cuando necesito verle la cara. Lo hago siempre que la conducción me lo permite porque aún no tengo claro si está o no hablando en serio. ¿Por qué me habla de una fábrica de queso? He oído hablar de ella, pero... no es algo a lo que haya prestado atención.

—Y las visitas son diarias —continúa diciendo—, me he apuntado a una de ellas, no hace falta reservar nada.

—¿Vas a Grafton a una visita guiada en una fábrica de queso?

Mia no me contesta, ni siquiera aparta la mirada de enfrente.

Detengo el coche en cuanto entramos en el pueblo. Me giro hacia ella y veo un brillo en sus ojos algo extraño. Tiene los ojos enrojecidos. Por un momento, temo haberla hecho sentir mal por todo lo que le he dicho, pero... algo no encaja.

—¿Estás bien? ¿Te... ocurre algo?

—¿Cómo coño quieres que esté bien? —Me mira fijamente con una expresión de dolor—. Te he dicho dónde voy porque es la única atracción que se me ha ocurrido para pasar la mañana. Es lo único interesante que hay en este pueblo. No me gusta el queso Cheddar, mucho menos ahumado, y me traen sin cuidado los quesos de Vermont. Yo soy de Manhattan y allí no visitamos fábricas de queso. ¿Cómo quieres que esté bien? Me doy mucha pena.

Me quedo perplejo por el sentimiento que le ha puesto a su discurso. Y... sin poder aguantarme más, suelto una carcajada que retumba en el interior del vehículo.

Capítulo 22

Mia

Llevo horas deambulando por este pueblo, perdida, sin rumbo, como si fuera un fantasma. He visitado una pastelería, una cafetería y una tienda de artesanía local. Para visitar la fábrica de quesos no he tenido ánimo.

¿Qué me está pasando? Me he subido al coche del ingeniero, he estado a punto de llorar mientras le hablaba de mi triste existencia y el queso, y he aceptado encontrarme con él dentro de una hora para volver al balneario.

A parte del ridículo espantoso que he hecho lloriqueando por la fábrica de quesos y, aparte de ser consciente de que mi dignidad se ha ido evaporando en el momento en el que me he subido a su coche y he aceptado volver con él, hay algo que también me inquieta. Se trata de una sensación extraña. Una que desaparece cuando estoy con él porque me sumerjo en la discusión, o simplemente me divierto para romper las horas libres que tengo en este lugar; pero... cuando él no está me envuelve de nuevo esa... sensación; cada vez con más fuerza.

Desde que mi jefa me propusiera, hace tan solo dos días, hacerme cargo de la terapia acuática que dirigía Chris he aprovechado todas las oportunidades que se me han presentado para buscar información sobre ese hombre.

En el balneario, la política de privacidad es muy estricta y toda la información está blindada como si se tratara de una caja fuerte de acero, pero, hace dos días, en un descuido de Chris, durante la jornada que trabajé a su lado para recibir instrucciones de sus pacientes, los que ahora han pasado a ser míos, aproveché para acceder al historial del ingeniero a través de su ordenador portátil.

No tuve mucho tiempo para obtener información, pero el suficiente para averiguar que la estancia del ingeniero está programada para tres meses. También pude averiguar en qué consistía su lesión y su tratamiento. Un accidente de coche, dos fracturas importantes, una intervención quirúrgica, una rehabilitación intensa...

¡El chico ha estado jodido! De eso no cabe la menor duda. Pero... sigo teniendo la sensación de que me falta algún dato importante. También he averiguado que cada día sale a la misma hora del balneario y vuelve hacia las dos de la tarde. No he encontrado información que lo justifique, ni tampoco puedo preguntar abiertamente sobre ello, pero he podido verlo por mis propios medios. Incluso hoy, cuando lo he encontrado en la parada de autobús cumplía con ese horario, y también lo ha comentado él mismo: «llevo haciendo este trayecto diariamente durante la última semana». ¿A dónde va cada día? Se supone que está ingresado en el balneario. Sus terapias están todas programadas por las tardes, solo por las tardes. Tiene que haber alguna razón para ello.

Valerie también ha contribuido a que esa sensación se vaya haciendo más grande. Ella, sin ser consciente, siempre que hablamos repite que es una extraña casualidad que me lo haya encontrado en el balneario.

Puede que eso todavía no tenga explicación, pero necesito averiguarlo.

Todo esto me confunde. Por un lado, sé que ese hombre podría volver a perjudicarme en el trabajo, pero por otro, tengo la sensación de que no volvería a hacerlo.

Y... no sé por qué.

Yo no dejo de mostrarme antipática con él y... él no parece estar a la altura. Me ayudó a salir de la piscina y me ayudó el día que iba borracha a volver a la cabaña. También hoy me ha ayudado a venir hasta aquí...

Pero ¿por qué siempre aparece en todas las partes en las que yo me encuentro en una situación complicada? ¿Me sigue?

Tengo que averiguar más.

He buscado su nombre en mi buscador de Internet. Aparece poca información, pero siempre está relacionada con el mundo de la construcción. Algunas fotografías de inauguración de edificios, alguna conferencia, alguna foto de la web del estudio de ingeniería en el que trabaja... o trabajaba.

Entro en la última tienda que me queda por visitar, otra pastelería. Atendiendo al encargo de Zoe, le pido a la dependienta dos tipos de pasteles; los de nueces y arce y los de nueces de nogal.

Mientras dispone las seis raciones de cada pastel en bandejas diferentes, me animo a preguntarle algo.

—Disculpe, esa carretera pequeña que hay justo a la derecha... ¿hacia dónde conduce?

—¿Es la primera vez que vienes a Grafton? ¿Estás alojada en la estación de esquí?

Yo solo le he hecho una pregunta...

—Trabajo en el balneario.

—Entiendo... Pues esa carretera no conduce a ninguna parte, no te molestes en seguirla porque está cortada. Lleva dos años así. Conduce a un claro del bosque desde el que se puede acceder a un arroyo, pero está inhabilitada. En realidad, no sabemos qué ocurrió. Aquí vienen muchos turistas desde la estación de esquí. Creo que alguien tuvo un accidente y a raíz de ello se cortó el acceso en espera de hacer las obras, pero no se ha hecho nada. El alcalde dice que es complicado porque también se considera una zona protegida. ¿Protegida? Si supieras los años y años que nos hemos dado un baño en ese arroyo... Lo que ocurre es que a nadie le importa...

La señora sigue con sus explicaciones, pero desconecto. No puedo dejar de preguntarme qué hace el ingeniero en una carretera cortada.

—¿Hay alguna forma de desviarse una vez que se entra en esa carretera?

—No, es una carretera única. Al lado, si te fijas hay un sendero, pero conduce al mismo sitio. Hay menos de una milla hasta llegar a la valla. Hay otros senderos que son más bonitos de recorrer.

—¡Oh! Puede que otro día pida información. Gracias —Me dispongo a salir, pero se me ocurre otra pregunta—. ¿Nadie entra en esa carretera últimamente?

Esta vez mi pregunta le sorprende, su expresión es de desconfianza, pero decide aclarármelo.

—No lo creo, como te he dicho no conduce a ninguna parte. Si te acercas, verás que justo en la entrada hay un cartel que lo indica.

Por fin, salgo de la pastelería cargada con las dos bandejas. Me acerco a la entrada de la

carretera y, justo como ella me ha dicho, hay un cartel gigante que indica que está cortada.

Puede que tenga una explicación, pero esa rutina matinal del ingeniero de venir hasta Grafton y luego adentrarse en una carretera cortada es extraña. ¿Y si solo la ha recorrido hoy? ¿Y si ha salido después? No, no puede ser. He estado más de media hora caminando alrededor de esta zona y de haber salido, le habría visto.

Mi jornada en Grafton ha llegado a su fin, necesito volver a... ¿casa? Eso suena bien, pero no es a Manhattan a lo que me refiero, sino a mi pequeña cabaña.

Queda cerca de una hora para que el ingeniero se encuentre conmigo...

No me queda más remedio que esperar. El autobús tardará dos horas...

Empiezo a caminar por los alrededores y vuelvo a adentrarme en Main Street, la arteria principal de Grafton. En esta calle, la más ancha y larga del pueblo, se encuentran todos los comercios. Las casas son muy pintorescas, todas ellas de estilo colonial.

Descubro un lugar que no he visto en mi paseo anterior: un centro de organización de actividades al aire libre: senderismo, montaña, esquí...

Me detengo en el escaparate y veo el reflejo del autobús, que se ha detenido. El conductor ha salido apresuradamente del vehículo y ha entrado en la pastelería.

Me acerco al autobús. Poco después el conductor llega dispuesto a ponerlo en marcha.

—Disculpe, ¿este es el autobús que va hacia el balneario?

—Sí, si quiere subir dese prisa, ya me marchó.

Por un momento dudo, pero no tiene sentido que espere al ingeniero.

«Ese tío te ha jodido muchas veces», me digo intentando convencerme de que no debo esperarlo.

—Creí que salía dentro de dos horas —le pregunto al conductor mientras obtengo mi billete.

—Se hace lo que se puede.

¡Dios! ¿Qué confianza me da volver a esperar ese autobús? Está claro que si vuelvo a venir a Grafton será en coche, pero no en el del ingeniero.

Durante el trayecto, empiezo a darle vida a una idea. Recuerdo una conversación que tuve ayer con el señor Palmer, y también rescato una información anterior que me proporcionó Zoe.

Esta misma noche, pienso averiguar más sobre él. Sé cómo hacerlo.

Capítulo 23

Daniel

Puede que haya tenido que volver por alguna urgencia, pero algo me dice que simplemente Mia no se encontraba en el lugar acordado porque no le ha dado la gana.

Claro, que... —sigo especulando—, puede que se haya entretenido en algún lugar del pueblo, pero lo he recorrido dos veces y no había rastro de ella. No, no es esa la explicación, aunque me fastidie debo admitir que ha pasado de mí.

Pero..., aunque no tengo ni idea de su paradero e intuyo que ha debido volver al balneario por otros medios, hay una parte de mí que quiere asegurarse de que está sana y salva.

Una hora y media. Eso es lo que la he esperado. Si al menos hubiéramos intercambiado el número de teléfono...

Llevo toda la mañana esperando el momento de volver a verla. Ya no lucho contra esa sensación, tengo que rendirme ante la evidencia.

Mia me ha hecho reír a carcajadas con sus ocurrencias espontaneas y en cierto modo infantiles.

A carcajadas...

No recuerdo cuánto hace que me reí así por última vez.

Aun así, estoy molesto porque algo me dice que me ha dejado plantado sin más. Si no quería volver conmigo no tendría que haber aceptado, mucho menos sin posibilidad de llamarnos.

Durante el camino de vuelta al balneario me dedico a pensar en ella y a maldecir por el plantón, pero una llamada de Patrick me salva de seguir haciéndolo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Hemos hablado hace unas horas, ¿a qué se debe este honor?

—No se trata de trabajo, ni tampoco para decirte lo mucho que te echo de menos...

Me echo a reír.

—Entonces ¿de qué se trata? —le pregunto sospechándolo—. ¿Has cambiado de opinión? ¿Has averiguado lo que te pedí?

—Sí, por eso te llamaba, tengo tu información detallada. Algo conocía, como te dije, pero si lo que quieres son detalles... ¡te los he conseguido!

—Si no recuerdo mal, ayer te negaste.

—No me gusta que me pidas algo a cambio de no hacer preguntas. Eso siempre despierta mi curiosidad. Además... por mucho que me niegue, siempre acabáis consiguiendo que cambie de opinión. Soy una víctima.

Me echo a reír. Ni él se cree que eso es así. Patrick es duro de pelar, cuesta mucho llevárselo

a tu terreno porque suele tener las ideas siempre excesivamente claras y no suele dar su brazo a torcer.

Ayer recordé que Patrick me comentó algo, antes de venir al balneario, que me llamó mucho la atención: «Si puede ser, esta vez, no te lées con ninguna fisioterapeuta».

En su momento, me descolocó un poco, pero no le di importancia hasta ayer, cuando lo recordé. Lo relacioné con las acusaciones de Mia y le pedí que averiguara el motivo exacto de su despido, me daba igual si era o no el oficial. Se lo pedí a sabiendas de su amistad con Evenhart, el dueño de la clínica.

—No te la pienso dar hasta que me hables de ese tema.

—Venga, Patrick, deja las tonterías a un lado.

—O cuentas o no hay información.

—No tiene importancia, se trata de algo personal.

—Tiene que ser importante esa mujer o no me hubieras pedido que llamara a mi amigo. No suelo preguntarles a mis amigos por qué despiden a la gente...

Patrick me está diciendo que le ha resultado incómodo tener que pedir esa información, pero que, aun así, la ha conseguido. Lo menos que puedo hacer es explicarle algo.

—Esa mujer es la misma con la que tuve el accidente, la que se saltó un semáforo hace unas semanas.

—¿Es la misma mujer?

—Sí, casualidades de la vida. Me acusó de haber sido yo el causante de su despido y... hace tiempo que tengo curiosidad.

—Pero... ¿no te liaste con ella?

—No, joder, cuéntame de una vez de dónde has sacado eso.

—¿Por qué te importa tanto?

—Curiosidad.

—¿Por qué no le has preguntado a ella?

—Te acabo de decir lo que ella afirma, y quiero saber de dónde ha sacado esa idea. Me acusó de haber dado quejas sobre ella alegando que estábamos liados. ¿Contento?

—¿Tú te quejaste?

—Joder, Patrick, ¿me lo cuentas o no?

Se hace un silencio que amenaza con acabar con mi paciencia.

—Ahora lo entiendo... Ahora tiene sentido.

—¿Qué? —Alzo la voz.

—Si te crees que me voy a creer que es simple curiosidad... Pero allá tú, acabarás contándomelo. Aquí hay algo más.

No quiero contarle a Patrick la historia de Mia con más detalles, ya le he contado suficiente; mucho menos que se encuentra en el balneario. Tampoco lo he hecho con Julien ni con Kara ni con Liam, mis mejores amigos. Los adoro, pero soy algo reservado para compartir aspectos de mi vida, especialmente cuando tengo unos amigos que no tienen inconveniente en decir lo que piensan constantemente, aunque no les preguntes o, incluso, les pidas que no lo hagan.

—Suelta ya lo que sabes —Resoplo con desgana.

—Bien. Te diré lo que me ha contado Evenhart.

Capítulo 24

Mia

Es la peor idea que he tenido en... toda mi vida, sí lo sé, aparte de salir con Andrew, el que me invitó a cenar en su casa y me presentó a su madre, la que nos acompañó durante toda la cena.

Puede que haya tenido ideas peores, como... salir con Dan, el que llevaba casado cinco años, o... subirme al coche del ingeniero...

No es comparable, pero es que no me lo quito de la cabeza.

Por eso estoy aquí, oculta tras unos árboles esperando el momento de ver al ingeniero salir de su casa en dirección al restaurante.

El señor Palmer me habló de la seguridad del recinto y de lo cómodo que es olvidarse de cerrar puertas o ventanas. Habló detenidamente sobre el tema, aludiendo a la vida en su pequeña ciudad y a la delincuencia... bla, bla, bla. En un principio, no le di importancia, pero esta mañana he pensado que el ingeniero también podría haber descuidado cerrar alguna puerta o ventana y yo... podría aprovecharme de ello.

Sé que no hay cámaras en el interior ni en el exterior de las villas. La seguridad en este lugar es muy grande, pero se centra en los accesos principales y a lo largo del perímetro que delimita el recinto.

Rezo para que esa información sea fiable, y rezo también para mañana despertarme con un poco más de sentido común.

Si hoy hubiera tenido un poquito, no estaría a punto de entrar en la casa del ingeniero, si es que puedo hacerlo, para averiguar algo más sobre él. Todo lo que podía obtener, ya lo he obtenido a través del historial y de Internet, pero no es relevante. Necesito encontrar algo... aunque todavía no sé el qué.

Después de veinte minutos, por fin lo veo salir de su casa. Por suerte, no me he encontrado con él en toda la tarde, de lo contrario seguro que habría aprovechado para decirme algo sobre el hecho de no haberlo esperado.

Veo como se aleja de la zona de las villas y se dirige hacia la derecha, la zona donde está el restaurante.

Espero unos minutos. No tengo muy claro que cada día cene allí, pero Zoe me dijo que todos los pacientes lo hacen. Fue en una de esas conversaciones en las que realzó la comida del chef de ese lugar, al parecer, amigo suyo.

Aprovecho la tenue luz que ilumina las villas y me acercó lentamente intentando no llamar la

atención. Me cuelo a través del hueco de la valla, con el que estoy familiarizada, y recorro el pequeño sendero, desviándome antes de llegar a las escaleras que bajan a la piscina. Tengo localizada su villa, así que me dirijo hacia ella. Lo primero que pruebo es la puerta de entrada, pero está cerrada. No me sorprende. Después pruebo con la del garaje, que permite el acceso directamente al interior, pero también está cerrada. Y, por último, cuando la decepción empieza a invadirme, pruebo con la puerta de la piscina exterior: ¡está abierta!

Aprieto los puños en señal de celebración. Entro en el interior y bordeo la piscina hasta llegar a las amplias cristaleras que delimitan el interior de la casa. Todas parecen cerradas, excepto una.

Lo celebro de nuevo.

Me cuesta un poco correr la puerta, pero consigo hacer un hueco por el que colarme.

Más tranquila, esperando que lo de las cámaras sea real paseo sigilosamente por el interior del salón. Llevo conmigo una linterna pequeña, pero, de momento, la luz que refleja la chimenea es suficiente y creo que no la voy a necesitar.

Me dejo cautivar por la chimenea. El ingeniero la ha dejado encendida, eso significa que no tardará en volver, así que debo darme prisa, pero antes, me acerco a ella para intentar absorber algo de calor. Estaba tan inmersa en mis planes y tan envuelta de tensión que apenas me he dado cuenta del frío que hace en el exterior. Debemos estar rondado los cero grados, quizás menos; los propios de esta época en el norte del país.

Observo a mi alrededor. Tal y como había visto en algunas fotografías, lo poco que puedo ver es lujo y amplitud.

En el salón, que se integra con una moderna cocina mediante una elegante barra que lo divide, no hay nada fuera de lugar. Evito detenerme a explorar cajones o armarios, prefiriendo centrarme en la búsqueda de un portátil o cualquier otro elemento que pueda proporcionarme información.

Atravieso el salón y me acerco a la barra de mármol que separa los dos espacios. Es perfecta para desayunar y conversar relajadamente...

Me llama la atención el aroma a café y busco con la mirada de dónde procede. La culpable es una cafetera que todavía está humeante.

Así que al ingeniero le gusta el café...

Justo cuando estoy a punto de salir de la cocina para adentrarme en los dormitorios, escucho un sutil ruido proveniente de la puerta principal del salón, la que debe desembocar en el vestíbulo, y el corazón se me sube a la garganta.

No tengo tiempo de marcharme. Me agacho y me escondo bajo la barra de mármol, conteniendo el aliento mientras espero descubrir qué es lo que está pasando.

No quiero ni pensar que el ingeniero haya vuelto a casa. Y si es así, espero que haya sido porque ha olvidado algo.

Y si ha vuelto para quedarse, espero que se dé una ducha y me permita salir de aquí.

¡No ha sido una buena idea, Mia! Me digo mientras reprimo mis ganas de llorar.

¡A buenas horas! Me digo también.

Los pasos se escuchan dentro del salón, pero no parecen alejarse de nuevo.

Me asomo por una pequeña ranura en la parte alta de la barra, pero solo percibo un pequeño cambio de intensidad en la luz al final del salón.

El ingeniero ha encendido una lámpara.

Estoy al borde del desmayo, nunca antes me había latido el corazón de esta forma. ¿Y si me

da un infarto? ¿Cuánto tardaría el ingeniero en socorrerme?

Todo lo que sigue pasando por mi cabeza es igual de absurdo. Estoy muerta de miedo y así lo evidencian mis manos que no dejan de temblar.

Me sobresalto cuando escucho una voz, debe ser la suya.

Sí, así es. El ingeniero ha vuelto a casa y parece que va a realizar una llamada. ¿Se marchará después?

—Hola. Soy yo. Todo según lo previsto. Mia Sheldon ya está localizada y controlada. Hoy ejecutaré el encargo. Esta misma noche acabaré con ella. Sí, así es. Todo bajo control. Cuando termine informaré de ello.

No sé si por unos segundos pierdo o no la conciencia. No me puedo creer lo que he escuchado. Yo sabía que algo raro estaba pasando. Me abrazo a mi propio cuerpo intentando detener el temblor. Puede que todavía tenga una oportunidad de escapar si se marcha.

Capítulo 25

Daniel

Me acomodo en el sofá y disfruto del silencio que inunda el salón. Puedo imaginarme lo que está ocurriendo a unos metros detrás de mí, pero todavía no estoy del todo seguro.

No sé si desde donde se encuentra puede o no verme, por ello cuido mucho los movimientos que hago.

Vuelvo a ponerme el teléfono cerca de la oreja. Espero unos segundos.

—Hola. Vuelvo a ser yo. Cambio de planes. En mi cocina, justo debajo de la barra, se ha escondido el objetivo. Ella se cree que no la he visto, así que estoy esperando a que se decida a salir para que charlemos un rato.

Me levanto despacio y enciendo dos lámparas más.

Mia asoma lentamente la cabeza. Su expresión es altiva. Sus cejas están alzadas y evita mirarme.

Se apoya con los dos brazos en la barra cuando se ha incorporado del todo y junta los dedos.

Sabe que la estoy observando y estoy casi seguro de que está pensando en lo que va a decir.

Si no me estuviera divirtiendo, le echaría una mano, pero necesito que sea ella solita la que rompa el silencio. Me muero por escuchar sus primeras palabras.

Cuando me he marchado de casa, dispuesto a pasear por los alrededores, la he reconocido. De ahí que la haya observado en todos sus movimientos hasta verla colarse en mi casa. Podría haber intervenido antes, pero le he dejado tiempo para que pudiera encontrar lo que sea que buscase.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta dejándome estupefacto.

De todo por lo que podría haber apostado que iba a decir, esas palabras habrían sido la última opción.

—Dime si he escuchado bien... ¿Me estás preguntando qué estoy haciendo aquí?

—¿Esta es tu casa? —Se incorpora y finge sorpresa.

—Si te digo que sí, te vas a sorprender ¿verdad?

—Esto no hay quien lo aguante, ¿te das cuenta?

—¿De qué me doy cuenta?

—Tantas casualidades ya no son soportables. Resulta que... esta es tu casa... No lo sabía.

—¿Y en casa de quién se supone que creías estar?

—Es una larga historia, no tengo tiempo de contártela. Lamento el malentendido.

—Eso no explica por qué te has escondido...

Sale de detrás de la barra y se encamina hacia la puerta ignorándome, pero me interpongo en

su camino.

—No vas a ninguna parte —le digo casi en un susurro.

Suspira y por fin, me mira a los ojos.

—Te aseguro que estoy pasando mucha vergüenza, no me lo hagas más difícil.

Sonríó ante su confesión. Esta situación es tan rocambolesca que no sé ni siquiera cómo actuar.

—¿Por qué has entrado?

—Tengo que irme...

—¿Eres consciente de que esto es un delito?

—Estás disfrutando con esto. Sí, ya sé que no es muy ético.

—He dicho delito, Mia, no lo suavices.

—Haz lo que consideres oportuno, pero yo me voy.

Vuelve a intentarlo. Me apresuro en impedirle de nuevo sujetándola por un brazo. Niego con la cabeza y ella mira hacia abajo. Debería estar enfadado, no solo por haberme dejado plantado y, en cierto modo, preocupado, sino porque se ha colado en mi casa. Pero no lo estoy. No sé que me pasa con ella, pero, a estas alturas... después de varios encuentros de lo más inverosímil, me encanta tenerla cerca y ya nada me sorprende.

—¿Por qué te has colado en mi casa? ¿Qué buscas?

—Nada, tengo que irme —me dice intentando soltarse de mi brazo.

—No te voy a dejar marchar, quiero que me expliques qué estabas haciendo aquí.

—Denúnciame si quieres, pero necesito marcharme. No puedes obligarme a quedarme.

—No me importa enfrentarme a un delito de secuestro, tú tendrás que enfrentarte al de allanamiento de morada.

Se suelta bruscamente del brazo.

El brillo de la furia aparece en sus ojos. La actitud avergonzada ha desaparecido.

—Buscaba información sobre ti. Algo que me diera una respuesta de... todo lo que pasa y no entiendo. Te encuentro en todas partes, especialmente en este sitio, a tantas millas de Manhattan. Haces que me despidan de la manera más sucia, te cruzas en mi camino y acabamos chocando, y luego me denuncias. Y... apareces en la parada de autobús, te das un baño en una piscina cerrada a la misma hora que yo decido hacerlo y te metes en una carretera cortada en Grafton durante horas... Es motivo más que suficiente para intentar averiguar qué está pasando.

¿Carretera cortada? ¿Cómo sabe eso? ¿Me ha seguido?

—Vale, vale, vale. Ahora está aclarado —le digo con ironía—. Y por eso decides entrar en mi casa y buscar algo que explique todo eso. Ahora sí lo entiendo.

Me mira con rabia y resopla.

—Y... he fastidiado tus planes... ¡Qué lástima!

—Pues sí, es una lástima. Has venido pronto y has montado el espectáculo de las llamadas.

—¿No te ha gustado? Ahora me dirás que te has creído que estoy intentando asesinarte. Con eso podemos tener argumento para los veinte próximos encuentros.

—Cuando lo estabas diciendo, he dudado, es normal. He pensado que mis sospechas sobre que tienes un lado psicópata se estaban confirmando.

—¿Psicópata? ¿Me llamas psicópata a mí? ¿Tú? La mujer que me acusa constantemente de lo mismo y se niega a escucharme; la que es incapaz de reconocer que se saltó un semáforo y afirma que me crucé en su camino, en una hora punta en Manhattan, junto a la avenida más transitada; la que se cuele en una piscina en la que no tiene permitido bañarse, la que se cuele en

esta casa como si fuera una vulgar ladrona para averiguar algo sobre mí... La que casi se echa a llorar porque estaba a punto de visitar una fábrica de quesos...

—Al final no la he visitado.

Estoy empezando a preocuparme.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—Es que no ves que me siento fatal. Déjame salir de aquí, necesito marcharme.

Guardo silencio y ella aprovecha para dirigirse a la puerta.

—No, Mia —Esta vez le dejo claro que estoy enfadado—. Esta vez no te vas a marchar sin escuchar todo lo que te tengo que decir. Te voy a hablar de ese maldito despido, y de por qué estoy aquí, y de por qué tú coche y mi coche chocaron, y por qué no tienes permiso de conducir. Te lo voy a explicar todo con muchos detalles y no vas a volver a sacar ese maldito tema porque estoy hasta las mismísimas narices de escucharlo. Me puedes creer o no, pero te aseguro que no vas a volver a tocar ese maldito tema.

Mia me mira con otra expresión distinta, más calmada.

—Siéntate, por favor.

Se dirige a uno de los sillones que quedan frente al sofá, justo al lado de la chimenea.

Me acerco a ella.

La luz del fuego se refleja en su perfil. Está nerviosa, lo sé, o quizás sería más acertado afirmar que está incómoda.

Se mete la mano en el bolsillo y saca algo pequeño que no consigo ver. Se recoge el pelo en una coleta alta dejando caer a un lado de la cabeza una espesa y larga mata de pelo ondulada.

Es preciosa. Ya había apreciado antes las pequeñas pecas que le rodean la nariz, pero nunca como ahora. Le confieren un aire travieso y aniñado que me hace querer seguir observándolas durante horas.

—No tengo toda la noche. Venga, cuéntame el rollo ese que me va a cambiar la vida.

Me echo a reír y celebro mentalmente que por fin puedo hablar con ella del tema.

Capítulo 26

Mia

—Ash no era mi amigo, solo un niño que me producía ternura, al que veía a diario en el vestuario o en los pasillos de la clínica —empieza a explicarme y yo siento que se me revuelve el estómago al escuchar el nombre del delincuente ese—. El día que me enfrenté contigo, Ash, me había dicho que le gustaba una chica y que quería pedirle que fuera su novia. Me confesó que la chica era su fisioterapeuta y eso me... hizo gracia. Pensé que eran cosas de la edad.

—A mí no me dijo nada de eso.

—Lo sé, déjame continuar —me pide mirándome fijamente.

Estoy nerviosa, no sé si por estar a solas con él de esta manera, o porque todavía mi cuerpo se niega a relajarse después de lo ocurrido.

¡Qué vergüenza! Cuando he comprendido que se estaba burlando de mí fingiendo hablar por teléfono como si fuera un sicario, y que sabía en todo momento que me encontraba allí escondida... quería que la tierra me tragara. Vuelvo a conectar con lo que me dice para no perderme detalle.

—Intenté disuadirle. Le dije que eras mayor que él y varias cosas de ese tipo, pero en el fondo solo me pareció una tontería. Incluso llegué a pensar en lo incómoda que te resultaría la escena... Sin conocerte.

—No fue eso lo que pasó.

—Lo sé, Mia, pero déjame acabar. No vuelvas a interrumpirme, por favor, o estaremos horas hablando de esto.

Asiento con la cabeza y le animo con la mano a que siga.

—Yo creía que el chaval se había... ¿cómo expresarlo? Enamorado de su fisioterapeuta. Cuando te vi a través de la ventana, pensaba que le estabas echando una bronca por ese motivo, incluso si recuerdas la escena te acordarás de que ni tú ni yo hablamos claro, y que Ash se aprovechó de ello. Yo lo miré varias veces y siempre parecía afectado, afligido... me tomó el pelo.

Recuerdo perfectamente la escena y es cierto que ni él ni yo pronunciamos con palabras lo que había ocurrido.

—Yo di por hecho que tú le estabas riñendo por pedirte que fueras su novia y me pareció insensible por tu parte, y tú diste por hecho que yo sabía lo que había hecho y lo apoyaba.

Asiento con la cabeza, aunque me gustaría rebatirle algo, sé que lo está contando según ocurrió. ¿Así que el niñato le dijo que me iba a pedir que fuera su novia? Menudo asco de niño.

—Cuando te marchaste, me confesó lo que había pasado. Me dijo que te había tocado...

—El culo y el pecho —señalo molesta.

—Eso mismo. Le reñí, y le exigí que te pidiera disculpas, pero se negó. Yo salí a buscarte, pero me dijeron que te habías marchado. Al día siguiente, tuve que volver a la clínica y lo volví a intentar, pero me dijeron que ya no trabajabas allí. Eso fue todo.

Ese relato me confunde. No tiene nada que ver con lo que me dijo mi supervisora.

—Me despidieron al día siguiente. Me dijeron que un paciente había presentado quejas y que tenía mucha influencia con el jefe. ¿No eres tú?

—No, Mia, yo no hice nada, te he contado lo que pasó. Puedo decirte lo que ocurrió. Las quejas las presentó el padre de Ash, porque es uno de los inversores de la clínica. Su hijo le dijo que lo tenías desatendido porque estabas liada con otro paciente y me señaló a mí. También le dijo a su padre que te había presentado las quejas y tú le habías amenazado con hacerle la vida imposible si se lo decía a alguien. El padre exigió tu despido inmediato.

—¿En serio? No te creo, ¿cómo sabes todo eso? Te lo contaron en la clínica...

—No, eso no es algo de lo que informen, yo solo era un paciente. Le he pedido a una persona que es muy amiga del dueño de la clínica que averiguara qué pasó exactamente.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque estaba harto de que me acusaras de ser yo el que se quejó, y mucho más cuando añadiste que había alegado que estábamos liados.

—Ya...

—¿No me crees?

—¿Algo más?

—Después, te volví a ver cuando te estampaste contra mi coche porque te saltaste un semáforo.

—Yo no me salté un semáforo, no había semáforo.

—Mia, has tenido que ver el parte del accidente mil veces...

—Bueno, sí, lo había, pero no me lo salté. Tú apareciste de la nada.

Niega con la cabeza.

—Es increíble, pero... ese no es el tema.

—Sí es el tema porque...

—Mia yo no llamé a la policía. Cuando te fuiste y me dejaste allí plantado con los documentos en la mano, estaba dispuesto a marcharme, ni siquiera tenía intenciones de reclamarte nada. Pero alguien llamó a la policía, alguien que estaba observando. Y también hicieron fotos. Así te localizaron y así emprendieron una sanción contra ti. A mí solo me preguntaron lo ocurrido, pero no les di ninguna información que no hubieran obtenido de los testigos.

—Ya... ¿Qué más?

—Y... llegamos aquí, al balneario. Estoy aquí para recuperarme de una lesión, como supongo sabrás. Tuve un accidente hace seis meses y me fracturé la pierna. Daba por concluida la rehabilitación tras mi paso por la clínica, pero mi jefe, que también es un buen amigo, me propuso intentarlo aquí para ver si... puedo mejorar más.

He observado su expresión y se ha oscurecido al hablar de este lugar y de su pierna.

—¿Precisamente aquí?

—He estado mucho tiempo encerrado en la oficina. Soy ingeniero, como sabes —me sonrío con ironía. Ya sabía yo que lo de llamarlo ingeniero no le pasó desapercibido—. Me ofrecieron dirigir una obra, que es a lo que me dedico, cerca de aquí a cambio de alojarme en el balneario y

someterme a nuevas terapias. No me gustó, me sentí presionado y... hasta chantajeado, pero acepté.

—¿Por qué te sentiste así?

—Porque trabajar en una obra tenía una condición y no podía negarme. Estaba harto de estar metido en la oficina.

—Entonces ¿es pura casualidad?

—Llámalo como quieras, pero el primer sorprendido en verte aquí fui yo. Yo podría decirte a ti lo mismo. ¡Qué casualidad que estés aquí!

—¿Y qué sentido tendría eso?

—No lo sé, es igual de absurdo que creas que he llegado a aquí por ti, para hacerte... a saber qué, como que yo piense lo mismo de ti. Claro que, tú me odiabas y yo no.

—Tú también me odiabas, de lo contrario no me...

Me detengo. Me siento estúpida por haber intentado volver a reprocharle lo mismo. El caso es que... le creo, pero no pienso decírselo.

—¿Y lo de la parada del bus? —Cambio de tema mostrándome más relajada.

—Voy cada día a la obra por la mañana, está en el desvío de la entrada de Grafton. El camino está cortado, sí, cierto, está vallado, pero eso no significa que no estemos allí trabajando. Estamos estudiando el terreno.

—Ya... Entiendo.

—¿Por qué te encontré en la piscina?

—¡Ah! Eso es muy sencillo, te seguí, me apetecía mucho verte.

Se queda callado, no da más explicaciones y yo necesito tragar saliva para digerir lo que acaba de decir. Hasta ahora que me siguiera o se cruzara en mi camino era sinónimo de intentar joderme, pero el ingeniero me está diciendo con total tranquilidad que le apetecía verme.

—Fue un nuevo intento por acercarme a ti para intentar explicarte lo que te acabo de explicar.

No sé por qué me decepciona esa explicación.

—Te vi meterte en aquella carretera y pregunté a donde conducía. Me dijeron que estaba vallada desde hace años, no me hablaron de un proyecto.

—Es que no es algo que hayamos divulgado, excepto cuando hemos hablado con las autoridades de Grafton.

—Bien aclarado. ¿Algo más?

—No, por mi parte. ¿Alguna duda? ¿Hay algo más en tu cabeza que te lleve a pensar en un acto psicópata o en una conspiración? Estaré encantado de aclarártelo.

—Lo de ser gilipollas no puedes aclarármelo, ¿verdad?

—No, eso es algo para lo que no tengo una explicación.

Sonrío, pero en cuanto me doy cuenta de lo que puede suponer para el ingeniero y sus deseos de firmar la paz, dejo de hacerlo bruscamente.

Me pongo en pie.

—¿Qué te pasó en la piscina?

—Que me encontré con una desagradecida que...

—En la pierna.

—¡Ah! Eso fue... un calambre, me ocurre con frecuencia.

—¿Siempre te ocurre en el agua?

—Sí, por eso no suelo intentar nadar.

—¿No te lo han aconsejado? ¿O eres tú el que lo evita?

—Es incómodo y doloroso, lo evito. Me han dicho que irá desapareciendo con el tiempo.

Sabía que algo no me encajaba y ahora lo he comprobado. No entiendo qué clase de programa le han aplicado. Es extraño. El agua es lo que más necesitaría...

—¡Buenas noches! ¿Me liberas? —No me voy a meter donde nadie me llama, no es mi paciente.

—Sí, ya no estás secuestrada. Supongo que ya no volverás a restregarme lo mismo una y otra vez.

—Supones bien —le digo dirigiéndome a la puerta—. Pero me sigues cayendo mal, ingeniero.

Antes de atravesar la puerta me detengo.

—Necesito este trabajo, más de lo que creía... ¡No puedo seguir haciendo estupideces!

—Eso me lo estás diciendo porque...

—Es solo una reflexión en voz alta. Un ataque de sensatez.

Se echa a reír.

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando asomo la cabeza.

—Yo no me salté ningún semáforo.

El sonido de su risa es lo último que escucho antes de alejarme.

El aire fresco me devuelve a la realidad, esa que parece empeñarse en abandonarme a todas horas. Soy consciente de que no debo estar aquí y me dirijo a mi cabaña procurando que nadie me vea.

Cuando llego respiro aliviada, como si me hubiera librado de alguien que me ha estado persiguiendo.

No me gusta lo que siento en este momento, una mezcla de sensaciones que me confunden.

No me gusta creerle, no me gusta que deje de ser «el malo» y que tenga una explicación para todo lo ocurrido.

No me gusta saber, porque lo sé, que voy a seguir haciendo estupideces.

Me voy a dar una ducha de aproximadamente una hora para intentar apartar de mi cabeza una frase de cinco palabras que él ha pronunciado: «Te seguí, me apetecía mucho verte».

«Era más sencillo odiarlo», pronuncio en voz alta mientras cubro mi cabeza con el agua caliente.

Capítulo 27

Daniel

Sé que una parte de lo que me dispongo a hacer, y lo que he hecho hace unas horas, se debe a la influencia que han ejercido esta mañana las palabras del señor Palmer cuando ha vuelto a hablarme de su terapia con Mia. Otra parte, se debe a que Mia trabaja en un medio, el acuático, que para mí se ha convertido en una especie de hándicap. Y otra parte, se debe a que desde anoche no puedo apartarla de mi cabeza.

Lo que he hecho es colarme en la piscina donde ella estaba trabajando. Como es habitual en esta historia he puesto todos los medios que tenía a mi alcance para pasar desapercibido. Confieso que no ha sido fácil ocultarme sin ser visto, pero la creatividad y el interés, y quizás un poco de suerte, han hecho que fuera posible.

Desde mi escondite, la he observado en plena sesión con su paciente. Había algo en sus movimientos, en su destreza y en su seguridad que me han hipnotizado. Por momentos, me parecía observar a alguien dirigiendo una coreografía. Sin duda es su medio, tal y como me ha informado el señor Palmer, que lo ha escuchado de su boca.

Cada toque, cada indicación, tenía un propósito claro. Me ha sorprendido la mezcla entre dulzura y firmeza con la que interactuaba con su paciente.

Esa ha sido la razón de que ahora me encuentre aquí sentado, en el borde de la piscina. He esperado a que terminaran las sesiones y he pedido permiso para utilizar esta piscina durante media hora.

Tengo tantas sensaciones acumuladas que ni siquiera sé bien si es una buena idea, pero necesito introducirme en el agua y vencer esa guerra que tengo con ella.

Me sumerjo lentamente en la parte menos profunda de la piscina, donde puedo tocar suelo. Tengo miedo de volver a sentir el maldito calambre, pero empiezo a nadar suavemente y me sorprende gratamente no sentir los primeros indicios.

Nado en dirección al otro extremo de la piscina, cerca del borde, y llego a la parte más profunda sin dificultades. Sonrío, estoy casi al borde de la euforia. Recorro la piscina de extremo a extremo dos veces más y siento que mis músculos están más relajados que nunca. Poco a poco me voy confiando.

Durante unos minutos sigo nadando a lo largo de la piscina, pero me invade el pánico cuando siento la primera contracción. Estoy algo alejado del borde y el dolor hace que me encoja sobre mí mismo. Trago agua, apenas puedo mantenerme a flote con los brazos y, por un momento siento que esto no va a acabar bien. Sigo luchando por alcanzar un extremo donde pueda hacer pie, pero la distancia es demasiado larga. Mi experiencia en el agua me mantiene a

flote hasta ahora, pero las contracciones en el gemelo hacen que apenas resista. Me sumerjo, me masajeo la pierna como puedo, emerjo, y así repetidas veces sin notar mejoría. No voy a salir de esta.

Me sorprende sentir unos brazos delgados rodeando mi cuello, y algo parecido a una rodilla clavada en mi espalda. Mi cabeza emerge por completo del agua, y el oxígeno inunda mis pulmones. El alivio es instantáneo, aunque todavía me retuerzo por la presión en el gemelo. No puedo calcular el tiempo que permanezco en esa posición, aunque me parece una eternidad, pero seguramente solo se trate de unos pocos segundos.

En un movimiento de cabeza, descubro el rostro de Mia y mi mente se queda en blanco, no soy capaz de procesarlo.

Llegamos al extremo más cercano de la piscina y ella, con mucha destreza, me empuja hacia la pared para que me sujete al borde.

Necesito apretarme el gemelo y lo intento, pero ella me lo impide. No puedo tocar el suelo de la piscina, todavía hay demasiada distancia.

—No te muevas, sujétate al borde.

Mia se sumerge y poco después siento unas manos que me presionan en el tobillo y tiran de él.

Mia emerge a coger aire y vuelve a hacer lo mismo, pero esta vez tirando de la rodilla. Hace varios movimientos y el dolor empieza a desaparecer.

Emerge de nuevo y se coloca a mi lado. Mientras recupero la respiración me giro para observarla. Está vestida con una camisa rosa que deja entrever las marcas de su ropa interior. Sus piernas están desnudas.

Mia me mira y me muestra una media sonrisa.

—Casi no lo cuentas, ingeniero —dice respirando de manera agitada.

—¿Tú crees?

—No lo creo, listillo, lo he visto.

—Gracias.

—No me las darías si supieras que antes de lanzarme al agua he estado un buen rato deliberando sobre si hacerlo o no...

—Tanto me odias...

—Un poco menos que hace unas semanas, quizás un poco menos que hace dos días, y quizás menos que ayer, pero algo queda.

La miro para ver qué parte de su discurso es serio y que parte no, pero no veo ni indicios de una u otra parte.

Sin dejar de sujetarme al borde me deslizo hacia las escaleras, pero escucho su voz firme.

—No, no salgas del agua. Espera. Dame solo unos minutos. Ni se te ocurra salir, ingeniero.

Mia se dirige a un extremo de la piscina, caminando por el borde y desaparece detrás de un pequeño muro de ladrillos de colores.

Sigo con la mente en blanco, no soy capaz de pensar. ¿Qué me pasa?

Vuelve poco después. Observo su nueva indumentaria. Conserva la camisa mojada, pero lleva unos pantalones cortos al menos dos tallas más grandes que la que le corresponden con el logo del centro. Sujeta en la mano una alfombrilla de corcho, de las que utilizan los niños cuando aprenden a nadar.

Baja los tres escalones de espaldas y nada hasta mí.

—Sujétate a esto y flota estirando tu cuerpo bocabajo.

—Mia, no estoy de humor para...

—Hazlo, joder. ¿Quién está hablando de humor? Ya sé que estás jodido, pero o lo haces ahora o te va a costar mucho. Esos calambres se marcharán cuando los entrenes, pero no jugándote la vida. Tu cuerpo debe ser ligero, no debe haber peso añadido. Solo quiero que aprendas el movimiento.

No quiero discutir, sus palabras me llegan como una orden y hago lo que me dice.

Empiezo a nadar sin perder el contacto con uno de mis brazos sobre la alfombrilla.

—Las piernas, mueve las piernas.

Durante unos minutos, ella me acompaña nadando a mi lado, deteniéndose de vez en cuando para corregir el movimiento de mis piernas.

En varias ocasiones me pregunta si quiero terminar, pero le indico con la cabeza, en señal de negación, que estoy dispuesto a seguir. Solo unos minutos después, ella da por terminada la sesión. Se acerca a mí. Nuestros cuerpos están muy cerca, demasiado. Percibo el color rosado de su sujetador con más claridad, incluso algunas líneas de encaje.

Nos miramos fijamente, pero ella enseguida aparta la mirada.

—Salgamos de aquí —me dice con una expresión sombría.

—De acuerdo —le digo en un estado que no quisiera estar. No solo estoy afectado por el episodio en el que podría haberme ahogado, sino por la destreza con la que me ha salvado, y por la sesión que me ha regalado. Sesión que me ha permitido corregir posturas y empezar a sentir que puedo controlar los calambres. Y solo han sido unos minutos...

Salimos del agua. Todavía tengo dolorida la pierna, pero puedo caminar.

Caminamos hacia la salida. Ella recoge una prenda oscura del suelo, deduzco que debe ser su pantalón.

—Estás empapada, siento que te hayas tenido que tirar al agua vestida —le digo con una voz muy cansada para mi sorpresa—. Quizás hubiera bastado con lanzarme un salvavidas de esos.

Señalo uno de los muchos salvavidas que hay colgados a lo largo del perímetro de la piscina.

—¡Oh! Tienes razón. ¿Cuál te hubiera gustado que te lanzara? ¿El de color naranja... o quizás te gusta más el verde?

—Solo pretendía decirte que lamento que te hayas tenido que mojar por mí, no hace falta ironizar de esa manera.

Se detiene y me mira desafiante.

—Algo te habría ayudado ese salvavidas, pero no habría sido suficiente —. ¿Alguna queja más, ingeniero?

—No es una queja es...

No merece la pena que le dé más explicaciones, ya ha desaparecido de mi vista en dirección al vestidor.

Nos volvemos a ver unos minutos después, ambos con ropa seca. Ella ha tardado menos que yo y me está esperando en la salida de la piscina.

—¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Es casualidad que hayas venido en el momento más oportuno y me hayas salvado?

—En esta piscina sí puedo estar, trabajo en ella y llevo días practicando. Otra cosa es que... te haya visto entrar y hayas despertado mi curiosidad.

—¿Me has seguido?

—Yo no diría tanto, ingeniero.

Emprendo la marcha en dirección a mi casa y me llama la atención que ella sigue caminando a mi lado, sin desviarse. Observo que no deja de mirar a su alrededor, y que se ha cubierto la cabeza con la capucha de la chaqueta. Sé que debe estar rezando para que no nos crucemos con nadie a quién le pueda llamar la atención vernos caminar juntos, en esa zona, a estas horas.

En todo el recorrido, ni ella ni yo pronunciamos una sola palabra.

Llegamos a la puerta de mi casa y nos detenemos. Mantenemos la mirada durante unos segundos.

El corazón empieza a latirme con fuerza, y hago un esfuerzo por disimular este estado de ansiedad. Sé que no es la palabra que define lo que estoy sintiendo, pero la única a la que puedo recurrir en este instante.

Mia se muerde el labio inferior, el mismo en el que he observado un ligero temblor. ¿Será el frío? La idea de que así sea me decepciona.

—Ha sido un placer salvarte, ingeniero, pero la próxima vez utiliza una piscina más pequeña. Y... sigue entrenando como te he dicho, habla con tu fisioterapeuta.

Se está despidiendo. No es lo que quiero. Siento una punzada de dolor al pensar que se va a marchar en este momento. ¿Qué narices me está pasando?

—Entra, Mia —le digo abriendo la puerta y girándome hacia ella. No pretendía que mi tono fuera tan imperativo, pero ya no puedo volver atrás.

—¿Entrar? ¿Para qué?

—Me gustaría besarte...

Capítulo 28

Mia

No estoy segura de haber escuchado bien al ingeniero, puede que estar tan pendiente de que alguien me vea en esta zona haya hecho que interprete mal sus palabras. Aun así, mi cuerpo no se ha esperado a aclararlo, ha reaccionado en cuanto ha escuchado que quiere besarme: un ligero temblor en las piernas y una sutil subida de temperatura; en algunas zonas más acusada que en otras.

—¿Has dicho que quieres besarme? —le digo forzando mi indignación—. ¿He escuchado bien?

—Has escuchado perfectamente —me dice con una sonrisa provocativa.

—¿En qué momento has pensado que a mí me apetece besarte?

—Vaya, puede que me haya confundido, me he dejado llevar por la emoción, por... la euforia. Seguro que ha sido una mala interpretación.

—¿Qué interpretación? ¿De qué estás hablando, listillo? —le digo temiendo que me suelte algo que me incomode.

Me la estoy jugando, acompañándole hasta aquí. En el caso de que alguien me preguntara tendría que dar muchas explicaciones y no me conviene. Mis antecedentes son «turbios», no me puedo permitir que surjan más dudas por parte de mi supervisora.

—Por un momento, he pensado que...

—¿Qué? ¿Qué has pensado, listillo? Venga, dime —le interrumpo desafiante.

Sé que este diálogo no conduce a nada, pero estoy convencida de que él también lo sabe. Y puede que... sea la excusa para no marcharme, que es lo que menos deseo en este momento.

—Por un momento —Lo intenta de nuevo y esta vez decido permitirle acabar—, en vez de ver odio en tu mirada... he visto deseo. ¡Me habré confundido!

Mi temperatura sigue subiendo y mi cuerpo se convierte en mi peor aliado. No tengo tiempo de pensar, ni de intentar inventar algo ingenioso. Esas palabras me han desarmado, lo único que puedo hacer es intentar salir victoriosa de esta situación, pero no sé cómo. ¿Una retirada a tiempo? Algo me dice que si sigo aquí plantada voy a cometer otra estupidez, pero... el caso es que esa estupidez... no me parece tan estupidez.

No, no estoy razonando.

—¡Buenas noches, capullo! —No me siento responsable de solo haber sido capaz de decir esto, soy consciente de que no puedo pensar con claridad.

Mis intenciones de darme la vuelta se interrumpen con sus palabras.

—¡Oh! Vaya, vuelvo a ser «capullo». Te has cargado toda la magia.

—Nunca has dejado de ser «capullo». ¿La magia? ¿Qué magia?

—La de esta historia, Mia. Nuestra historia... Porque... nos guste o no, tenemos una historia. Está cargada de sinsentidos, casualidades, absurdidades... Pero es una historia, al fin y al cabo. Y ahora yo... quería añadir un elemento un poco más mágico a esta historia, pero te la acabas de cargar.

—Empiezo a pensar que, en algún momento, quizás solo una milésima parte de un segundo, en la piscina, ha dejado de llegarte oxígeno al cerebro.

Sonríe. Claramente está disfrutando de este «absurdo» juego de palabras. Hasta me he olvidado de que no debería estar aquí tan expuesta.

—¡Has vuelto a romper la magia! —insiste con una media sonrisa.

—¡Qué poca sensibilidad que tengo! ¿Y cómo se supone que tendría que haber contribuido a esa magia?

—No puedo describirlo exactamente, pero... habría estado bien que, tras escuchar mi propuesta de besarte, hubieras bajado la mirada, te hubieras sonrojado, me hubieras sonreído y hubieras permitido que me acercara a ti... ¡Es solo una idea!

—Esa idea es aburrida. No está mal, pero le falta... ¡chispa! Te voy a decir lo que habría sido «mágico». Pongámonos en situación. Venga, vuelve a decirme que quieres besarme.

—¿Así sin más? Es algo frío...

—Venga, colabora, no pongas tantas pegas. Eres tú el que ha empezado esto.

Mueve los hombros, como si estuviera calentando los músculos antes de un entrenamiento. Se apoya con un brazo en la puerta y me mira fijamente.

—Entra en mi casa, Mia... Quiero besarte...

Aunque detrás de esas palabras hay una sonrisa que no logro acabar de interpretar, me producen un escalofrío. Mi cuerpo sigue reaccionando y yo sigo luchando porque no me deje en evidencia.

—Bien, ingeniero. Ahora es cuando yo... miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ve, te miro a los ojos, pestañeo dos veces... ¡No! Tres —Acompaño mis movimientos justo con lo que estoy describiendo—. Y doy un paso al frente. ¡No me interrumpas! Quieres magia, pues esto es magia, tu propuesta es muy cutre.

Sonríe abiertamente y retrocede unos pasos hacia el interior de la casa para seguirme el juego.

—Ahora —continúa diciendo—, para darle un poco más de «magia» a la escena, cierro la puerta sin dejar de mirarte, con una patada suave. El sonido de la puerta al cerrarse nos abrumba y nuestras miradas siguen puestas la una en la otra sin que seamos capaces de apartarlas. ¿Te va gustando?

—Me va gustando.

—Bien. Ahora me acerco más a ti, estoy deseando de saber a qué saben tus labios... ¿caramelo? ¿fresa? ¿limón? ¿pescado?

Él se echa a reír, pero enseguida vuelve a mostrarse serio y a mirarme fijamente.

—Me acerco más —Sigo acompañando mis movimientos acordes a lo que estoy narrando—, te envuelvo el cuello con mis brazos y... espero a que te vayas pegando a mí. No olvides que ya me he sonrojado, ¿te has dado cuenta?

—Sí, tranquila, no me pierdo detalle —me dice inclinando un poco la cabeza para facilitarme el lazo que hago sobre su nuca con mis manos.

Poco a poco me va colocando sus manos a ambos lados de mi cintura, con delicadeza, con

cierto temor... sin perder la mirada. Estamos tan cerca que empiezo a creer que no voy a ser capaz de seguir con esto. Pero... ya es tarde. ¿A quién voy a engañar si afirmo que quiero que se detenga?

A esta distancia, puedo observar su rostro como nunca antes lo he hecho. Es tan guapo...

—Y ahora es cuando me permites besarte... —me dice acercando mi cuerpo al suyo—. ¿O quieres tomar tú la iniciativa?

—No, tómala tú, capullo.

—¡Eh! No te vuelvas a cargar la magia —me dice inclinándose y susurrándomelo al oído.

—Entonces... déjame que piense... —Bajo la mirada fingiendo buscar las palabras adecuadas—. Teniendo en cuenta «nuestra historia», no encajaría bien que yo te dijera que puedes besarme.

—Entonces, esto que has planteado, ¿no es lo que tú entiendes por mágico?

—No, creo que lo he planteado mal.

—¿Empezamos de nuevo? Si quieres tomo yo el relevo.

Estamos charlando el uno enfrente del otro, yo, abrazada a su cuello, él abrazándome la cintura y sin perder la mirada. Pareceremos una pareja de torpes bailarines que se acaban de conocer y que están tomando posiciones para lanzarse a la pista de baile dispuestos a darlo todo.

—Sí, mejor sigue tú —le pido intentando no echarme a reír—, yo me he bloqueado un poco. Hoy no estoy muy creativa, creo que me he quedado sin imaginación.

La posición de los dos bailarines torpes se transforma en cuestión de segundos. La frialdad y el hermetismo de unos segundos antes se transforma en cuanto nuestros cuerpos se relajan, se acercan y por fin sus labios toman contacto con los míos.

Es algo suave, apenas perceptible, pero suficiente para sentir un escalofrío que me recorre todo el cuerpo, suficiente para estar segura de que ese deseo que andaba buscando ya puede verlo en mis ojos.

El ingeniero se detiene y yo siento un vacío tan grande que creo que estoy empezando a perder la cabeza. La decepción se apodera de mí y siento que el juego está a punto de terminar, pero sus palabras me demuestran lo contrario.

—Quiero besarte más, Mia, y... follarte... ¿Te parece eso mágico?

Me he quedado clavada al suelo. Me quedo sin ideas, sin respiración, pero muerta de deseo. Esas palabras me parecen mágicas, perfectas, y por primera vez desde que lo conozco, siento que vamos en la misma dirección.

—Me parece mágico... Daniel.

Capítulo 29

Daniel

—Me parece mágico, Daniel.

No sé si ha sido la forma tan sensual en que me ha susurrado esas palabras, pero me han llegado en forma de hechizo. También habrá influido el hecho de que por primera vez me haya llamado por mi nombre.

No puedo dejar de mirarla cuando, en realidad, lo que deseo es volver a acercarme a sus labios, pero siento que estoy hipnotizado.

Finalmente salgo de letargo y acerco mis labios a los de ella despacio, disfrutando de esta extraña complicidad que acaba de nacer entre nosotros.

Mi nombre, pronunciado por ella, me sigue retumbando en la cabeza mientras sigo acortando la escasa distancia que separa nuestros rostros.

Mia abre ligeramente la boca para acoger la mía. Apenas pestañeamos, apenas respiramos. Ambos estamos disfrutando de esta cámara lenta.

Mia abre más la boca, acoge mi lengua y la enreda con la suya. Su labio choca con el mío, el mío contra el suyo...

Las manos ignoran el lugar donde han descansado hasta este momento e inician un juego de movimientos que cada vez cobra más fuerza.

Abandonamos el silencio para gemir, abandonamos los movimientos lentos para tocarnos con prisa y con ansia. Abandonamos las miradas y nos dedicamos a desprendernos de esa molesta ropa que se interpone en nuestro camino.

No hay turnos, no hay esperas. Ella me quita y yo le quito. Nos quedamos desnudos sin apenas darnos cuenta y, sin dejar de mordisquearnos la boca, nos dirigimos al primer lugar que encontramos cerca, el único que en este momento puede acoger con comodidad este deseo: el sofá.

Cada roce hace que aumente más mi deseo. Ahora mismo me volvería completamente loco si no pudiera saciarlo con ella.

Tropezamos cuando intentamos ocupar el mismo lugar en el amplio sofá y sonreímos.

Somos un ovillo de risas entrecortadas, de movimientos, unos más torpes que otros, de roces, de mordiscos, de choques, de besos que no terminan, de caricias que no se acaban.

Somos prisa y deseo, y es lo único que se percibe en el ambiente.

Consigo un lugar en el centro del sofá y estiro de ella de forma brusca, más de lo que me habría gustado, para que se siente sobre mí.

Mia lo hace, me cubre las piernas con las suyas sentándose a horcajadas sobre mí y me

sonríe. Al mover la cabeza, su recogido, consistente en su habitual coleta alta, se deshace dejando suelta su larga melena.

—¿Ya no ves odio? —me dice mordiendo un labio de forma infantil.

—¿Lo hay?

—Sigue, ingeniero y deja la maldita charla.

Me echo a reír a carcajadas.

Impulso a Mia por la cintura y dedico toda mi atención a sus pechos. Ella gime y echa la cabeza hacia atrás mientras se apoya con poco equilibrio sobre mis hombros.

Mi erección se lleva las siguientes caricias. Mia se deshace de mí, se baja del sofá, se arrodilla y pasa su lengua a lo largo de mi erección, se vuelve a subir a horcajas sobre mí y ella misma se la introduce en su interior.

Cabalga sobre mí mientras mordisquea mi cuello y yo le acaricio todas las partes de su cuerpo que puedo alcanzar.

Poco después, nuestros cuerpos empiezan a temblar, a gemir con más fuerza y a prepararse para la cima del placer.

Segundos después solo se escuchan nuestros intentos por respirar. Somos un amasijo de cuerpos sudorosos, cansados y, me atrevo a decir que, saciados, al menos por mi parte.

Nos miramos y nos sonreímos.

Mia me parece el espectáculo más precioso que he contemplado en mucho tiempo, quizás podría alzarlo a la categoría de «nunca antes».

Y en medio de tanta confusión por tantas sensaciones, sonrío para mí pensando que lo que había sido un juego de palabras, ha sido real. ¿Si eso no es mágico, qué es?

Capítulo 30

Mia

Sí, me cuesta procesarlo, pero aquí estoy, en el salón del ingeniero, sentada en el sofá, con una manta cubriéndome todo el cuerpo.

Nos miramos. Él tiene una expresión calmada y segura, mientras que yo parezco una adolescente que no sabe manejar bien la situación.

Decido separarme de él y empezar a vestirme. Él se anima a hacer lo mismo. Siento su mirada recorriendo todo mi cuerpo y admito, para mi propio desconcierto, que con solo un roce volvería a incendiarme.

No puedo concentrarme, no soy capaz ni siquiera de encontrar mis pantalones.

El silencio empieza a incomodarme y daría cualquier cosa por que se animara a romperlo.

Se acerca a mí completamente vestido y me sujeta la cabeza con las manos. Yo lo miro embelesada, sintiendo que mi cuerpo se empieza a deshacer de nuevo con ese leve contacto. Sé que debería preocuparme por sentir tanto y tan intenso, pero ahora no es el momento de hacerlo.

—Me has salvado la vida...

—¿De verdad? ¿Es que hacía mucho que no te acostabas con alguien? ¿Estabas muy necesitado?

Se echa a reír moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Sabes que no me refiero a lo que acabamos de hacer. ¡Gracias, Mia!

—De nada, ingeniero —le digo separándome de él al tiempo que intento localizar de nuevo mis pantalones.

—Quédate esta noche.

Me detengo cuando localizo los dichosos pantalones y a punto estoy de echarme a llorar de la emoción.

—Tengo que irme, es tarde —le digo sin mirarle. Si lo miro, me quedo y tengo que intentar ser sensata. Al menos, intentarlo.

—¿Una copa de vino?

No tengo ganas de marcharme, pero sé que debo alejarme y poner orden en mi cabeza. Yo funciono así. Normalmente me lanzo al vacío sin pensar, y después me paso días y semanas pensando en lo que he hecho. Y yo que creía que eso era cosa del pasado...

—No, no es buena idea, Daniel.

Cuando me doy cuenta, está de nuevo a mi lado. Todavía tengo los pantalones colgando, a falta de introducir una pierna en ellos. Los dejo caer cuando me sube la barbilla con un dedo para que le mire a los ojos.

—Mia, me has llamado dos veces por mi nombre... Me gustaría celebrarlo. Y también que me has salvado la vida. Una copa de vino, solo una.

—De acuerdo, pero solo una. Mañana tengo que trabajar. Te aseguro que no estoy dispuesta a tratar al señor Palmer con resaca.

—Le conozco... Hablo con él muchas veces, vive aquí al lado.

—Lo sé, te ha mencionado varias veces.

—Cosas buenas... Espero.

—Un joven encantador... Cosas de la edad, ¿quién si no un hombre mayor se atrevería a describirte así?

Me mira con una sonrisa irónica y mueve la cabeza.

Debería haber rechazado esa copa de vino, si me sonrío así muchas más veces, no voy a responder. ¡Qué preocupante es esta situación! «Mia, reacciona», me digo en un intento de mantener algo de sensatez.

Mientras él se aleja en busca del vino, yo me acerco a la chimenea al tiempo que intento acabar mi batalla con los malditos pantalones.

¡Demasiado estrechos!

—¿Tienes frío? —me dice al observar mis movimientos.

—No, me gusta el calor que...

No puedo terminar la frase. Todo ocurre muy deprisa. Una parte de mis pantalones se ha atascado en mi tobillo y al intentar tirar bruscamente, pierdo el equilibrio. Mi cuerpo se inclina hacia adelante y consigo frenarlo apoyando un brazo en la pequeña marquesina de ladrillo que se encuentra sobre la chimenea. Una figurilla de bronce cae al suelo emitiendo un sonido molesto. Yo sigo mi avance hasta que la gravedad vence y resbalo sintiendo como mi pierna desnuda impacta con algo que me produce un dolor agudo. Aterrizo en el suelo y me quedo quieta en la misma posición que esos cadáveres de las escenas de crimen que perfilan con tiza.

Todo ha sido muy rápido y apenas puedo procesarlo. Cuando reacciono escucho la voz de Daniel, que está a mi lado.

—Mia, ¿estás bien? —me dice mientras me ayuda a incorporarme.

Ambos observamos un pequeño reguero de sangre que emana de mi muslo derecho haciéndose paso entre una piel rasgada. Se aprecia un corte pequeño, pero la herida en sí no tiene buena pinta.

Estoy aturdida y siento punzadas de dolor en la pierna.

—Sí —consigo decir mientras él me impulsa hacia arriba y me lleva hasta el sofá en un movimiento tan rápido que apenas lo percibo.

—Déjame ver...

Daniel sale corriendo y vuelve con una toalla pequeña que aplica rápidamente sobre la herida para frenar la sangre.

—No es nada, solo un rasguño.

—Es más que un rasguño, Mia. Te has clavado algo y te ha producido una buena herida. ¿Qué ha sido?

Ambos miramos hacia el suelo, delante de la chimenea, y vemos el objeto causante de la herida. Es el soporte en el que se colocan los atizadores de la chimenea. Está fabricado en hierro fundido y decorado con unos salientes labrados. Uno de ellos ha debido ser el causante del desgarró. Está volcado en el suelo, justo al lado de la figurilla de bronce.

Daniel se acerca al soporte y a los tres atizadores que hay en el suelo.

—Te has debido cortar con esto —dice señalando uno de los salientes labrados.

—He perdido el equilibrio con los dichosos pantalones...

—Joder, cuánto lo siento... —me dice volviendo a centrarse en la herida—. ¿Te duele?

Más de lo que estoy dispuesta a admitir, así que niego con la cabeza.

Daniel retira la toalla y observo que la herida va adquiriendo un color más oscuro. El corte se puede ver con claridad y no parece demasiado grande.

—No es muy grande —le digo todavía aturdida, desprendiéndome del pantalón por completo.

—Déjame, yo te ayudo —me dice tirando de la prenda con suavidad.

Hago un intento de ponerme en pie, pero él me lo impide.

—¿Dónde vas? Vamos al centro médico para que te curen esa herida. Tiene mal aspecto.

—Estoy bien, yo me la curaré yo. En mi casa tengo un botiquín, no necesito nada más.

—Necesitas que te curen esa herida bien. No es cuestión de un botiquín, aquí también hay.

—No es grave, solo hay que desinfectarla un poco.

—Tiene que verte un profesional, Mia. Vamos, te llevaré en coche, la enfermería está abierta, está en la entrada del recinto, supongo que ya lo sabes.

Cuando veo que está dispuesto a hacerlo, le detengo.

—Daniel... ¡Daniel! —lo repito con un tono más alto al ver que no me hace caso—. Que me he hecho un corte, joder, no estoy de parto. Quieres calmarte.

—Vale, pero estarás de acuerdo conmigo que debemos ir cuanto antes a la enfermería o a donde sea.

—Daniel no voy a ir a ninguna parte.

—¿Eso tiene una explicación lógica?

—No voy a ir al centro médico del balneario. Si lo hiciera, me impedirían seguir trabajando, y no es lo que quiero. Tampoco voy a aparecer allí contigo a mi lado, como entenderás.

—Eso no es importante ahora, ¿quién va a cuestionar que te ayude a llegar hasta allí? ¿Qué tiene eso de malo?

—Daniel, escúchame. Ni puedo acudir acompañada de ti, ni quiero que me vean la pierna. No me dejarían seguir trabajando y no lo quiero. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo —me dice volviendo a colocar la toalla sobre la herida para frenar de nuevo la sangre.

—Escúchame, por favor —le pido algo inquieta.

Recibo toda su atención. Se sienta a mi lado sin perder de vista la toalla.

—Aquí son muy estrictos con las normas. No me permitirían trabajar con esta herida. Eso estaría bien en otras circunstancias, pero no en las mías. ¿Lo entiendes?

—No, sigo sin encontrarle sentido.

—Daniel, necesito este trabajo por muchas razones —Estoy haciendo un gran esfuerzo, el dolor se está intensificando, pero por alguna razón necesito aclararle este tema—. Una, porque tengo que enriquecer mi *curriculum*; dos, porque hasta que vuelva a tener permiso de conducir no tengo muchas opciones. Cuando llegué aquí me asignaron un tipo de terapia que no es la que me gusta, pero no podía elegir. Tras la marcha de Chris Chambers, me han asignado lo que me gusta: el agua. Fisioterapia e hidroterapia, motricidad acuática... Lo que me fascina, lo que mejor se me da. Y si me retiro unos días por esta herida, no cancelarán mi agenda, sino que se la asignarán a otra persona.

No le estoy mintiendo. A pesar del renombre del balneario, del lujo, de las normas y los

millones de protocolos a seguir, el compañerismo deja mucho que desear y existe una competitividad muy poco sana. Zoe me ha puesto al corriente de muchas cosas. Alguien se ha sentido molesto porque me asignaran a mí, que llevo poco tiempo, por no decir que soy la más nueva, algunos pacientes y terapias que llevaba Chris.

—Entiendo, pero me pregunto si podrás trabajar en el agua con esa herida.

Me centro en ella de nuevo y veo que no tiene muy buen aspecto.

—Nada que no se solucione con un buen antiséptico, una buena limpieza y una buena protección.

—Bien, pues entonces vamos a Townshend, solo está a unas diez millas en dirección noroeste.

—No es necesario...

Daniel destapa de nuevo la herida y me señala con la cabeza.

—De acuerdo —acepto finalmente sintiéndome aliviada de encontrar otra opción. Me he asustado al ver el mal aspecto que tiene.

Daniel aparece con un rollo de venda estéril para que me cubra la herida y varias gasas que me aplica para secar los restos de sangre.

Hay tanta ternura en la forma en la que me está curando... Pero la magia dura poco. Se rompe en cuanto discutimos porque insisto en que me proporcione más vendaje. Le pido dos rollos más. Él se niega, yo protesto, él me los entrega malhumorado, yo me los enrolló, los dos, y... finalmente tengo que darle la razón cuando no puedo subirme los pantalones debido al grosor.

—¿Siempre eres tan tozuda?

—A veces más, pero nada grave. Tozuda, sí, pero si me demuestras que estoy equivocada, rectifico enseguida.

—Conmigo debiste hacer una excepción.

—Contigo he hecho excepciones en varias cosas.

—¿Qué cosas? —me pregunta mientras me cubro con mi abrigo.

—Esto me duele mucho, ingeniero, me está matando, no voy a sobrevivir —le digo con un nivel de drama cercano a la psicopatía.

—Vale, de acuerdo, lo capto, me callo.

Nos echamos a reír.

—Daniel, me llamo Daniel —me dice en cuanto nos subimos al coche—, deja de llamarme ingeniero o capullo.

—De acuerdo, ingeniero, lo tendré en cuenta. ¡Ay! Cómo me duele... Mi vida acaba aquí... Date prisa o no llegaremos a tiempo. Mira que si me muero y tengo que pasar mis últimos minutos contigo...

—No es tan malo pasarlos conmigo...

Le saco la lengua cuando veo que frunce el ceño y le arranco una sonrisa.

La siguiente discusión llega cuando me empeño en ocultarme para que no el guarda de seguridad de la salida no me vea montada en su coche. Es el mismo que nos increpó en la piscina, además de ser el nuevo «amor» de Zoe; razón por la que lo veo con más frecuencia y podría reconocerme.

—Te llevo a un centro médico, Mia, no hace falta que...

—¿Qué puñetera parte de que no puedo tener trato personal con un paciente no has entendido? Mucho menos tomar copas de vino en su casa, acostarme con él, o salir con él del

recinto, en coche, de madrugada...

—¿Qué mierda de política es esa? Eso atenta contra la libertad de las personas.

—Es una cuestión de ética, es válida aquí y en cualquier parte, aunque aquí no se cansan de añadir tonterías. ¿En tu trabajo está permitido liarte con clientes o compañeros?

—Sí, en mi trabajo lo promovemos y lo premiamos. Cuanto más unidos y revueltos estemos... mejor.

Lo miro confundida y veo que me está guiñando un ojo, lo que me hace reír.

—En el estudio en el que trabajo —me aclara—, no hay ninguna norma en ese aspecto. Ha habido líos, como en todas partes, pero no hemos redactado normas al respecto. Claro que, el primero que se las saltaría sería el dueño...

—Por eso no las ha redactado... —le digo agachándome para no ser vista.

El gesto me produce punzadas de dolor en la pierna, pero no quiero ni puedo quejarme.

Pasamos el control en unos segundos recibiendo un frío «Buenas noches» del guarda.

—Aún no me ha perdonado que le hablara de aquella manera tan prepotente aquella noche —me confiesa con gesto de preocupación.

—Yo en su lugar no te habría dado las buenas noches.

—Fue para ayudarte.

—Pues haberme ayudado sin ofender al chico.

Resopla y me hace reír.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—Estoy bien —le digo revolviéndome en el asiento.

—No sabía la existencia de ese pueblo —Intento cambiar de tema—. Creí que Grafton era lo más cercano. Me gusta saber que hay otra opción.

—Esa otra opción tiene unos cuatrocientos habitantes más que Grafton.

—Algo es algo.

—No tiene fábrica de queso... —me dice con ironía.

—Vaya, eso no me gusta.

—¿Qué hizo que no visitaras la fábrica aquel día? —me pregunta sin perder la vista de la carretera.

—No me acabé de decidir. Estaba convencida que podía ser traumático.

—¿Por qué no me esperaste como habíamos quedado?

—Porque no me apetecía volver a verte.

Sonríe y mueve la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —me pregunta una vez más.

—Sí, estoy bien —le repito.

Lo que no le digo es que ya ni me acordaba de la pierna, y que lo único que me ha dolido es tener que admitirme a mí misma que me gusta estar con él, aunque solo sea para ir a ese pueblucho.

Capítulo 31

Daniel

No me puedo creer que Mia esté sobre mi cama, dormida. Ni tampoco que yo lleve un buen rato observándola, ni mucho menos que me haya separado de ella hace tan solo unos minutos, después de haberla abrazado hasta que ha conciliado el sueño.

En el centro médico, la han atendido rápida y eficazmente. Excepto el frío que hacía en la sala de espera, no hemos tenido motivo de queja.

Le han proporcionado dos analgésicos, además de limpiarle, suturarle la herida y protegérsela, por lo que estaba algo adormilada cuando hemos hecho el trayecto de vuelta. Pero se ha espabilado en cuanto hemos entrado en el recinto y se ha vuelto a ocultar bajo la maldita manta; aunque solo le ha durado unos minutos.

Su aturdimiento por la medicación es el que ha propiciado que pudiera convencerla para que durmiera aquí y no se marchara a su cabaña, como ella la llama, y como tenía intenciones de hacer.

Sigo observando su larga melena desparramada por la almohada y su expresión serena y aniñada.

No puedo dormir y me dirijo a la cocina para beber un largo vaso de agua.

Tan solo hace poco más de dos meses desde que la vi por primera vez en la clínica donde discutimos por culpa de ese niño.

De ese tiempo, solo hace unos quince días que ambos llegamos al balneario, con uno o dos días de diferencia...

En el tiempo que hace que la conozco todas las veces que nos hemos visto ha sido para discutir o recibir miradas asesinas...

Solo hemos hablado con algo de calma en una o quizás dos ocasiones...

Nos hemos acostado una vez...

He viajado en coche con ella en dos ocasiones, trayectos cortos...

Y tengo la sensación de que la conozco desde hace mucho, mucho tiempo.

No sé nada de su vida. Solo sé que es fisioterapeuta, que tiene una amiga en Manhattan que se llama Valerie, que tiene una amiga aquí que se llama Zoe, y que le gusta el vino...

También sé que sabe a fruta dulce, que su piel es toda una experiencia al acariciarla, que tiene un precioso cuerpo y que cuando me mira cargada de deseo, me anula, me desmorona, me deshace y me hace perder los sentidos. Y solo ha ocurrido una vez. Pero tengo la sensación de que forma parte de mi vida desde hace...

Resoplo. Sé que no tiene sentido divagar en esta dirección, ni tampoco lo tiene que esté

despierto en medio del salón abrumado por saber que está durmiendo en mi cama, pero no puedo actuar o pensar de otro modo.

Tampoco tiene sentido que la sola idea de no poder convencerla de que se quedara me ahogaba, ni tampoco que no me canse de mirarla o que esté pensando en proponerle que duerma todas las noches aquí.

Me gustaría creer que es mi forma de sentirme acompañado en este aislado lugar, y de entretenerme, pero eso solo se lo diría a Julien o a cualquiera de mis otros amigos. Si soy sincero conmigo mismo, tengo que decirme que, por estúpido que parezca, quiero y deseo estar con ella.

Me asusta, pero no voy a empezar esto, sea lo que sea, mintiéndome a mi mismo.

Vuelvo a la cama algo más inquieto de lo que he salido, pero satisfecho al encontrarme de nuevo con su rostro.

Me meto sigilosamente y la abrazo por la espalda. Está profundamente dormida y yo profundamente confundido, pero encantado de tenerla tan cerca.

Capítulo 32

Mia

Es nuestra segunda sesión. Daniel se ha convertido en mi paciente y me han asignado el trabajo de mejorar la musculatura de su pierna, habituarla al movimiento de la natación y disminuir los calambres que se le han producido hasta ahora.

Atendieron su petición en cuanto la solicitó, hace dos días, justo el día después de haberme despertado en su casa. Ese día, mientras yo intentaba a toda costa evitar cruzarme con él, él solicitaba que incluyeran esta terapia en su programa y... por supuesto, que fuera yo quien me encargara de ella. Afortunadamente, tuvo la ocurrencia de alegar que había sido el señor Palmer el que se la había recomendado.

Me sorprende que nunca le hayan ofrecido trabajar su pierna en el agua, teniendo en cuenta su largo historial de rehabilitación, pero prefiero no cuestionarlo. Puede que su aversión al agua influyera en la decisión, pero no deja de sorprenderme. En cualquier caso, debo confesar que no es lo único que me sorprende en este lugar en cuanto a las terapias. Lo consideraba un paraíso dentro del mundo de la fisioterapia y... hay muchas cosas que me sorprenden e incluso me producen cierta decepción.

Algunas veces lo comento con Zoe, quien suele darme la razón, pero ella parece vivir en otro mundo distinto. Ella lleva mucho tiempo en este lugar y lo ha convertido en una forma de vida, así que es menos crítica con las terapias; no es así con muchos otros aspectos laborales que suelen enfadarla.

Cuando mi jefa me citó en su despacho, por tercera vez, estaba convencida una vez más de que nos habían sorprendido juntos y que mis horas aquí estaban contadas. Quizás por esa razón, cuando me comunicó que añadían un paciente a mi lista y nombró al paciente, volví a respirar tranquila. No habría sido así si no hubiera habido un cambio entre nosotros, pero lo ha habido.

Menudo cambio...

Me he acostado con él...

Si bien estaba algo enfadada porque él no lo hubiera comentado conmigo antes de solicitarlo, tardé poco en desprenderme del enfado; en cuanto me di cuenta de que evitarlo durante todo el día no era algo con lo que quisiera estar batallando continuamente, prefiero tenerlo más cerca. Ser su fisioterapeuta me permite esa cercanía.

No me explico cómo he llegado a esto. Ese hombre era innombrable para mí, y me caía tan mal que solo verlo me aumentaba la presión sanguínea, pero... después de esas explicaciones, después de un sexo apoteósico, después de tocar ese cuerpo divino y después de sus atenciones

en el centro médico y durante la noche que pasé en su cama... Después de eso, yo ya no pienso con claridad. He perdido el norte, está claro.

La sesión de ayer con él fue difícil para mí. Intenté mantener firme la profesional que quería mostrarle en todo momento que soy, pero cada roce, cada mirada, cada sonrisa, cada reconocimiento de su cuerpo, aunque fuera de reojo y con disimulo, me desestabilizaban. Me habría metido entre él y la alfombrilla flotante y le habría tocado por todas partes. Y no solo eso, también me habría...

Me sofoco, si hablo de este tema, me sofoco y me pierdo. Lo mejor será entrar de una vez por todas en la piscina y comportarme como la profesional que soy.

Daniel está sentado en el borde de la piscina. Se gira al escuchar mis pasos, me sonrío y... vuelvo a perderme.

Es agua y electricidad lo que se cruzan en mí cada vez que lo veo. El agua del sudor que me recorre la nuca cuando lo tengo delante, y la electricidad que siento en el centro de mi abdomen cuando está cerca.

Esa mezcla solo puede dar lugar a una descarga peligrosa. Soy consciente de ello, pero no quiero darle demasiadas vueltas.

—Buenos días, señor Sterling —le digo con una postura, expresión y voz correctas.

«Toda yo soy una profesional», me digo. «No puedes deshacerte por un paciente», añado poco convencida.

—Buenos días, señorita Sheldon. Hoy tengo especialmente ganas de empezar.

Me sumerjo en el agua cargada de accesorios flotantes y me acerco a él. En la piscina no hay nadie más, solo nosotros dos. Será así durante los próximos cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué tiene hoy de especial?

—Que hoy no estoy dispuesto a conformarme con flotar un rato en el agua.

—Eso está bien, ingeniero. Así me gusta, que vengas con ganas de...

—Ganas de follarte y besarte, Mia —me interrumpe—, los flotadores no me importan mucho.

Se me cae el corcho flotante con forma de espiral que sostengo y flota entre los dos.

Después de unos segundos, cuando él espera que me pronuncie, solo soy capaz de darle indicaciones sobre lo que debe hacer con la pierna.

Durante toda la sesión fingimos estar inmersos en la rehabilitación, pero aprovechamos cada gesto y cada roce para hacer algún comentario ingenioso o para mirarnos y regalarnos medias sonrisas que son el reflejo del desconcierto y la ironía con la que estamos comunicándonos.

El ambiente no huele a cloro, como es habitual en una piscina, huele a sexo. La tensión sexual es palpable y nuestros cuerpos reaccionan con el mínimo contacto como si fuéramos adolescentes que acaban de entrar en la complicada pubertad.

Me pregunto si es normal que me sienta así constantemente, pero no encuentro respuesta. Todo lo que podría ser una respuesta me asusta o me produce rechazo.

Agua... electricidad...

Y así durante toda la sesión.

Terminamos a tiempo sin entrar en combustión, pero no ha sido fácil, al menos para mí. Y, a juzgar por todos sus gestos, palabras, expresiones y miradas... tampoco para él.

—¿No has notado el agua más caliente que cuando entramos hace casi una hora? —me pregunta provocándome.

—Yo la encuentro más bien fría... —le digo provocándole también, sin querer seguirle la corriente.

En silencio, nos dirigimos al vestuario.

—Hoy cierro la piscina yo. Cuando termines de vestiste, házmelo saber para no dejarte aquí encerrado.

Asiente con la cabeza y finge entrar en su vestuario, pero antes de hacerlo se abalanza sobre mí y me besa con tanta necesidad que creo que voy a perder el equilibrio.

—Cierra, Mia, cierra ahora. Vamos a ducharnos juntos.

No me hago de rogar. Cierro la puerta desde dentro y me dejo llevar cuando él tira de mí hacia mi vestidor.

Entramos en la ducha más amplia y sin darme apenas cuenta estoy desnuda, con un apósito de plástico cubriendo mi herida que yo misma me he fabricado, con mi espalda apoyada en la pared, impulsada sobre su cuerpo, abrazándole la cintura con las piernas y recibiendo caricias entre los muslos que me hacen estremecer y golpear mi cabeza con la pared resbaladiza al mismo tiempo.

Se echa a reír al ver mi gesto de dolor y yo, deseosa de venganza, presiono el grifo del agua fría en cuanto calculo que la mayor parte de la cascada caerá sobre su cuerpo.

Se sobresalta y a punto está de perder el equilibrio, pero sale victorioso y me sonríe de una forma que, puedo jurar y juro, jamás seré capaz de olvidar.

Continuamos saciándonos el uno del otro con movimientos bruscos, rápidos, ansiosos... y algo torpes; la ducha presenta muchos conflictos con el equilibrio.

Se introduce en mi interior, después de hacerme llegar al primer orgasmo y danzamos hasta que me permite llegar al segundo y acompañarlo a él en el suyo.

Daniel me regala mil caricias cuando terminamos y me besa el cuello en repetidas ocasiones.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño en la pierna? —me pregunta después de haber rozado el apósito varias veces.

—No, ya está mucho mejor.

Practico mis terapias con un pantalón corto para ocultar el apósito que yo misma me he fabricado para cubrir la herida. Desde que empezamos las sesiones, el día anterior, he perdido la cuenta de las veces que me ha preguntado si me encuentro bien, si la herida mejora, si alguien de mi entorno profesional se ha dado cuenta, si cicatriza bien...

No puedo quejarme, Thomas me ha dado varias recomendaciones que he seguido al pie de la letra. Él no ha juzgado ni cuestionado mi decisión de seguir trabajando con esta herida y ocultarla... Claro que, no le conté dónde y en qué circunstancias se había producido.

Nos dirigimos al exterior, pero nos detenemos en la puerta, antes de abrirla.

Rezo para que al salir nadie nos vea. Si bien es normal que salgamos juntos después de una sesión, es mucho mejor evitarlo incluso cuando está justificado.

—¿Quieres cenar conmigo? —Me dice apoyándose sobre la puerta para impedir que la abra.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—Es arriesgado.

—Pues salta esa valla o cuélate por el agujero, pero ven a cenar conmigo...
—No me apetece montar ese espectáculo...
—No tuviste problemas cuando te colaste en la piscina o decidiste entrar en mi casa....
—Entonces estaba motivada.
—¿Qué hago para motivarte?
—¿Te lo tengo que decir yo? Esfuérzate, ingeniero.
—¿Voy yo a tu cabaña?
—No, eso no me motiva, me acojona. Podría venir Zoe o algún compañero.
—Me estoy planteando cavar un túnel entre tu cabaña y la mía. Tengo experiencia, una vez lo hice, cuando estuve en la cárcel, y ayudé a escapar a dos prisioneros. Fue todo un éxito.
Me echo a reír por la convicción con la que se expresa.
—Vaya, eso es fascinante —Le sigo la corriente—. ¿Y por qué razón estuviste en la cárcel?
¿Un delito grave?
—No te lo puedo contar o no te acostarías más conmigo.
—Eso me tranquiliza.
—Debería, te aseguro que soy inofensivo, no tengo ni una multa de tráfico. Tú seguro que tampoco... Y menos por saltarte semáforos.
—No me salté un semáforo... Te cruzaste tú, y todavía no tienes explicación para eso.
—Te espero para cenar...
—No sé si es buena idea cenar con un exconvicto...
—Sí, si el exconvicto cocina como yo.
—Sigo encontrándolo peligroso...
—¿No te gusta lo peligroso, Mia?
—No, a mí me gusta más lo absurdo, lo que no tiene sentido. ¿Y a ti?
Sonríe y se acerca. Me roza los labios con los suyos.
—A mí me gustan las casualidades, Mia. Me fascinan. Toda tú me fascinas. ¿Cenamos?
Finjo pensarlo. Hace rato que lo tengo decidido.
—De acuerdo, en cuanto pueda voy a tu villa. Hazme una cena decente, ingeniero, que valga la pena colarme por una valla... Y empieza a dibujar los planos.
—¿Los planos?
—Los del túnel, capullo.
Se echa a reír.
—Entra por el garaje, es más seguro.
Abro la puerta, le invito a salir primero y espero a que pasen un par de minutos antes de hacerlo yo.

Tardo en llegar a su casa poco más de cuarenta y cinco minutos. El tiempo justo en llegar a mi cabaña, cambiarme de ropa, maquillarme, peinarme y darme una charla aburrida sobre mi irresponsabilidad, mi riesgo en el trabajo, mi exceso de interés por un hombre que no conozco de nada, mi facilidad para olvidar lo mucho que me jodió meses atrás, y alguna cuestión más sin importancia que siempre me gusta añadir en ese tipo de reflexiones.

Antes de salir de mi cabaña, me he mirado en el espejo para darme el último visto bueno a mi aspecto.

«Sí, puede que sea irresponsable y puede que el riesgo sea alto, pero me siento tan viva que hasta me duele», he pensado satisfecha e inquieta a la vez.

Me cuelo por el garaje, tal y como me ha sugerido, y se apodera de mí una sensación extraña. Es una alerta que salta en mi interior: la del peligro. Si bien, siempre está presente, en este momento es mucho más acusada. Y no precisamente porque nos puedan sorprender juntos y me perjudique en el trabajo...

Es otra sensación de peligro, una que trata de sentimientos que... aunque no están... ¡Podrían estar!

Ese peligro es mucho peor que el otro. Este solo puede acabar en catástrofe.

Pero me muero por estar con él.

Capítulo 33

Daniel

Tres semanas después. Centro terapéutico. Vermont.

He calculado mentalmente los días que han transcurrido desde que llegué a este lugar. Si no me he equivocado, han sido treinta y seis. Y si sigo haciendo cálculos... podría afirmar que desde el día que Mia y yo nos besamos por primera vez han transcurrido veinticinco.

Sí, ese es el espacio de tiempo que Mia lleva instalada en mi vida, o... en mi vida en este lugar. Pero siento que solo son números y que, de alguna forma, no se ajustan a la realidad. Si me olvidara de esas fechas y me basara solo en las sensaciones que tengo cuando estoy con ella, podría afirmar que Mia lleva mucho tiempo en mi vida. Puede que se deba a que el tiempo se ralentiza en este lugar, o puede que sea porque estamos aislados, o puede que sea porque el espacio que compartimos es siempre pequeño, por no decir el mismo: la piscina, mi casa... Pero también podría deberse a la intensidad. Yo apostaría más por esta última opción.

Con Mia todo es intenso, absolutamente todo. No importa si se trata de sexo o de una simple cena; da igual que tengamos una larga conversación sobre un tema que nos interese a ambos, como si se trata de añadir un simple tronco de madera a la chimenea... Se convierte en algo intenso, divertido, excitante...

Y si no tenemos bastante con esas sensaciones, cruzamos fronteras y hacemos que suba la intensidad. Me refiero al sexo. No tenemos bastante con refugiarnos en la seguridad de mi casa, sino que buscamos lugares «prohibidos», como ella los llama, y damos rienda suelta a nuestra imaginación. Pasión, sería la forma más correcta de describirlo, aunque no sería el único adjetivo que podría emplearse.

Las duchas de los vestuarios se han convertido en un clásico, pero no se limita a eso, también nos hemos atrevido con algún que otro rincón del recinto, como el invernadero, la piscina donde el guarda me increpó, el baño de uno de los restaurantes, y... la sauna del spa.

Ese riesgo se contradice con la constante tensión y alerta a la que Mia está sometida cada vez que acude a mi casa o sale de ella, y teme ser vista, pero así es ella. En un primer momento, muestra sus dudas, sus miedos a ser descubierta, su culpa por jugar con su trabajo, pero... segundos después parece olvidarse y en cuanto nos encontramos en una situación que a ambos nos seduce nos lanzamos a la piscina sin más.

Le he preguntado varias veces por esa contradicción, y todas las veces me ha dicho lo mismo.

—Quiero ser responsable, hacer bien las cosas, pero tú me lo impides. Si me ayudaras a ser más sensata y a no jugarme tanto el puesto...

Esa opción es solo una forma más de bromear, pero no necesito más porque la comprendo. Ella es consciente de que estamos jugando con juego y que su puesto de trabajo podría verse

perjudicado si nos descubren juntos, pero... al mismo tiempo se deja llevar por situaciones que a ambos nos excitan y ambos necesitamos de alguna forma.

Hemos compartido tantos momentos en estas tres últimas semanas...

Hemos adoptado varias rutinas, aunque la improvisación suele estar asegurada casi todos los días. Las cenas, el sexo en mi casa, los paseos fuera del recinto a altas horas de la noche, las escapadas a Grafton...

Las terapias en la piscina son todo un reto, no solo para mi pierna sino para mi salud mental, que suele peligrar cada vez que la tengo tan cerca, guiándome en los movimientos y sin poder tocarla como querría. No siempre estamos solos en la piscina, algunas veces nos encontramos con otro terapeuta que trabaja con otro paciente, aunque en un método que nada tiene que ver con lo que hace Mia: fobias al agua, iniciación a la natación... Mia siempre intenta imponerse en el uso de la piscina en solitario, pero ha dejado de hacerlo para «no levantar sospechas». Muchas otras veces impera el hecho de que el «influyente paciente» imponga el horario que desea, y como yo no suelo poner objeciones...

Ese es un tema que Mia comenta con frecuencia. Me cuenta muchos aspectos de este lugar relacionados con la política del recinto completamente volcada a atender las necesidades de los pacientes más influyentes de este lugar. Entiendo que aquí se alojan muchas personalidades destacadas de diferentes ámbitos, pero quizás no tantas como el centro presume de alojar.

Si no fuera porque Mia está en este lugar... creo que hace tiempo que me hubiera marchado, o incluso me hubiera alojado en Grafton para poder ocuparme exclusivamente del proyecto. Soy consciente que la mejoría de mi pierna se debe exclusivamente a la terapia de Mia, pero no puedo quitarme de la cabeza que en ningún momento tuvieron intención de incluirlo en mi programa. Si no hubiera sido porque yo lo solicité...

En cualquier caso, lo único que me importa es que este recinto es nuestro escenario para disfrutar de nuestra extraña historia, y que... también mi pierna está... sino al cien por cien, al noventa y cinco por ciento de su recuperación total.

El tiempo va pasando y lo que hay entre nosotros va aumentado de intensidad, pero nunca hablamos de ello. Nunca hablamos de la vida que nos espera después del balneario, cuando acabe su contrato en este lugar o yo termine el proyecto. Es como si no hubiera vida después de aquí.

Yo soy el primero que evito hablar de ello. Aunque Mia ha entrado en mi vida de una forma inesperada y a una velocidad vertiginosa, me cuesta pensar en lo que puede venir. A veces pienso que forma parte de la aventura en este lugar y que quizás después ni ella ni yo estemos interesados en seguir, pero... esa idea me duele, por lo que deduzco que no se ajusta a la realidad.

Reconozco que soy cobarde para decirme a mí mismo que esta historia es diferente, que nunca antes había sentido tantas cosas en tan poco tiempo, y mil cosas más que no me atrevo a enumerar, pero... estoy más cómodo así. Y... por lo que veo, ella también parece cómoda moviéndose solo y exclusivamente en el «aquí y ahora».

Es cierto que hemos hablado de temas que tienen que ver con nuestra anterior vida, o nuestra vida fuera de este lugar, pero no profundizamos demasiado.

Yo le he hablado de mi familia, de mi madre, de mi infancia, de la pérdida de mi padre, de mis amigos, de mi trabajo... pero siempre de forma superficial, siempre de manera resumida y cuando está justificado. Siempre he sido muy reservado con mi vida privada y reconozco que en todas las «aventuras» que he tenido, nunca me he animado a compartir nada de mi vida que no

fuera algún detalle sin importancia. Claro que, mis aventuras nunca han pasado de... una semana. Quizás dos, pero siempre con citas intermitentes y poco más que el sexo como protagonista.

Mia tampoco me habla mucho de su vida. Solo sé la estructura de su familia: su padre, su madre y sus dos hermanos gemelos, pero sin apenas detalles o menciones. La he observado muchas veces y sé que ese tema tiene algo que no está dispuesta a compartir y que forma parte de algo doloroso o incómodo en su vida.

A su amiga Valerie la menciona mucho, y me ha contado muchas anécdotas que han vivido juntas. Solo se ha explayado hablando de la trayectoria de su formación: los lugares donde ha estudiado, trabajado...

Tras mi reflexión sobre el paso de Mia por mi vida, me dirijo a la sala donde me espera una sesión de terapia, pero no con ella. Me aburre enormemente esta sesión que consiste en un exceso de movimientos sobre una bicicleta estática con diferentes intensidades y velocidades. Por suerte, solo dura media hora. Por desgracia, no es Mia quien se ocupa de ella.

Entro en el edificio de terapias y decido dar la vuelta y entrar por otra puerta. De esta manera, es posible que me cruce con ella. Si mis cálculos no fallan, debe encontrarse en un periodo de descanso entre sesión y sesión.

Paso delante de la zona que utilizan los terapeutas para descansar.

Oigo su voz conforme me acerco, también la de Zoe, con la que mantiene una excelente relación.

Escucho sus risas y me llama la atención. Sé que no debo estar aquí, que ni siquiera es el lugar por el que los pacientes suelen acceder, pero lo ignoro, me envuelvo de cautela y me acerco despacio intentando que nadie interrumpa mi curiosidad por saber el motivo de esas carcajadas.

—Vamos, Mia, a mí puedes contármelo, dime la verdad —dice Zoe adoptando un tono serio, no muy acorde con las carcajadas anteriores.

—De acuerdo, te diré la verdad. Me olvidé de tus pasteles porque me entretuve en el... cementerio. ¡Ya lo he dicho!

Se echan a reír de nuevo las dos.

¿Cementerio? ¿Mia ha ido al cementerio? No lo entiendo.

—¿Y qué estabas haciendo? ¡Confiesa! —le anima Zoe.

—¡Fotos! —dicen al unísono antes de volverse a partir de risa.

Mi desconcierto y un ruido que he escuchado a mi espalda, hacen que abandone el lugar.

¿De qué estaban hablando?

Recuerdo que el día que Mia se emborrachó, también me habló de cementerios...

«¿Le harías fotos a un cementerio?», me preguntó aquel día.

Me produce escalofríos el poco sentido que le encuentro a esa frase.

Nunca antes se me ha ocurrido preguntarle por ello porque se me había olvidado por completo, a pesar de que en varias ocasiones hemos comentado ese episodio entre risas.

De nuevo habla de cementerios y de fotos...

Tengo que averiguar de qué se trata.

¡Qué malas sensaciones tengo en este momento!

Cementerios...

Fotos...

Joder, algo aquí no encaja.

¿Qué coño esconde Mia?

Capítulo 34

Mia

—Mia, tu madre quiere saludarte —me dice mi padre al otro lado del teléfono. Hemos hablado durante unos minutos sobre... nada en especial. Yo estoy bien, ellos están bien... A partir de esas confirmaciones hay poco que añadir en nuestras escasas conversaciones. La llamada ha sido suya, así que, si él no tiene más que añadir, mucho menos yo.

¿Saludarme? Eso es interesante. Me imagino a mi madre sujetando el teléfono, diciendo «Hola», y colgando. Puede que suene disparatado, pero no espero más.

Hace mucho tiempo que no espero más...

—Claro, si le hace ilusión, no seré yo quien le dé un disgusto —le contesto a mi padre mientras adivino las palabras que vienen a continuación.

—Mia, por favor, intentemos tener un poco de paz.

¡Justo como las había reproducido en mi cabeza!

—Hola, Mia —Se me escapa una sonrisa al imaginarme que después de esas palabras va a colgar, pero no lo hace—. Me ha dicho tu padre que te han retirado el permiso de conducir.

—De eso ya hace un tiempo, no es una novedad.

—No me lo dijo antes para no disgustarme, pero ha acabado por contármelo.

—¿Y?

—No estés a la defensiva. ¿Acaso vas conduciendo como una loca?

—Exacto, eso es lo que dijo el juez, y por eso me lo han retirado. Conducción temeraria, un peligro para la seguridad vial. ¡Una tragedia!

—Mia, ¿es que no vamos a poder tener una conversación normal? Esto es serio.

—Mamá, dependerá de lo que tu entiendas por «normal».

—Una familia normal, Mia. ¿Es que no podemos ser una familia normal?

—Ya es tarde para eso, pero en cualquier caso la respuesta es «no».

—Me duele tu actitud, Mia. Me duele que intentes hacerme daño indagando en mi pasado.

—Ese tema lo has sacado tú, no yo. Ya te dije que no volvería a molestarte con ello.

—¿Sigues buscando información sobre mi vida?

—Mamá, me alegro de que estéis bien, pero no tengo intenciones de hablar contigo de ese tema. ¿Quieres decirme algo más?

—Que dejes de ser tan egoísta y pienses en tu familia.

—¡Buenas noches! —le digo antes de colgar bruscamente.

Es increíble cómo me he acostumbrado a esta situación. Ya no me afecta ni me duele.

Llevo mucho tiempo buscando respuestas y jamás he obtenido nada. Y tengo que buscar esas

respuestas en otro lado para tener la conversación más larga vía telefónica que he tenido con mi madre en mucho tiempo.

Me engaño si me sigo diciendo que no me duele, pero también he aprendido a apartar ese tema de mi cabeza y a no permitirle que me impida seguir mi camino.

Hace tiempo que dije que se acabarían las lágrimas, las frustraciones, los desprecios y los silencios que duelen. Hace tiempo que mi familia solo está... en alguna parte.

Si algún día consigo saber la identidad de mi padre y ver cómo es su rostro, podré poner un punto final a esta historia.

Pero ahora solo puedo pensar en terminar de vestirme para encontrarme con Daniel.

Hoy me ha prometido una cena especial, pero seguramente se refiera a la que, una vez más, encargue en el restaurante.

Normalmente bromeamos cuando se sorprenden de que sea capaz de encargar tanta cantidad de comida para una sola persona. Y es que... alrededor de Daniel, en este lugar, soy y debo ser invisible.

Sé que cada día corro el riesgo de perder mi trabajo y que la tensión es constante con cada encuentro, pero a estas alturas es tarde y absurdo para planteármelo. Si fuera muy sensata, pensaría que he tenido suerte hasta ahora y que no debería seguir jugando con fuego, pero eso no va a ser posible. Ahora mismo no me imagino estar en este lugar sin él; no me imagino renunciando a estos encuentros, a nuestras conversaciones en la cama hasta caer rendidos, a nuestro sexo apoteósico, a nuestros polvos rápidos en la ducha o en cualquier otro lugar prohibido.

Daniel, a pesar de haber entrado en mi vida de una forma catastrófica, y a pesar de llevar poco tiempo en ella, se ha convertido en...

¿En qué se ha convertido Daniel?

En alguien que me hace sentir viva, que me hace desearlo como nunca he deseado a nadie, que me hace sacar lo mejor de mí, y lo peor a veces también; que me hace sentir lo mejor que se puede sentir en el sexo...

Daniel me enerva a momentos, me hace reír y hace que mi imaginación esté siempre activa, dispuesta a inventar algo que vaya todavía más lejos.

No le he hablado de mi familia apenas, pero es que es una historia triste que prefiero no meter entre nosotros. Él tampoco es muy dado a contarme mucho de su vida.

Me limito a vivir el momento, día a día con él, procurando que no me sorprendan en el trabajo; con eso ya tengo bastante trabajo.

Zoe sabe algo del tema, pero porque se lo he contado yo. Han sido muchas las veces que ha venido a visitarme a mi cabaña y no me ha encontrado, o muchas también las que me ha propuesto alguna actividad y la he rechazado. Las preguntas se acumulaban, las respuestas siempre eran esquivas y... tengo tanto que agradecerle que me sentía mal mintiéndole una y otra vez.

Ella también ha compartido conmigo su historia con el guarda de la entrada oeste: Andrew, con quien parece que va profundizando su relación. También se esconden, pero tienen menos problemas que yo. De todas formas, le he pedido que bajo ningún concepto le hable de mi historia con Daniel y ha estado de acuerdo. Ella misma ha admitido que si esa relación se termina, es mejor que ese hombre no tenga ninguna información.

Daniel ha coincidido dos veces con Zoe y ha reconocido lo divertida y dulce que es. Si no hubiera sido por ella, mi trabajo habría sido mucho más complicado. Ella me ha guiado muchas

veces y ha compartido conmigo muchas cosas que me han ayudado a desenvolverme bien en este centro.

—No sé si alguna vez te he dado las gracias por lo mucho que me has ayudado —le dije días atrás.

—Si te pillan recuerda que yo no te he animado a liarte con un paciente. Si me lo has contado, es porque confías en mí y eso me llena de orgullo.

Dos minutos después se puso a llorar, y como todas las veces que llora, aunque sea por otro motivo, siempre acaba contándome la historia de aquel novio que resultó no ser su novio y que la dejó en cuanto su novia se enteró de su relación. No sé cuántas veces me ha contado que se sintió un juguete y que él la utilizó para divertirse porque el mundo de su adinerada novia era aburrido.

Pobre Zoe, no parece superarlo nunca.

A veces, cuando le hablo de algunas cosas relacionadas con Daniel, me siento culpable porque Valerie las desconoce.

No le he contado nada del ingeniero, lo último que hablé con ella sobre ese tema fue relacionado con la casualidad y el hecho de habérmelo encontrado en este lugar. Después de ese día, no le he contado nada. Me siento extraña porque es la primera vez que le oculto algo importante de mi vida, pero es que nunca encuentro el momento de hacerlo.

Antes de salir de casa, me miro en el espejo mientras sigo con Valerie en la cabeza.

«A Zoe es más fácil contárselo, Mia», me digo mirando fijamente mi reflejo. «A ella le puedes contar los aspectos divertidos, sin profundizar, y hacerle creer que es una aventura para pasar el tiempo mientras estés en este lugar», me digo también, sin perder la mirada del reflejo.

Sé que, si le hablo de Daniel, no voy a poder decirle que solo se trata de una aventurilla, mucho menos sabiendo, como sabe ella, la forma en que nos conocimos.

Si hablo con ella voy a tener que contarle la verdad. No voy a poder engañarla como hago a veces conmigo misma. Voy a tener que decirle que, a pesar de nuestra catastrófica historia, y a pesar de que tan solo hemos estado juntos poco más de un mes... Me he...

No voy a poder negarle que me da miedo pensar en lo que pueda ocurrir después de terminar mi trabajo aquí o él el suyo...

No voy a poder negarle que a veces pienso si lo que hay dentro de mí es igual que lo que hay dentro de él.

No voy a poder negarle que me pregunto muchas veces si... fuera de este recinto... la magia seguiría siendo magia o solo será algo digno de recordar.

«Joder», me digo viendo como una lágrima desciende por mi mejilla.

No voy a poder negarle que me estoy enamorando del ingeniero.

A mí tampoco puedo engañarme más.

Estoy enamorada.

Capítulo 35

Daniel

Llevo horas dándole vueltas a la conversación de Mia y Zoe, tanto que ella se ha dado cuenta de que estaba algo ausente. Y es que no dejo de pensar en la forma en que podría abordar ese tema sin que fuera de una forma directa. Algo me dice que es algo delicado y que si quiero que se abra conmigo debo proporcionarle el ambiente y la seguridad adecuada.

Me he intentado convencer de que no es algo importante y que seguramente sea un juego de palabras entre amigas, pero... me resulta muy extraño que Mia, cuando estaba borracha, seguramente sin ser muy consciente de lo que decía, me preguntara si yo le hacía fotos a un cementerio... Y que vuelva a hablar del tema con Zoe, seguramente conocedora de lo que sea que eso comporte... ¡Es tan raro!

Mia es importante para mí, pero no debo olvidar que apenas la conozco, que quizás lo que hay entre nosotros solo sea un oasis en medio de un desierto.

Mia no deja de observarme mientras aviva el fuego.

Esta noche había pensado cocinar algo especial, pero no he podido concentrarme con el dichoso tema del cementerio. Acabo de recoger el pedido en el restaurante, pero necesito abordar ese tema cuanto antes.

Me acerco a ella con una copa de su vino favorito y me siento en el suelo, sobre los cojines que ella ha dispuesto.

—¿Estás bien? —me pregunta con el ceño algo fruncido.

—Sí, es que quería preguntarte algo.

—Pregunta —me dice acomodándose a mi lado y aceptando la copa.

—Esta mañana, me he acercado al cementerio de Grafton, está cerca del terreno en el que trabajo, aunque se accede por otro camino.

Mia abre mucho los ojos y me mira muy atenta. Justo lo que yo pensaba. Este tema es delicado.

—¿Al cementerio?

—Sí, tiene su encanto, ¿no te lo parece?

—¿Qué... qué me estás queriendo decir? ¿Te gustan los cementerios?

Algo no va muy bien. Parece más bien enfadada que satisfecha porque aborde un tema que le interesa. Pero tengo que llegar hasta el final. Me está mirando de una forma que no me gusta...

—Nada, no quiero decir nada. Solo lo que he dicho. Me pregunto si lo has visitado alguna vez. Hay una arquitectura muy interesante y... merece la pena hacer fotos.

Ya está, ya lo he lanzado.

—No me lo puedo creer, esto no me puede estar pasando —dice mientras se levanta y empieza a caminar en círculos.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto sabiendo que sea cual sea el misterio, está a punto de... lanzarlo en forma de misil.

—Nada, no me ocurre nada. Que me estoy dando pena a mi misma. ¿Qué coño es esto? ¿Es que es una moda y yo no me he enterado? ¿Quién hace fotos en un cementerio? ¿Qué probabilidad de que conozcas a más de una persona que le guste esa patética práctica? Con Jace era más que suficiente. Si esto es obra del puto destino, es para tirarse al suelo y morir de la risa... o de la pena, según se mire —Me dice en una verborrea que me está costando seguir—. ¿Me preguntas si he visitado el cementerio? ¿Yo? Pues no, claro que no. Yo no soy de aquí, ni se ha muerto nadie que conozca, así que ¿para qué voy a ir al cementerio? No he tenido que asistir a ningún funeral, así que... ¿qué coño voy a hacer yo en un cementerio?

Sigo en shock. No sé ni quien es Jace, ni a que viene este drama. Con su amiga solo hacía que soltar carcajadas cuando hablaban de unas fotos en un cementerio... ¿Por qué le afecta tanto este tema?

Me gustaría intervenir, pero necesito saber qué más está dispuesta a decir, y, por lo que veo, no va a tardar.

—Joder, Daniel, parecías un tío... estupendo, no te imaginas el cariño que te estoy cogiendo, pero... esto no va conmigo. Me acabo de quedar de piedra. No me puedo creer que esto me pase otra vez... ¿Es que es más normal de lo que yo creo? Porque... te voy a decir lo que pienso. Al otro no se lo dije, pero a ti sí. Eso es de estar mal de la cabeza. Eso va contra natura, es... ¡asqueroso! Eso no es un hobby. Un hobby es hacer puzles, jugar a las cartas, hacer papiroflexia... O hacer gorros de lana, coleccionar cromos o botellas de colores, pero... hacerle fotos a un cementerio y todo lo que hay dentro... eso es de pirados. ¿Te gusta hacerles fotos a esas cosas? ¿A los ramos, a las viudas, a los ataúdes...?

Está tan afectada que ya no puedo seguir con este juego. Tampoco me interesa hacerlo, es mi salud mental la que está en juego.

—Vamos a ver, Mia, a mí no me gustan los cementerios, es a ti a quien le gustan, eres tú la que hace fotos... al menos eso es lo que vas diciendo.

—¿De qué estás hablando? Yo no te he hablado de esa historia... es larga y patética y yo no te cuento historias largas y patéticas, mucho menos esa. Eres tú quién ha hablado de cementerios y de fotos. ¿A qué estás jugando?

Necesito algo más de tiempo para intentar seguirle el hilo de la conversación.

Me levanto de un salto y me acerco a ella, pero al intentar tocarla me encuentro con unos ojos que se están llenando de lágrimas. Esto se tiene que aclarar ya.

—Mia, escúchame. Solo te he hablado de esto para sacar el tema... Cuando te emborrachaste me preguntaste si yo les hacía fotos a los cementerios. No le presté atención, pero esta tarde te he escuchado hablar con Zoe y le estabas diciendo lo mismo. Ella se reía, tú te reías... y estabais hablando de hacerle fotos a los cementerios. Yo no he ido al cementerio de Grafton, pero pensaba que si te lo decía de esa manera te animarías a contarme eso... lo que sea que hubiera detrás de esa espantosa idea.

Su expresión me indica que no la he convencido, así que vuelvo a contarle de nuevo la historia. Esta vez se deja abrazar y me mira con un brillo diferente en la mirada.

Se echa a reír a carcajadas y yo acabo de desconcertarme del todo.

—¿Por qué te ríes de esa manera? No entiendo nada y estoy empezando a enfadarme de verdad.

—Daniel, hay una explicación para que haya reaccionado así.

—¿De verdad? Pues me encantaría escucharla —le digo molesto. Es que no comprendo nada.

—Se trata de Jace... Él y yo tuvimos una relación corta hace un tiempo, antes de trabajar en la clínica. Y un día descubrí que... Mejor vamos a ponernos cómodos. La historia no tiene desperdicio.

No sé qué es peor, que me vaya a contar una historia de un novio o que siga sin saber qué coño pasa con las malditas fotos y los cementerios.

Me siento sobre los cojines y le doy un largo trago a mi copa de vino.

—¿Estás molesto, ingeniero?

—Cuenta lo que tengas que contar y aclárame esta estupidez de una vez por todas.

Sé que mi tono de voz ha sonado algo brusco, pero me he esforzado por acentuarlo. Y también he evitado mirarla fijamente mucho tiempo. Si lo hago... ni las fotos ni los cementerios ni el mundo entero me importan.

Es que sé que soy capaz de perderme en esos ojazos verdes. Ya hace tiempo que estoy perdido, incluso estoy...

Mejor escucho su historia, promete, como mínimo, ser muy interesante.

Capítulo 36

Mia

Le he pedido a Valerie que me conceda dos horas de su tiempo al teléfono. No ha preguntado, me conoce lo suficiente como para saber que no es algo que yo suela hacer habitualmente y que solo puede significar que es importante.

He retrasado mi encuentro con Daniel para poder hablar con ella. Una hora al teléfono, o más, requiere algo de planificación y he tenido que adaptarme a la agenda de Valerie.

A Daniel le he dicho que estaba ocupada y que nuestro encuentro clandestino de hoy debía esperar. Se lo he dicho mediante un mensaje al que ha respondido con cientos de emoticonos que lloraban desconsoladamente. Como siempre, me ha arrancado una sonrisa.

Valerie sigue al otro lado del teléfono, un poco aturdida por todo lo que acabo de contarle. En un principio, mi intención era hacerle un resumen sin entrar en detalles. Solo quería que se hiciera una idea aproximada de lo que hay entre el ingeniero y yo. La idea era hacerle una presentación, decirle «Esta historia existe», y sentirme bien por no ocultarle esta parte de mi vida. Pero he sido algo ingenua creyendo que eso podía ser así de sencillo. Valerie me conoce lo suficiente y tiene también las suficientes armas profesionales como para hacer que confiese hasta el último detalle sin apenas darme cuenta.

Y así ha sido.

No me he guardado nada, excepto detalles íntimos que no son necesarios y, aun así, alguno que otro he compartido con ella.

Mi historia se ha remontado a los primeros encuentros con él, a mi borrachera, mi intrusión en la piscina, cuando me salvó de ser descubierta; al día que le salvé la vida, al día que me acompañó al centro médico... Y de ahí en adelante, un resumen de todos nuestros encuentros.

Lo último que le he contado ha sido el malentendido del cementerio, el que empezó muy mal, pero acabó muy bien porque, no solo hicimos el amor mientras bromeábamos sobre el tema, sino que, tres días después... todavía recibo algún mensaje de él proponiéndome dar un paseo por el cementerio.

Valerie deja de reírse y escucho un silencio que me inquieta. Por mucho que la conozca, nunca sé por dónde va a aparecer.

—Me imagino tu cara, Mia, mientras te hablaba de su visita al cementerio... ¡Habría matado por verla!

—Creo que lo que reflejaba era tristeza. De mi misma. De pensar que la posibilidad de encontrar a un loco como Jace era remota, casi inexistente, improbable de todas las maneras y,

sin embargo, me había vuelto a pasar.

—Sí, es bastante improbable, pero tu historia con este hombre está cargada de cosas improbables también. ¿Qué probabilidad había de que te estamparas con su coche en una ciudad como Manhattan, en el centro, en plena hora punta...? ¿Qué probabilidad había de encontrarte con él en el balneario, a tantas millas de Manhattan, en un lugar recóndito? En un sitio en el que aterrizas por varias circunstancias...

—¿Qué quieres decir con todo eso?

—Que una casualidad más, como la del cementerio, no habría sido algo raro...

—Pero habría sido la definitiva...

—Si es tan guapo, tan maravilloso, tan especial y te hace tan feliz... ¿no le hubieras perdonado lo del cementerio?

Valerie me suele descolocar, pero hoy más que nunca. ¿Está hablando en serio? Esa forma de recalcar las casualidades me ha alertado.

—Valerie, ¿hay algún mensaje oculto en lo que estás diciendo? No tengo la cabeza para jeroglíficos, que llevo más de una hora hablando sin parar.

—No hay nada oculto, nada que tú no te hayas planteado, o... quizás no te lo has planteado. Ahora me surge la duda.

—No pretendo casarme con él, Valerie, si es lo que me vas a decir, esto es una historia intensa que tiene los días contados y que estoy disfrutando. Me ayuda a llevar la vida en este sitio. Te aseguro que de no ser por él o por Zoe, habrían encontrado mi cuerpo en medio del bosque con síntomas graves de aburrimiento agudo. No te lo he contado antes porque no le he dado la importancia que podrías darle tú y no quería malentendidos.

»Daniel es encantador, me gusta, me divierto con él y... follar es como la entrada en otra dimensión, desconocida, claro está. Es hoy y es ahora. Ya está. Tengo suerte de haberlo encontrado. Lo odiaba mucho, ya sabes tú hasta qué punto... pero, una vez que me contó lo ocurrido, todo cambió. Él está aquí de paso, yo también, ¿qué tiene de malo que nos divirtamos?

—Ya, comprendo. ¿Qué más?

—Seguro que estás pensando que me he colado de él, y si es así estás equivocada. Aquí no hay mucho que hacer después de las sesiones de trabajo. Zoe tiene un lío con un tío de seguridad, ya te lo he contado, y el pueblo está lejos y no ofrece ninguna diversión; no he acabado de congeniar con mis compañeros hasta el punto de unirme a sus pequeñas fiestas: me siento fuera de lugar. Si sumas todo eso, verás que encontrar a Daniel y divertirme, es lo mejor que me podía pasar.

—Entonces, ¿no estás coladísima por él?

—No, nada de eso. Esa palabra es exagerada.

—Solo es una aventura que te ayuda a seguir en el balneario.

—Eso mismo, ahora lo vas captando.

—Cuando se acabe y te marches tú o él... se habrá acabado y ya está.

—Claro, no puedes ir planeándolo todo en la vida. Lo que se va presentando hay que aprovecharlo. Si dura dos días, bien, si dura cuatro semanas... bien, también.

—¿No lo echarás de menos?

—Puede que un poco, pero lo normal. Estoy deseando que llegue el momento de volver a Manhattan. Me llevaré la experiencia profesional, y una buena historia para recordar.

—Ya.

—¿Acaso no me crees?

Valerie guarda silencio. Ahora es cuando me pongo nerviosa. ¡Cuánto odio que haga esto!

—¿Te lo crees tú, Mia?

Tardo en responder. Ahora mismo me siento como si fuera un globo inflado y acabaran de pincharme con una aguja. Con las molestias que me he tomado en intentar que me crea.

—¿Qué tiene de poco creíble?

—Insisto, respóndeme, ese rollo que me has contado, ¿te lo crees tú?

—¿Rollo? Te he contado la pura realidad.

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

—Claro que no, estás exagerando, creo que no has entendido nada de...

—¡Miaaaaaaaaaa! —me interrumpe bruscamente alargando mi nombre tanto que me sacude el tímpano.

Tardo unos segundos en responder.

—Sí, toda yo estoy coladísima por él —acabo por confesarle.

—Por fin, lo admites.

Guarda silencio.

—Valerie, joder, dime algo, me ha costado mucho admitirlo. No por ti, no es que pretenda engañarte, pero es mi lucha diaria.

—Deja de luchar, Mia. Me gustaría que vivieras el momento, pero también que tuvieras cuidado.

—¿De qué? —le digo con desgana.

—Si te pillan en el trabajo, te despedirán, y esa historia durará menos.

No me esperaba algo tan básico, tan sencillo como ese comentario. Me esperaba una charla larga sobre los inconvenientes de enamorarme de alguien que he conocido en unas circunstancias tan extrañas y efímeras a la vez. Esperaba un sermón relacionado con lo poco que le conozco, lo mucho que desconozco de sus intenciones... Pero no algo así de escueto y simple.

—Tendré cuidado. La verdad es que no me lo había planteado de ese modo.

Valerie y yo nos lanzamos unos cuantos besos sonoros, nos decimos un par de veces que nos queremos y colgamos.

Me siento tan mal que no sé ni por dónde empezar a poner un poco de orden en mi cabeza.

Todo está revuelto, patas arriba. Miles de interrogantes, miles de temores, miles de sensaciones de inseguridad...

¿Por dónde empiezo?

Me dejo caer sobre una silla totalmente abatida. ¿Qué es lo que me hace sentir así?

Me quedo en este estado más de diez minutos.

Recibo un nuevo mensaje de Daniel.

Me muero por verte, dime que ya te queda poco para llegar.

Sonrío sin contestarle. Poco después llega otro.

Estoy en el jacuzzi, temo por mi vida. Tengo un calambre terrible y no puedo salir a la superficie...

Sonrío de nuevo y muevo la cabeza.

*Creo que ya he empezado a ahogarme.
Me cuesta respirar.
Hay burbujas por todas partes.
No encuentro el salvavidas. Me hundo.
¿Podrías venir a intentar practicar «el boca a boca»?*

Sigo riendo, expectante por leer el siguiente, que sé que va a llegar.

Si noto tu boca sobre la mía, resucito seguro. Date prisa, cariño, esto es el final. Me ahogoooooooooooo.

¿Cariño?

Esa palabra me llega al alma. Me atraviesa, me hace inclinarme hacia delante, me hace sentir que mi cuerpo se está deshaciendo sobre la silla. Hasta empiezo a ver las primeras gotas de Mia resbalando por la pata de la silla.

Sí, estoy jodida, jodidamente enamorada, pero ya no hay marcha atrás.

Si algo tengo en mente es lo que me ha dicho Valerie. Tengo que extremar las precauciones, últimamente me estoy confiando demasiado y me estoy relajando.

No quiero pensar en lo que pasará mañana, pero necesito que ese mañana se alargue un poco más.

*Ya voy, capullo.
Intenta mantenerte vivo unos minutos.
No te ahogues mucho.*

Después me llegan los emoticonos de sonrisas, de aplausos y lágrimas emotivas.

Cierro la puerta de mi cabaña y me propongo firmemente llevar al extremo mi camuflaje. No puedo permitir que me despidan. No solo por todo lo que eso conlleva emocional y profesionalmente, sino porque tendría que separarme de él, y eso, ahora, no lo soportaría.

Capítulo 37

Daniel

—Sabía que me ocultabas algo —me dice Julien después de escuchar mi relato.

Le he contado mi historia con Mia. Necesitaba hablarla con alguien que no fuera yo mismo, y solo hay un «alguien» en este mundo al que yo le contaría algo así.

No he profundizado demasiado, solo le he hecho un resumen y siempre con matices divertidos.

También hay otro propósito en esta llamada, pero todavía no he llegado a esa parte.

—¿Por qué creías que te ocultaba algo?

—Apenas hemos hablado. Daniel, y lo poco que lo hemos hecho ha sido por iniciativa mía. Sospechaba que estabas liado con alguien, sinceramente, pero me imaginaba... lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre?

—Pues una, otra... Lo de siempre. Nadie especial.

—No te he dicho que sea especial, solo que estoy bien con ella y me ayuda a pasar el tiempo aquí.

—De acuerdo, pues me alegro por ti —me dice para mi sorpresa.

—¿Qué ocurre? —le pregunto desconcertado por su forma brusca de terminar el tema.

—No quieres que te haga preguntas y ya me has contado lo que querías contarme, ¿cierto?

—Cierto.

—Si hay algún problema, me lo contarás, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces no hay más que hablar. Disfruta de tu estancia.

—Quiero pedirte un favor —le digo lanzándome a lo que más me interesa—. Me gustaría escaparme el fin de semana a Stratton Mountain. No hay alojamiento disponible, ya lo he consultado y me preguntaba si podrías decirle a Kara que...

—Habla tú mismo con ella, te está escuchando desde hace rato. El teléfono está en modo altavoz.

¡No me lo puedo creer!

—¿Estoy escuchando bien? ¿El concepto de conversación privada dejaste de entenderlo cuando te casaste con Kara?

—¡Eh! Gruñón —interviene rápidamente Kara—. ¿Qué más te da? Si me lo iba a contar de todos modos.

No merece la pena explicarles que no funciona de ese modo. A decir verdad, me da igual. Desde que él y Kara se casaron, un año y medio atrás, con Kara he establecido una conexión

como amiga que nunca antes había tenido con una mujer.

—Hola, Kara. ¿Me prestas tu casa un fin de semana?

—Depende para qué. Cuéntamelo con detalle. ¿Vas a ir solo? ¿Con... Mia? —Sé que está disfrutando y decido seguirle la corriente. Diga lo que diga no me voy a librar de su sarcasmo.

Resoplo con fuerza sabiendo que me está escuchando.

—¿Cómo te gustaría que fuera? —le digo con calma.

—Acompañado. Sabes que me muero de ganas de que tengas novia.

—¡Eh! ¡Alto! Vas muy deprisa, nadie ha hablado de novias. Te estás confundiendo. Si has escuchado bien lo que le he contado a Julien, sabrás que yo, en ningún momento...

—Daniel, estás coladito por esa mujer. Tú nunca hablas de tus líos con las mujeres.

—Mia, si es eso lo que... —Me detengo. No voy a entrar en un debate con este tema. Kara es imposible cuando se lo propone—. ¿Me prestas la casa o no? No voy a discutir contigo.

—¿Por qué has buscado alojamiento? No tenías que hacerlo, bastaba con que me la pidieras sin más.

—No sabía si teníais pensado ir estos días, así que...

—Hablaré con la señora Alben, ella te dará la llave. La encontrarás en la oficina de alquiler de esquís. Ella y su marido se ocupan del mantenimiento de la casa.

—Bien, solo me queda darte las gracias.

—Daniel, quiero una cuñada en mi vida... —dice Kara lloriqueando.

—¿Para qué la quieres? —le pregunta Julien haciéndose el ofendido.

—Cariño, tú no sacias todas mis necesidades... Seguro que lo entiendes. Además, tengo muchas ganas de que Daniel tenga novia y poder fastidiarlo un día sí y otro también. ¿Lo comprendes?

Yo dibujo una sonrisa y muevo la cabeza. Vaya par de tontos que tengo por amigos.

Bromeamos un rato más y me despido de ellos ilusionado por poder pasar un fin de semana alejado del balneario con Mia. Estoy cansado de que nos tengamos que esconder a todas horas.

Capítulo 38

Mia

Daniel ha desaparecido en busca de una botella de vino.

Ha recibido un mensaje de sus amigos, los dueños de la casa, animándole a probar algunas de las mejores botellas que se encuentran en la pequeña bodega que hay ubicada en el sótano de esta preciosa casa.

Me ha hablado de ellos, incluso me ha comentado los momentos que hay immortalizados en algunas fotografías que cuelgan de una pared del salón. En esas fotografías se aprecian los momentos más divertidos de la boda que celebraron en este lugar.

Las personas que aparecen son importantes en la vida de Daniel. Todas ellas. Por un momento, siento el extraño deseo de formar parte de esa vida de una manera que consigue sorprenderme e inquietarme.

Me alejo del peligro y me acerco a la cocina para terminar de preparar la cena, una sencilla que hemos improvisado consistente en ensalada y una variedad de diferentes quesos.

Daniel vuelve un rato después, hablándome del vino que ha elegido y bromeando sobre las dos veces que se ha golpeado en la cabeza al atravesar la diminuta puerta de la bodega.

Yo me echo a reír y enseguida me olvido de las tonterías que me están rondando por la cabeza. Estoy contenta de haber venido a este lugar. En cuanto Daniel me lo propuso, hace dos días, no dudé en aceptar ni un segundo: ambos necesitábamos movernos con más libertad. Las paredes de su casa nos estaban aplastando últimamente.

Llegamos ayer por la noche. Fue toda una experiencia poder cenar fuera de casa y pasear sin ir completamente alerta y pendientes de no ser vistos.

La estación de Stratton Mountain es impresionante. Mientras paseábamos por sus calles nevadas, nos topamos con tiendas de recuerdos de montaña, cabañas de madera con un aire encantador y restaurantes locales muy acogedores. Cada rincón de Stratton Mountain tiene su propia personalidad: la iluminación, el olor fresco y nítido que se respira en todos los rincones, el crujido de la nieve bajo nuestros pasos...

Daniel está colocando la cena delante de la mesa que hay junto a la chimenea. Le sigo cargada con el vino y las copas. Se acerca a mí y se apodera de ellas para colocarlas rápidamente en la mesa. Sus manos me acarician la mejilla de una forma diferente, como si fuera a cámara lenta, como si quisiera llamar mi atención. Entrelaza sus dedos con los míos y me mira de una forma que juraría no haber visto antes. Nos hemos mirado de mil maneras. Desde miradas cargadas de odio, de ironía, de deseo... Pero esta es distinta, parece transmitir más de lo que las

palabras jamás podrían expresar. Es un gesto simple, pero significativo a la vez. Está cargado de intimidad y de cercanía; nunca antes me había sentido de esta manera. Tan grande en algo tan pequeño...

El resplandor de la chimenea también ayuda a ambientar una escena que podría perfectamente formar parte de una de esas películas en las que te quedas sin respiración esperando el momento en que los protagonistas se besan por primera vez.

Nosotros nos hemos besado miles de veces, pero ahora hay algo distinto. Como si compartiéramos un secreto.

Él no dice nada, yo tampoco. Acercamos lentamente nuestros labios y nos fundimos en un beso que parece no tener fin.

Es como si algo hubiera cambiado entre nosotros. Esa escena nunca antes se habría sostenido sin que nos desnudáramos a toda prisa, corriéramos por el pasillo, bromeáramos o nos tiráramos prácticamente de cabeza sobre el sofá entre gemidos.

Es increíblemente lenta, romántica y propia de una escena tirando a empalagosa, pero me sabe a pura gloria.

Sé que estamos atravesando un umbral invisible y siento deseos de gritar, de celebrarlo, de decirle lo mucho que está penetrando ese momento dentro de mí, pero... no lo hago.

Él tampoco dice nada, pero sé que está pensando mil cosas como yo, aunque sería incapaz de adivinarlas; mataría por saberlas, eso sí.

Nos sentamos a cenar, como si nos dirigiéramos al centro de la pista dispuestos a bailar un vals y abrir el baile real. Vaya par de tontos, pero qué divertido es, qué mágico...

La cena está deliciosa, pero me está costando probar bocado. Estoy completamente atenta a sus palabras.

Comento lo mucho que me gusta la casa y él se anima a explicarme detalles sobre su historia, sobre cómo la adquirió Kara y sobre las bromas que se gastaron el día de la boda.

Después de cenar, nos recostamos juntos en el sofá frente a la chimenea. El crepitar del fuego contribuye a continuar con la escena anterior a la cena, la que hacía saltar las lágrimas por lo inusual y algo «empalagosilla», pero... ¡me encanta! Nunca habría imaginado que pudiera disfrutar en una escena de esas de novela romántica, en medio de un ambiente limpio, calmado, sereno.

Daniel se inclina lentamente hacia mí y nuestros labios se encuentran de nuevo en un beso suave.

Tengo la sensación de estar en un lugar que solo nos pertenece a nosotros.

Daniel me abraza y así permanecemos durante varios minutos.

El timbre de mi móvil se carga el momento. Le echo un vistazo desde donde me encuentro y veo el nombre que refleja la pantalla. Se trata de Miller, el detective.

Sé que no me llamaría sino fuera importante, mucho menos a las diez de la noche.

Me separo de Daniel.

—Es importante, tengo que atender esa llamada.

Él asiente con la cabeza y me observa desde el sofá.

Miller habla durante varios minutos teniendo toda mi atención. Apenas le hago preguntas, ya no es necesario. Ahora tengo respuestas.

Capítulo 39

Daniel

Mia ha necesitado más de media hora antes de decidirse a contarme la historia que conlleva la llamada que ha recibido. En ese tiempo se ha refugiado en el baño durante más de veinte minutos y ha vuelto con una expresión todavía más preocupante.

—Mia, estoy preocupado. Cuéntamelo —le digo mientras pasea por el salón.

—Es una larga historia, Daniel. Lamento que hayas tenido que... presenciar este momento. Yo...

—Mia, no vayas en esa dirección. No pretendo inmiscuirme en tu vida, pero quisiera escucharte. Te ahorraré el rollo ese de que puedes confiar en mí, bla, bla, bla.

Por fin aparece una pequeña sonrisa.

—Me ha llamado un detective que contraté.

—¿Podrías sentarte a mi lado y contármelo tranquilamente? —le digo mientras lanzo montañas de cojines en el suelo; sé que le encanta estar en esa postura.

Por fin, nos acomodamos.

—Le contraté para que averiguara quién es mi padre biológico. El padre que te he nombrado alguna vez me adoptó al nacer, pero no es mi padre.

—¿Y ya sabes quién es?

—Sí, sé su nombre y... su cara debe estar en una fotografía que me ha enviado por correo electrónico.

—Te he escuchado decirle que no querías nada más, ¿a qué te referías?

—No quiero un largo informe de la vida de ese hombre, solo quiero ver su cara. Es algo simbólico, Daniel, es la manera de poner punto final a lo que he vivido con mi familia.

—¿Qué has vivido?

Se toma un tiempo antes de contestarme. Sé que este tema le duele y daría cualquier cosa por borrar esa expresión de su cara.

—Es una larga historia, Daniel.

—Cuéntamela, Mia. Quiero saberlo todo de ti, todo lo que tú quieras compartir conmigo.

Asiente con la cabeza y se aclara la voz.

—Mi padre es abogado. Ellos se conocieron cuando mi madre estaba embarazada de mí. Ella lo contrató para que le representara en algún pleito por un asunto laboral. Se enamoraron, se casaron y él me adoptó como hija suya. Me dio sus apellidos.

»Cuatro años después nacieron mis hermanos, son gemelos. Y así se compuso mi familia. Hasta los dieciséis años no me enteré de que era adoptada de padre. Y no fue porque mis padres

me lo contaran, sino mis hermanos. Nunca he tenido una relación buena con ellos, ni siquiera cuando éramos niños. Uno de ellos me dijo que era adoptada que lo había escuchado decir a nuestros padres.

»Al principio creí que era una más de esas odiosas trastadas que solían hacer. Siempre estaban incordiando... Pero la forma en que me lo contaron, la forma en que repitieron lo que habían escuchado hizo que les creyera y hablara con mis padres. En un principio, lo negaron, pero acabaron por reconocerlo. No sé qué los llevó a ello porque estuvimos semanas con ese tema. El caso es que lo hicieron.

»No es importante si soy o no adoptada de padre, Daniel. Es que siempre me he sentido una intrusa en esa familia. Las caricias, el cariño, la atención... Todo era siempre para mis hermanos. Yo vivía en una constante lucha por entender qué podía hacer mal y por qué no me querían. Mi padre solía romper más el hielo, pero mi madre era como un iceberg. Todo eran exigencias, reproches. Nunca reconocía lo que hacía bien, nunca me escuchaba cuando le pedía que les ordenara a mis hermanos que dejaran de molestarme. Ellos siempre tenían la razón, lo hacían todo bien.

—Debió ser muy duro, Mia —le digo acercándola a mi cuerpo y besándola en la cabeza—. Sigue, por favor, te estoy escuchando.

—Siempre ha sido así. No importaba lo que hiciera o lo mucho que me esforzara, siempre me hacían sentir invisible. Nunca importaba lo que sintiera, lo que deseara... siempre eran más importantes mis hermanos.

»Una vez les escuché hablar. Yo tenía diecisiete años. Mi padre le pidió a mi madre que se mostrara más comprensiva conmigo. Y ella le dijo: «Nunca ha sido fácil para mí, ya lo sabes».

»A estas alturas aún no sé qué quiso decir, pero está claro que entre ella y yo siempre ha habido un abismo. Siendo adultas podría aceptarlo, pero cuando yo era una niña me sentía sola y nunca sentí que tuviera una madre a mi lado.

—¿Qué clase de trato te daba? Había algún problema de...

—¿Malos tratos? No, nada de eso. El trato era correcto. Mi vida era normal en todos los aspectos, pero no tenía el cariño de una madre. De ella no tenía nada. Ella solo vivía para mis hermanos y para mi padre.

—¿Tan descarada era su actitud?

—Es lo que siempre viví y acabé normalizando.

—¿Y tu padre?

—Él era menos frío conmigo, pero no era como un padre convencional, era correcto y el que salía en mi defensa cuando lo creía oportuno, pero sin demasiada cercanía. Está claro que es como ella, de lo contrario no lo habría permitido.

»Pero ese tema no es el que me llevó a contratar un detective, sino la falta de respuestas. Pregunté mil veces quién era mi padre, y siempre me daban largas. «No importa». «Es alguien que no está, que se fue». «No tienes derecho a preguntar sobre él, él no te crio». Ni siquiera se molestaron en inventarse que estaba muerto o cualquier milonga que me habría hecho dejar de preguntar. No tengo interés en saber quién es porque quiera que forme parte de mi vida, en absoluto. Es que han conseguido que me muera de curiosidad por saberlo. Siempre evasivas, siempre mentiras...

—¿Por qué ese silencio? Si la abandonó cuando se quedó embarazada o cualquier otra opción, ¿por qué no decírtelo?

—Mi madre nació con un siglo de retraso. Creo que tuvo una aventura de una noche y no ha

sido capaz de decírmelo. Es lo que he barajado muchas veces. También he pensado que él podría haber estado casado, o... hasta que podría ser un personaje famoso. Cuando tenía dieciséis años, poco después de enterarme de que era adoptada de padre, fantaseaba creyendo que mi padre bilógico podía ser un actor famoso, o un cantante famoso, o hasta el mismísimo presidente... ¡A saber!

»Me independicé a los dieciocho años, cuando me fui a la universidad y no he vuelto a casa. En un principio, hasta me planteé estudiar derecho. Es como si siempre hubiera buscado su reconocimiento, pero desistí. Mis hermanos sí que lo han estudiado, de hecho, siguen ampliando la carrera... ¡Me he cansado de escuchar lo orgullosos que están de ellos!

»Mi vida en esa familia era como una tortura psicológica. No se trata de hechos concretos, aunque hay muchos, sino más bien de una actitud hacia mí constante. No me sentía querida. A veces mal disimulaban, pero yo siempre he tenido la misma sensación.

—¿Por eso contrataste al detective?

—Hace unos meses, en una de esas comidas familiares a las que asistía de vez en cuando, especialmente porque mi padre me insistía, volví a sacar el tema y le pedí a mi madre que me dijera de una vez por todas quién era mi padre y qué ocurrió. Le dije que me daba igual su nombre y también lo que pudo pasar, pero que quería tener información. Les insistí de nuevo en que no pretendía nada de él, pero que yo merecía saber la verdad. Y se negó de nuevo.

»Su forma de actuar siempre ha consistido en empezar a sollozar, en fingir que le caen lágrimas, para después retirarse alegando que tiene un disgusto tremendo. Mi padre le suele seguir la corriente y yo acabo por desistir. Sin embargo, la última vez, le dije que lo iba a investigar por mis medios. Me miró llena de furia y me dijo que no tenía derecho a indagar en su pasado, que me había criado y no me había faltado de nada y era una desagradecida. Y eso fue lo que me decidió a hacerlo.

—¿Y ahora ya sabes quién es?

—Sí, sé su nombre, pero no me dice nada: Stephen Thornton.

—¿Y qué más sabes?

—No quiero saber más, Daniel. Sé que cuesta entenderlo, pero no es interés por la persona en sí. Solo quiero verlo y así cerrar esta puerta para siempre. Solo quiero localizarlo. Si obtengo alguna información, será bienvenida pero solo si está relacionada con el hecho de que sea mi padre—. Dibuja una media sonrisa y consigue conmoverme más todavía—. Puede que ni siquiera sepa que existo... Puede que ni se lo diga... ¡No lo sé!

»Al detective le ha costado mucho tiempo conseguir localizarlo, pero lo ha hecho. Reconozco que ha tenido que ser muy complicado porque yo apenas le proporcioné algo con lo que empezar a investigar, solo el nombre de mi madre y donde trabajó antes de dedicarse a ser madre a jornada completa, como ella suele alardear de haber hecho. ¡Menuda ironía!

—Siento que hayas vivido algo así, no me entra en la cabeza— Le beso en la mejilla y la estrecho entre mis brazos de nuevo—. Entonces ¿ya tienes toda la información que necesitas para localizarlo?

—Sí, el detective me ha enviado lo justo para encontrarlo. Hay toda una investigación detrás y ha redactado un informe amplio, pero, de momento no quiero leerlo. Aunque sea extraño, solo necesito saber dónde vive o trabaja e intentar verle la cara.

—¿No quieres hablar con él?

—Lo intentaré, pero eso dependerá de las circunstancias en que pueda verlo.

—¿No sería mejor leer todo el informe completo? Debes tener toda la información para dar

este paso.

—No, me basta con saber dónde localizarlo.

—Puede que en ese informe encuentres la respuesta a lo que pasó.

—Lo leeré en su día, Daniel, no quiero encontrar nada que me influya. Quiero verlo y después sentir que ya me puedo olvidar del tema.

Quiero decirle que no puede ser tan fácil porque no sabe qué puede haber detrás, pero no quiero angustiarla más.

—En cualquier caso, si me permites una sugerencia, al menos deberías preguntarle al detective, si hay algo... grave o turbio que desaconseje que te presentes delante de él.

—Eso ya me lo ha dicho. No hay nada peligroso en intentar conocerlo. Al menos, no es un expresidiario.

—Eso me deja más tranquilo. Bien, ¿y ahora qué?

—Ahora debería leer el correo para saber dónde vive, puede que viva en Europa y las cosas se compliquen.

—Eso podría ser un inconveniente.

—No, me ha dicho el detective que está cerca, que en el correo ha especificado un listado de todos los lugares donde se suele mover: dónde trabaja, dónde vive, dónde suele acudir en sus ratos libres. También me ha especificado sus horarios de rutinas para que pueda localizarlo de forma precisa.

—¿Estás decidida a verlo?

—Sí.

—¿Quieres que sea pronto o vas a esperar?

—Cuanto antes, mejor. Depende de dónde viva —me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Cómo me duele que haya vivido esa historia y qué poco comprendo que haya unos padres que puedan hacer sentir así a una hija. No es mi caso, yo solo he recibido cariño de mi madre, y también de mi padre, que falleció cuando yo era pequeño.

No sé qué estoy haciendo, pero sé que quiero hacerlo y así me dispongo a compartirlo con ella:

—¿A qué esperas? Veamos esa información.

—¿Veamos?

—Claro. No tengo ni idea de dónde vive ese hombre, pero deberíamos ver qué te ha enviado el detective para planificar el viaje.

—¿Planificar el viaje?

—Nuestro viaje, Mia. No voy a permitir que vayas sola. Venga, consulta ese informe de una vez.

Mia me mira estupefacta, pero no dice nada. Saca el móvil de su bolsillo.

—Newark. New Jersey.

—¿Te dice algo ese lugar? ¿Recuerdas algo relacionado con Newark?

—No, nada especial. He estado alguna vez, pero por motivos de trabajo.

—¿Tu familia siempre ha vivido en Nueva York?

—Sí, que yo sepa.

—Pues ese hombre vive muy cerca, solo habrá siete u ocho millas de Manhattan.

—Por un momento, temía que no fuera así, que se tratara de un lugar bastante alejado.

—Lo de la distancia es relativo. Timothy, el novio de mi madre, es originario de Madison, Wisconsin, y mi madre suele afirmar que está muy cerca de Nueva York.

—Debe haber más de 900 millas.

—Exacto, por eso la distancia es algo relativa, especialmente si está en boca de mi madre.

—¿Allí viven?

—No, en Sloatsburg, en el condado de Rockland, pero suelen ir con frecuencia. Alguna vez me han invitado a acudir y mi madre, ante mi negativa, recurre a esa afirmación: «Está a dos pasos de Manhattan».

Mia se echa a reír y agradezco el tonto comentario que se me ha ocurrido.

—Pues ya tenemos destino, Mia —le digo volviendo al tema— ¿Cuándo nos vamos?

Mia me mira confundida.

—¿Nos vamos?

—¿Prefieres que no te acompañe? —le pregunto temiendo su respuesta.

—Aunque es una locura... prefiero que sí me acompañes.

—Pues venga, manos a la obra. De momento, ya sabemos que no ha estado en la Casa Blanca.

—Qué duro, en el fondo me hacía ilusión. Hasta me había imaginado montando un espectáculo televisivo alegando que era hija de un presidente de este país... A juzgar por el año que nací, podría haber sido hija de...

—Anda, señorita «imaginación no me falta» —le digo sin parra de reír—, vamos a ver la información de ese mensaje.

Nos sonreímos de una forma extraña, como todo lo que ha ocurrido esta noche. No solo la historia que me ha contado, sino la conexión que ha habido entre nosotros al principio de la velada. ¿Me lo habré imaginado?

Capítulo 40

Mia

Dos días después. Newark. Nueva Jersey

—No hay ninguna posibilidad de que ese detective haya cometido un error, ¿verdad? —me pregunta Daniel mientras nos encontramos dentro de su coche, esperando a que el hombre que buscamos se anime a seguir una de sus rutinas; en este caso, a correr por los alrededores. De 18:30 a 19:15.

—No, hoy he vuelto a hablar con Miller, me ha dicho que no hay duda y que si tengo alguna que me lea el informe completo.

—Si es que... tiene razón, Mia. Sigo pensando que no debes intentar hablar con él sin saber más.

—Y yo sigo pensando lo mismo, déjame hacerlo a mi manera.

Daniel suspira con resignación. En los últimos dos días no es la segunda ni la tercera vez que comentamos este tema.

Cuanto lamento haber estropeado, en cierto modo, nuestra escapada a Stratton; porque ese tema, aunque hemos evitado hablar mucho de él, ha estado presente en mi cabeza todo el tiempo. Pero... no negaré que me ha gustado mucho recibir todas sus atenciones y caricias.

He pedido un día libre en el trabajo. En un principio, pareció que mi supervisora no se mostraba muy comprensiva, pero cuando le dije que quería permanecer un día más con mi madre porque no se encontraba bien de salud, no me puso objeción.

A Daniel le han llamado esta mañana para interesarse por su salud una vez que ha anulado todas sus sesiones de terapia, y ante eso, hemos bromeado durante casi todo el trayecto desde Grafton hasta aquí.

Estoy algo nerviosa. Cuando hemos acudido al lugar de trabajo de ese hombre, mi «padre biológico», y nos han dicho que no se encontraba allí, que hoy no ha acudido al trabajo, han saltado todas las alarmas, por eso hemos optado por venir a su casa. Posiblemente no tarde en llegar, si es que ha mantenido su rutina de correr y no se encuentra en el interior de la vivienda. Miller asegura que en el tiempo que lo ha seguido no se ha saltado más que una. Puede que, con mi suerte, hoy haya decidido que sea la segunda. Sería mucho mejor encontrarlo en la calle y no tener que llamar al timbre de su puerta.

Hasta ahora sé que su negocio consiste en compra y venta de vehículos usados. Él es el dueño y... no parece ganarse mal la vida a juzgar por las dimensiones del lugar. Tampoco está nada mal su casa. Es pequeña, pero parece bien ubicada, en un buen barrio.

—Ya sabemos que no vas a recibir una herencia millonaria, Mia.

Lo miro con curiosidad, sé que bromea.

—¿Por qué dices eso? No parece ganarse mal la vida.

—Bueno, no está mal. El negocio está bien y la casa está... bien, pero...

—Claro, para alguien que vive en Upper East Side, esto debe ser una cabaña en mitad del bosque.

—Tú no has vivido precisamente en un suburbio, sino en...

—Eso era antes —le interrumpo refiriéndome al barrio donde residen mis padres—, ahora vivo en un apartamento modesto en Lower East Side.

Me mira abriendo mucho los ojos. Puede que la diferencia no sea excesivamente sustancial, pero hay algo de diferencia.

Suspiro de forma sonora y me miro el reloj por décima vez en diez minutos.

—Creo que no vamos a tener suerte —comenta Daniel algo impaciente.

—Esperemos un poco más. Aún no es la hora en la que suele volver a casa. Miller ha insistido en que sus rutinas son precisas y diarias.

—Mia, no quiero volver a incordiarle, pero... ¿has pensado qué le vas a decir? Te lo preguntado varias veces y me has ignorado.

—Improvisaré. Según se muestre él, le diré una cosa u otra.

—Me imagino que no le dirás... «Hola, soy...»

—¡Es él! —le digo interrumpiéndolo.

Miramos la fotografía. Sí, es el mismo hombre de mediana edad, alto, delgado, con algunas canas que asoman sobre su pelo oscuro y ondulado. Va vestido con ropa adecuada para correr. Conforme se acerca disminuye el ritmo hasta pasar a solo caminar a paso ligero.

Le llama la atención nuestro coche y mira en nuestra dirección, pero no se detiene.

Es el momento.

Daniel empieza a decir algo, pero yo abro rápidamente la puerta y salgo del coche.

Me apresuro a alcanzarlo antes de que cruce la valla que delimita su casa. Daniel se apresura a seguirme.

—Disculpe, ¿es usted Stephen Thornton? —le pregunto sin pensarlo más.

Se detiene y nos mira sorprendido.

Mi corazón empieza a latir con fuerza cuando me enfrento a sus ojos oscuros.

—¿Quién quiere saberlo?

—Solo queríamos hablar con usted un momento. Solo le robaremos unos minutos.

—¿Sois los que habéis estado en mi oficina? Me han dicho que una pareja ha acudido allí preguntando por mí. ¿Qué hacéis en mi casa?

—Solo queríamos hacerle unas preguntas sobre algo que... pasó en su vida hace veintiséis años.

Nos mira con el ceño fruncido. Daniel está a mi lado, aunque un paso por detrás.

—¿Veintiséis años? ¿Qué buscáis?

Se hace un silencio. Ahora es el momento de abordar el tema directamente y siento un nudo en la garganta. Voy a por todas. O ahora o nunca.

—¿Conoce a una mujer llamada Emma Shel...? —Me doy cuenta de que estoy utilizando el apellido de casada y rectifico—. Emma Lewis.

Su rostro cambia de color. Abre mucho más los ojos y luego los cierra al compás de un ceño fruncido muy acusado.

—¿Qué demonios queréis? ¿Por qué me nombráis a esa mujer?

Su curiosidad ha debido crecer porque cierra la valla, como si hubiera desistido de entrar.

—Verá, yo soy hija de Emma.

—¿Y qué? Espero que no se trate de lo que me imagino.

—Si lo que se imagina es que yo podría ser su hija, la respuesta es sí, pero si cree que quiero algo de usted, la respuesta es no, solo quería verle la cara, es todo.

—Yo no tengo hijos con esa mujer, al menos a efectos legales. No sé qué pretendes, pero de mí no vas a obtener nada. Me revuelve el estómago que me hayas nombrado a esa...

—No quiero nada, créame. Alguien me dijo una vez que usted era mi padre biológico, ya tengo padre y lo adoro, pero tenía curiosidad por verle la cara, es todo. Y también quería que me lo confirmara usted, si es posible.

—Si querías verme la cara, haberle pedido una foto a tu querida mamá. ¿Ya no conserva las que presentó en el juicio?

—¿Qué juicio? —le digo con un ligero temblor.

Daniel me mira, lo noto, pero yo no pierdo la mirada al frente, justo a los ojos de ese hombre.

—¿Me tomas el pelo? ¿Qué quieres? Renuncié al hijo de esa mujer de forma oficial. ¿Qué quieres? Yo no tengo hijos, así que busques lo que busques estás perdiendo el tiempo.

Y dale.

—Le vuelvo a decir que no quiero nada. Solo un minuto de su tiempo para verle la cara de cerca y que me diga lo que quiera decirme de este tema. No quiero nada, no necesito nada. Tengo unos padres maravillosos y tengo la vida muy bien organizada. Ni cariño ni dinero, solo curiosidad, por una cuestión personal. Ahora ya le he visto y ahora ya me puedo ir, le aseguro que no volverá a verme ni yo quiero volver a verlo.

Daniel me pone la mano sobre los hombros al ver que estoy alterada.

—¿Lo que quiera decirte de este tema? Pues que tu madre me jodió la vida, eso puedo decirte. Ella era mi secretaria, ya lo debes saber, y si no lo sabes ya te lo cuento yo. Era mi secretaria, una simple secretaria, y me lie con ella, eso es todo. Estuvimos un tiempo liados. Algo consentido, insisto... Consentido. Sexo, nada más —Hace una pausa. Nos mira a los dos, se pasa la lengua por los labios y se mete las manos en los bolsillos. Mira hacia los lados. Es como si se hubiera dado cuenta de que alguien, algún vecino podía escucharle, pero la casa más cercana está a bastante distancia.

—¿Y qué más pasó? —interviene Daniel por primera vez. Su voz es tan fría que hasta a mí me dan escalofríos.

Empiezo a imaginarme lo que va a contar, la historia es menos interesante de lo que creo.

—Cuando dejé de mostrar interés por ella, no se lo tomó muy bien. Me presionó y eso no me gustó. Un día me dijo que estaba embarazada y que era hijo mío. ¡Ya! ¡A saber de quién era ese hijo! Debes ser tú...

Yo me quedo callada, soy incapaz de hablar. Ese hombre me da bastante asco, pero quiero saber más.

—Y me denunció. Le dije que no quería saber nada ni de ella ni de su hijo, y me denunció por acoso y por abusos. ¿Te lo quieres creer? Me jodió la vida. Por suerte, el juez se rio en su cara, no había por dónde cogerlo, pero para ese entonces ya me había dejado mi mujer y me había quedado sin trabajo. Mi suegro me echó de la empresa.... Esa mujer me jodió la vida. Ella es la culpable de que mi mujer me dejara y mi vida se fuera al garete.

Trago saliva, no es tan poco interesante como creía, pero me cuesta creer que haya sido real.

—No sé si mi madre fue la culpable de que se acabara su matrimonio... —le digo sonriendo.

Deben ser los nervios.

Daniel también sonríe.

—¿De quién sino?

—Si estuvo liado con mi madre tanto tiempo, puede que usted también contribuyera... —le digo de forma irónica, pero no parece estar pendiente de lo que digo. Parece necesitar escupir las palabras y yo le permito que lo haga.

—Esa mujer no llevó bien que dejara de interesarme, pero nunca le prometí nada, ella sabía que solo era sexo y que a mí me importaba muy poco. No era más que una niñata, una estúpida que yo solo quería... Ya debes ser mayor de edad, ¿no? —Se echa a reír—. Tirármela, es todo lo que quería de ella, pero no lo debió entender. Y mintió, se inventó lo del acoso y lo de los abusos... ¡Maldita embustera! Y perdió el juicio porque no tenía más que unas pocas fotos en los que aparecíamos juntos. ¡Menudo abogado se buscó! Le firmé un documento en el que renunciaba a todo lo que tuviera que ver con su hijo. Fue idea de ese maldito abogado suyo, el que se casó con ella poco después, según me contaron.

—Mi padre.

Se echa a reír de nuevo y yo siento ganas de estrangularlo.

Daniel siente mi tensión y me aprieta en el hombro varias veces, pero mis músculos siguen tensos como piedras.

Me quiero marchar, pero quiero decirle algo que...

—Mia, cariño, he perdido la apuesta, ¿qué más quieres? —dice Daniel para mi asombro—. Te dije que este tío sería un hombre elegante, con clase, educación, inteligencia... ¡Ya hemos visto que no! Te debo mil pavos.

Reacciono rápido, no vale la pena. Le miro por última vez y está furioso, abre la boca para decir algo, pero se lo impido dándome la vuelta.

—¿Mil pavos? Tú me quieres estafar —le digo a Daniel alejándonos los dos—. Eran dos mil, listillo ¡Venga, págame!

—Largaos de aquí y no volváis a molestarme.

Nos echamos a reír de forma exagerada.

Entro en el coche sin dejar de reírme. No me atrevo a mirarlo, pero sé que todavía nos observa.

Cuando Daniel pone en marcha el coche, siento su mano en mi mejilla. Necesito más.

—Necesito un abrazo, Daniel.

Solo dos segundos después, el coche se detiene y siento sus brazos sobre mi tembloroso cuerpo.

Daniel me aparta una lágrima que se escapa por mi mejilla.

—¡Shhhhhh! Ya ha pasado.

Le escucho y siento que es así.

Ya ha pasado.

En sus brazos todo es más fácil.

Capítulo 41

Daniel

Mia necesita cerrar este capítulo de una vez por todas, por eso nos encontramos a punto de empezar el segundo asalto, aunque esta vez lo hará sola.

Estamos en la puerta de la casa de sus padres, el lugar donde ella vivió junto a ellos hasta que se marchó a la universidad.

Hemos tardado poco en llegar a Manhattan, aunque antes nos hemos detenido por el camino en busca de una bebida caliente en una cafetería que se encuentra en la entrada de la ciudad y que conozco muy bien.

Durante el rato que nos hemos reconfortado con un té caliente, Mia le ha pedido al detective que le envíe el informe completo. En él hemos podido leer varios episodios de la vida de ese hombre, pero ninguno nos ha llamado la atención, excepto el del juicio. En ese fragmento se detallaba, más o menos con las mismas palabras, lo que ese hombre nos ha dicho. Una denuncia por acoso y abusos, un juicio que se desestima por no encontrar indicios que lo corroboren, una «patria potestad» presentada voluntariamente y aceptada por la madre... Nada más interesante.

—No es la historia que esperaba— me ha confesado algo más calmada al leer el informe.

—Que no lo condenaran, no siempre significa que fuera inocente.

—Sí, lo sé. Eso es lo que me gustaría que saliera de su boca. No me importa lo que pasó, no a estas alturas, pero sí que fueran capaces de hablar de esto y dejarlo sellado de una vez por todas. En cualquier caso, pensar que ese hombre es mi padre biológico, me produce un asco tremendo.

—Ese no es tu padre, Mia. Fuera lo que fuera lo que pasó entre ellos, con o sin delito, ese hombre solo contribuyó a que existieras aportando un espermatozoide que cuando llegó a...

—Sé cómo funciona, Daniel, me lo contaron hace unos días. Ya sé cómo vienen los niños al mundo.

—¿Lo sabes? Qué peso me quitas de encima. Vaya, ya eres toda una mujercita.

Mia me ha golpeado el hombro y nos hemos echado a reír. Y con ese comentario hemos bromeado hasta que nos hemos hartado.

Mia me besa en los labios y me regala una sonrisa antes de salir del coche.

—¿Seguro que no quieres que te espere?

—No, no tardaré mucho, pero no quiero que estés aquí esperando. Haz lo que tengas que hacer y después nos encontramos en alguna parte. Cogeré un taxi. Te llamaré al salir.

—Pasaré por mi casa y aprovecharé para saludarla y decirle que no me he marchado para siempre. Puede que se tranquilice.

Mia se echa a reír.

—Seguro que le encanta escucharlo.

—¡Mia! —le digo cuando observo sus intenciones de salir—. Sea lo que sea lo que digas o... lo que escuches... ¡protégete!

—¿Qué quieres decir?

—Que pienses en ti, que te protejas de cualquier cosa que pueda dañarte.

—Lo haré. No voy a revolcarme en esta... mierda. Solo quiero poner un punto final.

La veo alejarse y me quedo inquieto. Ojalá pudiera estar con ella en este momento, pero entiendo que es completamente absurdo que la acompañe.

Me dirijo hacia mi casa y tardo menos de lo previsto en llegar.

Me estiro sobre mi sofá, después de comprobar que todo está en su sitio y recibo una llamada de Patrick.

¡Me había olvidado de él!

Cuando estaba en la cafetería con Mia he recibido un mensaje en el que me preguntaba si podíamos hablar, pero he olvidado contestarle.

—Hola, Patrick. ¿Me sigues echando de menos? —Evito mencionarle que estoy en Manhattan, no quiero darle todas las explicaciones que comportan el justificar por qué me encuentro aquí.

—Más que tú a mí, ni siquiera me respondes a los mensajes.

—Estaba ocupado. Además, ya me conoces, no puedes esperar que ahora, de repente, haya cambiado tanto que responda a los mensajes inmediatamente.

—No lo esperaba, imagino que debías estar muy ocupado con «tu amiga».

Ese tono y esas palabras no me gustan.

—¿Mi amiga?

—Saltémonos esa parte, Daniel. Julien me ha comentado algo, suficiente para que saque mis conclusiones. Y... antes de que te enfades con él, solo me ha dicho que tienes una amiga especial en el balneario con la que te lo estás pasando bien.

Maldigo a Julien por su ocurrencia.

—No es asunto tuyo. Supongo que me habrás llamado para otra cosa.

—Pues no supones bien. Ese es el motivo de mi llamada.

—¿Qué quieres decir?

—Que me preocupa. Me inquieta mucho que puedas perder la cabeza por una tía que no vale la pena.

—¿Se puede saber de qué va esto?

—Daniel, he investigado a esa mujer, a Mia Sheldon

—¿Qué? Esto es increíble. Patrick, estás cruzando una línea que no te voy a permitir.

—Me llamó la atención que me pidieras que investigara por qué despidieron a esa mujer. Ahí si te pareció bien que buscara información...

—Te pedí un favor y ya te lo expliqué.

—Tanto interés despertó mi curiosidad. Olvidaste decirme que trabaja en el balneario, en el que tú te alojas. Es que me sorprendió mucho que me pidieras algo así. Y... no solo te conseguí

esa información, sino que seguí indagando.

—No quiero seguir hablando, Patrick, esto no va a acabar bien. No cruces esa línea, respeta mi vida.

—Me preocupa que te estés colando por una mujer que entra en tu vida de una forma un poco forzada, pero que tú no quieras verlo.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Vamos, Daniel. Primero en la clínica, luego tienes un accidente con ella, luego te la encuentras en el balneario... ¡Eso no es creíble! Te liaste con ella en la clínica y la despidieron porque el crío que atendía se quejó.

—Ya te dije que eso no fue así, pero si fuera el caso, a ti no te importa.

—Y luego tienes un accidente, y te la encuentras en el balneario...

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Averigüé que su mejor amiga es la hija de Thomas Harriman, una tal Valerie Harriman, ¿qué te parece?

Me sorprende que me diga eso. Sé que Mia me ha hablado de Valerie y de su padre, un médico que la ha ayudado mucho. Nunca hubiera imaginado que se trataba de mi médico, el traumatólogo que me ha llevado en todo el proceso de mi pierna: el cirujano que me intervino la pierna.

—¿Lo sabías? —me pregunta cuando guardo silencio.

—Pues claro que lo sabía —le miento consciente de que es la única manera de que deje de sacar conclusiones estúpidas.

—¿Y aún así te parece normal que esa persona aparezca en tu vida de esa manera tan rara?

—¿Qué más te da a ti quién es o deja de ser? ¿Lo que me parece a mí o no normal? ¿Te comento yo algo de con quién te acuestas?

—Me preocupa que te hagan daño. No puedo precisar qué es lo que pretende, pero hay muchas casualidades detrás de todo esto. Esa mujer quiere algo de ti y no quiero que te haga daño. Solo quiero que estés bien alerta.

—¿Has acabado de decir estupideces, Patrick?

—El doctor Harriman fue el que me recomendó este balneario cuando le consulté... A mí todo esto me parece tan forzado...

Eso sí que me enfurece.

—¿Él te lo recomendó? Creía, según tus palabras, que el hecho de que ese balneario estuviera cerca del terreno que querías empezar a explorar era «una casualidad», que se habían aliado las fuerzas del universo para que... como si fuera una señal mi destino estuviera aquí. La combinación perfecta. «¿No crees en las casualidades, Daniel?». Eso fue lo que me dijiste.

—Vale, Daniel. Seré sincero. Esa obra no tenía pensada ponerla en marcha hasta la primavera, pero, cuando le pedí al doctor Harriman que me recomendara el mejor lugar para tu rehabilitación, me di cuenta que ese terreno estaba muy cerca. Tenía pensado empezar la exploración en primavera, pero lo adelanté para aprovechar la situación. Tú mismo me estás atacando con algo que se pone en contra tuya.

—¿De qué hablas?

—Me estás reprochando que te hablara de casualidades cuando en realidad, no existen. Sí, te engañé un poquito para que aceptaras, pero solo adelanté el proyecto para que pudieras estar mejor. Y... ya ves que las casualidades no existen. Aplícaselo a tu historia con esa mujer.

—Estoy cumpliendo con ese trabajo, estoy instalado en el balneario. Respecto a eso,

hablemos de lo que quieras, pero deja de meterte en mi vida.

—Sé que ese proyecto se te queda pequeño, pero en breve te haré nuevas propuestas. ¿Qué tiempo te queda en el balneario? ¿Un mes? ¿Un mes y medio?

—Un mes y medio, creo —Estoy haciendo un esfuerzo por no acabar la conversación aún peor—. ¿Has acabado ya?

—Sí, he acabado. Ten cuidado, Daniel.

—No vuelvas a llamarme para hablarme de nada que no sea trabajo. No vuelvas a meterte en mi vida.

Cuelgo sin decir nada más. No me puedo creer que tenga que aguantar esta mierda. ¿Quién se ha creído que es? Se está pasando, no necesito que me trate como si fuera su hijo adolescente.

Yo soy el primer sorprendido en saber quién es el padre de su amiga Valerie. Está claro que es una casualidad, pero ya no me sorprende. Esa es nuestra historia, llena de cosas que no tienen una explicación.

Si Mia tuviera algo que ocultar no me habría hablado de Valerie ni de su padre.

¿En qué momento creyó Julien que era buena idea hablarle de mí y de Mia?

Espero que me dé una explicación razonable que justifique que le cuente el contenido de nuestras conversaciones a Patrick. Aunque él es más que un jefe y se ha convertido en un amigo, hay líneas que no se pueden pasar, y Julien lo sabe.

Capítulo 42

Mia

Me gustaría saber qué pasa por la cabeza de mi madre cuando se muestra tan altiva con mi visita. Está mirándome fijamente, plantada en el vestíbulo. No sé si presiente que le voy a hablar del tema o simplemente es la actitud que le surge ante mi inesperada visita.

No hay nada como sentirse bienvenida en tu hogar.

—Hola, Mia —me dice mi padre besándome en la mejilla. Ella se da la vuelta y se dirige al salón—. ¿A qué se debe esta sorpresa tan agradable? Creía que seguías en el balneario, ¿ha pasado algo?

Sigo a mi madre. Se da la vuelta en el centro del salón y continúa con su pose altiva. Mi padre me sigue también.

—Sigo en el balneario —le contesto a mi padre—, solo he venido a deciros que he conocido a Stephen Thornton.

Mi madre abre mucho los ojos y se tapa la boca consternada mientras se dirige al sofá y se deja caer como si se estuviera desvaneciendo.

Yo me acerco lentamente. No sé qué expresión tiene mi padre ni tampoco me preocupa, es ella la que quiero que me escuche.

—No, no montes uno de esos espectáculos tuyos. Ni intentes marcharte —le digo cuando veo que tiene intenciones de levantarse—, porque esta vez me vas a escuchar. He conocido a ese hombre, me ha parecido despreciable, pero todavía es más despreciable que haya sido de su boca de la que haya escuchado algo de verdad.

—Tú no sabes nada de nada.

—Sé lo que me han contado, lo que han investigado, lo que él me ha dicho... Habría preferido escucharlo de tu boca, te lo he pedido una y mil veces. Y, ¿sabes qué? A mí me da igual lo que me ha contado, pero al menos soy capaz de entender que durante toda mi vida me has despreciado porque solo te ha importado lo que fuera que viviste con ese hombre. Siempre he sido la hija de... no tu hija.

—Mia, este tema es muy doloroso para tu madre... —me dice acercándose y colocándose frente a mí.

—Deja de hablar por ella, deja que sea ella la que abra la boca de una puta vez. En esta mierda habéis estado juntos, sois iguales los dos. Me habéis hecho sentir que estaba fuera de la ecuación de esta familia. Erais tú, tú y mis hermanos, y... yo. Me habéis hecho sentir toda mi vida que tenía que competir y dejarme la piel para llegar a ser la mitad de lo que sois vosotros.

Mi madre se echa a llorar y mi padre baja la cabeza mientras se toca la barba como hace

siempre que está preocupado.

—¿Ahora lloras? ¿Por qué? Ahora ya no me importa, ahora no voy a volver a suplicarte, no voy a pedir más tu atención, ni voy a volverme loca por recibir, aunque sean unas pocas palabras de reconocimiento. Pero al menos he entendido que siempre me has visto como el recuerdo de lo que viviste con ese hombre, como el fruto de una puta relación que no llegó a ninguna parte. Dime —grito—. ¿No fue eso lo que pasó? ¿Qué te hizo ese hombre? ¿Te acosó, abusó de ti?

—Mia, te ruego que te controles, tu madre sufrió mucho.

—Yo solo quería saber la verdad, me daba igual lo que me contaras. Yo solo quería tener una madre.

—Una madre no puede contarles a sus hijos según que cosas... —dice entre sollozos.

—Con seis años no, pero hace mucho que soy adulta. Lo único que me duele es comprender que para ti siempre he sido el recuerdo de aquello, fuera lo que fuera lo que viviste, nunca he sido una hija.

—Eso no es cierto. Pero no tienes derecho a indagar en mi vida, y yo tengo derecho a no contarte aspectos de mi vida que un hijo no tiene por qué conocer.

—Deberías habérmelo contado y no haber dado lugar a que me presentara delante de él para que me mirara con desprecio por ser la hija de la mujer que le jodió la vida. Esta conversación no se produciría ni habría nada que indagar del pasado si hubiera sentido que eras mi madre alguna vez. Me habría conformado con que me dijeras que se había muerto, que había sido un lío de una noche o cualquier cosa. Yo nunca habría llegado más lejos. ¿Qué problema tuviste conmigo toda tu vida? Capacidad para amar si tienes, lo he visto a diario con mis hermanos. Pero yo soy hija de él, ¿verdad? Y nunca me lo has perdonado. Me debiste despreciar incluso cuando te quedaste embarazada.

—Mia, tu madre te quiere, no hables así.

—No lo hagas, papá. Al menos, hoy deja de defenderla. Hasta tú, que has estado a su lado defendiendo lo indefendible deberías darte cuenta de que hoy no es el día de seguir haciéndolo.

Mi padre asiente con la cabeza y se sienta derrotado en una silla.

—Nunca más volveré a hablar de este tema, ahora ya puedes descansar —le digo a mi madre—. Puedes seguir siendo la madre de tus dos hijos, esos que sí fueron fruto del amor. Yo me voy sintiendo que soy huérfana de todas las maneras... pero dispuesta a seguir con mi vida.

Antes de irme cruzo una mirada con mi madre. Esta vez sí veo una lágrima de verdad correr por su mejilla. Le doy la oportunidad de abrir la boca.

Silencio.

Miro a mi padre. Se levanta y me besa las manos que estruja con las suyas.

Ella sigue guardando silencio.

Es hora de marcharme.

Ahora puedo cerrar esta puerta. Ahora ya no tengo más preguntas.

Capítulo 43

Daniel

Durante gran parte del trayecto de vuelta al balneario, Mia se ha mostrado ausente. He respetado su silencio y he comprendido que necesitara evadirse en sus pensamientos.

Cuando nos hemos encontrado en Manhattan, después de hablar con sus padres, me ha sorprendido su entereza. Me ha contado la conversación, por llamarla de algún modo, que han mantenido, y no dejo de salir de mi asombro. No entiendo el comportamiento de su madre, pero más difícil es entender que siempre la haya apartado de su vida. No alcanzo a imaginar cómo ha debido sentirse tantas y tantas veces...

En cualquier caso, ella parece tranquila. Aunque es un tema delicado y doloroso, es cierto que ella necesitaba cerrar ese episodio.

—¿Estás bien? —decido romper el silencio.

—Sí, lo siento, estoy algo ausente.

—Es normal, debes tener la cabeza como una jaula de grillos.

—Sí, más o menos así, pero no es algo que vaya a afectarme, te lo aseguro. El silencio que ha guardado mi madre no es nuevo, así que nada ha cambiado. Quiero dejar atrás este tema. Te agradezco que me hayas acompañado, pero no quiero que sea un tema de conversación constante.

—No lo será si estás bien, pero si...

—Estaré bien, Daniel. Sé lo que digo, me conozco y sé que estaré bien.

Llegamos al balneario y ella, como siempre, se encoje sobre sí misma en el asiento para no ser vista por el guarda de la entrada.

¡Se acabó la libertad!

Nada más entrar en mi casa, por el garaje, se lanza a buscar en el armario donde guardo los alimentos dulces.

Aparece con una tableta de chocolate en la mano, sonriendo, como una niña que acaba de cometer una travesura.

—¿Quieres chocolate, ingeniero?

Acepto su oferta y acabamos compartiendo el mismo pedazo. El juego de nuestras lenguas nos lleva poco a poco a desprendernos de la ropa y a dejarnos llevar, una vez más, por el deseo. Es incendiario lo que siento cada vez que la veo sonreírme de forma provocativa.

Media hora después, nuestros cuerpos yacen desnudos y sudorosos sobre el suelo, cerca de la chimenea, rodeados de cojines que hemos utilizado para golpearnos y jugar como niños.

La acerco a mi cuerpo y ambos buscamos una postura más cómoda. Alargo la mano para apoderarnos de algunos cojines y de una manta e improvisamos una cama.

Es nuestro momento preferido, el silencio que viene después del sexo interrumpido por el crepitar del fuego.

A pesar de disfrutar del silencio, me preocupa que se alargue tanto. Intento observar su expresión, pero su cabeza está ladeada y no puedo verla.

—Estás muy callada. Y... no te creas que no te comprendo. Tener un padre biológico como ese debe ser muy traumático. ¡Menudo imbécil! Pero deberías estar contenta por saber que eres el fruto de una intensa historia de polvo tras polvo en una oficina... ¿Hay algo más romántico?

Mia se incorpora y me mira fascinada, como si le hubiera dicho que soy hijo de unos elefantes y que crecí en una selva.

Me echo a reír a carcajadas en cuanto veo su expresión de terror.

Me golpea con un cojín en la cabeza y se echa a reír también.

—Mi madre siempre me ha dicho que, ante algo doloroso, es bueno buscar la manera de reírse de ello —le confieso recordando las muchas veces que he acabado riendo a carcajadas después de un mar de lágrimas.

—Muy buena terapia. Le preguntaré a Valerie si alguna vez la pone en práctica con sus pacientes —me dice haciendo referencia a la profesión de su amiga de la que ya me ha hablado alguna vez.

—Mia, ¿el padre de tu amiga es el doctor Thomas Harriman?

Mia se incorpora de nuevo, pero esta vez se acomoda para quedar sentada.

—Sí, ¿cómo sabes eso?

—Él ha sido mi médico en todo el proceso de la pierna.

—No me lo puedo creer. Thomas es maravilloso, ¿verdad? Creo que alguna vez te he hablado de él.

—Sí, pero no debiste mencionar su apellido.

—Él y Valerie son mi pequeña familia. Ahora que sabes más de la otra, puedes entenderlo mejor —Se echa a reír—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Has hablado con él? ¿Me ha nombrado? ¿De qué manera?

—No, en realidad... me lo ha dicho un... amigo.

Ella frunce el ceño y se acerca más a mí.

—¿Un amigo?

Dudo si decirle o no la verdad, pero no quiero mentirle después de todo lo que ha vivido hoy.

Algo me dice que debería haberme callado, que no es el momento de hablar de esto, pero ya es tarde. Quizás se sienta bien si escucha que yo también le cuento algo personal.

—Verás, se trata de un amigo... A veces se comporta como un padre y se inmiscuye en donde no debe —le aclaro con una sonrisa para quitarle algo de seriedad al tema.

—¿De quién hablas? De tu amigo... ¿cómo se llama? ¿Julien? ¿El dueño de la casa de Stratton?

—No, hablo de Patrick, mi jefe y también mi amigo, creo que lo he mencionado alguna vez.

—Sí, el que lo arregló todo para que vinieras aquí, al balneario.

La expresión de Mia va pasando de la sorpresa al malestar. Sé que este tema es el último que debería haber tocado porque la explicación que pueda darle no va a resultar agradable. Pero soy más consciente conforme avanza la conversación. Si me hubiera detenido a pensarlo un poco

más...

Guardo silencio en un intento de abandonar el tema, pero sé que no va a ser tan fácil.

—¿Qué tiene que ver ese hombre conmigo o con Thomas?

No soy capaz de mentirle, así que busco en mi cabeza una forma de suavizar el tema.

—Patrick es tremendamente desconfiado, ve peligros en todas partes. Es como un padre...

—¿Un padre? ¿Es mayor que tú?

—Sí, unos pocos años, pero no tantos como para ser mi padre. Ronda los cuarenta. Yo solo tengo veintisiete...

¿Por qué parezco un poco tonto dándole estas explicaciones?

—No entiendo qué quieres decir con esto... ¿Qué tiene que ver que sea desconfiado o que se comporte como un padre...?

—Mia, esto es un poco incómodo y no resulta fácil de entender si no se conoce a Patrick, pero... le hablé de ti y te investigó.

—¿Me ha investigado?

—¿Recuerdas que te dije que le pedí a un amigo que averiguara por qué te despidieron de la clínica?

Ella asiente con la cabeza y respira hondo.

—Fue a Patrick, mi jefe. Él es amigo del dueño de la clínica, Evenhart. Y... a raíz de eso, supongo que se ha animado a buscar más información.

—¿Es eso lo que soléis hacer? ¿Investigáis la vida de las personas que... vais conociendo?

—No, Mia, esto es solo un caso aislado.

—¿Y en esa investigación ha averiguado que conozco a Valerie o... a Thomas?

—Sí, así es.

—Joder, pues ha debido ser una investigación completa y exhaustiva porque no creo que eso aparezca en ningún documento oficial ni en mi *curriculum*... Excepto que trabajé con él en el hospital. Pero con él y con doscientos médicos más.

—No le he preguntado los detalles. Mia, a mí tampoco me ha hecho gracia, pero él es así, es su forma de protegerme.

—¿Protegerme de qué? ¿De mí?

—No estés a la defensiva, por favor, te aseguro que para mí carece de importancia.

—Pues para mí también debería carecer de importancia, pero... me siento extraña, ¿lo entiendes?

—Sí, no debería haberte hablado de ello.

—¿No le ha gustado lo que ha averiguado sobre mí? ¿Algún problema?

—No, solo me ha dicho que le parecía muy casual que tú trabajaras aquí.

—No sé bien qué puede significar eso...

—Está claro que no se puede negar que siempre nos ocurre algo que es remotamente probable —le digo intentando suavizar el tema y sonriendo abiertamente.

—Ahora resulta que tú también tienes dudas... pero todavía no sé de qué.

—No, Mia, no tengo dudas de nada.

—¿Hay algo más que le haya sorprendido a tu amigo? ¿O... a tu amigo jefe?

—No. Te aseguro que me ha molestado y así se lo he hecho saber. No pretendía que te sintieras mal, te lo aseguro. No es un tema que a mí me importe, pero entiendo que te haya sorprendido.

Me deshago de la manta y la atraigo hacia mi cuerpo. A ella le cuesta moverse, parece una

estatua de cera, pero poco a poco va cediendo y se abraza a mí.

¡Maldita sea! Cuánto me arrepiento de haberle hablado de Patrick.

—Lo siento, no debería haberte contado las tonterías de Patrick. Yo estoy acostumbrado y a ti te han ofendido.

—No te preocupes, es que hoy no es un buen día.

La beso en la cabeza varias veces.

—Seguro que Patrick tiene razón. Confiesa ahora que puedes qué clase de conspiración hay detrás de todas esas casualidades...

Muevo la cabeza para verle el rostro y descubro que está sonriendo.

—Me has pillado, Daniel —Aunque bromea, sé que está disgustada. Valoro enormemente que se esté esforzando, aunque eso no hace que me sienta mejor.

—Te busqué por toda la ciudad buscando la forma de chocar con tu coche... —me dice con una voz forzada.

—Y tuviste que saltarte un semáforo para ello.

Se deshace de mi abrazo y me mira furiosa.

—No me salté ningún semáforo, capullo.

Nos echamos a reír y aprovecho el momento para besarla.

Tengo una sensación extraña. Como si algo hubiera cambiado con esa maldita conversación.

No soy capaz de entender estas sensaciones, pero sé que no me gustan. La imagen de Patrick aparece en mi mente y... me produce rechazo.

Capítulo 44

Mia

—¿Estás bien, Mia? —me pregunta Valerie tras los tres intentos fallidos de ponerse en contacto conmigo durante el día de hoy, a pocas horas de que acabe.

—Eres la tercera persona que hoy me lo pregunta.

—Será por algo... ¿Quién son las otras dos personas?

—Zoe, que cree que estoy muy ausente, y Daniel, que lo cree también.

—¿Qué les has dicho para justificarte?

—¿Cómo sabes que me he intentado justificar?

—Se me acaba de ocurrir... ¿lo has hecho? Vaya, he acertado.

—A Zoe, que estaba cansada por el fin de semana en la estación, ella no sabe nada de que fui a Manhattan. Y a Daniel, que era por lo que pasó con mis padres, con todos. De hecho, esta noche le he dicho que prefiero estar sola para ordenar mi cabeza.

—¿Y a mí qué me vas a decir? Yo también te lo he preguntado.

—Adivínalo, psicóloga.

—No hacer falta ser adivino... Después de lo que pasaste en unas pocas horas. Ese hombre, tu padre biológico... el enfrentamiento con tus padres... Solo han pasado dos días, es normal que tengas la cabeza en mil sitios a la vez.

—¿Y si te digo que ese episodio no me preocupa, ni es el que tengo en la cabeza?

—¿No lo tienes en la cabeza?

—En realidad, siento que he cerrado una etapa, como te dije ayer. Mi padre me envió ayer un mensaje...

—¡Espera! ¿Qué padre?

—Muy graciosa, Valerie —Suelto una onomatopeya fingiendo reírme—. Me dijo que esperaba que cuando vuelva a Manhattan podamos hablar con calma.

—¿Y qué le dijiste?

—Que me parecía bien. ¿Qué le voy a decir? Ahora sé qué puedo esperar y qué no, y dónde están sus límites. No voy a forzar nada más ni a pedir más explicaciones.

—Entonces ¿qué es lo que te hace estar tan pensativa?

Le cuento lo que ocurrió con Daniel hace dos noches, cuando me contó la investigación de su amigo. Se lo cuento con detalles, no porque yo así lo desee, sino porque ella no deja de hacer preguntas.

—Investigar... ¿qué son, mafiosos? Te ha investigado porque tienes un lío con su amigo, o

su empleado o lo que sea.

—Sí, al parecer es muy paternal, o protector, o como quieras llamarlo.

—Dime que enviaste a ese hombre y a su amigo a la mismísima mierda.

Esa Valerie surge poco, pero cuando lo hace es de armas tomar. Creo que ahora necesito más a la psicóloga, pero no seré yo quien le impida expresarse.

—No, Valerie. Me mostré incómoda, pero él, como te he contado, intentó justificarlo y restarle importancia. Sé que si me lo contó es porque quería también saber mi reacción.

—Entiendo. ¿Y cuál fue?

—Me quedé a su lado porque lo que más necesitaba esa noche era tenerlo cerca.

—¿Eso te inquieta?

—Lo de su amigo me ha molestado, él no pareció enfadado u ofendido, más bien intentó justificarlo. Y... está lo de tu padre. Hoy le he llamado para preguntarle.

—¿Te ha contado lo del nuevo centro?

—Sí, me ha encantado.

Valerie se refiere a un puesto de trabajo que su padre me ha ofrecido en un centro de rehabilitación que se está acabando de restaurar en un edificio anexo al hospital donde él trabaja. Es un proyecto destinado a centralizar diferentes unidades de rehabilitación de todo el estado para unificarlas y convertirlas en el centro de referencia.

—Sabía que te encantaría. Él cuenta contigo y sé que se encargará de que tengas un buen puesto. Él tendrá un cargo en la dirección, así que dudo que no pueda conseguirlo.

—Soy afortunada de teneros.

—Anda, no digas eso. Nosotros también somos afortunados de tenerte, boba. ¿Qué querías contarme de mi padre?

—Le he dicho que Daniel es paciente mío y que me he enterado de que era su paciente y bla, bla, bla...

—Para ver qué te decía...

—Sí, pero solo hay una cosa que me ha llamado la atención.

—¿El qué?

—Aparte de hablarme de su dura rehabilitación, y de que es un buen hombre, también me ha pedido que no tenga con él nada que no sea estrictamente profesional.

—¿Eso te preocupa? ¡Buff! Mia, él no se va a enterar, debía referirse a que no debes liarte con un paciente...

—No, Valerie. No se trata de eso, me ha dicho que me alejara de Sterling, como él lo llama, porque, aunque a él no lo conoce mucho, más allá de la consulta, a su amigo y jefe sí, el tal Patrick Prestton.

—¿Patrick Prestton? Me suena.

—Me ha dicho que es amigo suyo también. Es el que me investigó.

—Sí, lo he entendido. ¿Qué te ha dicho de él?

—Que tiene una vida muy desordenada y desmadrada fuera del trabajo, que cada día sale con una mujer diferente, que... le va la marcha, toda la marcha. Y él cree que Sterling es igual.

—Y eso te ha afectado.

—Mia, apenas conozco a Daniel, aunque hayamos compartido tiempo aquí. Tengo la sensación de que esto es como algo cerrado donde por circunstancias muy concretas estamos entregados el uno al otro. Pero... después de esta frontera... No sé qué habrá. Hasta ahora no me preocupaba, pero hemos compartido muchos momentos, muchas cosas que han hecho que me

enamore de él. Lo sé, sé que es enamoramiento. Nunca antes me había pasado de esta manera. Y... tengo miedo de que cuando esto acabe, cuando volvamos a nuestras vidas...

—Él siga su camino...

—No me reconozco, no sé por qué tengo estas inquietudes y estas sensaciones.

—Joder, porque te has enamorado. Lo que te pasa es que no te lo acabas de creer porque hace poco tiempo que estáis juntos, y no habláis de esas cosas, ni expresáis sentimientos. Es como que sabéis qué hacer ahora y dentro de unas horas, pero no se os ocurre hablar de mañana. No sé si porque él no contempla esa posibilidad o porque, como tú, se lo come en silencio.

—Cuando estoy con él, no me importa nada más, te lo aseguro, me ha dado muy fuerte. Por eso, cuando me contó lo de su amigo, cuando tu padre me ha hablado de la forma de vida de su amigo... he pensado que me voy a dar el golpe del siglo porque él y yo... No sé expresarlo. Sé que me entiendes.

Me desahogo durante un rato más, sin novedades, dándole vueltas otra vez al mismo tema, y me despido de ella escuchando una frase que me impacta.

—Protégete, Mia.

Son las mismas palabras que me dijo Daniel con mis padres...

Siento unos golpes en la puerta. Puede que Zoe quiera darme las buenas noches. Hace un rato que me ha preguntado si me encontraba mejor mediante un mensaje y no le he contestado.

Me encuentro a Daniel en la puerta semioculto bajo a un abrigo y una capucha.

—¡Estás loco! ¿Qué haces aquí? No puedes venir, ya lo sabes.

—No me ha visto nadie.

—¿Qué quieres?

—¿Tú que crees? ¿Te convence si te digo que quiero verte? Aunque también estaría bien que me dejaras pasar.

Miro en ambas direcciones, sujeto su abrigo por el centro, a la altura del pecho, y tiro de él hacia mí.

En cuanto entra lo miro fijamente. Sé que me está observando con curiosidad.

Me lanzo a besarlo como si fuera la última vez que lo voy a hacer.

«Protégete...», escucho retumbar en mi cabeza.

Demasiado tarde.

Capítulo 45

Daniel

No hemos podido avanzar demasiado en la obra, a falta de unos instrumentales que llegarán mañana. Ante eso, he vuelto antes de lo previsto al balneario.

No puedo ver a Mia, está trabajando, y tengo que esperar más de tres horas para sumergirme con ella en la piscina. Se me va hacer eterna la espera.

Ayer me amenazó con darme de alta en la terapia hoy mismo, pero sé que bromeaba. No lo aceptaría de ninguna de las maneras.

Me preocupa verla tan apagada... Aunque intenta disimularlo, sé que lo está. Lo comprendo, pero daría cualquier cosa por que volviera a ser la misma. Necesita tiempo, no debe ser fácil encajar todo lo que vivió hace unos días en Manhattan.

Patrick me está llamando. No he vuelto a hablar con él desde el día en que me habló de Mia. Todavía estoy molesto con su actitud, pero, dada la hora que es, debe querer hablarme de algo relacionado con el trabajo.

—Dime, Patrick —le digo nada más descolgar con mucha sequedad.

—Te sigo echando de menos —me dice en un intento de volver a bromear como otras veces, pero yo guardo silencio.

—Tengo algo importante que decirte —continúa al ver que no le sigo el juego.

—Espero que sea de trabajo porque si no ya puedes colgar, o... lo hago yo.

—Vamos, Daniel, deja de sacar las uñas, tengo algo que te va a alegrar mucho.

—Veamos...

—Ya tenemos todos los permisos para la segunda fase del edificio Riverfront. Se ha puesto todo en marcha a la velocidad de la luz.

—Me alegro mucho, debes estar contento.

—Podría decirse que sí, pero lo estaré más cuando me digas que aceptas dirigirlo.

—¿Yo?

—Sí, Daniel, ya va siendo hora de que vuelvas a los proyectos de verdad. En dos semanas te pones al frente.

—¿Dos semanas? ¿De qué va esto, Patrick? Me traes a este lugar haciéndome creer que necesitas que dirija el centro energético y haciéndome creer que «casualmente» está al lado de un centro donde puedo acabar de rehabilitarme, y ahora me alejas a toda prisa porque crees que debo alejarme de alguien y me propones un proyecto que no tenías intenciones de darme... ¿Vas trazando mi trayectoria según mis asuntos personales?

—Daniel, no es necesario que le des tanto drama a este asunto. Si sigues molesto por lo del otro día, lo lamento, pero no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. No pretendo apartarte de nada, solo te estoy ofreciendo que dirijas una obra que, para ti, al menos hasta hace unos meses, habría representado un gran reto. Yo no elijo los inicios de las obras. ¿Qué te pasa? ¿Le has cogido cariño a la obra, a las terapias, o... a qué? Hace unos meses me suplicabas que te diera una buena obra y ahora pareces decepcionado. Si te la he ofrecido es porque sé que estás mejor, que tu pierna está casi recuperada del todo.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque me intereso por ello. ¿Crees que te envié ahí para luego desinteresarme?

—¿Te pasan información?

—Sí, me la pasan porque la pido y porque soy yo quién corre con los gastos de tu alojamiento. No ponen pegas.

Aquello me resulta algo difícil de digerir y su tono de voz desagradable.

—¿Acaso no estás interesado? —me insiste.

—Lo pensaré —digo mordiéndome la lengua.

—¿Lo pensarás? Vamos, Daniel, ¿qué coño te está pasando? Tienes cuarenta y ocho horas para pensártelo. Dime algo cuanto antes. Confío en que serás razonable. No se presenta una oportunidad así todos los días después de una convalecencia como la tuya.

—¿Por qué no la dirige James?

—Porque la vas a dirigir tú.

—Responde a lo que te he preguntado.

—James ha dejado el estudio.

—¿Qué ha pasado? —pregunto perplejo. James es el socio de Patrick, su primo. La persona con la que empezó a hacerse cargo del estudio cuando murió su padre.

—Necesitaba ausentarse para tratar temas personales. Volverá cuando esté listo.

Eso me parece extraño y sé que me está mintiendo. La tensión entre ellos se palpaba a cien millas de distancia durante los últimos meses que pasé en el estudio.

—Bien, pues te diré algo antes de dos días.

—No sé a qué viene tanto misterio. ¿Tanto te has pillado de esa mujer que te tienes que pensar si aceptar o no una obra? ¿Es que piensas estar ahí eternamente?

—Creo que te he dicho que no mencionaras nada de mi vida personal. Te vuelvo decir que te diré algo antes de esas cuarenta y ocho horas. ¿Te ha quedado claro?

—Muy claro. Pedro no quiero esta tensión, Daniel. Es tu proyecto, el que siempre has soñado y te doy la oportunidad de dirigirlo, tú solo, con la ayuda del equipo.

—Te diré algo, Patrick.

—De acuerdo, cuento con ello.

Cuando le cuelgo el teléfono me siento algo aturdido y confundido. No me creo que me tuviera en mente para ese proyecto, pero no he querido discutir más.

Tengo muchas cosas que hablar con Julien, pero ahora no quiero pensar en ello.

Cuando ha mencionado las dos semanas, he sentido vértigo. Mia...

El timbre de mi teléfono me salva de la tortura que estaba dispuesto a iniciar.

Es una llamada de la recepción del balneario. Me informan que tengo una visita del exterior.

Me echo a reír cuando me proporcionan más información.

Por supuesto, autorizo la visita.

Capítulo 46

Mia

Puede que sean imaginaciones mías, pero creo que soy la empleada que más tiempo pasa en el despacho de la supervisora.

Sospecho que quiere que me ocupe de la agenda de Avery, una compañera que se ha ausentado durante dos semanas.

No me importaría hacerlo, puedo compaginarlo con la mía sin problemas, pero no quisiera que me alterara las sesiones con Daniel.

Cuando entro, me encuentro una sonrisa que no me gusta. Puede que se deba a que esa mujer nunca ha sido de mi agrado, ni el de muchos compañeros, por lo que he ido escuchando, pero hoy especialmente tiene una expresión cínica muy desagradable.

—Mia, debo informarte que hay un paciente tuyo que abandonará el centro dentro de dos semanas, algo de un mes antes de lo previsto.

—¡Oh! ¿De quién se trata?

—Del señor Sterling.

Intento apretar las manos sobre el asiento para no tambalearme. ¿Qué narices está diciendo esa mujer? ¿Daniel se va dentro de dos semanas?

—Entiendo —consigo decir.

—¿Te he dado un disgusto? Seguro que sí. Hay rumores sobre que le has cogido mucho cariño...

Seguro que estoy pálida y que ha notado que me he quedado sin respiración.

—Le... le tengo cariño a todos mis pacientes, si es a eso a lo que se refiere —consigo decir.

—No me refiero a eso, Mia. Pero volvamos a la cuestión. Dado que el señor Chris Chambers no volverá hasta dentro de un tiempo y no quisiera decepcionar al señor Sterling, que debe estar encantado con tus atenciones, he pensado que debes seguir con él hasta que se marche. Después, he pensado en asignarte otra zona: el spa. Creo que te vendrá bien alejarte de... los pacientes y el contacto directo con ellos... Es una manera de alejarte de la tentación y no sucumbir en todo lo que te pidan o... estés dispuesta a darles... En el spa tendrás tiempo para pensar, ya sabes que controlar los circuitos de agua es un trabajo más relajado. Es todo lo que quería decirte.

¿Por qué no puedo lanzarme sobre su yugular y morderle? ¿Por qué me siento paralizada sin saber qué hacer o decir?

No me puedo creer que hayan salido esas palabras de su boca. ¿Apartarme de la tentación? ¿Sucumbir ante...? Esto son palabras mayores.

Ahora debería defenderme, decirle que está equivocada o que sus palabras me han ofendido, pero no puedo. Hablar en este momento, aunque solo sea una palabra está por encima de mis posibilidades, así que me levanto, recojo mi pequeña dignidad y salgo por la puerta.

¿Daniel se marcha? ¿Dentro de dos semanas? ¿Por qué no me lo ha dicho? Ha anulado su reserva sin comentármelo...

Siento ganas de gritar y de llorar.

Me dirijo a mi cabaña como si fuera un zombi y al llegar me encuentro a Zoe en la puerta.

No, no, no. Ahora soy incapaz de hablar con nadie. Necesito estar sola.

—Mia, te he estado llamando. ¿Estás bien?

—Sí, algo cansada. ¿Querías algo? Voy a darme una ducha.

—Tengo que decirte algo. Se trata de tu... amigo, de Sterling.

Entro rápidamente en mi cabaña y le cedo el paso.

—¿Qué pasa?

—Vamos a sentarnos.

—Zoe... ¿qué pasa? —le digo mientras la sigo hasta el sofá donde se ha dejado caer bruscamente.

—Tu ingeniero hoy ha recibido una visita. Me lo ha dicho Andrew— me dice refiriéndose al guarda con el que sale.

—¿Una visita? Vale, ¿qué tiene de especial?

—Que ha dicho que era su novia.

De nuevo, me quedo sin habla.

Capítulo 47

Daniel

Consulto mi reloj una vez más. Son más de las nueve. Mia llegará dentro de media hora y se me antoja que es una eternidad.

No debería ser así, me estoy volviendo demasiado impaciente. La noción del tiempo en este lugar cobra un sentido diferente. Claro que, mis conflictos con el tiempo solo se producen con Mia, cuando necesito verla y no puedo esperar.

No me atrevo a visitarla en su cabaña, como he hecho las dos noches anteriores. Sé que a ella podría perjudicarla y no quisiera ser el motivo de que le llamen la atención, o algo más serio que la perjudique en su trabajo.

Me muero de ganas por contarle la visita de Kara. Ha sido algo más que una simple visita. Esa mujer no solo consiguió volver loco a Julien, en toda la extensión de la expresión, sino que también se ha convertido en una gran amiga; incluso más que todo eso: en una confidente. Con ella he hablado de asuntos que no he hablado con Julien, como hoy.

Aunque mis intenciones eran poder conversar con Julien sobre Patrick, la oportunidad se ha presentado antes, con la visita de Kara.

Me ha visitado para entregarme una copia de las llaves de la casa de Stratton, aprovechando que ha estado allí durante dos días para solucionar unos temas relacionados con una rehabilitación que quiere hacer en la bodega.

Ha sido un gesto precioso.

—Son tuyas, no tienes que pedírmelas más. Puedes ir cuando quieras, aunque es mejor que nos preguntes antes a Julien y a mí para no coincidir y fastidiarte la escapadita romántica con... ¿cómo se llama? ¿Mia?

No sé cómo ha empezado, pero he acabado abriéndome a Kara y contándole todo lo relacionado con Mia. Mis dudas, mis miedos, mis sentimientos...

Ella me ha escuchado y aparte de fastidiarme con varias de sus peculiares bromitas, me ha aconsejado que me deje llevar y que vaya saltando obstáculos según se presenten.

Kara lleva tiempo amenazándome con que algún día, cuando me enamorara, me haría la vida imposible. Eso se debe a lo mucho que me burlo de ellos cuando se muestran en actitud «empalagosa», que son muchos.

Pero no solo me he abierto con ella sobre Kara, sino también sobre Patrick. Le he contado todo lo sucedido. Sé que ese tema podía ser algo delicado porque tratándose del trabajo de Julien ella podía haberse mostrado algo más reservada a opinar, pero no ha sido así.

Kara ha compartido conmigo muchas de las ocasiones en las que la actitud de Patrick con

Julien no le ha parecido adecuada.

—Daniel, se trata del trabajo de Julien y yo... intento mantenerme al margen porque considero que ese no es mi dominio, pero muchas veces siento que esa línea profesional se traspasa. Ya no es solo trabajo, Patrick es demasiado absorbente y, a veces, no respeta la línea que separa lo profesional de lo personal. Hay algo en esa estructura, a pesar de que sois también amigos, que no me acaba de gustar— me ha confesado—. Lo que me estás contando es muy propio de él. Lo he hablado con Julien alguna vez, pero él parece tener una visión distinta, aunque creo que es tal la devoción que siente por él que no quiere ni siquiera contemplarlo. Pero siento que ese respeto y devoción solo va en una dirección. Puede que me equivoque, pero a veces siento que trata a Julien como si fuera una marioneta, que es un puñetero obseso del control y que hay muchas reglas que se salta.

Kara no ha añadido nada más a ese tema, pero me ha removido todo, especialmente los cimientos que había construido entorno a mi relación con Patrick. Me he identificado con lo que ha descrito y creo que yo no habría sido capaz de hacerlo mejor. Esa devoción, ese no querer ver algunos aspectos.

Julien y yo, a pesar de ser como hermanos, nunca hablamos de este tema, y sé que ambos tenemos mucho que decir. Es increíble como mi viaje a este lugar me ha alejado del día a día y me ha mostrado algo que... nunca antes habría sido capaz de ni siquiera cruzar por mi cabeza.

Puede que Kara tenga razón y algún día Julien y yo debamos emprender nuestro camino profesional en otra dirección. Eso es lo que ella me ha dejado caer.

Cuando nos hemos despedido, me ha preguntado qué cuánto tiempo iba a permanecer aquí. Sé que ha sido una manera de preguntarme si voy o no a aceptar el proyecto que me ha planteado Patrick, sabiendo todo lo que conlleva.

—Mi programa se alarga durante un mes y algo más. He venido aquí a rehabilitarme y lo voy a hacer —le he dicho antes de que se marchara.

—Cuéntale a Julien lo que hemos hablado.

—Sí, pero hazlo tú también. Ese tema es algo que debéis hablar entre vosotros.

—Lo haré, Kara, te lo prometo.

También he bromeado con ella mientras la acompañaba a la salida del recinto.

—¿Cómo crees que llevará Julien que seas mi novia? —le he preguntado refiriéndome a la carta de presentación que ha hecho para entrar en el recinto.

—Eso ha sido divertido. El hombre que había en la cabina me estaba atravesando con la mirada mientras me acercaba. Le he dicho que quería verte y me ha mirado como si le hubiera pedido que se desnudara. ¿Qué es esto? ¿Un centro penitenciario? Cuando me ha pedido mi nombre le he dicho: «Soy su novia, con eso basta».

Me imagino la situación. Kara enfadada porque le han pedido credenciales, el pobre guarda insistiendo en que le proporcione un nombre y apellidos y... la espera hasta que me han localizado y he dado mi visto bueno.

Tengo que contárselo a Mia, sé que se va a reír mucho. Y también quiero comentarle lo de mi propuesta de trabajo. Me gustaría observar su reacción. Puede que ese sea el principio de una conversación más intensa en la que podamos hablar de... la vida después de este lugar.

Porque si algo tengo claro es que quiero que haya vida después de este lugar con ella. No me atrevo ni siquiera a pensar en esa vida... sin ella.

«No se necesitan años para decir “es ella”», me ha dicho Kara cuando le he manifestado mis

dudas por la intensidad de lo que siento en tan poco tiempo que hace que conozco a Mia. «Yo señalé a Julien en poco tiempo. Dije “es él”, y fue», ha añadido.

Es ella...

Es ella...

Lo sé.

Yo solo he necesitado dos meses para sentirlo.

Capítulo 48

Mia

Son cerca de las doce de la noche. Zoe se ha marchado hace poco más de diez minutos, después de escuchar durante más de dos horas cómo me desahogaba con ella sin control y sin límite.

Le he contado la historia completa, mi historia «sin sentido», como la hemos llamado él y yo en alguna ocasión. Le contado todo lo que ha sucedido entre nosotros, desde el día que le vi por primera vez en la clínica, hasta esta mañana, cuando he salido de su casa escabulléndome entre los árboles dispuesta a empezar una nueva jornada de trabajo e impregnada de todos los aromas e intensidades que me ha proporcionado el contacto con su cuerpo.

También he compartido con ella el episodio que he vivido con la supervisora. Nunca antes había visto a Zoe despotricar e indignarse de esa manera. Sus peculiares gestos dulces se han afeado tanto que hasta ha conseguido arrancarme una sonrisa.

A raíz de ese episodio ella ha compartido conmigo algunas experiencias suyas y de otros compañeros en este lugar que dejan claro que no es el paraíso que parece ser. Esa mujer no es del agrado de muchas personas; no soy la primera a la que humilla con palabras ofensivas e insinuaciones denigrantes.

Es todo un consuelo que no haya abierto la veda solo conmigo.

Necesitaba sacar todo lo que llevo dentro. Necesitaba llorar en los brazos de alguien.

La noticia de que Daniel tiene novia me ha chocado. Puede que haya alguna explicación, pero entiendo que será del tipo «estábamos muy mal, quería dejarla», o «desde que te conocí todo ha cambiado...», o... la mejor de todas, la más real «Mia, yo tengo una vida fuera y... esto solo es una aventura pasajera».

No es eso lo que estoy dispuesta a escuchar. Incluso si su «novia» tuviera una justificación, sé que él se marcha en dos semanas.

Sé perfectamente lo que voy a escuchar.

«Me ha surgido un asunto de trabajo y me tengo que marchar».

«Qué pena, esto ha llegado a su fin».

«Nos veremos en Manhattan, en cuanto llegues me llamas»

«Te llamaré»

«Si el trabajo me lo permite vendré a visitarte»

«Te voy a echar de menos. Ha sido un placer conocerte, pero... Ya lo sabíamos, todo llega a su fin».

No es que eso se corresponda con lo que he vivido con él, pero es evidente que algo no va bien y que estoy ciega.

Puede que lo más sensato sea acudir a su casa y pedirle explicaciones, pero no quiero escuchar nada que me destroce todavía más.

Daniel será correcto, será atento, será dulce, pero me dirá adiós dentro de unos días. Seguramente esa novia esté esperándolo en alguna parte.

¡No! Las lágrimas tienen que cesar. La Mia más valiente, aunque paradójicamente sea la más cobarde, tiene que surgir.

En este lugar ya no pinto nada. No puedo seguir fingiendo que no pasa nada, o pedirle explicaciones que me van a hacer añicos. No puedo tomar más precauciones al salir de su casa porque mi supervisora cree que le hace un favor al cliente permitiendo que durante dos semanas siga tratándolo y follándomelo cuando me apetezca. Eso es lo que dejó caer.

Y... alejarme de la tentación.

Es que no puedo reproducir esas palabras, me enervo, me indigno, me entran ganas de salir corriendo y abofetear a esa mujer una y otra vez, hasta saciarme.

Daniel cree que estoy celebrando el cumpleaños de Zoe y que no vamos a vernos esta noche. Cuando me ha llamado repetidas veces al ver que me retrasaba mucho y me ha enviado un mensaje preguntándome si estaba bien, ha sido Zoe la que ha tomado el mando y le ha contestado inventándose lo del cumpleaños.

Él ha respondido con un «No te preocupes, me muero por verte, pero prefiero que te diviertas con Zoe. Felicítala de mi parte».

Es tan correcto, tan... maravilloso, pero detrás hay una historia que solo ha estado en mi cabeza y que tiene los días contados.

Breve e intensa, digna del recuerdo, pero en su cabeza hay una dirección y en la mía otra.

He tomado la decisión. Ha sido rápida y sé que dentro de dos días la diseñaría de otra manera, aunque el resultado sería el mismo.

Sé que no tiene sentido lo que voy a hacer en este momento, sé que es cobarde, absurdo, que deja parte de mi dignidad fuera de mi cuerpo, evaporada por completo, pero... sé lo que necesito y es besarle por última vez.

Salgo de mi cabaña y, a medianoche, sin molestarme en seguir la ruta camuflada, a cara descubierta y por el sendero más visible, golpeo su puerta.

Capítulo 49

Mia

Daniel me recibe con una sonrisa. Está vestido tan solo con unos pantalones de deporte.

Nos miramos fijamente, y siento que probablemente sea la última vez que sienta esa complicidad. Se me encoje el corazón porque sé lo que significa este encuentro, pero me esfuerzo por sonreír de forma seductora.

Lo empujo hacia el interior de la casa y soy yo la que me lanzo a devorarle la boca.

Como cada vez que lo tengo delante ardo en deseo, pero no es eso lo que hoy quiero saciar. Me detengo, le cojo la mano y lo conduzco hacia el sofá, como la primera vez.

Se tumba y me deshago de sus pantalones, después me desnudo lentamente ante su atenta mirada y su preciosa sonrisa.

Acaricio cada centímetro de su erección y de su abdomen mientras observo el maravilloso espectáculo que me ofrece al echar la cabeza hacia atrás y gemir de forma sonora.

Me coloco a horcajadas sobre él y comienzo a cabalgar con su erección dentro de mi... de mi... de mi ser; es ahí a donde va a parar.

Comenzamos la danza lentamente.

Agua y electricidad una vez más, pero la última.

Una descarga, y otra, y otra...

Con cada una me despido en silencio.

Un adiós a esas noches frente a la chimenea...

Otro al salir a hurtadillas de su casa, a mirarme el reloj trescientas veces cuando se aproxima el momento de volver a vernos; otro a las cenas frías improvisadas, y a las copas de vino siempre llenas.

Un adiós a rozarnos bajo el agua, y otro a todos los lugares prohibidos que hemos explorado.

Un adiós.

Otro.

Otro.

Y después un beso, el último, antes de vestirme y anunciar que vuelvo a la fiesta de cumpleaños.

Y... al cerrar la puerta, «un te quiero» que se ahoga y se retuerce en mi garganta. Uno que él nunca podrá escuchar.

Y mientras pongo rumbo a mi cabaña, me impregno de unas palabras que me golpean con crueldad en el pecho «la última vez».

No pudo ser, ingeniero, no mirabas en la misma dirección que yo. Me digo mientras siento

que me rompo en pedazos.

Capítulo 50

Mia

No quiero ni siquiera mirar la maleta. Si vuelvo a hacerlo me derrumbo... ¡otra vez!

Consulto mi reloj. Voy algo justa de tiempo, pero no contaba con que mi supervisora no pudiera recibirme hasta ahora.

Suspiro. Me pregunto si debo llamar a la empresa de taxis para retrasarlo, pero hago un cálculo mental y desisto: tengo tiempo.

Unos minutos después, entro en el despacho de la supervisora que me muestra la misma sonrisa que ayer.

—Mia, no tengo demasiado tiempo, así que te ruego que seas breve.

—Lo seré.

Rebusco en mi bolso y localizo el conjunto de llaves y tarjetas de acceso a las diferentes zonas del recinto.

Golpeo fuertemente la mesa con ellas.

—Aquí están las llaves. Me marchó. Tiene mi renuncia vía mail.

Alza mucho las cejas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué es eso de que renuncias?

—¿No sabes lo que es? Pues que, desde este momento, dejo de ser una empleada de este lugar.

—Tienes unos compromisos que atender, esta no es la forma de renunciar.

—Los compromisos los tienes tú, no yo.

Desearía decirle y hacer muchas más cosas, entre ellas escupirle a la cara, hacerle tragar su estúpida sonrisa o decirle que me parece un ser humano repugnante, pero no puedo olvidarme de que fue Thomas el que me recomendó y no quiero que, le digan lo que le digan, si es que lo hacen, describan una forma poco elegante de marcharme.

—No es profesional hacer las cosas de esta forma.

Mi intención era marcharme, pero no contaba con que estaría tan encendida y que a la mínima saltaría.

—Lo que no es profesional es lo que tú haces, que te crees con derecho a insultarme como lo hiciste ayer. A decirme en la cara que me alejas de la tentación de los pacientes y que me vas a asignar un trabajo aislado para que reflexione. ¿Tú quién te has creído que eres? Si se ve a la legua que eres una amargada. La viva imagen de la amargura, esa eres tú.

—Sal de mi despacho.

—Lo haré encantada, pero antes quiero que sepas que esto no se va a quedar así. Te vas a tragar una a una tus palabras. Sé cómo y dónde debo ir. No te olvides que vengo recomendada por el doctor Harriman.

Saco mi móvil del bolso.

—Mira, este móvil me lo regaló él. Es una maravilla. No te imaginas la calidad que tienen las grabaciones de voz que hago con él.

Palidece. ¡Qué placer!

Me doy la vuelta y siento su voz a mi espalda.

—Yo no te he insultado nunca, solo te dije que los rumores de...

La puerta impacta contra el marco y solo esa bruja escucha lo que está diciendo.

Salgo a toda prisa, rezando para no encontrarme con Zoe. No soy capaz de despedirme de ella, no puedo.

Tardo más de cinco minutos en volver a la cabaña.

Recojo la maleta y le echo un último vistazo al salón.

De nuevo aparecen imágenes de Daniel deambulando por él durante las dos noches que estuvimos aquí.

Es tan jodidamente doloroso...

Se me nubla la vista y me siento más rota aún que ayer por la noche, cuando le dije adiós, cuando la puerta se interpuso entre nosotros al cerrarse y entendí que no volvería a verlo.

El taxi me está esperando en la salida oeste.

Saludo al guarda agradeciendo que no sea Andrew.

Subo al taxi y le pido que me lleve a la estación de tren Bellows Falls, tal y como hemos pactado cuando lo he solicitado.

—¿A qué hora sale su tren? —me pregunta con una voz amable.

—Dentro de dos horas.

—Bien, tenemos tiempo, llegaremos en menos de media hora.

Bordeamos el recinto por la parte exterior. Conforme va quedando atrás y se va haciendo diminuto, aumenta la presión que siento en el pecho.

«Es el alma», me digo mientras hago desaparecer una lágrima de mi mejilla.

Esto que duele tanto y que me hace sentir que soy «añicos», solo puede ser el alma.

Giro la cabeza en dirección al recinto y siento que una parte de ella, de esa alma, se queda en ese lugar; en una casa que siempre tiene una chimenea encendida y que huele a café recién hecho; en una en la que... junto a él, fui feliz.

Ya no hay manera de detener las lágrimas.

Capítulo 51

Daniel

Hoy me ha costado más que nunca volver a la obra. Aquí estoy observando los movimientos de unos empleados de la constructora que comprueban algunas medidas sobre el terreno.

No tengo la misma ambición ni ilusión por sacar adelante este proyecto, aunque... ya ha dejado de ser un proyecto y está a punto de recibir su primera piedra. Me ha recordado a mis comienzos. No ha sido algo ambicioso ni de los que solemos llamar en el estudio «retos jugosos», pero ha sido mi escapatoria a meses enclaustrado en el estudio.

Pienso en Mia. De no ser por este proyecto, por su existencia y su cercanía con el balneario, nunca habría podido vivir lo que estoy viviendo con ella.

Puede que eso se lo deba a Patrick, pero no cambia nada todo el malestar que siento con él.

He hablado con Julien a primera hora de la mañana. Después de que Kara le contara nuestra conversación ha querido brindarme su apoyo y hacerme partícipe de muchos temas que él también ha experimentado y no han sido de su agrado.

No hemos profundizado mucho más en el tema, pero sí lo suficiente para que con cada minuto que pase las alarmas me atruenen en los oídos constantemente.

Me vibra el teléfono en el bolsillo del pantalón y atiendo la llamada con desgana. Es de la recepción del balneario.

—Señor Sterling, soy Helen Parrish, del Elysian.

Otra vez esa mujer. ¿Es que no tiene otro momento para reprogramar las terapias? Como se le ocurra tocar algo que tenga que ver con mis sesiones con mía, me va a escuchar...

—¿Hay algún problema?

—Nos gustaría que se dirigiera al centro de terapias en cuanto le sea posible para que le informen del nuevo programa que seguiremos hasta su marcha, dentro de dos semanas.

—¿Dos semanas? —pregunto confundido.

—Sí, señor Sterling, el último día será el 12 de diciembre.

—¿Por qué razón?

—Ayer se confirmó su fecha de baja en el centro.

—¿Quién confirmó esa baja?

—Lo siento, señor Sterling, pero desconozco esa información, si lo desea puedo...

Sé quién ha sido, por eso no quiero alargar más la conversación.

—No, está bien. ¿Qué quería decirme? ¿Qué nuevo programa?

—Con la marcha de la señorita Sheldon, haremos unos...

—¿Cómo ha dicho? —Siento que las piernas se me aflojan y busco un lugar donde poder sentarme.

—La señorita Mia Sheldon, su terape...

—Sé quién es, ¿qué pasa con ella?

—Ya no trabaja en nuestro centro, por eso...

—¿Qué no trabaja? ¿Desde cuándo?

—Desde hoy mismo, señor. Por esa razón —me sigue diciendo mientras yo intento procesar lo que ha dicho— debemos hacer un cambio en sus terapias. Es algo que nos gustaría solventar durante la mañana ya que esta misma tarde deben aplicarse los cambios.

¿Han despedido a Mia? ¿Por qué no me lo ha dicho? Puede que ni siquiera haya tenido tiempo.

—Antes de hablar de terapias hablaré con la señorita Sheldon. Después pasaré por recepción. Me dice algo antes de colgar, pero no le doy oportunidad.

Me apresuro a llamar a Mia.

No puedo comunicarme con ella, no atiende mi llamada.

Hago un segundo intento, pero tampoco lo consigo.

No puedo estar aquí más tiempo.

En poco más de veinte minutos emprendo el camino de regreso al balneario. Vuelvo a intentar comunicarme con ella, pero el resultado es el mismo; incluso peor porque no hay tono de llamada, el móvil está apagado.

¿Qué habrá pasado? No puedo ni siquiera pensar en la posibilidad de que la hayan despedido por... por mi culpa.

¿Y qué ha sido lo que me ha dicho esa mujer respecto a que en dos semanas me tengo que marchar? ¿Ha sido capaz Patrick de darme de baja sin consultármelo? ¿Da por hecho que voy a aceptar la dirección de esa segunda fase?

Sé la respuesta y me revuelvo en el asiento. Pero ahora solo puedo pensar en Mia. ¿Dónde la busco?

¿Qué ha ocurrido? ¿Es que a los dos nos echan del balneario?

Si es así... ¿qué haremos?

Sé que es algo egoísta pensar de este modo. Si a Mia la han despedido debe estar muy mal y eso no lo quiero para ella, pero también representa que ese «antes» y «después» tan confuso entre nosotros tome otro color.

Llego al balneario y me dirijo a su cabaña directamente.

La puerta está abierta. Entro con cautela y veo algo que no se corresponde con lo que esperaba. En el salón se encuentran dos personas ataviadas con el uniforme de limpieza.

Busco las cosas de Mia, pero no hay ni rastro de ellas. Parece que estén limpiando una casa vacía.

—¿Dónde está la persona que vive aquí?

Sé que no debería preguntar demasiado hasta que Mia me lo haya contado, pero me han descubierto entrando y ya no puedo ocultarme. Espero no haber agravado nada.

Ambas se encojen de hombros y me dicen que están limpiando la casa y que ya no hay huésped en ella.

¿Dónde está Mia? Si esa ya no es su casa, significa que la han obligado a marcharse

rápidamente. Y si es así ¿a dónde?

Me dirijo a la recepción con el sabor amargo de intuir que la han despedido sin duda alguna.

—La señorita Sheldon ya no se encuentra en el centro, señor Sterling. Se ha marchado esta mañana a primera hora.

Me apoyo sobre el mostrador cuando empiezo a ver que los dibujos de las columnas empiezan a estar borrosos.

¿Dónde está Mia? ¿Por qué no me ha llamado?

Capítulo 52

Daniel

Releo el mensaje de Mia por cuarta vez en lo que va de día. Desde que desapareció, hace ya tres días, lo único que he tenido de ella es este triste mensaje; me lo envió horas después de enterarme que ya no se encontraba en el balneario.

Daniel, me he tenido que marchar con mucha prisa. Se trata de trabajo, uno importante que Thomas me ha ofrecido. A decir verdad, odio las despedidas. Antes o después iba a haber una despedida, pero... ha sido antes de lo previsto.

Ha sido un placer conocerte, ingeniero, me has hecho pasar momentos muy buenos.

Seguro que nos vemos algún día en Manhattan. Llámame cuando estés por aquí. Estoy segura de que seremos buenos amigos y encontraremos la manera de quedar algún día.

Gracias por acompañarme en el triste episodio de mi vida y gracias por tu apoyo.

Cuédate mucho, ingeniero y sé feliz.

Por veces que lo leo no salgo de mi asombro. ¿Esto es a lo que ella reduce lo que hemos vivido? Ni siquiera ha sido capaz despedirse personalmente de mí.

He temido tantas veces este momento en las últimas semanas. Pensar en que ella no contemplara nada después de nuestra estancia aquí... ¡Y así ha sido!

No consigo entender esta frialdad, esta forma de decirme adiós como si estuviese hablando con un camarero de la cafetería del balneario.

Llevo tres días tirado prácticamente en la cama, solo saliendo a pasear cuando siento que me ahogo aquí.

En la obra he comunicado que tengo una gripe tremenda y que estaré ausente unos días; aun así, he atendido algunas llamadas para que no se vean perjudicados por mi ausencia. Ellos están trabajando y no tienen la culpa de que yo no tenga ganas de existir.

En un principio, creí que la habían despedido, pero cuando me llegó este maldito mensaje...

¿Por qué? No tiene sentido. La noche anterior a su marcha se escapó de la fiesta de cumpleaños de Zoe para venir a verme y vivimos un momento de sexo intenso, quizás de los mejores que hemos vivido.

Le surge una oportunidad de trabajo y sale corriendo... sin tiempo para decirme adiós.

No, eso no se lo cree ni ella. No quiso decirme adiós porque...

Ojalá pudiera creer que le resultaba doloroso, pero me temo que todo se reduce a que a la chica no le gustan las despedidas.

«Seguro que seremos buenos amigos...». ¿Qué narices ha querido decir con eso? ¿Amigos?

«Seguro que nos vemos un día en Manhattan».

«Joder, Daniel». Me digo. «Si todavía no has entendido que se ha marchado porque fuera de aquí no quiere nada contigo y despedirse le resultaba incómodo... es que eres un estúpido».

Puede que sea así de simple, pero no me entra en la cabeza.

Yo he estado con ella, la he sentido, he vivido todo lo que hemos compartido...

¡Maldita sea, Mia! ¿Cómo has podido portarte de esta manera tan cruel conmigo?

Me pregunto cómo se puede estar tan enfadado con ella y echarla tanto de menos a la vez.

Esta casa es una auténtica tortura. Mire donde mire la echo de menos. La veo riendo, susurrándome algo, jugando con los cojines, avivando el fuego, cortando algo en la mesa de la cocina...

La veo desnuda, con el brillo que le quedaba en los ojos después de que hiciéramos el amor.

La veo gimiendo, gritando de placer.

Soy capaz de cerrar sus ojos y sentir su sabor, su olor, el tacto de su piel, el olor de su pelo...

Y si no quería despedirse, ¿por qué al menos no me ha atendido cuando la he llamado? No sé cuántas veces lo he intentado, pero siempre está apagado. Le he enviado varios mensajes. «Mia, responde a mis llamadas». «Tenemos que hablar».

Nada.

Silencio.

Todavía me cuesta creer que ella no sienta lo mismo que yo, o al menos algo parecido.

Hemos nadado en la misma agua, pero en direcciones distintas...

«Joder, como duele, amigo». Esas son las palabras que he pronunciado cuando he hablado con Julien y me he desahogado.

Él no salía de su asombro, pero no solo por la actitud de Mia, sino porque se ha dado cuenta de lo mucho que quiero a esa mujer a pesar de haber estado tan poco tiempo en mi vida.

Casi cuatro meses desde que la vi por primera vez...

Casi dos meses desde que la besé por primera vez...

Una eternidad, suficiente para estar destrozado y sentir que mi mundo se ha acabado. Sí, así de dramático es lo que siento.

Julien me ha aconsejado que deje el balneario, pero necesito unos días más para tranquilizarme. Total, lo tengo pagado por unos días más.

Patrick no me ha llamado. Debe dar por hecho que voy a aceptar su obra. Debe ser así, de lo contrario no me explico que le pusiera fecha de fin a mi estancia aquí.

Y sin ni siquiera consultármelo...

Claro que, paga él, y con eso ya está todo justificado.

He anulado todas mis terapias, no puedo entrar en ese lugar y ver su cara por todas partes como si fuera un fantasma.

Siento tanto vacío...

Me levanto de un salto y me apodero de otra cerveza. Ya llevo unas cuantas y empiezo a notar que hacen mella en mi sistema nervioso.

Me abrigo y salgo a pasear por los alrededores.

Acabo desembocando en el lugar donde solíamos pasear de madrugada, cuando nadie era posible que nos viera.

Es como una tortura y me marcho completamente roto.

Al entrar en el centro, por la puerta que se accede a las cabañas, me detengo delante de la

que fue de ella y sigo con mi tortura.

—Hola —escucho decir a mis espaldas.

Se trata de Zoe.

—Hola, Zoe.

El alcohol sigue con su ascenso, pero no estoy borracho, al menos todavía.

—¿Qué tal está tu amiga?

—Bien —me dice con sequedad sin ocultar su sorpresa por mi pregunta.

—Dime, Zoe, tú que has tratado mucho con ella. ¿Por qué se ha portado tan mal conmigo?

—Yo... creo que no debemos hablar de esto, lo siento.

—Al menos dime si te parece bien que se haya largado sin decir nada. O si te parece bien que me haya enviado una mierda de mensaje y tenga el teléfono apagado.

—Yo no debo hablar de esto, lo siento. Si... le sirve de consuelo, Mia está bien.

—¡Vaya! Eso significa que sí tiene tiempo para hablar con alguien. ¿Te responde a las llamadas? ¡Menudo asco de amiga que tienes!

—¿Asco? ¿Y qué me dices de ti? ¿Es que tú te has portado bien con ella?

—Yo la quiero, Zoe, la quiero mucho, estoy enamorado de ella, pero se ha ido sin decir nada —Sin las cervezas no estaría hablando en mitad de la zona de cabañas con una temperatura bajo cero y lloriqueando como un niño—. Yo quería hablar con ella, hacer planes para cuando saliéramos de aquí, pero... para ella solo era una aventura pasajera, algo sin valor fuera de estas paredes. Una puta aventura para que el tiempo aquí fuera más llevadero.

—Eso no es verdad.

—¿Qué? ¿Qué no es verdad?

Zoe mira a su alrededor y me coge del brazo.

—Creo que has bebido un poco, vamos a mi casa, allí hablamos.

Entramos a toda prisa. El calor que hay en el interior me hace respirar aliviado. Me siento en una silla que ella me ofrece, cerca de una estufa de leña y se sienta a mi lado.

—Sé que no debería meterme en esto, pero tú te portaste mal con ella. Te vas a marchar dentro de poco tiempo y no le dijiste nada, se enteró por su supervisora. Y, además, tienes novia.

—¿Qué?

—Sí, el otro día vino a verte tu novia. Yo me enteré y se lo conté, no podía ocultárselo.

—¿Novia? Yo no tengo novia.

Empiezo a dar vueltas a la cabeza y entiendo a lo que se refiere.

—Solo he recibido una visita. Es una amiga, la mujer de mi mejor amigo. Es muy bromista y se presentó como mi novia.

—¡Ah!

—¿Tú le contaste eso?

—Sí, es lo que me contaron.

—¿Contaron? Joder, ¿es que todo el mundo estaba pendiente de nosotros?

—Mia estaba muy afectada por lo que le había dicho su supervisora.

El relato que me cuenta a continuación Zoe me pone el vello de punta. No me puedo creer que haya tenido que vivir algo así.

—¿Por eso se marchó?

—Creo que... es mejor que lo escuches por ti mismo —Se levanta y se acerca al bolso que ha colgado a la entrada.

Vuelve con un móvil en la mano.

—Espero que Mia me perdone. Te voy a dejar escuchar el mensaje de audio que me grabó el día que se marchó. No se despidió de mí.

—¿Tampoco de ti?

—¿Lo quieres escuchar?

—Por supuesto.

—Escucha atentamente.

Zoe pulsa sobre la pantalla y la voz de Mia inunda la estancia.

Capítulo 53

Mia

—¿Mañana tampoco? —me pregunta Valerie al otro lado del teléfono, mientras libro una batalla con la cafetera que se ha negado a funcionar.

—La compré hace poco tiempo... ¿te lo quieres creer? Y ya no funciona.

—Mia, no sé de qué hablas, pero yo te estoy preguntando si mañana tampoco piensas salir de casa.

—No, mañana tampoco —le contesto con desgana—. Y estoy hablando de mi cafetera.

—¿Hace poco tiempo? ¿Es la que yo creo que es?

—Sí, la única que tengo.

—Tiene diez años...

—¿De verdad? Tengo serios conflictos con el paso del tiempo, Valerie.

—Sí, por eso llevas cuatro días encerrada en tu apartamento.

—No me apetece salir, lo haré dentro de dos semanas, a principios de año, cuando empiece a trabajar en el hospital.

—Ni lo sueñes, mañana salimos a cenar, aunque te tenga que arrastrar por el suelo...

—Vale, cenamos mañana.

—Queda poco para Navidad.

—Diez días, no me lo recuerdes. Se supone que tienes que llamarme para animarme, no para recordarme cosas deprimentes.

—Ya sé que la Navidad no es tu época del año preferida.

—Es curioso, pero este año, como soy así de estúpida, me había imaginado que la pasaríamos juntos... y hasta me apetecía que llegara la Navidad.

—¿Te la habías imaginado juntos en el balneario?

—Donde fuera. No queda tanto para Navidad y conforme avanzaba diciembre, alguna vez me había pasado por la cabeza.

—Este año estarás en casa, con mi padre y conmigo.

—Lo sé y me encanta la idea, pero... no soy una buena compañía, Valerie.

—No estás bien. Mia, lo sé.

—Estoy mejor. Si no fuera porque le echo de menos, le veo por todas partes, sueño con él, y huelo su bufanda cada día antes de irme a dormir... estaría bien del todo.

—¿Tienes una bufanda de él?

—Sí, se la dejé en mi cabaña y... no sé cómo se metió en mi maleta, ¿te lo puedes creer?

—Miaaaaaa.

—Estoy jodida, Valerie. Cuando te digo que le echo de menos no te miento. Pero ese sentimiento se mezcla con la frustración, con la indignación de haber creído que podría haber algo más...

—No te tortures más, Mia. Poco a poco dejará de doler. ¿Has sabido algo de él? ¿Mensajes? ¿Llamadas?

—No, dejó de hacerlo hace días. He hablado con Zoe y dice que ni siquiera lo ha visto, cree que ya no está en el balneario.

—¿Necesitas compañía? Adelantamos la cita.

—Estoy bien, Valerie, solo dame unos días más. Después de hablar con tu padre y saber que no le he defraudado, me he sentido mejor.

—Ya te lo dije.

—Sí, lo sé, pero, aunque me hayan tratado mal, yo incumplí las normas, Valerie.

—Mi padre es más comprensivo de lo que parece. Y no le has defraudado. Sin embargo, está muy indignado con lo que te dijo tu jefa y la forma en que te trató. Dice que eso no se va a quedar así.

—Espero que alguien le pare los pies a esa mujer. A mí ya no me puede hacer daño, pero sí me gustaría que otros compañeros no tuvieran que recibir un trato como ese.

Valerie se despide y yo consigo que la cafetera se enciende y empiece a preparar el café.

El olor me transporta a otro lugar: a unos brazos que una vez me hicieron sentir especial y más viva que nunca.

Me transportan a mi cabaña, a la suya...

Cierro los ojos y siento aquella luz, aquel olor a madera, aquel silencio. Y siento los besos sedientos y también los saciados: los que firmaron mi piel para siempre.

Y lloro, lloro como nunca había llorado hasta ahora.

Por él. Por lo que pudo haber sido y no fue.

Por lo que yo creí que era y nunca fue.

Por mí, por ser tan ingenua.

Por sus ojos, por esos que ya no tendré el placer de ver brillar después de un orgasmo.

Capítulo 54

Daniel

Zoe, cariño... esto de hablar con un móvil me resulta incómodo, pero lo prefiero a tener que despedirme de ti y hartarme de llorar otra vez.

Supongo que ya te habrás enterado de que me he marchado, las noticias vuelan rápido en el balneario. No creo que te hayas preguntado el motivo, porque si alguien lo sabe eres tú.

Joder, Zoe, todo es una mierda, todo lo veo como si fuera una mierda.

¿Pero que iba a hacer? Lo entiendes, ¿verdad? Tú me viste cómo estaba anoche... ¿Y cómo iba a estar? Después de hablar con esa bruja amargada y escuchar todo lo que me dijo... Me trató como a una puta, Zoe, me sentí como un gusano. Y además me dijo que puedo seguir ocupándome de la terapia de Daniel para complacerlo... ¿te lo puedes creer? Pero eso creo que es lo que menos me importó, Zoe. Es que se marcha dentro de dos semanas y ni siquiera me lo ha dicho. Es que soy una imbécil, una boba que se ha enamorado de él hasta las cejas y que, te aseguro, Zoe, que me hubiera ido con él al fin del mundo.

Y tiene novia el muy cabrón.

¿Cómo he podido estar tan ciega? Te aseguro que pensaba que teníamos algo especial... ¿Y qué me dices de su amigo? Sus amigos me investigan y él apenas se inmuta. Ya me lo dijo Thomas... me dijo que ese tío tiene una vida muy desmadrada... Y él igual, Zoe. Daniel tiene una vida que yo no conozco. Fiestas con ese tío, una novia... Joder, Zoe, el muy cabrón tiene novia y se ha pasado dos meses conmigo follando como si se acabara el mundo... ¿Qué clase de tío es?

Pero yo me he enamorado, Zoe, al menos del que parecía un tío genial. Es guapo, Zoe, y le gusta el chocolate, como a mí... y se ríe, y le gusta el vino... como a nosotras. Y... nunca antes había sentido nada parecido. Es que ni siquiera creía que alguien te puede hacer sentir tantas cosas.

¿Qué tenía que hacer? ¿quedarme y esperar a que me dijera que se largaba, que tenía algún asunto de trabajo o lo que sea? ¿Que me dijera: «ha sido un placer conocerte, ya nos veremos por Manhattan»? «Llámame cuando vuelvas y quedamos un día para charlar». «Seguro que seremos buenos amigos». «Bueno, Mia, ya sabíamos que esto se iba a acabar antes o después, pero tengo que volver a mi vida ya».

¡Una mierda! No estaba dispuesta a aguantar eso, Zoe, antes me muero.

Y, aun así, ayer me colé en su casa, después de que te fueras para... para... sentirlo por última vez.

Joder, qué mal que estoy.

Zoe, perdóname, sé que este audio es horrible, pero necesitaba que entendieras cómo me siento y por qué me he marchado.

Vendré a verte cuando esté preparada, pero dentro de unos días, cuando me sienta algo mejor te llamaré. Quiero que sigamos siendo amigas si tú también quieres. Te voy a echar tanto de menos...

Sé feliz Zoe, te mereces tantas cosas buenas... Te tengo tanto cariño... Con el tiempo te voy a querer con locura, ya lo verás. Un millón de gracias son pocas para todo lo que has hecho por mí.

Te llamo dentro de unos días.

Y cuida del señor Palmer, mi abuelito preferido. Seguro que te lo asignan a ti.

Un beso, amiga. Perdóname por despedirme de esta forma tan cutre.

¡Ah! Y si ves al ingeniero y te pregunta por mí, dile que no sabes nada de mí, que me he marchado porque me ha surgido un trabajo urgente. Eso es lo que le he dicho en un mensaje.

Adiós de nuevo.

—Mia es muy intensa, ¿verdad? —me dice con una expresión muy dulce, la que siempre destacaba Mia de ella.

—Mucho, Zoe —consigo decir después de empezar a salir de la conmoción.

—Te lo he dejado escuchar porque he considerado que los dos estáis algo confundidos. Si tú no tienes novia... y dices que la quieres tanto...

—Así es, Zoe.

Me levanto, tiro de ella para que haga lo mismo y nos fundimos en un abrazo.

—Gracias, Zoe. Eres una buena amiga.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿Tú que harías?

—Ir a buscarla.

—Pues eso es lo que voy a hacer.

Capítulo 55

Daniel

—¡Por fin! ¿Se puede saber dónde coño estás? Te he llamado mil veces —me dice Patrick algo alterado.

—Pues... si tanto quieres saberlo, estoy a punto de entrar en una juguetería. He visto algo que me ha encantado.

—¿Una juguetería? ¿De juguetes eróticos?

Le ignoro y guardo silencio.

—Me han dicho que has dejado el balneario.

—¡Ajá! Hace dos días.

—¿Estás en Manhattan?

—Eso no es asunto tuyo, ¿qué quieres?

—Escucha, Daniel, no me gusta nada esa actitud. Llevo días llamándote. Dentro de una semana, el jueves concretamente tenemos una reunión con los dos arquitectos del Riverfront.

—Yo no voy a asistir. Todavía estoy convaleciente, acuérdate. Necesito más tiempo para recuperarme.

—Vamos, no me jodas, Daniel. ¿A qué estás jugando?

—Pusiste fin a la estancia en el balneario sin ni siquiera hablarlo conmigo... ¿a qué estás jugando tú?

—Tengo todo el derecho a anularla cuando considere oportuno.

—Fuiste tú quién se empeñó en que fuera, no puedes hacer y deshacer a tu antojo. No funciona de ese modo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Te estoy ofreciendo la obra de tu vida y no dejas de darme quejas sobre ese maldito balneario. ¿Es que echas de menos a tu amiguita?

—¿Por qué la iba a echar de menos? ¿Quién te ha dicho que no estoy con ella?

—Tengo entendido que la despidieron, si estás o no con ella me importa poco.

Dejo de escucharle. Esas palabras hacen que salte una alarma en mi cabeza.

—¿Fuiste tú el que intentó que la despidieran? Dime que estoy equivocado.

—Vamos a ver, Daniel, me estoy cansando de esta estúpida conversación. Tenemos muchos temas importantes de los que hablar. Puede que ahora estés resentido y ¡a saber qué tienes en la cabeza! Pero con el tiempo me darás las gracias. Esa mujer no te estaba haciendo bien porque estabas apartándote de lo más importante: una obra con la que llevas tiempo soñando. Con el tiempo me darás las gracias. Puedes estar con las que quieras no necesitas a esa pu... a esa mujer.

—No te salió bien la jugada, no la despidieron. Se fue ella. Te informo para que sepas que tus intentos no fueron atendidos.

—Ni tu ni ella estáis en el balneario. ¿Acaso estáis juntos? Eso explicaría tu actitud.

—Patrick, tengo cosas que hacer. No voy a aceptar esa obra.

—Pero ¿tú tienes algo que no funciona en la cabeza? Te estás confundiendo. Somos amigos, sí, por supuesto, pero a veces se te olvida que soy yo el dueño del estudio.

—El que confunde las cosas eres tú. Y no se me ha olvidado que eres el dueño, por esa razón no voy a volver. Ya puedes ir empezando los trámites para desvincularme del estudio. No voy a trabajar para ti.

—Daniel, creo que has perdido la cabeza.

—Patrick, tengo cosas que hacer. Haz lo que te digo.

—Has dejado una obra abandonada... Te estás tomando muchas licencias.

—Es tu obra y no la dejé abandonada. Hice más de lo que debería haber hecho. Estabas informado.

—Tienes una semana para reflexionar sobre todo lo que has dicho. Pasado ese tiempo, si no sé nada de ti, te desvincularé del estudio.

—Ahórrate la semana. ¡Que tengas un buen día, Patrick! Hoy mismo te haré llegar mi renuncia.

En otro momento, me habría sentido mal por haber tenido que llegar a este extremo, pero me siento liberado. Él ha sido el que ha hablado con la que fue su supervisora... ¡Qué asco de persona! ¿Cómo ha podido caer tan bajo? ¿Cómo he estado tan ciego?

Pero ya se ha acabado. Es una decisión que he meditado y que no tiene marcha atrás.

Aparto de mi cabeza a Patrick y entro en la juguetería. Lo que me llevo entre manos es más importante.

Capítulo 56

Mia

El timbre de la puerta ha sonado varias veces. ¿Quién puede ser? Valerie tiene las llaves de mi apartamento...

Abro la puerta y no me encuentro a nadie. Puede que haya tardado demasiado en abrir.

Antes de cerrar, veo que hay un paquete pequeño en el suelo, sobre la alfombra. Miro en varias direcciones, pero no hay nadie.

Mi nombre está escrito en la parte delantera del paquete.

Me pregunto si he hecho alguna compra últimamente, pero no recuerdo que sea así. Además, no parece un paquete comercial, más bien un paquete envuelto por un niño. El papel está doblado de forma extraña y la letra parece la de un niño de seis años.

Entro en el salón y dudo si debo o no abrirlo. ¡Es raro! No me gusta mucho la idea de abrir un paquete así.

¡Lo abro!

Me encuentro con algo que me para el corazón. Necesito coger aire antes de volver a centrarme en los juguetes que hay en el interior de la caja.

Aunque podría parecer algo siniestro, he tardado poco en entender quién podría ser el remitente del paquete y de qué se trata.

La caja contiene dos coches de juguete, pegados sobre una pequeña plataforma circular. Ambos golpeados con rabia en la parte delantera. Uno es de color rojo y otro verde. Ambos tienen un faro destrozado, la luna delantera hecha añicos y varias rayadas en la parte lateral. Son metálicos, así que el que se haya dedicado a destrozarlos ha tenido que hacerlo con fuerza.

Daniel...

¿Quién si no?

No puedo entender nada de lo que esto significa.

En el interior se encuentra una nota doblada, amplia, con una letra que deduzco que debe ser la suya.

Por un momento siento pánico al pensar que puede habérmela enviado otra persona, pero al final de la carta aparece su nombre.

El coche rojo pertenece a Mia, el verde a Daniel.

Un día, en medio de una gran avenida, el coche rojo se saltó un semáforo. Se interpuso en el camino del coche verde, y ahí, en ese justo momento empezó una historia. Una llena de casualidades. Pero en ese momento él no sabía que estaban condenados a entenderse.

No sabía que ese instante, ese estruendo metálico, esa confusión marcaría su vida.

Él no sabía que se enamoraría, que en poco más de dos meses sería capaz de amar con locura a la dueña del coche rojo.

Él no sabía que viviría los mejores momentos de su vida a su lado. Ni tampoco que su piel tendría un olor tan especial, ni que le gustaría tanto verla comer chocolate... Ni que la desearía a todas horas...

Él no sabía que la echaría tanto de menos cuando ella se marchara, sin despedirse; ni que dolería tanto pensar que no volvería a verla. Ni que nunca llegarían a visitar juntos la fábrica de quesos...

Él tampoco sabía que alguien pondría fecha de fin a su estancia en el balneario sin consultárselo, ni que recibiría la visita de una amiga, la mujer de su mejor amigo, que se haría llamar «novia».

Ahí empezó todo. En un choque, con dos coches destrozados.

Uno está exactamente igual que mi vida, el otro exactamente igual que mi corazón. Hechos pedacitos.

Abre la puerta, Mia, déjame decirte que te quiero.

Daniel

Me seco las lágrimas y corro hacia la puerta. Ahí está, sentado entre los dos primeros escalones que conducen a la planta inferior.

—¿Cuánto tardas en leer? —me dice con una sonrisa burlona—. Tengo clavado el borde del escalón.

—Soy lenta, capullo.

—¿Te han gustado los coches?

—No. ¿Por qué has elegido el de lujo para ti y el destartado para mí? ¿Qué significa?

—Una cuestión de azar...

—De acuerdo —le digo conteniendo la risa—. Pero hay otro fallo.

—¿Otro?

—Sí, a mí no me gusta el color rojo. Me quedo el verde.

—Vale, el verde para ti. ¿Algo más?

—Sí. ¿Por qué tu coche tiene los cristales rotos? No hubo cristales rotos.

—Se me fue la mano con el martillo.

—De acuerdo... ¿Algo más?

—Te podías haber esforzado más en envolver la caja, daba mucha pena...

—Las prisas... ¿Hay algo que te haya gustado?

—Sí, las ruedas. Y lo del chocolate, eso me ha llegado.

—¿Qué emoción!

—Y que te hayas acordado de la fábrica de quesos.

—Nunca llegamos a visitarla...

—Lo superaremos.

Se le escapa la risa, pero tarda poco en volver a mostrarse serio.

—¿Por qué estás ahí sentado? —le pregunto como si lo acabara de descubrir.

—Buena pregunta —me dice levantándose de un salto—. ¿Me invistas a entrar?

—No.

Doy dos pasos hacia atrás y entro en mi apartamento sin dejar de mirarlo.

Se acerca a mí sonriendo mientras cierra la puerta hábilmente empujándola con el pie. Me abraza por la cintura y me acerca a su cuerpo. La plataforma con los coches que sostengo en la mano se le clava en el pecho y yo me río mientras busco con la mirada dónde colocarlos.

—No, sigue sosteniéndolos. Ellos son protagonistas, tienen derecho a escuchar lo que te tengo que decir.

Me hace gracia que pida algo así, especialmente por lo absurdo que resulta que él me esté abrazando y yo los esté sujetando.

—¿Qué tienen que oír?

—Que te he echado de menos...

—Yo... también...

—No deberíamos habernos echado de menos, deberíamos haber hablado.

—Entonces esta historia habría sido... normal, y nunca lo ha sido.

—Y hablando de historias «no normales», sin mucho sentido, cargadas de casualidades, de malentendidos... ¿Quieres casarte conmigo, Mia?

Suelto los coches y dejo que se estrellen contra el suelo. La plataforma sigue intacta, y los coches... más magullados de lo que están no pueden estarlo.

Seguimos su trayectoria con la mirada y nos olvidamos de ellos para mirarnos fijamente.

—¿Casarnos? Hace solo unos meses que nos conocemos...

—¿Y qué? Yo te conozco lo suficiente. Te gusta que se deshaga el chocolate en tu boca y gemir de placer mientras lo hace... Y te gusta el vino blanco, con un toque afrutado...

—Pues sí que me conoces, sí... Pero yo... apenas te conozco.

—Eso no es cierto. Conoces mis piernas mejor que nadie, y sabes que tengo predilección por las duchas de vestuarios... Y también sabes que me gusta el café recién hecho.

—Pues sí que te conozco, sí...

—Entonces ¿qué me dices? Esta historia no sería tan mágica si no le añadiéramos un elemento así de... ¿sorprendente?

—Vale, me casaré contigo, pero hay una condición.

—Venga, acepto lo que sea.

—Tienes que admitir que no me salté un semáforo.

Daniel se echa a reír a carcajadas.

—Eso no, eso nunca —me dice mientras me coge en brazos y me lleva al interior de mi apartamento—. ¿Hacia dónde me dirijo?

—El baño está a la derecha, mi dormitorio a la izquierda...

—¿Por qué el baño? —le pregunto cuando toma la dirección derecha.

—Ya sabes lo que me gusta una buena ducha contigo, es de lo poco que conoces de mí. No lo estropees, Mia.

Y llegan las risas, esas que tanto echaba de menos. Y la magia...

Epílogo

Mia

Nueve meses después. Stratton Mountain. Vermont.

—¿Tú crees que es mejor que me deje el pelo suelto? —le pregunto a Valerie y a Alice, la madre de Daniel. Ambas me están ayudando a vestirme.

—Yo te veo preciosa de todas las maneras —dice Valerie—, pero ya que hemos estado una hora para hacerte ese recogido... podrías lucirlo un rato.

Nos echamos a reír antes de que Kara entre en el dormitorio como un huracán.

—Mira que son estúpidos... No tienen remedio. Se creen que somos tontas. ¡Qué poca imaginación!

—¿Qué pasa? —le pregunto sorprendida de ver el mal humor que tiene.

—Los he pillado, he visto que se están mirando entre ellos. Sé que te van a gastar una broma, son así de originales. A mí me hicieron lo mismo, ¿te acuerdas Alice?

—Sí, me acuerdo —dice resoplando—. Es que son como niños.

—Vale, este es el plan —decide Kara—. Mia, les sigues la corriente. Digan lo que digan y hagan lo que hagan, sígueles la corriente. Nosotras te ayudaremos.

—Pero... es que no sé qué tienen en la cabeza.

—Ni yo, pero tienen cara de bobos, no dejan de mirar el móvil, se miran entre ellos... ¡Son así de disimulados!

—¿Quién? ¿Todos?

—Julien, Lian, Timothy... hasta Thomas. El único que parece estar fuera es Andrew, el novio de Zoe.

—¿Mi padre también? —Se sorprende Valerie.

La puerta se vuelve a abrir y Zoe entra con cara de disgusto.

—Algo traman... No quiero malpensar, pero...

—¡Ya lo sabemos! —le decimos todas al unísono.

Nos echamos a reír y nos volvemos a girar cuando entran Julien y Liam. Él es primo de Kara, y también un buen amigo de Daniel.

—Esto... Mia, no te pongas nerviosa. Daniel ha tenido un pequeño percance, pero está bien. Me ha pedido que no te lo diga, pero le he convencido de que es mejor que habléis. Está al teléfono.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Todas fingen sorpresa. La verdad es que la actuación es buena. Alice finge que se está desmayando, igual se le ha ido un poco la mano, y Julien se acerca a ella para tranquilizarla.

Julien me entrega el móvil en modo de altavoz.

—Daniel, Mia te está escuchando, puedes hablar.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —le pregunto con una buena dosis de drama.

—Mia, no te lo vas a creer. Estoy bien, estoy perfectamente, pero tardaré un poco en llegar. Me ha golpeado una persona por detrás, en el coche. En realidad, es una mujer un poco histérica que no entra en razón. No quiere que firmemos los documentos, está empeñada en que llamemos a la policía porque insiste que es culpa mía. Dice que yo iba muy despacio. ¿Te lo puedes creer? Cariño, esto no puede ser real, una casualidad más en nuestra historia, esto es de locos.

—Vaya, qué contratiempo, Daniel. ¿Por qué no intentas hablar con ella? Explícale que es el día de tu boda. Seguro que la chica tiene razón y la culpa ha sido tuya, como siempre, pero... esta vez tendrás que hacer un esfuerzo.

—Mia, eso es lo de menos. Es que no me puedo quitar de la cabeza que... esto es demasiado casual. Mia... ¿y si eso es una señal?, ¿y si es ella con la que tengo que casarme?

—Pues tienes razón, capullo, porque si con alguien te vas a casar hoy es con ella —le cuelgo y solo se escuchan las risas femeninas. Julien está algo más pálido.

Me acerco a él.

—Ahora le vas a llamar tú y le vas a decir que estoy muy cabreada, que me he quitado el vestido y me he largado con las chicas. Que he jurado que no me caso con él y que no hay quién me haga entrar en razón.

La sección femenina se está partiendo de risa, y la masculina está algo pálida.

—Venga, Julien. Haz lo que te ha dicho ¡Ahora! —le dice Kara a su marido.

Julien duda, pero acaba por sonreír. En el fondo le da igual a quién gastar la broma.

—Daniel, la jugada ha salido mal. Mia está cabreadísima, se ha quitado el vestido y se ha marchado... Las chicas están con ella, la apoyan. ¡Se han largado!

—¡No me jodas! Joder, intenta localizarla, ya estoy llegando. He pasado por la tienda de vinos de la estación para comprar el favorito de Mia. Haz lo que sea, Julien. Era una puñetera broma. ¿Para qué te habré hecho caso?

—¿El vino es blanco? —le pregunto acercándome al móvil—. Porque si no es el blanco afrutado con un poco de burbuja, no te molestes en venir, capullo.

—Menudos impresentables que sois todos —dice colgando el teléfono.

Nos echamos a reír y nos vamos dispersando, cada uno concentrados en que no falte ningún detalle para la boda.

Este es mi pequeño hogar, ahora, o mi segundo hogar.

Hace tres meses que me mudé a la casa de Daniel, aunque conservo mi apartamento.

La boda la vamos a celebrar en la casa que Daniel compró en Stratton Mountain, donde nos encontramos ahora, muy cerca de la de Julien y Kara.

Alice sigue retocándose el recogido que ella misma me ha hecho. Es una mujer increíble. La admiro profundamente, especialmente por ser la madre que es. La que yo nunca tuve.

Mis padres saben que hoy me caso con Daniel, pero ni ellos ni yo hemos mostrado interés por compartir el mismo espacio. Aunque la situación se ha suavizado un poco desde el día que tuvimos aquel enfrentamiento, no mantenemos un contacto frecuente ni cercano. Mi padre me suele llamar una o dos veces al mes y ella, en alguna ocasión aprovecha para saludarme. Eso nunca cambiará, me temo, pero ya no es algo que me afecte.

Puede que nunca sepa qué ocurrió realmente entre ella y ese hombre ni qué la llevó a intentar ocultar esa parte de su vida con tanto recelo.

Mientras no se decida a contar la verdad, algo que me importa bien poco, puedo permitirme

el lujo de sacar mis propias conclusiones. Creo que mi madre se enamoró locamente de él y no supo gestionar su rechazo, o el lugar que él le dio en su vida. Puede que interviniera la juventud, la inmadurez, la inocencia... Creo que aquellas denuncias eran fruto del despecho y no de algo real, pero... puedo equivocarme.

En cualquier caso, mi madre ha sido, es y será siempre víctima de algo, seguramente de sí misma. Y mi padre... su cómplice silencioso.

Aquel pasado, dejara la herida que dejara en ella, ocurrió hace veintisiete años, pero quizás su silencio se deba a que jamás tendrá el valor de reconocer que yo soy para ella el fruto de todo aquello.

—Daniel ya ha llegado —me informa Kara mientras mordisqueea algo que no consigo ver.

Sonrío y pienso en las ganas que tengo de verlo. El sector masculino, ha pasado la noche en la casa de Julien y Kara y el femenino, en esta.

Ha sido divertido, ha sido una noche de risas y de sentir que formaba parte de una pequeña familia de verdad, aunque solo lleven un año en mi vida.

Zoe ha entrado a formar parte de mi vida como una buena amiga junto a Valerie y Kara. Ella sigue en el balneario y su relación con Andrew está a punto de desembocar en una boda que se celebrará dentro de tres meses.

Kara es maravillosa. Pasamos mucho tiempo juntas, especialmente porque Julien y Daniel también lo hacen. Ellos abrieron su propio estudio hace seis meses. No ha resultado fácil, tuvieron que sortear muchos obstáculos, todos ellos procedentes de su antiguo jefe que no se tomó muy bien la noticia de que ambos se alejaran de su «protección»; pero por difícil que se lo puso, no consiguió que abandonaran su sueño y hoy, puedo decir que han conseguido llegar a donde querían llegar.

En cuanto a mí, llevo cerca de siete meses trabajando en el edificio de rehabilitación. Dirijo mi propio grupo de fisioterapeutas y me dedico exclusivamente a las terapias bajo el agua, aunque también superviso las restantes, las de mi equipo.

Es un trabajo que me llena y me permite trabajar con seguridad, creyendo y confiando en mí misma.

Daniel me está esperando en el pequeño altar improvisado en el jardín. Todos están sentados alrededor y él no deja de mirarme mientras avanzo con mi vestido de color azul.

Es una ceremonia civil que oficiará Timothy, el padrastro de Daniel, en su calidad de alcalde de una pequeña ciudad, Sloatsburg, en el condado de Rockland.

La ceremonia es breve a petición nuestra.

Daniel acepta todo lo que le dice Timothy y me introduce la alianza en el dedo.

Cuanto quiero a Daniel... No soy capaz de imaginarme la vida sin él. Cada día es una aventura y cada día le quiero más, si eso es posible.

—Te quiero, Mia y me gustaría pasar el resto de mi vida a tu lado.

Llega mi turno.

—Daniel... ¡ya sabes! O lo dices o no me caso.

—No tienes remedio, Mia, te has cargado toda la magia.

Me echo a reír mientras se gira hacia los invitados.

—Veamos, prestad atención, tengo algo que contaros. Quiero que lo sepáis todos. Que quede

constancia que... Mia no se saltó ningún semáforo.

Se escuchan carcajadas y aplausos.

—¡Por fin se ha hecho justicia! —grita Kara para fastidiarlo.

Me acerco a besarlo sabiendo que todos están observándonos complacidos.

—Sí quiero, ingeniero.

—No sé si es eso lo que tienes que decir...

—Ahora eres tú el que se está cargando la magia...

—Es que no tienes que decir eso, tienes que decir lo mismo que he dicho yo.

—Pues yo digo lo que me apetece. ¿Acaso un «Sí quiero» no tiene significado?

—¿Y qué es lo que «Sí quieres»?

—Pues todo, lo quiero todo.

—¿Para siempre?

—Se intentará.

—¿Se intentará?

Sonrío y le atraigo hacia mí tirando de su camisa.

—Te quiero, Daniel, y quiero que sea para siempre y... quiero que sea siempre a tu lado; lo que sea, pero a tu lado. ¿Necesitas algo más?

Y llega el beso. De esos de película, con todos los invitados aplaudiendo.

FIN

Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado con esta historia. Y si te ha gustado y quieres conocer la historia de Julien y Kara, podrás conocerla en **Julien. Condenados a encontrarnos.**

Si quieres conocer otras de mis novelas, aquí te dejo un listado de ellas:

Serie Error: Jodido Error. Jodido Doctor. Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte. Prohíbeme Despertar.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

Llámame Infiel.

Hasta que escuché tu voz.

Y llegaste a tiempo.

Julien. Condenados a encontrarnos.

Todas ellas podrás adquirirlas en Amazon.
De nuevo, gracias.
Abril Laínez